CARRIE LEIGHTON

JUEGO sucio

EMPIEZA EL PARTIDO



wonderbooks

Carrie Leighton

Juego sucio

Empieza el partido

Traducción de
Elena Rodríguez

wonderbooks

A quien ha aprendido a esconder su propio dolor tras una sonrisa y a caminar de puntillas para no llamar la atención. Estas páginas son mi forma de decirte que yo te veo. Aquí puedes dejar de fingir. Quítate la máscara. Respira.Y concédete una tregua del mundo.

Prólogo

¿Alguna vez te has sentido como si algo terrible estuviera a punto de pasar en tu vida y no pudieras hacer nada por impedirlo?

Es la sensación que experimenté aquella noche.

Tenía catorce años, estaba en mi cama, acurrucada bajo la manta mientras lidiaba con otra noche de insomnio. Había sido un día gris y húmedo y, tras una breve tregua, volvía a llover a cántaros. Mi única compañía era la tenue luz de una vieja farola situada frente a la ventana. Daba vueltas y más vueltas en el colchón cuando un trueno estalló con tanta violencia que hizo vibrar las paredes de mi habitación y me dejó sin aliento. Vi parpadear la luz de la farola antes de que se apagara por completo. Pero lo que hizo que me incorporara de golpe en la cama fue el timbre, que sonó con una potencia inaudita en la planta de abajo. Intenté calmar los latidos del corazón mientras esperaba a que alguien fuera a abrir. Me pregunté quién sería a esas horas. Otro timbrazo, y luego otro más. Al parecer, nadie se dignaba a responder, y, la verdad, no me sorprendía. Antes de que mi hermano pequeño, Nathan, que dormía en la habitación contigua a la mía, se despertara con todo ese ruido, decidí ir a abrir yo misma. Sacudida por escalofríos, me puse las zapatillas y bajé las escaleras que separaban la zona de día de la de noche. El silencio que flotaba en la casa amplificaba el ruido del agua que caía sobre el tejado y fluía hasta la calle. En la puerta habían empezado a llamar con más insistencia. Cuando al fin abrí, me encontré con dos agentes de policía con la placa en la mano y los uniformes empapados. Las luces rojas y azules de su coche,

aparcado en nuestro camino de entrada, se reflejaban en los árboles que había a nuestro alrededor. En los rostros de los agentes, mojados por la lluvia, vislumbré la inquietud de dos hombres que en ese momento habrían preferido dedicarse a cualquier otra tarea. Dijeron que tenían que hablar con mis padres.

Me sentí confusa. Mi madre dormía, sabía que estaría aturdida por los somníferos. Al bajar las escaleras, había visto a mi padre inconsciente, abandonado en el sofá, con la botella de Jack Daniel's entre las manos y medio volcada sobre su pecho, cubierto por una camisa de cuadros arrugada. No sabía qué querían, pero tenía la sensación nítida de que no sería algo agradable.

El estallido de un trueno me llevó a frotarme los brazos. Di un paso atrás y los invité a pasar, sin importarme lo que pudieran ver. Uno de los agentes se acercó al sofá y empezó a sacudir a mi padre mientras fingía que no notaba el estado en que se encontraba. Por muy repugnante que me resultara, no me sorprendió: eran compañeros de trabajo, mi padre era el mejor amigo del *sheriff;* sabía que se protegían entre ellos. Lo sabía muy bien.

Al darse cuenta de la escena, el otro agente —que se había quedado en el umbral del salón— se metió el pulgar en el cinturón de cuero y me dijo que subiera a despertar a mi madre. Pero no le hice caso y le pregunté qué querían. Como respuesta, solo se dignó a ofrecerme una mirada condescendiente para reiterar la orden e hizo un gesto con la cabeza hacia las escaleras.

Por un instante, pensé en Thomas, mi hermano mayor. Aquella noche se había ido de casa furioso tras el enésimo enfrentamiento violento con nuestro padre y no había vuelto a saber nada de él.

¿Estaría bien?

¿Se habría metido en problemas de nuevo?

Con la cabeza hecha un lío, subí las escaleras y entré en el dormitorio de mi madre. En la mesilla vi desparramadas las pastillas para dormir que llevaba un tiempo consumiendo de forma desmedida. Eran fuertes, de hecho, necesité varios intentos antes de conseguir que abriera los ojos. Cuanto más permanecía atrapada en aquel estado de sueño comatoso, más inquieta me sentía yo. Cuando por fin volvió en sí, la advertí de la presencia de los agentes. Tan aturdida como yo, se puso en pie. Con cada movimiento torpe que realizaba advertí que una mueca de dolor le crispaba el rostro. Estaba convencida de que aún sufría por los golpes que le había propinado mi padre hacía apenas unas horas. Se puso la bata, que se ató de cualquier manera a la cintura, y se dirigió escaleras abajo. Yo corrí a mi habitación, cogí el teléfono y llamé a Thomas, pero saltó el buzón de voz. Qué raro, él siempre me respondía.

Con los nervios a flor de piel, fui corriendo al cuarto de Nathan. En cuanto abrí la puerta, se me heló la sangre. Su cama estaba vacía. La colcha, intacta. No había ni rastro de él.

¿Cómo era posible? Le había dado las buenas noches cuando ya estaba metido en la cama, poco antes de que Thomas se marchara y de que nuestro padre se desplomara en el sofá.

Miré alrededor alterada en un intento de darle sentido a todo mientras una sensación terrible me oprimía los pulmones. Volví a llamar a Thomas, pero una vez más saltó el buzón de voz. Salí de la habitación para decirle a mi madre que Nathan no estaba en casa cuando, desde la planta de abajo, oí las voces amortiguadas de los agentes pronunciando algunas palabras: «accidente», «juntos» y «hospital».

El corazón se me detuvo.

Parpadeé varias veces antes de comprender el significado de aquellas frases fragmentadas.

¿Había habido un accidente? ¿Thomas y Nathan estaban juntos? Presa del pánico, me tambaleé ante la idea de que uno de mis hermanos estuviera en peligro. Bajé hacia el salón y, cuando estaba a punto de apoyar el pie en el penúltimo peldaño, la imagen de mi madre arrodillada en el suelo, sacudida por los sollozos y sostenida por los dos agentes me obligó a aferrarme a la barandilla. La desesperación en su voz mientras le gritaba a mi padre «todo es culpa tuya», los ojos colmados de terror de él, sentado en el sofá, inerme, con una mano apretada contra la boca y la mirada perdida en el vacío, me inmovilizaron. Estaba tan conmocionada que ni siquiera tuve el valor de preguntar qué había pasado. Intenté tragar el nudo que sentía en la garganta, pero dolía tanto que quemaba.

Mi madre seguía llorando, mi padre no emitía ningún sonido. No recordaba una sola vez en que lo hubiera visto tan perdido y… asustado.

Cuando uno de los agentes me vio, se acercó a mí con cautela, me apoyó una mano en el hombro y, en cuanto me apretó, noté que estaba temblando.

«Él» temblaba…

Las lágrimas me nublaron la vista, pero lo que el compañero de mi padre me dijo después con enorme dificultad estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento.

Una tragedia acababa de golpear a mi familia, una tragedia de la que jamás se recuperaría.

Capítulo 1



Leila

Cinco años más tarde

Metí el pie de lleno en un charco y las salpicaduras me mancharon los calcetines blancos que llevaba bajo los *leggings* deportivos. El volumen de la música resonaba con fuerza en mis oídos, el sudor me perlaba la espalda; sentía el corazón latir a un ritmo frenético y la adrenalina que fluía por mi cuerpo me llevó a aumentar la velocidad de las zancadas. Me encantaba correr a primera hora de la mañana, cuando había poco tráfico y podía disfrutar del silencio que reinaba en Corvallis. La presión de los pies contra el asfalto me permitía liberar la tensión acumulada, nunca como aquella mañana fui tan consciente de lo agotadora que se había vuelto la farsa que interpretaba con tanto esfuerzo. No aguantaría mucho más, estaba segura; al mismo tiempo sabía que no debía ceder por ningún motivo del mundo.

Sin aliento, me detuve y me incliné para apoyar las manos en las rodillas. Alcé la vista al cielo: la lluvia nocturna había despejado el ambiente, pero aquel día de finales de enero seguía siendo gris. Miré la hora y me di cuenta de que había corrido más de lo previsto;

decidí dar media vuelta y regresar a mi habitación: tenía que meterme en la ducha antes de que Samantha, mi compañera de piso, se me adelantara y acabara con las existencias de agua caliente. Volví al campus de la Oregon State University y llegué a mi apartamento, que se encontraba sumido en el silencio en el entresuelo de una residencia femenina. La puerta de la habitación de Sam estaba cerrada. Seguía durmiendo. Aliviada, me dirigí al baño mientras deshacía las dos trenzas que llevaba a los lados cuando salía a correr; lancé la ropa sobre las baldosas del suelo y me metí en la ducha. Permanecí unos minutos bajo el agua caliente inmersa en mis pensamientos, con los ojos cerrados y el chorro de agua en la cara mientras me envolvía la fragancia de almendras, melocotón y gardenia del champú y el acondicionador. Estaba a punto de empezar a enjabonarme el cuerpo cuando alguien abrió la cortina de la ducha con tanta fuerza que di un salto hacia atrás y estuve a punto de resbalarme.

—Te estaba esperando. —Un amasijo de pelo despeinado con reflejos verdes apareció ante mí.

—¡Sam! —Me llevé las manos al pecho, asustada—. ¡Pensaba que estabas durmiendo!

—Sí, estaba durmiendo, antes de que tu amigo tuviera la genial idea de pasarse por aquí y despertarme.

Me aparté un mechón de pelo mojado de los ojos y tragué saliva.

—¿Ha venido «aquí»?

Sam asintió, luego levantó un vaso de cartón que debía de estar lleno de café con caramelo a juzgar por el aroma.

—Te ha traído esto.

Suspiré. El café con caramelo era mi favorito.

—Puedes dejarlo en la cocina.

Para variar, no me hizo caso. Sam nunca hacía lo que se le pedía. Dio un paso atrás, bajó la tapa del inodoro situado frente a la ducha y se sentó encima. Habíamos adquirido la costumbre de usar el baño como confesionario mientras la otra se duchaba. Sam y yo llevábamos cuatro meses compartiendo apartamento, desde el comienzo de nuestro segundo curso en la OSU. Mi antigua compañera de piso, con la que no me llevaba muy bien, se había mudado a un estudio para vivir sola. En su lugar había entrado Samantha, estudiante de segundo de Medicina que, sin embargo, soñaba en secreto con trabajar en el mundo de la moda. En poco tiempo habíamos establecido una relación muy profunda, nos entendíamos tan solo con una mirada. Sam era intuitiva, directa y atenta. Tenía suerte de haberla conocido, sobre todo porque no tenía muchas amigas en Corvallis. Tampoco en mi casa de Portland, a decir verdad.

—Lo dejaste plantado —dedujo; sus palabras cortaron el flujo de mis pensamientos mientras se llevaba el café a los labios. Luego se apoyó el vaso sobre las piernas cruzadas y me miró—. Otra vez.

—No es verdad. Simplemente me he olvidado de avisarle de que había decidido salir a correr más temprano —dije en mi defensa, pero la ceja oscura que arqueó con aire acusador me obligó a refugiarme en mi pequeño rincón lleno de vapor. Cerré la cortina de la ducha a toda prisa.

—Lo estás evitando —insistió sin rodeos.

—No sé qué más hacer —admití.

—Tienes que decírselo.

—No —exclamé categórica.

—Te lo estás guardando dentro desde hace demasiado tiempo.

—Es mejor así.

—Lo único que vas a conseguir es que piense que ha hecho algo mal, y las dos sabemos que no es cierto. No se lo merece, Leila. Es un buen chico, siempre ha sido amable contigo.

Me mordí el labio y no respondí. Tenía razón, pero el asunto era más complicado que como lo planteaba ella.

—Prefiero no darle vueltas ahora, si no te importa.

Oí que Sam suspiraba al otro lado de la cortina de la ducha.

—Tú misma —concedió.

Mientras yo me enjabonaba con los pensamientos formando remolinos en mi cabeza, ella me distrajo contándome su plan para el día.

Cuando me enjuagué y estuve lista para salir, descorrí la cortina y miré a Sam a la cara. Tenía los ojos del mismo tono que el *whisky* y un corazón tan dulce como el algodón de azúcar.

—Si le dijera la verdad, lo estropearía todo —admití al recordar las palabras que me había dicho mi amiga.

Ella se levantó, dejó el vaso de café junto al lavabo, cogió mi albornoz y me lo tendió con cuidado.

—Ya lo estás estropeando.

Fui incapaz de responder a eso.

Por segunda vez en pocos minutos, volvía a tener razón.



Pasé la mañana en la redacción del *Daily Barometer,* fue un auténtico caos. Había páginas que titular, entrevistas atrasadas

pendientes de transcripción y un sinfín de artículos que se tenían que corregir. Por no mencionar el teléfono, que no dejaba de sonar. Después de tomar nota de todos los plazos, asigné los distintos artículos a los redactores y me puse manos a la obra junto con ellos. Quería demostrar que era digna del cargo de jefa de redacción que Vanessa, la novia de mi hermano Thomas, me había cedido unos meses atrás. No quería defraudar las expectativas de nadie, sobre todo las mías, pero dirigir el periódico universitario estaba resultando más complicado de lo que había imaginado. Sentía una presión abrumadora y cada día luchaba contra la idea de que tal vez no tenía lo que hacía falta para ocupar aquel puesto.

Me consoló pensar que aquella noche Sam y yo nos desmadraríamos en el ClubSeven, un local a cuarenta minutos de Corvallis que habitualmente estaba lleno de gente colocada y poco recomendable. Pero esa no era la cuestión: lo único que necesitaba era música, diversión y chicos. El portero era un viejo conocido de mi hermano, así que teníamos el acceso garantizado todos los viernes por la noche a pesar de que todavía no hubiéramos cumplido los veintiún años.



—Oye, ¿vamos con mi coche o con el tuyo? —preguntó Sam mientras daba un mordisco a su sándwich de pavo.

—Con el tuyo —respondí un tanto molesta a la vez que leía el mensaje de mi mecánico—. El mío sigue en el taller. Al parecer, el pinchazo acaba de transformarse en un cambio de frenos. —Resoplé y dejé el teléfono sobre la mesa antes de tomar un trago de agua.

—Es viernes, eso significa que las mujeres beben gratis hasta las once. Quiero entrar por las puertas del ClubSeven antes de las diez.

Alcé una ceja, extrañada.

—¿Andas corta de dinero?

—No, ando corta de alcohol.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Acaso tienes la intención de saquear todo el bar?

Sam entornó los ojos y levantó el mentón con expresión resuelta.

—Hasta la última gota.

—¿He oído bien? ¿Esta noche vais al ClubSeven? —Tiffany Baker aterrizó en nuestra mesa acompañada de Alexander Smith y se sentaron junto a Sam. Eran los amigos de toda la vida de Vanessa; de algún modo, también se habían convertido en mis amigos a lo largo del último año. Habíamos compartido experiencias que no le desearía ni a mi peor enemigo, pero que nos habían unido profundamente. Desde que Vanessa había tomado la decisión de irse con mi hermano a California, ellos dos se habían mostrado muy atentos conmigo. Tiffany era la hermana gemela de Travis Baker, el cabrón que se había jactado ante sus amigos de haberse acostado con una chica virgen y haberla abandonado a la mañana siguiente. La chica en cuestión era yo. Por suerte, ella no tenía ni una pizca de la mezquindad de su hermano, cuyo futuro pasaba por una academia militar. Tiffany era una chica divertida y cariñosa con las personas que le importaban. Alex era un chico amable y decente. Me gustaba pasar el rato con ellos.

Tan solo había un problema…

—¿ClubSeven? —A nuestro alrededor, como solía ocurrir, aparecieron Vincent Rise, Vince para los amigos, capitán del equipo

de *hockey* y mejor amigo de mi hermano, y Blake Harper. Vince se sentó a mi derecha y Blake a mi izquierda, atrapándome entre sus cuerpos. De reojo, lancé una mirada cómplice a Sam, que estaba frente a mí. Debió de captar al instante la dirección que tomaban mis pensamientos, porque me miró y se encogió de hombros.

—Eso parece —respondí a la vez que forzaba una sonrisa—. Es viernes, estamos cansadas y tenemos ganas de soltarnos la melena. Hay sitio en el coche —añadí para extender la invitación.

—Maldita sea, si lo hubiera sabido antes no le habría confirmado a Carol que quedaba con ella —habló Tiff mientras pelaba una manzana—. Es su cumpleaños y lleva no sé cuánto tiempo organizando esta fiesta. Cumple veintiuno y ha decidido celebrarlo a lo grande.

Le sonreí de forma genuina; entendía su decisión. Conocía a Carol, tenía fama de montar unas fiestas increíbles a las que todo el mundo quería ir.

—Espero que se haya asegurado de reunir una flota de ambulancias para todos los estudiantes que perderán el conocimiento antes de que termine la fiesta —intervino Alex, entre risas, aunque en su tono se percibía un matiz de desaprobación. No le gustaban ese tipo de fiestas, lo sabíamos. En parte entendía su postura.

—Es lo primero que hizo. —La respuesta de Tiffany provocó algunas carcajadas entre nosotros.

—¿Es buena idea? —preguntó Vince; su voz amortiguó las risas que flotaban en la mesa. Me di cuenta de que me escrutaba con sus ojos color hielo. Llevaba su chaqueta deportiva de siempre y una gorra con la visera hacia atrás. Colgada del cuello, la placa con el

número de su camiseta de *hockey* grabado, el seis. Su amuleto. Nunca se separaba de ella.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Que vayáis solas al ClubSeven —replicó. A continuación, hincó el diente en su bocadillo.

Puse los ojos en blanco, exhausta. Desde que mi hermano se había marchado, Vince se había convertido en una especie de guardaespaldas, pero la situación empezaba a ser insoportable. No era lo que quería y, sobre todo, no era lo que necesitaba.

No me dio tiempo a responder porque Sam se me adelantó:

—Si ese es el problema, puedes venir con nosotras.

¿Cómo?

¿Se había vuelto loca?

Vince negó con la cabeza.

—Lo haría encantado, pero voy con ella. —Señaló a Tiff. No me sorprendió. Aunque nunca lo había declarado de forma abierta y se había limitado a alguna que otra bromita, sabía que sentía debilidad por su melena cobriza y sus ojos de cervatillo.

—En ningún momento te he dicho que sí —replicó la aludida, molesta.

—No ha hecho falta, muñeca —respondió él, socarrón.

Los rasgos de porcelana de Tiffany se crisparon en una mueca de desdén.

—«Muñeca», por favor, podría vomitar.

Vince le dedicó una sonrisa burlona y Tiffany negó con la cabeza, resignada, mientras reprimía una sonrisa antes de volver a charlar con Alex.

—Iré yo con vosotras —intervino Blake—. Tenía que ver a unos amigos allí.

Empezaba a sentir que la sangre me hervía en las venas. Aquella noche quería divertirme y no tener que rendir cuentas a los mastines que mi hermano había soltado para que me vigilaran en su ausencia. Pero si una parte de mí estaba dispuesta a mandar al infierno a Thomas, a Blake y a Vince, la otra parte sabía que sería inútil. Había pasado un año desde la noche en que Logan Fallon, un antiguo estudiante que parecía inofensivo, pero que estaba obsesionado con la novia de mi hermano, nos había agredido a Vanessa, a otra chica y a mí en el sótano del campus. Aquel episodio nos había marcado a todas, aunque de formas distintas. Yo había necesitado meses para volver a correr sin temer que pudiera pasarme algo. Unos meses en los que Vince siempre había estado a mi lado. Mi hermano, además, se había vuelto todavía más protector, y la distancia había amplificado su paranoia conmigo.

Aunque a veces su preocupación me asfixiaba, era consciente de que él solo me tenía a mí y yo solo lo tenía a él.

La vida ya nos había arrebatado demasiado.

Como consecuencia, nos protegíamos mutuamente con uñas y dientes.

En el fondo, estaba bien así.

—Como quieras, pero nos vemos en el ClubSeven —afirmé—. Y no estés encima toda la noche; Sam y yo queremos divertirnos. —Blake levantó las manos en señal de rendición.

Una vez que aclaramos los planes para la noche, los chicos empezaron a discutir sobre el enésimo enfrentamiento entre Vince e Ethan Grant, un jugador del equipo que podría arrebatarle el puesto

de capitán. Terminé de mordisquear mi comida, me levanté y fui a dejar la bandeja.

Esperaba con todas mis fuerzas que no se notara la tensión que me atenazaba. La situación que se estaba creando empezaba a agobiarme cada vez más. No sabía cómo mantener a raya la frustración y el deseo que crecían a la par dentro de mí. Ardían con la misma intensidad que un fuego alimentado con el tiempo y que, tarde o temprano, acabaría consumiéndome.

—Eh, nena. —Oí la voz de Vince a mi espalda. Me pasó un brazo por el cuello y me acompañó hasta el fondo del comedor—. ¿Todo bien?

La estela de su perfume caro y embriagador, con notas de bergamota y madera de sándalo, se arremolinaba a mi alrededor. Eau Sauvage. Siempre usaba el mismo.

Sam lo definía como el perfume del cabrón por excelencia, pero él no era un cabrón en absoluto.

—Sí, ¿por qué? —Le dediqué una sonrisa fugaz mientras dejaba la bandeja.

—No te hagas la misteriosa conmigo, sabes que soy un observador atento. —Se había dado cuenta de que algo no marchaba bien, pero jamás habría podido adivinar de qué se trataba.

Me zafé de su abrazo e incliné ligeramente el rostro para mirarlo a la cara. Yo no era baja, pero aun así me sacaba al menos quince o veinte centímetros. Era alto y tenía un físico esbelto y esculpido, en parte gracias a un programa de entrenamientos intenso y exigente.

—¿Tú, un observador atento? —lo pinché para esquivar su insinuación—. ¿Te has dado cuenta de que tienes migas de pan en la

comisura de la boca? —De forma instintiva, alargué la mano y se las retiré con el pulgar bajo su mirada atenta—. Pareces un niño —balbuceé con una sonrisa.

—Un niño que te hace reír —replicó. Aunque tenía el ceño fruncido en un gesto dudoso, advertí el amago de una sonrisa que asomaba sobre su mandíbula bien definida. Era *sexy* y lo sabía. Sin embargo, conmigo nunca había jugado la carta de la seducción.

Reprimí una sonrisa y reculé medio paso.

Sí, Vincent Rise me hacía reír.

Ese era el problema.

—Sea cual sea el dilema que te angustia, puedes hablarlo conmigo, ya lo sabes. —De pronto, se había puesto serio. Siempre me había fascinado la facilidad con la que pasaba de ser el eterno Peter Pan a un hombre en quien se podía confiar, maduro y consciente. Casi nunca hablaba en serio, pero sabía detectar cuándo la situación lo exigía.

—Claro, si tengo cualquier problema lo hablaré contigo —mentí.

Blake nos llamó desde lejos. Le hizo un gesto a Vince con la mano: para ellos había llegado el momento de marcharse. Entonces, nos encaminamos hacia la mesa.

—¿Te has bebido el café que le he dejado a Sam esta mañana? —me preguntó a continuación, manteniendo la distancia.

Crucé los brazos sobre el pecho y asentí. Cada mañana me dejaba un café ya pagado en la cafetería o me lo llevaba al apartamento. Era un detalle que apreciaba, aunque nunca se lo había dicho. En realidad, detestaba saber que me trataba como a una hermanita de la que tenía que hacerse cargo.

—Sí, estaba buenísimo como siempre, gracias. De hecho, perdona por no haberte avisado. Me he despertado antes de lo habitual y he salido antes. —Como ocurría a menudo, la noche anterior habíamos quedado para salir a correr juntos por la mañana. A veces íbamos solos, otras en compañía de nuestros amigos. Aquella mañana había preferido hacerlo por mi cuenta.

—No importa, recuperamos el domingo —me tranquilizó.

—Claro —le respondí. Miré hacia otro lado; sin embargo, sentía sus ojos clavados en mí como alfileres. ¿Por qué Vince seguía observándome de ese modo?

—Ah, y para esta noche… si necesitas algo, tienes mi número —añadió.

—Blake estará con nosotras.

—Blake no es una garantía.

—¿Y tú sí? —Lo miré.

Se encogió de hombros y me sonrió con dulzura.

—Hago lo que puedo.

Me mordí el labio y, a mi pesar, le devolví la sonrisa.

—Lo sé, no te preocupes.

Llegamos a la mesa y nos separamos. Sam se puso en pie, lista para salir del comedor conmigo; ambas teníamos dos clases por la tarde. Me despedí de Alex y Tiffany. Los vi salir al jardín con Vince y Blake, sabía que se dirigían al Dixon Center, el polideportivo de nuestra universidad. Lo último que vi fue a Vince rodeando a Tiffany por la cintura con un brazo. Ella lo apartó, pero me percaté de que se estaba riendo con él.

Capítulo 2



Leila

—Ley, ¿has cogido mi vestido azul, aquel de encaje superajustado? —gritó Sam desde su cuarto.

—No, yo me he puesto el mío, el de cuero negro y corto —respondí, mientras estaba en el baño acabando de rizarme el pelo, que me llegaba por los hombros.

—¡Seguro que está en tu armario! —refunfuñó. La oí entrar en mi habitación a paso marcial, como un soldadito cabreado.

Era graciosa cuando se impacientaba.

—Te digo que no. La última vez que te lo pusiste fue por tu cumpleaños, así que estará en tu armario —reiteré con convicción.

—En mi armario, ¿eh? Entonces, ¿qué es esto? —Entró en el baño con el vestido en cuestión en las manos y una expresión airada en el rostro.

«Ups».

Sonreí con inocencia.

—Perdóname.

De un soplido, se apartó un mechón del rostro y, sin añadir nada más, volvió a su cuarto a vestirse. Unos minutos después, cuando

regresó al baño para maquillarse, ya se le había pasado el disgusto. Conectó el móvil a un altavoz *bluetooth,* me arrastró junto a ella y empezó a mover sus piernas kilométricas al ritmo de la lista de reproducción latina que había llamado «Motomami», que se había convertido en la banda sonora de nuestros tardeos. Sam se aplicó un maquillaje ahumado en los ojos de tonos grises y negros y se pintó los labios. Yo me concentré únicamente en la boca. El rojo fuego que había elegido resaltaba a la perfección el verde de mis ojos; era muy consciente de que tenía un aspecto sensual. Para rematar el *look,* me puse las botas negras de Sam, que me llegaban por encima de la rodilla y le daban un toque más agresivo al conjunto. Me miré al espejo satisfecha; me gustaba muchísimo. Sam también aprobó el resultado porque me dio un buen azote en el culo y me dedicó una mirada cómplice. Cogí el bolso de mano y comprobé que llevaba todo lo imprescindible: cartera, documentación, el pintalabios rojo para darme los retoques, teléfono…

—Oye, Sam, ¿has visto mi móvil? —pregunté cuando me di cuenta de que no lo tenía conmigo.

—Estará en tu armario junto a mi ropa —respondió con ironía.

Muy bien, tendría que apañármelas sola. Miré en el baño, luego otra vez en mi habitación entre el montón de ropa tirada sobre la cama … Ahí estaba, escondido bajo el panda de peluche.

—Bien, ahora ya lo tengo todo, podemos irnos.

—No tan rápido, te olvidas de una cosa —dijo Sam, que me guio hasta la cocina. Hurgó entre los estantes y me pasó un chupito lleno de tequila, un regalo de Maggie, la camarera de toda la vida del Marsy. Siempre le pedíamos una reserva clandestina para celebrar los momentos más significativos: el final de una relación, un examen

aprobado o una mala noticia. Era un rito de paso imprescindible que se había convertido para nosotras en una auténtica tradición. En ese caso, Sam brindaba por el final de su relación. Una semana antes había reunido el valor para dejar definitivamente a Wesley después de tres años de idas y venidas—. Esta noche quiero ver cómo dejamos KO a todos los hombres presentes en esa sala. —Chocó su chupito contra el mío y lo engullimos de un trago.

—Me apunto —respondí antes de entornar los ojos por el escozor que sentía en la garganta. Nos servimos un poquito más, brindamos de nuevo y bebimos. «A la mierda los tíos».



El ClubSeven, como siempre, estaba a petar. Dejamos nuestras chaquetas en el guardarropa sin tener que pagar, cortesía de Marcus, el portero amigo de mi hermano. Cuando entramos en la sala vimos que Blake ya había llegado. Estaba en el reservado, sentado en una mesa con algunos amigos. En cuanto se percató de nuestra presencia, nos hizo un gesto para que nos acercáramos.

—¿Habéis llegado bien? —nos saludó.

—Sí, solo había un poco de tráfico cuando ya estábamos cerca de aquí —respondió Sam.

Tras los saludos de rigor en los que Blake nos presentó a sus amigos y nosotras devolvimos los apretones de manos, hizo un gesto hacia las botellas de la mesa; algunas ya estaban abiertas y otras todavía intactas.

—Os podéis servir —nos invitó.

—En realidad, Sam prefiere pedir en la barra —aclaré, alzando la voz para que me escuchara por encima de la música.

—Pero hay cola —comentó.

Me giré y vi que, en efecto, la barra estaba a tope, así que aceptamos la oferta de tomar un par de copas allí y luego ir a bailar. Por suerte, Blake se mantuvo fiel al acuerdo al que habíamos llegado en el comedor para que no nos agobiara, y nos sentimos libres para cantar y desmadrarnos llamando la atención de quienes estaban a nuestro alrededor, mientras él se quedaba en otra parte del local con sus amigos. Era un compromiso que podía aceptar.

Sobre la medianoche, la pista era una locura y el *beat* de la música resultaba cada vez más acuciante. Sam y yo ya nos habíamos metido en el bolsillo a un par de conquistas ocasionales: una futura promesa del fútbol americano y un médico recién graduado que había desaparecido en cuanto se había enterado de que solo teníamos diecinueve años. Hacia la una ya íbamos bastante alegres, pero no estábamos borrachas. Yo estaba bailando con un tal Simon, mientras Sam se había esfumado con un chico al que solo había visto de pasada y de espaldas cuando se apartaban hacia una zona más tranquila del local.

—¿Estás con alguien? —me gritó Simon al oído, siguiendo mis movimientos con las manos apoyadas en mis caderas.

Levanté una comisura de la boca y negué con la cabeza.

—Solo con una amiga —respondí.

—¿Nadie más? —Me miró con malicia.

—Nadie más —confirmé.

—Entonces, si quisiera besarte, ¿no correría el riesgo de acabar con la nariz rota?

Me entró la risa.

—Si quisieras besarme, no correrías el riesgo de acabar con la nariz rota —repetí.

—Entonces, creo que voy a besarte —me avisó. Esperó de nuevo a mi consentimiento; cuando asentí, Simon acercó los labios a los míos.

Besaba bien, pero yo detestaba a los hombres inseguros.

Me gustaban los que, con tal de conseguir lo que querían, corrían el riesgo de que alguien les rompiera la nariz. Aquella noche, sin embargo, no buscaba nada serio: en el fondo sabía muy bien que no llegaría lejos con nadie. Después de la experiencia con Travis Baker se me había activado una especie de rechazo hacia los hombres, mejor dicho, hacia casi todos los hombres.

Me gustaba provocarlos. Coquetear. Me gustaban los besos, la distracción. Me gustaba ver en sus ojos la creencia de haber conquistado a su presa y luego echar por tierra esa convicción. Nunca más volvería a ser un peón en sus manos. Sería la maldita reina. A mi espalda llegó Sam, que me dio un tirón para interrumpir el beso con Simon. Me bastó una mirada para darme cuenta de que estaba muy alterada. Ignoré por completo la petición de Simon de intercambiarnos los números de teléfono y me centré en mi mejor amiga. Fue cuando me percaté de que sujetaba nuestras chaquetas.

—¿Qué pasa? —pregunté, inquieta.

—Wesley está aquí —dijo antes de llenarse los pulmones de una cantidad considerable de aire.

Abrí los ojos de par en par.

—Wesley… ¿tu Wesley? ¿Está aquí?

Asintió.

—Nos hemos encontrado en la barra y nos hemos puesto a hablar.

Me encogí de hombros y reprimí un gruñido cargado de frustración.

—¡No puede ser, Sam! ¡Eso no es lo que habíamos pactado!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! No entiendo cómo ha podido pasar, estábamos hablando, luego me ha hecho un cumplido, nos hemos reído, me ha invitado a tomar algo, nos hemos ido a un rincón porque la música estaba demasiado alta. Me ha hecho otro cumplido, nos hemos mirado y luego nos hemos besa…

La interrumpí con un gesto porque ya había oído suficiente. Wesley no tenía ningún defecto, excepto esa superioridad que ostentaba con todo el mundo; era el chico adecuado para Sam, pero Sam no era la mujer adecuada para él. Tenían objetivos vitales opuestos y caracteres demasiado distintos como para poder construir un futuro juntos. Ellos también lo sabían, aunque ninguno de los dos tenía valor para decirlo en voz alta.

—Ahora nosotras dos volvemos a casa. Se acabó la noche —la reprendí. La agarré del brazo y la arrastré para sacarla del local. En cuanto la puerta se cerró a nuestra espalda, vimos que Wesley nos esperaba apoyado en el capó de su coche.

—Hola, Ley, ¿cómo estás? —Caminó hacia nosotras sonriendo. Hurgó en los bolsillos de su chaqueta y sacó las llaves del coche—. Y bien, ¿estáis listas?

—¿L-listas? —balbuceé, confundida.

—Para iros —respondió él.

—Ir… ¿adónde? —Giré la cabeza hacia Sam, pero ella permaneció en silencio.

—Había oído que esta noche os encontraría aquí. He pasado un momento y he visto a Sam. Le he dicho que un amigo ha organizado una fiesta privada en Albany, cerca de Corvallis. Alcohol del bueno, un ambiente exclusivo, un círculo de élite, nada que ver con esta jungla. —Lanzó una mirada enjuiciadora a las puertas del ClubSeven, lo que me puso todavía más nerviosa—. Sé que habéis empinado un poco el codo, así que lo más recomendable es que vayamos en mi coche.

Por un momento, nadie abrió la boca. Estaba segura de que si una mirada matara, Sam habría caído redonda bajo mi mirada fulminante.

—Bueno, ¿qué queréis hacer? —insistió Wesley. A mi lado, Sam me suplicó con los ojos que accediera a aquella petición absurda; por desgracia, no encontré fuerzas para oponerme.

Sin mediar palabra, le arrebaté de las manos mi cazadora de cuero, me la puse y me subí al coche de Wesley con los brazos cruzados sobre el pecho. No dije nada en todo el trayecto; me limité a mandarle un mensaje a Blake para decirle que nos habíamos ido. Por el retrovisor lateral vi que Sam buscaba mi mirada una y otra vez, pero la ignoré, molesta. Ya hablaríamos de lo sucedido en otro momento.

Al cabo de unos veinte minutos llegamos a una residencia señorial. Wesley nos abrió la puerta a Sam y a mí para que bajáramos del coche. Cogió a mi amiga de la mano y nos guio hacia una villa decorada con un estilo oriental muy elegante. Los farolillos colocados en cada rincón y la música *jazz* que sonaba de fondo creaban un ambiente cálido y acogedor. Era espectacular, si ignorábamos el aura de esnobismo que desprendían todos los

presentes. Detestaba a los hijos de papá. Y acababa de poner un pie en la casa de uno de ellos. Mientras examinaba todo lo que había a mi alrededor, Wesley me dio algunas indicaciones: me dijo dónde estaba el baño, me informó de que en el sótano había una sala de cine y de que en la cocina quedaría algo de picoteo del bufé de pescado.

—En este «ambiente de élite», ¿es posible encontrar al menos una cerveza? —pregunté sin demasiadas esperanzas.

—Claro, las que quieras. —Me señaló una neverita que había allí cerca.

Cogí un botellín y lo abrí con el anillo que llevaba en el dedo, un truquito que me había enseñado mi hermano. Cogí otros dos para Wesley y Sam, que me miraba con el sentimiento de culpa pintado en la cara. En ese momento, suspiré y la abracé. Ya estábamos allí, así que más valía disfrutar de la noche. Encontraría algo que hacer. O eso esperaba. Charlamos de todo y nada durante un rato y, cuando se acabaron las cervezas, Wesley se llevó a Sam al piso de arriba. Negué con la cabeza, resignada. Con esos dos las cosas siempre terminaban igual. No me quedaba otra que dar una vuelta por la casa. Recordé la sala de cine que Wesley había mencionado; pensé que valía la pena echarle un vistazo. Bajé al sótano; en la entrada de la pequeña sala vi un rincón dispuesto con una barra que ofrecía palomitas y refrescos. Hice caso al cartel de «Self-service» colgado encima: cogí unas palomitas y entré. En la penumbra de la sala distinguí a una decena de personas dispersas por las butacas de terciopelo. En la pantalla proyectaban una película bélica.

Juro que eché de menos con toda mi alma a los borrachos del ClubSeven.

Tomé asiento y empecé a picotear, pero no aguanté mucho con aquella película soporífera. Sin ni siquiera darme cuenta, me quedé frita. El sonido de una explosión a todo volumen a través de los altavoces me despertó de golpe. Me había dormido en la butaca en mitad de la proyección. Cuando volví a enfocar la vista, vi algunas palomitas esparcidas por mi vestido de cuero y la caja en el suelo. En la sala solo quedábamos tres personas: dos chicos sentados en mi misma fila y yo. Cuando me di cuenta de las miradas que ambos echaban a mis piernas de vez en cuando, supe que había llegado el momento de irme.

Mis experiencias pasadas habían afinado mi sexto sentido para el peligro, y aquella situación no me gustaba un pelo. Cuando salí de la sala, de reojo vi que también se levantaban y me seguían mientras murmuraban algo entre ellos. Asustada, aceleré el paso por las escaleras. Saqué el móvil y llamé a la primera persona que apareció en mis contactos recientes. Pero, en cuanto respondió, los dos chicos me adelantaron con desinterés y entraron en el baño que había a la derecha.

Me detuve en lo alto de las escaleras, apoyé la espalda en la pared y solté el aire.

Solo tenían que ir al baño.

Menudo susto de la hostia.

—¿Qué pasa? —Al otro lado de la línea oí un roce de sábanas y la voz agitada de Vince.

Cerré los ojos, me pellizqué el puente de la nariz y pensé en una excusa para darle sentido a aquella llamada. Sin embargo, antes de abrir la boca, reparé en el sonido que había oído de fondo y me quedé de piedra.

—¿Estás en la cama?

No solo oí el roce de las sábanas, sino también un sonido que me recordaba mucho a los besos y una voz femenina que reclamaba su atención. No me lo podía creer. Vince se estaba tirando a una tía en ese preciso instante.

Una oleada irracional de celos y vergüenza me arrasó por completo y colgué sin darle opción a responder.

Me quedé mirando la pared, inmóvil, con el teléfono todavía en la mano. El corazón me martilleaba en los oídos mientras intentaba procesar lo que acababa de oír. ¿Sería Tiffany la chica en cuestión? En el comedor había dicho que pasaría la noche con ella.

Madre mía, en tan solo un segundo había acabado sumida en una de mis peores pesadillas.

Desbloqueé la pantalla del teléfono y pedí un Uber.

No pensaba quedarme en aquella casa ni un minuto más. Sabía que Sam no se movería tan fácilmente ahora que estaba con Wesley, por lo que no me preocupé de ir a avisarla.

Me subí la cremallera de la cazadora y salí a toda prisa. La aplicación indicaba que el coche llegaría en doce minutos. Me castañeteaban los dientes por el frío que hacía aquella noche y empecé a balancearme, pasando el peso de un pie al otro, para entrar en calor. De repente, mi teléfono sonó.

Era él.

Maldita sea.

Respiré hondo y me obligué a comportarme como la chica madura que quería ser.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Su voz resonó con fuerza en mis oídos en cuanto respondí.

—Nada, perdona, no tendría que haberte llamado. Pensaba que me estaban siguiendo, pero me había equivocado.

—¿Siguiendo? No sé de qué hablas, ¿no estás con Blake en el ClubSeven?

—No, al final nos hemos ido con Wesley a otra fiesta.

Lo oí suspirar.

—¿Y dónde estás ahora?

—Sigo aquí. Lamento haberte molestado, estaba nerviosa y he actuado por impulso, pero no hay ningún problema, todo va bien.

—Te he preguntado dónde estás.

—Ya te lo he dicho. Fuera de la casa donde han organizado la fiesta, uno de esos casoplones enormes que hay a la entrada de Albany. Estoy esperando a que llegue mi Uber.

—Quédate ahí, voy a recogerte.

—¿Qué? —Abrí los ojos de par en par—. No hace falta. Mi Uber está a punto de llegar —insistí.

—No voy a dejar que te subas al coche de un desconocido a estas horas de la noche.

—Vince, no… —intenté hacerle cambiar de idea, pero no se me ocurrió nada lo bastante convincente para disuadirlo. Coger un Uber tampoco me entusiasmaba, a decir verdad—. Estás ocupado —me limité a decir.

Por un instante, un silencio oscuro cayó entre nosotros.

—Llego en diez minutos —sentenció.

—Albany está a veinte minutos de Corv… —no me dio tiempo a terminar porque me interrumpió.

—Cancela el Uber y mándame la ubicación —dijo y colgó.

Capítulo 3



Leila

Diez minutos más tarde, puntual como un reloj suizo, lo vi llegar a toda velocidad al volante de su Camaro ZL1 negro brillante. Tenía que haber corrido mucho; eso me hizo sentir doblemente culpable. Frenó con brusquedad delante de mí; los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. Cuando el coche se detuvo por completo, Vince abrió la puerta y vino hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —Con la respiración agitada, me puso una mano en el hombro.

—Nada, de verdad, solo he malinterpretado una situación.

Echó un vistazo a la casa a mi espalda, contrariado, y volvió a mirarme.

—¿Qué tipo de situación?

—Me he quedado sola en la sala de cine con dos chicos; cuando me he ido, se han levantado y han venido detrás de mí. Pensaba que me estaban siguiendo, pero solo querían ir al baño, eso es todo —le expliqué. Esperaba que fuera suficiente para tranquilizarlo.

Vince me observó un instante; respiraba de forma irregular y tenía una mirada dudosa. Conociéndolo, estaba valorando la

posibilidad de que le hubiera mentido para no preocuparlo todavía más. Lo que vio en mis ojos pareció convencerlo porque al final asintió con lentitud y se inclinó para abrirme la puerta.

—Vamos, te llevo a casa.

Entré en el coche. Cuando él se acomodó tras el volante, le di las gracias en un susurro sumiso.

Vince se limitó a responder con un leve gesto de la cabeza. Metió la marcha y aceleró rumbo a Corvallis. No dijo ni una palabra durante casi todo el trayecto, así que pensé que estaba mosqueado conmigo.

—¿Estás enfadado? —pregunté en voz baja, con una pizca de pesar. No podía culparlo, le había arruinado la noche.

—¿Te parezco enfadado? —Me miró de reojo, esbozando una sonrisa débil. En el azul de sus ojos se reflejaban las luces led del interior del coche. Una extraña sensación se abrió paso en mi estómago. No sabía si estaba siendo sincero o si solo intentaba ocultar sus emociones reales, así que me encogí de hombros, indecisa. Nunca lo había visto enfadado, ni siquiera sabía si era capaz de molestarse con alguien. Por si acaso, intenté disculparme.

—Siento haberte interrumpido.

—Deja de decirlo —me advirtió; me dio la impresión de que en ese momento sí estaba molesto, porque en su frente se formó una arruga profunda que lo hacía parecer enfurruñado.

—Vale —murmuré. Me bajé el vestido de cuero, que se me había subido unos centímetros por los muslos. En ese momento me di cuenta de que Vince llevaba una camisa blanca y tenía toda la pinta de habérsela puesto a toda prisa: el primer botón estaba desabrochado y los demás, abotonados de cualquier manera. Ni

siquiera se había puesto la chaqueta. Lo miré de reojo y vi que los pantalones se ajustaban a la perfección a sus piernas largas y musculosas. Su perfume me embriagaba. Sin saber por qué, mi corazón había empezado a latir a toda prisa. Tuve que respirar hondo, bajar la ventanilla y concentrarme en cualquier otra cosa con tal de ignorar la vocecilla de mi cabeza que me repetía que había sido una pésima idea encerrarme en un coche con el chico por el que llevaba años coladita. Nos sumimos en un silencio incómodo hasta que Vince se aclaró la garganta.

—¿Cómo habéis acabado en esa fiesta?

—Ya te lo he dicho: por Wesley. —Froté las yemas de los dedos contra el asiento de cuero negro sobre el que estaba sentada.

—¿Vuelven a estar juntos?

—Como siempre.

Lo miré de reojo; tenía el codo apoyado en la ventanilla y el puño cerrado cerca de la boca mientras conducía relajado. Desprendía un magnetismo fascinante. Suspiré y volví a concentrarme en la carretera.

—¿Todo bien? —me preguntó al cabo de un rato. En su voz percibí un matiz de preocupación.

Le sonreí y asentí.

—Sam y yo hemos empinado un poco el codo esta noche, empiezo a estar cansada.

—¿Os habéis soltado la melena?

—Bastante, aunque no tanto como me habría gustado. Wesley nos ha fastidiado todos los planes —me quejé.

—¿Qué planes tenías, nena? —Lo preguntó con un tono de voz tranquilo, pero fue difícil ignorar la mirada pícara que me lanzó.

—Ligarme a un viejo heredero y pasar el resto de mis días esperando a que se muera —bromeé para aliviar la tensión que sentía crecer en mi interior.

Conseguí hacerlo reír.

—Es difícil encontrar a alguien con ese perfil en el ClubSeven. Pero en el club de petanca al que va mi abuela hay un par que podrían interesarte; puedo organizaros una cita.

—Trato hecho.

Los dos nos reímos y yo también intenté darle conversación.

—¿Cómo ha ido la fiesta de Carol?

—Como siempre, pero era demasiado caótica incluso para mí, así que me he ido al cabo de una hora.

—¿Te has ido de la fiesta? Eso sí que es una novedad —lo chinché, divertida.

—Sí, puede que Blake tenga razón: con la edad me estoy ablandando.

—Tienes veintiún años, Vince.

—El declive ha empezado. —Me sonrió y yo negué con la cabeza. Luego me humedecí los labios y pensé en cómo podría preguntarle lo que de verdad anhelaba saber. No quería parecer celosa ni delatarme intentando sonsacarle información.

—Entonces… —empecé con un tono ligero, esforzándome por sonar como si el asunto no me preocupara—. ¿Tiffany y tú os habéis ido juntos de la fiesta?

Me lanzó una mirada furtiva y enseguida volvió a concentrarse en la carretera.

—No, ella se ha quedado. Al menos, eso creo; en realidad, la he perdido de vista a los dos minutos de entrar en la casa.

Oh…

Su respuesta me llevó a suspirar de alivio, porque eso significaba que Tiffany no era la chica con quien lo había oído por teléfono.

Un consuelo diminuto, pero un consuelo, al fin y al cabo.

Por otro lado, para mí no era ninguna novedad saber que Vince pasaba tiempo con alguna chica.

Sucedía cada dos por tres.

Pero imaginarlo con Tiffany habría requerido un nivel de tolerancia que todavía no estaba preparada para alcanzar.

Permanecimos en silencio el resto del trayecto, hasta que Vince entró en el aparcamiento reservado a los estudiantes del campus. Esperaba sentirme aliviada ante la idea de volver a mi habitación, a salvo en mi espacio personal. Sin embargo, mientras observaba el edificio de mi apartamento a una corta distancia, una inquietud sutil brotó en mi estómago. Tragué saliva con la mirada clavada en el parabrisas; solo entonces comprendí que no quería bajarme de aquel coche.

No quería dejarlo marchar.

Lo quería a él.

Lo quería desde que tenía uso de razón.

No entendía el motivo, pero había algo en él que lo hacía distinto a cualquier otro hombre que hubiera conocido. El cuidado y la amabilidad que me ofrecía eran una novedad para una chica como yo, criada en un entorno duro y violento. Siempre había visto a los hombres como enemigos. Pero a él nunca lo había visto como un enemigo.

Al contrario, despertaba en mí algo primitivo, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Un deseo abrasador, la necesidad de

dejarme ir y volver a sentir una conexión con alguien. A veces me preguntaba si él también experimentaría sensaciones tan intensas.

Se me daba bien captar las señales de un hombre interesado; sin embargo, para mí él era un enigma imposible de resolver. Quizá fuera fruto de mi imaginación, pero, en cuanto creía vislumbrar en él un atisbo de atracción, Vince parecía empeñado en suprimirlo a toda costa y volver a comportarse como un hermano mayor protector.

—Hemos llegado —me indicó, y apagó el motor.

Me desabroché el cinturón, pero no bajé del coche.

«Deberías decírselo».

Las palabras de Sam resonaban en mis oídos.

—¿Quieres que te acompañe hasta el edificio? —propuso cuando vio que no me movía.

Lentamente, negué con la cabeza.

—¿Tienes un cigarrillo?

No era una fumadora empedernida, aunque a veces recurría a la nicotina para calmar los nervios. Y sabía que Vince siempre llevaba un paquete de reserva en la guantera por el mismo motivo.

—¿Estás nerviosa? —Me lo preguntó con una voz profunda, capaz de hacerme imaginar infinitos escenarios bastante interesantes de nosotros dos juntos, sin nadie más alrededor.

Asentí sin apartar la mirada de la suya. En sus ojos vislumbré una emoción que no supe descifrar; solo vi que su nuez se movía despacio al tragar saliva. Alargó el brazo hacia la guantera; sin querer me rozó la piel que quedaba al descubierto entre el borde de las botas y el dobladillo del vestido. Un calor familiar se me instaló en el bajo vientre. En un gesto instintivo, me pegué al asiento. Con

su imponente presencia, Vince dominaba el espacio reducido de su coche.

Mientras revolvía las cosas en busca del mechero, junto a los cigarrillos vi una tira de preservativos.

Quién sabe a cuántas chicas se habría tirado en el asiento en el que me encontraba en ese mismo instante.

Preferí no pensar en ello.

Sacó un cigarrillo del paquete y se lo llevó a la boca antes de volver a acomodarse en su asiento, con la espalda contra la puerta. Bajó la ventanilla de su lado un par de centímetros y lo encendió.

—Qué caballero —protesté. Él me miró de reojo con una comisura de la boca ligeramente alzada.

—Me has dado envidia. —Sonrió, dio una calada larga y me lo pasó.

Empecé a sentir calor, demasiado calor.

Me bajé la cremallera de la cazadora y me recoloqué en el asiento de cuero para mirarlo a los ojos. Me llevé el cigarro a la boca y, tras aspirar, me detuve a observar la marca de pintalabios rojo que había dejado sobre las letras azules de Chesterfield. Cuando volví a mirar a Vince, me dije que si no actuaba en ese momento, no lo haría nunca.

Me mordí el labio y reuní todo el valor que pude.

—Esta mañana no me he olvidado de avisarte —admití.

—Lo sé. —El tono peleón con que habló me encogió el estómago.

—¿Quieres saber por qué no te lo he dicho?

—No estoy seguro.

Eso me pilló por sorpresa.

¿Por qué no quería saberlo? Di la última calada y apoyé una mano en su muslo. Vince alzó una ceja, pero se quedó inmóvil cuando me acerqué a él y eché el humo por la ventanilla. Después, en vez de volver a mi sitio, incliné el rostro a un lado y me encontré a un suspiro de distancia del suyo. Estábamos tan cerca que veía palpitar su cuello bajo la cadena y sentía cómo nuestras respiraciones se volvían más pesadas.

Sonreí.

Era una señal.

No le era indiferente.

Retiré la mano de su pierna y la llevé a su hombro. Deslicé el índice por la cadena de acero que llevaba al cuello y le rocé la piel erizada con la yema de los dedos. Acerqué los labios a su oído y susurré:

—Este es el motivo.

Durante una fracción de segundo, vi que contenía la respiración y cerraba los ojos. Cuando los volvió a abrir, entreví en ellos vestigios de esos miedos que durante meses me habían frenado a la hora de exponerme.

No le resultaba indiferente, pero no me quería como yo lo quería a él.

Esa certeza tuvo el poder de congelar toda mi libido.

Tragué saliva y me retiré para volver a mi asiento.

—Eres estupenda, Ley —intentó tranquilizarme, aunque la temperatura entre nosotros había disminuido a bajo cero—. Pero eres la hermana de uno de mis mejores amigos, no puedo hacer tonterías contigo.

¿Ese era el problema? ¿El famoso código de honor que creía que debía respetar por su amistad con mi hermano?

Y una mierda.

Thomas llevaba nueve meses fuera de Corvallis.

Éramos adultos y plenamente conscientes de nuestros actos.

Si le hubiera gustado, lo demás no le habría importado.

De pronto, aquel coche me pareció demasiado pequeño para los dos. Avergonzada, sentí la necesidad de salir de allí, pero marcharme habría sido incluso más humillante. Me aclaré la garganta, volví a subirme la cremallera de la cazadora y lo miré a los ojos, con un amago de sonrisa.

—Tienes razón. Supongo que mañana, cuando se me pase la borrachera, me reiré de mí misma por haber pensado que tú podías ser la distracción que he buscado toda la noche.

Le planté un beso en la mejilla, le di las gracias por traerme y salí del coche mientras me obligaba a parecer indiferente.

En el fondo de mi corazón, juré que vendería el alma al diablo antes que permitir que Vincent Rise volviera a hacerme daño.

Capítulo 4



Vince

Un año más tarde

Aquella tarde el aula estaba llena de gente, el murmullo de los estudiantes empezaba a causarme dolor de cabeza. Con la mirada perdida en el vacío, seguía golpeando nervioso el bolígrafo contra el cuaderno de apuntes cerrado que tenía delante mientras intentaba asimilar la noticia que había recibido unas horas antes.

Por si fuera poco, la presión que sentía por el partido que íbamos a jugar esa noche no me ayudaba a concentrarme lo suficiente para la clase de *marketing.*

Jesús bendito, tenía que calmarme un poco.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa, respiré hondo, me recoloqué la visera de la gorra en la nuca y presté atención a la profesora Kendra para tratar de retomar el hilo de la clase.

—¿De verdad estás tomando apuntes en una asignatura optativa? —El susurro de Nate Parker hizo que me girara hacia él.

—¿Y qué problema hay? —le respondió Blake, sentado entre Nate y yo, mientras separaba el bolígrafo del papel y devolvía la mirada a la joven profesora, que garabateaba fórmulas y datos en la pizarra digital.

—No te he visto tomar apuntes ni siquiera en las obligatorias —replicó Nate, con una ceja rubia arqueada.

Blake no se molestó en llevarle la contraria, en su lugar me dio un codazo suave en el brazo y dejó vagar sus ojos por el culo de Kendra, envuelto en un traje verde oscuro que realzaba todavía más sus curvas sinuosas. La falda no era demasiado corta, pero ofrecía una buena panorámica de sus piernas, incluso más sugerentes con los tacones altos.

—Mira eso, es perfecto. Redondo como un puto globo terráqueo.

Se me escapó una risita a medias, aunque luego negué con la cabeza. Tenía un culo espectacular, cierto, y el hecho de que la profesora Kendra solo tuviera unos años más que nosotros la hacía especialmente atractiva a nuestros ojos. Supuse que también era el motivo por el que su asignatura, aunque estaba fuera del plan de estudios de la mayoría de los chicos presentes en el aula, siempre estaba a rebosar. Además, el cabello pelirrojo recogido en un moño ordenado y las gafas de montura fina le daban ese aire de profesora *sexy* que poblaba las fantasías eróticas de muchos de nosotros. Siempre había tenido debilidad por las chicas con gafas. Mejor dicho, siempre había tenido debilidad por las chicas y punto.

—Nunca me he tirado a una profesora —continuó Blake, que dio voz a mis propios pensamientos—. Era mi fantasía cuando iba al instituto —prosiguió.

—¿Has decidido intentar hacerla realidad justo ahora? —preguntó Nate, divertido.

—¿Por qué no? —murmuró, pensativo.

—¿Das por hecho que te lo permitiría? —lo apremié.

—Tío, ¿me has visto? Nadie puede resistirse a mis encantos —dijo Blake, que se señaló el cuerpo. En realidad, con sus rasgos de Oriente Medio y la piel olivácea, sabía jugar bien sus cartas con las chicas, aunque de vez en cuando su ego amenazaba con tomar la iniciativa.

—Tío, te veo. Todos los días. —Le puse una mano en el hombro dispuesto a bajarle los humos—. Y te garantizo que las mujeres como ella aspiran a hombres más… refinados. Hombres que sepan distinguir un *prosecco* de un champán, por ejemplo.

Blake se irguió en la silla y apartó mi brazo con fastidio.

—Me dejé engañar por las burbujas y el color —se justificó—. Además, no puedo correr el riesgo —gruñó entre dientes—. He hecho voto de castidad.

Nate y yo lo miramos sin pestañear, convencidos de que nos estaba tomando el pelo. Luego rompimos en carcajadas a la vez que procurábamos hacer el menor ruido posible, hasta que Blake nos fulminó con sus ojos color carbón.

—¿Qué coño quieres decir con que has hecho voto de castidad? —pregunté, incrédulo.

—¿Qué ha sido de la tía misteriosa con la que te acostabas hasta anteayer? —añadió Nate, tan confundido como yo.

—Ahí sigue, creo… No lo sé, es complicado. —Blake se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente.

—¿Desde cuándo te metes en situaciones «complicadas»? —continué, cada vez más desconcertado.

—Desde que me pasé un poco de imbécil y ahora me toca pagar las consecuencias —respondió con un velo de aflicción en los ojos.

—¿Te pasaste de imbécil con la chica de la que no quieres hablarnos?

—Con una amiga suya, involuntariamente —confirmó—. Pero no bastó para que me creyera.

—¿Y por eso has decidido colgar los huevos y hacer penitencia por todos tus pecados? Admirable —me burlé.

Me señaló con un dedo y, a juzgar por la expresión airada que me dedicó y los labios apretados en una línea dura, esperé que soltara algo como que «nadie puede colgar los huevos de Blake Harper». Pero se limitó a responder:

—No quiero volver a hablar de mis huevos con vosotros dos.

Con un oportunismo perfecto, la clase terminó en ese momento. Blake se levantó y se marchó nervioso. Nate y yo lo seguimos, conteniendo a duras penas la risa, y le dimos un par de empujones para destensar el ambiente. En el pasillo nos alcanzaron los demás chicos del equipo, con quienes habíamos quedado para calentar antes del partido. El único ausente era Ethan Grant, que, como siempre, ya se había ido al vestuario sin esperarnos. Ninguna novedad, era un secreto a voces que no le gustaba nuestra compañía, nos consideraba «indignos de su atención», por usar sus propias palabras. La verdad era que nunca había digerido que el entrenador me asignara a mí el rol de capitán. Decía que esa responsabilidad le correspondía a él. Era mi espina clavada desde hacía años, desde que yo lideraba al equipo. Con tal de mantener la paz, me limitaba a ignorarlo, pero cada vez ponía más a prueba mi paciencia.

—¿A qué vienen esas sonrisitas en vuestras caras, chicos? —nos preguntó otro jugador del equipo mientras nos dirigíamos hacia la

salida.

—Blake ha colgado los huevos —sentenció Nate, que se ganó otra mirada asesina de Blake.

Con un gruñido exasperado, mi amigo empujó la puerta de salida con demasiada fuerza y esta se abrió de par en par. Nate tuvo que dar un paso atrás para no estamparse contra la puerta.

—¡Eh, por el amor de Dios! ¡¿Quieres matarme?!

—Tal vez —replicó Blake, sin detenerse.

A su espalda, las risas ahogadas del grupo llenaron el pasillo.



Aquella noche, el rugido del público en el pabellón era comparable al sonido de una explosión. La adrenalina me corría por las venas mientras escrutaba el rostro de todos mis rivales y me preparaba mentalmente para la lucha sin cuartel que nos esperaba. No era un tipo violento, pero el *hockey* era un deporte brutal, lleno de peleas, moratones y golpes de *stick,* pero también de excitación: era mi válvula de escape. No había otro lugar en el mundo donde me sintiera yo mismo de verdad. Sobre la pista de *hockey* podía ser Vincent Rise, el capitán que había llevado a su equipo a lo más alto de las ligas universitarias. Me había ganado el respeto de mis compañeros y de mis rivales. Mi palabra era la única que contaba.

Fuera de allí, en cambio, volvía a ser Vince, solo Vince.

El idiota al que nadie se tomaba nunca en serio.

Cuando sonó por los altavoces la primera canción que marcaba nuestra entrada en la pista, el equipo y yo comenzamos a dar una vuelta de calentamiento. Alcé la vista hacia las gradas: en uno de los

laterales vi a Tiffany Baker, la muñequita que había decidido aceptar mi invitación al partido, acompañada de su amigo Alex. Había sido muy clara al respecto: no me animaría, se limitaría a disfrutar del espectáculo; pero tras varios intentos fallidos, verla allí ya era una victoria.

Le dediqué una sonrisa de satisfacción que ella despachó encogiéndose de hombros antes de volver a charlar con su amigo.

Cuando sonó la sirena, los aficionados, vestidos con los colores de sus respectivos equipos, se dividieron entre los Beavers de la Oregon State University y nuestros rivales, los Huskies de Connecticut. Jugábamos en casa. Los primeros cuatro meses de la temporada regular habían estado llenos de éxitos, y los Huskies venían con ganas. Nate Parker por parte de los Beavers y Roger Moore por la de los Huskies se disputarían el disco para dar inicio al primer tiempo. Con Nate estábamos en buenas manos: era un concentrado de potencia y agilidad, aunque Roger no se quedaba atrás. De hecho, en cuanto el disco tocó el hielo, la furia estalló en ambos bandos. Sin embargo, fue Nate quien ganó el saque en la zona defensiva de Connecticut. El primer tiempo fue una sucesión de pases al límite de la falta, capaces de azuzar al público y cabrear a algún gigante de los Huskies, pero nadie consiguió marcar. En el segundo tiempo, en cambio, dominamos el hielo. Blake y yo anotamos dos tantos, y el Connecticut, uno. Luchamos por mantener el marcador a nuestro favor a pesar de algunas penalizaciones para ambos equipos. El tercer tiempo resultó más duro de lo previsto, hasta el punto de que el entrenador nos propuso varias sustituciones. Cuando faltaban trece minutos para el final, estuve a punto de mandar el disco al fondo de la red cuando vi que alguien se colaba en el sector

intermedio de las gradas y se dirigía a los laterales. Me detuve casi delante de la portería rival, convencido de que había tenido una alucinación. Parpadeé un par de veces antes de comprobar que no estaba soñando. Leila Collins se abrió paso entre la multitud, seguida de su compañera de piso, Sam; la vi llegar hasta Tiffany y Alex. Sam repartió aperitivos y bebidas, Leila tomó asiento y se llevó un Sprite a la boca; luego encajó la bebida entre las rodillas y fijó la mirada en la pista. Observó con atención y, cuando me vio, se tensó por un instante. Capté el velo de incomodidad en sus ojos, que enseguida camufló con un guiño y una sonrisa segura enmarcada por sus labios rojo fuego.

No entendía una mierda.

¿Por qué estaba allí?

Debí de quedarme embobado solo unos segundos, que a mí me parecieron eternos, pero esa distracción me salió cara, porque Arthur Milton, un delantero de Connecticut, me embistió como un tanque y aterricé contra el hielo. El golpe fue tan fuerte que por un momento temí haberme roto alguna costilla. Arthur se levantó a la velocidad de la luz y se hizo con el disco. En cambio, yo me sentía aturdido, por momentos grogui, aunque no estaba del todo seguro de que fuera únicamente por el choque.

Me incorporé con dificultad y me sacudí. Sin querer, mis ojos volvieron a buscarla. Estaba confuso, dolorido y necesitaba respuestas que nunca encontraría. No en ese momento.

—¡¿Quieres espabilar un poco?! —Ethan me dio un empujón con el hombro mientras me gritaba a un centímetro de la cara.

El público me abucheó, desde lejos el entrenador me lanzó una mirada que navegaba entre la preocupación y el cabreo. Mierda. Por

mucho que me doliera admitirlo, Ethan tenía razón.

Fuera cual fuera el pensamiento que se estaba gestando en mi cabeza, tendría que ocuparme de ello más tarde.

Me zambullí en el partido, empeñado en recuperar la concentración y la lucidez de siempre, pero algo se torció. Pasé los últimos minutos del tercer tiempo jugando mal. Ethan impidió que el Connecticut marcara.

Durante el tiempo en que el rival recuperó la posesión del disco, perdí varios pases clave, una cagada en la zona neutral me mandó derechito al banquillo y permitió al otro equipo marcar un tanto.

Estuve a punto de partir el *stick* contra el plexiglás.

Por si fuera poco, Ethan se lio a puñetazos con un delantero de los Huskies. En cuanto el árbitro se percató, les llamaron la atención y los separaron. Los vi gesticular airadamente. No entendí qué se decían, pero desde el banquillo oí un «Vete a la mierda» de Ethan antes de que recibiera otra penalización y acabara sentado a mi lado entre los gritos del público rebelado.

Maldije y me llevé las manos a la cabeza.

Todas esas penalizaciones estaban poniendo al equipo en serios apuros, por no mencionar que estábamos con dos jugadores menos, también por mi culpa.

No podía creerlo.

Todo se estaba yendo a la mierda.

Ethan lanzó el *stick* al hielo y se sentó a mi lado.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado? —Vi que las venas del cuello se le hinchaban.

Me quité un guante y me pasé la mano por debajo de la visera protectora.

—Nada.

—¿Nada? ¡Milton te ha tirado como si fueras un maldito bolo y cuando te has levantado parecías un puto principiante!

—He… he tenido… creía que… —Intenté ofrecer una mísera justificación, pero al final desistí porque sabía que no eran más que excusas. Había echado a perder el partido, punto.

Ninguno de los dos habló más.

Ni siquiera nos miramos.

Ambos teníamos buenos motivos para estar cabreados el uno con el otro. Yo estaba pagando cara mi distracción. Y él, las innumerables faltas que coleccionaba y que debilitaban al equipo.

A seis segundos de que terminara mi penalización, me preparé. Quedaban cuatro minutos para el final del partido y prefería que los lobos me despedazaran vivo antes que permitir que esos cabrones volvieran a su casa como vencedores. Teníamos que concluir el partido con ventaja, no había alternativa. Me repetí esas palabras en la cabeza mientras volvía al hielo. También me las repetí cuando ganamos el saque y llevamos la acción a la zona de ataque. Los Huskies nos cercaron y nos arrebataron el disco, pero Jackson Whitmore, un defensa de tercer año, lo interceptó y buscó un hueco. Los delanteros rivales le pisaban los talones, así que el disco volvió a él. Antes de que intentaran marcar, me lancé a la zona defensiva junto a Blake, que, de algún modo, se hizo con el disco. Juntos nos dirigimos hacia la portería y Blake lo deslizó hacia mí. Con el disco pegado al *stick* crucé la línea azul rival, directo a la red. La única ventaja de mi penalización fue que había descansado las piernas durante un par de minutos y avancé como un cohete. Sentí a los Huskies acercarse, pero no miré atrás. Me abrí paso entre *sticks,*

patines y codos, apuntando a la portería del Connecticut. El portero me miraba con gesto intimidatorio, el guante preparado y las rodillas flexionadas. Había oído que bajo presión tenía la mala costumbre de parar casi siempre a la derecha. La aprensión que se reflejaba en su rostro me convenció de amagar hacia ese lado. Patiné hacia la izquierda, pero moví el cuerpo a la derecha. Fue entonces cuando, con un golpe rápido, mandé el disco al lado contrario con toda la fuerza que me quedaba. Por un instante, todo pareció detenerse: el público en las gradas, mis compañeros y nuestros rivales. Solo se oyó el chirrido de las cuchillas de mis patines frenando sobre el hielo a un paso de la portería. El portero intentó detenerlo con el *stick,* pero la violencia del disparo solo le permitió ver cómo entraba en la red y rebotaba hacia fuera.

Ante su expresión atónita, sonreí y abrí los brazos.

—La próxima vez será, Dustin —murmuré al portero con una sonrisa de perfecto cabrón estampada en la cara.

El estruendo de la bocina quedó sepultado por el griterío cuando el marcador parpadeó a pocos segundos del final. Con la adrenalina corriendo por mis venas lancé los guantes y el *stick* y, sin ser consciente, me encontré buscándola. Esperaba verla allí todavía, celebrando el tanto en las gradas. No estaba. Se había ido. No tuve tiempo de mirar alrededor porque los chicos del equipo se me echaron encima. El dolor en el costado por el choque con Arthur Milton me hizo ver las estrellas, pero habíamos ganado el partido. Mi cuerpo magullado y el trago amargo que tuve que engullir quedarían en un segundo plano.

Capítulo 5



Vince

En el vestuario, la euforia por la victoria seguía intacta. Todos estábamos exaltados, excepto Ethan, que se quitó la equipación y se fue a su taquilla sin dirigirnos la palabra. Jackson y Nate montaron un numerito obsceno aludiendo a cómo habíamos liquidado al Connecticut. Me quité la camiseta y la hice girar en el aire como si fuera el lazo de un vaquero antes de azotar el culo de Jackson. Blake y Zac, el portero titular, llenaban el vestuario de aullidos y silbidos subidos a un banco y animaban también a los demás compañeros. Nos dimos cuenta demasiado tarde de que el entrenador estaba presenciando el espectáculo. En ese momento recobramos la compostura y contuvimos las risas mientras él nos observaba con una expresión a medio camino entre la perplejidad y la resignación.

Zac estaba desnudo a punto de meterse en las duchas y tuvo que taparse con las manos cuando el entrenador Turner empezó a enumerar todas las acciones bien y mal ejecutadas durante el partido.

—Ha sido un buen día, os habéis esforzado, pero sois los campeones vigentes. —Me lanzó una mirada severa—. Espero mucho más de vosotros. Hemos ganado por los pelos. —El

entusiasmo que respirábamos hacía unos instantes se desmoronó. No estaba satisfecho con cómo había jugado en el último tiempo; la decepción en los ojos del entrenador cayó sobre mí como un mazazo.

—Eso pasa cuando el capitán del equipo se olvida de que es el capitán —intervino Ethan, con los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda apoyada en la taquilla. Lo miré, serio como jamás lo había mirado—. O cuando se empeña en mantener elementos cuyo futuro ya está tristemente escrito. —Desplazó la mirada hacia Jackson.

—Repítelo si te atreves —replicó el defensa, que avanzó hacia él con las manos cerradas en puños.

—Un equipo que se respete no puede permitirse eslabones débiles —replicó Ethan con voz afilada justo antes de separarse de la taquilla—. Deberíais besarme los pies por todas las veces que os he salvado el culo esta noche para llevarnos la victoria.

¿Él ha conseguido que nos llevemos la victoria?

—Has acabado cinco veces en la caja de castigo —intervine; avancé hacia él—. Tú crees que nos has salvado el culo; yo, en cambio, creo que solo sabes marcar jugando sucio. ¿Estás seguro de que el eslabón débil es Jackson? —Estaba harto de sus constantes ataques, útiles solo para desestabilizar los equilibrios del equipo.

Los rasgos de su rostro se endurecieron y, en un instante, nos encontramos cara a cara.

—Olvidas que una de esas penalizaciones me la he comido porque tú estabas demasiado ocupado intentando averiguar dónde te encontrabas.

Rechiné los dientes y tuve que contar hasta diez para no darle un cabezazo. Se había tratado de un episodio aislado, yo había llevado

al equipo a ganar el campeonato la temporada pasada y a lograr resultados excelentes en la temporada regular. Estaba desempeñando jodidamente bien mi papel como capitán. Siempre lo había hecho, y eso era justo lo que él no soportaba. Creía que lo merecía más que yo. Estaba convencido de ello, y como el cargo de capitán era lo único que su padre —el director de nuestra universidad— no había podido servirle en bandeja de plata, no le quedaba otra que patalear como un niño mimado.

—Vale, ya está bien —tronó el entrenador Turner, que nos señaló a Ethan y a mí con el dedo—. ¡Un equipo solo gana cuando está unido! ¡Todas estas gilipolleces no hacen más que debilitarnos! Ahora quiero que os duchéis y descanséis. Nada de fiestas, nada de alcohol, nada de mujeres —subrayó a la vez que alternaba la mirada entre todos nosotros—. Os quiero al cien por cien para el partido del sábado que viene. —No añadió nada más; simplemente, esperó un gesto de asentimiento por nuestra parte y se marchó.

Los chicos se fueron directos a las duchas; en el vestuario solo quedamos Blake, Ethan y yo. Ethan se quitó los pantalones y los lanzó dentro de su bolsa.

Suspiré y me masajeé la frente. Ethan era un jugador excelente, anticipaba los movimientos de los compañeros y tenía un control del disco impecable; lo tenía todo para convertirse en profesional, pero era un peligro andante. Para el equipo era un recurso inmenso y al mismo tiempo su mayor condena.

En suma, no tenía ni idea de cómo encontrar un equilibrio con él. Nunca seríamos amigos, eso estaba claro, pero al menos teníamos que ser compañeros de equipo leales y colaborar.

—Terminemos bien la temporada, ¿de acuerdo? —dije por toda respuesta y dejé de lado las ganas de partirle la cara.

—Por supuesto. —Cerró la bolsa de un tirón seco y me miró—. Siempre que no te pongas en medio. —Me dio un empujón con el hombro y pasó a mi lado en dirección a las duchas. En ese momento me senté en el banco, agotado.

Blake se colocó a mi lado y negó con la cabeza mientras observaba a Ethan alejándose.

—Lo veo negro.

—No me digas —respondí, abatido por el rumbo que había tomado la noche.

—¿La chica que estaba en las gradas era Ley? —cambió de tema mientras se secaba el cuello con la toalla. Lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—¿Cuánto hace que no viene a ver un partido? ¿Siete, ocho meses?

—Un año —me limité a responder con la mirada fija en un punto indefinido frente a mí.

—Joder, ha pasado un montón de tiempo —comentó—. ¿Tú sabías que iba a venir?

Negué con la cabeza. Claro que no lo sabía. Desde aquella noche de hacía un año, nuestra relación se había reducido a interacciones mínimas. No era lo que yo quería, pero ella había tomado esa decisión y lo respetaba.

Una punzada de dolor me hizo torcer la boca. Me levanté la camiseta negra y naranja del equipo y vi que en el costado se me estaba formando un moratón del tamaño de mi puño.

—¿Cómo tienes el cuerpo? —preguntó Blake con una pizca de lástima.

—Estoy hecho polvo.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Siempre.

—Buen chico. —Me dio una palmada amistosa en el hombro que me hizo gemir de dolor y cerrar los ojos, pero luego me ayudó a levantarme. En cuanto estuvimos uno frente al otro, me miró fijamente y, de pronto, se puso serio—. Escúchame bien, eres mi amigo y tengo el deber de decírtelo.

—¿Decirme qué? —pregunté, confundido.

—Sé que hay mucha presión. Después de ganar el campeonato el año pasado y de la primera parte de esta temporada, todo el mundo tiene los ojos puestos en ti: el entrenador, los patrocinadores, los rivales, el propio Ethan, que está deseando que metas la pata para arrebatarte la capitanía. Pero el sábado jugamos contra Yale y será duro; por eso, sea lo que sea lo que te haya hecho descarrilar sobre el hielo, olvídalo. No vale la pena. Esto sí merece la pena. —Señaló la «C» de capitán estampada en mi camiseta—. Las Frozen Four valen la pena. Tu sueño de entrar en la NHL vale la pena. Todo lo demás es una distracción. Es nuestro último año en el equipo de la universidad, lo mejor está todavía por llegar.

Permanecí en silencio, asimilando sus palabras.

Ni siquiera yo sabía qué me había pasado. O tal vez sí lo sabía, pero no podía permitirme afrontar ese problema. Lo cierto era que Blake tenía razón: no podía tirar por la borda todos los sacrificios que había hecho hasta ese momento. Había invertido mucho, estaba

demasiado cerca de cumplir mi sueño como para verlo desvanecerse ante mis ojos.

—Lo sé, solo he tenido un mal día —repliqué.

—¿Ha pasado algo? Desahógate, también estoy aquí para eso, con tal de que vuelvas a ser el cabrón despiadado que siempre has sido sobre el hielo.

Lo empujé amablemente hacia atrás y afilé la mirada.

—¿Solo sobre el hielo?

—Sí, solo sobre el hielo —se rio de mí.

Sonreí y me pasé una mano por el pelo sudado.

—Es por mi padre.

Volví a sentarme y Blake me imitó.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Él y Janelle se casan. Me he enterado esta mañana.

Blake abrió los ojos de par en par.

—¿Janelle? ¿La niñera de veintidós años que contrató para cuidar de tu hermana pequeña? ¿La misma con la que te acostabas hasta el verano pasado?

Lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—Esto no me lo esperaba —dijo él.

—Yo tampoco —afirmé.

—¿Ese es el problema? ¿Sufres por Janelle?

Lo miré de reojo con el ceño fruncido. ¿Se le había frito el cerebro?

—No —dejé claro. Lo de Janelle había sido una aventura veraniega sin importancia limitada a las veces que iba a visitar a Sierra, mi hermana. Durante el último año había reducido drásticamente las visitas porque el campeonato exigía más

dedicación y había vivido cada minuto de cada día en función de los partidos. Aunque, claro, jamás habría imaginado que en mi ausencia Janelle se lanzaría a los brazos de mi padre, pero si había decidido que eso era lo máximo a lo que podía aspirar, ¿quién era yo para hacerla cambiar de idea? Callum me ha pedido que sea su testigo —expliqué.

Blake permaneció en silencio un instante.

—¿Cómo te sientes?

—Como el hijo de un senador cincuentón en plena crisis de mediana edad que está a punto de casarse con una cría que tiene mi edad.

Me sentía humillado, así era como me sentía.

Llevar el mismo apellido que un hombre con fama de liarse con mujeres que acababan de cumplir la mayoría de edad —respaldado por los hombres que gobernaban nuestro bonito país— era una realidad que me había marcado desde niño, un dolor que él siempre había ignorado y del que yo había aprendido a distanciarme al crecer. Mantenía el contacto con él tan solo por el bien de mi hermana.

—¿Has hablado con Sierra?

Con los brazos apoyados en las piernas y los ojos fijos en el suelo, negué con la cabeza.

—He recibido una llamada de casa antes del partido, pero no me ha dado tiempo a responder; ahora estará durmiendo.

Blake me pasó un brazo por los hombros y me apretujó contra él.

—Solo es una boda. Habrá música, alcohol a raudales y mujeres ricas y cachondas en cada esquina. Haz lo que tengas que hacer y al

día siguiente vuelves a tu vida. Janelle y tu padre serán un capítulo cerrado.

—Dicho así parece fácil.

—Lo es —respondió con convicción.

Lo miré y pensé en ello. Quizá estaba exagerando.

—Has dicho que habrá muchas mujeres y mucho alcohol —subrayé al cabo de un rato con una sonrisa melancólica.

—Lo típico de las bodas —continuó.

—Entonces, la cosa cambia.

Nos reímos de todo aquello, nos metimos en las duchas y, al salir del campus, me fui con algunos chicos a celebrar la victoria al Marsy. Era un pequeño *pub* de la ciudad designado como punto de encuentro habitual de los estudiantes de la universidad. Solía llenarse sobre todo después de los partidos. Aquella noche, por ejemplo, estaba tan a rebosar que fue imposible encontrar una mesa libre. Tuvimos que esperar en la barra hasta que se vació una al fondo del local junto a la diana. Maggie, nuestra camarera de confianza de pelo azul, nos acompañó a nuestro sitio y nos ofreció un cuenco de nachos y jarras de cerveza.

—¿Qué tal, chicos? He oído que habéis ganado —dijo mientras nos servía la primera ronda a todos.

—¿Acaso lo dudabas? —alardeé con una sonrisa en los labios.

Noté que Blake, frente a mí, subía y bajaba las cejas. También clavó los ojos en el culo de Maggie, ceñido por el uniforme de animadora *sexy* que tenía que llevar durante los turnos. Maggie se dio cuenta, por supuesto, y le dio un codazo en el hombro como respuesta.

—Mi culo no está en el menú —le advirtió antes de marcharse, lo que provocó las carcajadas de toda la mesa.

Llevábamos cuatro años yendo a ese sitio, se había convertido en un segundo hogar. En todo ese tiempo habían pasado muchas camareras por allí, pero Maggie era la única que nunca se había ido. Nos conocía y entendía nuestra forma de bromear; en el fondo, estaba seguro de que le caíamos bien.

Nate, sentado a mi lado, cogió un puñado de nachos y, con la boca medio llena, exclamó:

—Me apetece echar una partida a los dardos.

Me giré hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué tienes, ochenta años?

—El billar está ocupado —se justificó; era cierto, dos chicos de segundo curso ya estaban jugando cuando habíamos llegado.

Negué con la cabeza y me recosté.

—Yo paso, solo quiero beberme unas birras e irme a dormir.

—¿Quién es el viejo de ochenta años ahora? —me pinchó, y encajé la pulla riendo.

A continuación, se levantó y arrastró a jugar con él a Jackson y a otros dos chicos. Blake y yo nos quedamos charlando, disfrutando del espectáculo: en poco tiempo convirtieron una simple partida de dardos en un duelo a muerte. El local se llenó todavía más y había mucho ruido. Sin darnos cuenta, vaciamos las jarras en menos de media hora. Maggie las rellenó y nos trajo otros dos cuencos de nachos y varias salsas. A la mierda las instrucciones del entrenador para aquella noche. A fin de cuentas, nos lo estábamos pasando bien, hasta que vi a Leila cruzar las puertas del Marsy. Me quedé rígido. Dejé de prestar atención a los dardos y a todo lo que Blake

me decía y me centré solo en ella. Llevaba unos pantalones de cuero ajustados, botines de tacón, una camiseta blanca ceñida y una cazadora de piel. Aunque estábamos en lados opuestos del local, en cuanto se detuvo en la entrada su mirada se enganchó a la mía como un imán. Ella permaneció allí, con sus ojos verdes, llenos de sorpresa, mientras me observaba de lejos bajo las pestañas espesas. Por un momento estuve tentado de levantarme y acercarme a ella, pero vi que se paraba a hablar con un compañero de clase que había ido a su encuentro enseguida. Los observé ir a la barra y pedir algo de beber. Charlaron un rato, luego él la condujo hasta la mesa de billar para unirse a otros dos chicos. Poco después, su compañero de clase salió del local y la dejó sola con aquellos dos tipos que no conocía.

De nuevo, sentí el impulso de levantarme e ir hacia ella, pero los gritos de Nate y los demás me distrajeron, menuda batalla con los dardos. Entonces miré a Blake para bromear con él, pero me di cuenta de que ya me estaba mirando. ¿Me había pillado espiando a Leila? Por cómo afiló la mirada me pareció evidente, del mismo modo que también supe que estaba a punto de decirme algo que no me apetecía oír; me bebí el último trago de cerveza y me puse en pie.

—Voy al baño.

Antes de que pudiera alejarme, Blake me agarró de la muñeca y me obligó a volver a mi sitio.

—Ni se te ocurra.

Fruncí el ceño.

—¿No puedo ir al baño?

—No ibas a ir al baño.

—Me he bebido un litro de cerveza, te aseguro que tengo la vejiga a punto de explotar.

—¿Así que no estás buscando una excusa para ir a verla?

—¿A quién? —Fingí no entender a qué se refería.

—Ya sabes de quién hablo. —Me fulminó con la mirada. Luego bebió un trago de cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Oye, ¿recuerdas mi voto de castidad? Bien. Si yo no puedo meterme en líos, tú tampoco.

—No quiero meterme en líos. —Sonreí para disimular la frustración que empezaba a sentir.

—Eso… —Blake miró de reojo a la mesa de billar, donde Leila observaba jugar a los dos chicos, y luego volvió a mirarme—. Eso es un lío en toda regla. La madre de todos los líos.

Lo miré a los ojos, incapaz de decir nada. No quería líos, solo quería… quería hablar con ella. Durante el último año había echado de menos nuestras charlas, verla de nuevo en las gradas había desencadenado un sentimiento de nostalgia. Si volver a ver un partido después de tanto tiempo era su forma de decirme que también me había echado de menos, entonces quería saberlo.

—Él confía en ti. —Blake siguió hablando con el tono de voz de quien me sugería que actuara con sensatez. Thomas me había confiado a su hermana convencido de que, entre todos, yo sería el único capaz de cuidar de ella como un hermano. Consideraba que podía fiarse de mí: era lo bastante prudente para protegerla y lo bastante responsable para no meterme en la cama con ella. Así, desde el día en que se había mudado a San Francisco, me había limitado a ser sus ojos y sus oídos por respeto a la amistad que nos unía. Honraría ese pacto pasara lo que pasara.

—Lo sé —dije serio—. Pero esta situación no me gusta. Míranos, estamos en el mismo local y nos comportamos como dos desconocidos. Nuestra relación se había reducido a eso: saludarnos por compromiso, frases banales, sonrisas de circunstancias.

No lo soportaba.

—A mí tampoco me gusta, pero ahora las cosas son así, y sea lo que sea lo que haya pasado entre vosotros…

—No ha pasado nada, nunca —lo interrumpí bruscamente. Mi fama de mujeriego me precedía, pero me dolía que un amigo pensara que era incapaz de cumplir una promesa.

—Mejor así, entonces. —Levantó las manos en señal de rendición; la mirada poco convencida que me lanzó dio por zanjada la conversación.

Me levanté de nuevo, derrotado, y me dirigí al baño. Tenía que ir de verdad, pero Blake no se equivocaba. De hecho, en lugar de volver con él, al salir fui a la barra a pedir una última cerveza antes de dar por terminada la noche y regresar al apartamento del campus. Ya no tenía ganas de estar allí. Mientras esperaba, me senté en un taburete y eché un vistazo a la mesa de billar. Inclinada sobre uno de los extremos estaba Leila, que se preparaba para romper el triángulo de bolas de colores. Sabía jugar, en el pasado incluso me había ganado alguna vez, pero, por algún motivo, el tiro que hizo fue vergonzosamente débil, tanto que los dos chicos se rieron a su espalda.

«Idiotas».

Maggie me sirvió la cerveza y di un trago. Me reacomodé apoyando un pie en el reposapiés y el otro en el suelo; seguí observándola desde la distancia sin que ella se diera cuenta,

demasiado concentrada en la partida. Después de otros dos golpes poco eficaces, uno de los chicos dijo algo que hizo reír al otro y eso pareció ponerla nerviosa. Cuando llegó de nuevo su turno, Leila se inclinó sobre la mesa para apuntar bien y los dos no desaprovecharon la ocasión para mirarle el culo. El tipo más bajito, pelirrojo, se colocó detrás de ella, tan cerca que sentí un hormigueo nervioso en la palma de la mano, pero justo antes de que el taco colisionara con la bola, Leila lo golpeó sin querer entre las piernas. Una carcajada espontánea brotó entre mis labios. Estaba negando con la cabeza, divertido ante la escena, cuando Ethan entró en el local. Lo vi al instante, con su aire fanfarrón. Lo vi pasarse una mano por el pelo y mirar alrededor, como si buscara a alguien. Seguí su mirada y me di cuenta de que se había posado en Leila mientras jugaba, para luego cruzarse con la mía. Por algún motivo, cuando se percató de mi presencia, esbozó una sonrisa torcida. Se quitó la chaqueta deportiva y se acercó a pedir algo de beber.

—¿Habéis venido a celebrar la victoria? —preguntó con un deje burlón.

—¿No has venido tú por el mismo motivo?

—En cierto modo. —Se apoyó en la barra con los antebrazos, de espaldas a la mesa de billar—. Aunque, a decir verdad, conozco formas mejores de celebrarlo. —Sus ojos azules, ocultos en parte por los rizos negros, brillaban con diversión.

—Me alegro por ti —me limité a responder, antes de volver a mirar a Leila mientras seguía jugando.

Cuando la cerveza estuvo lista, Ethan se la bebió de un trago. Pidió otra enseguida, pero no se la bebió. La cogió y, con una sonrisa que no supe interpretar, me dijo:

—Mira y aprende.

Confundido, lo vi dirigirse a la mesa de billar. Saludó a Leila, que estaba de espaldas con el taco apoyado en el suelo esperando su turno, y le entregó la cerveza. Pero no fue el tipo de saludo que habría esperado entre dos personas que, hasta donde yo sabía, apenas se conocían. Sobre todo, cuando vi a Ethan ponerle una mano en la cadera y apretarla con fuerza, lo bastante como para que diera un respingo. Preso de un instinto que no supe controlar, me puse en pie, pero me detuve en cuanto ella lo miró a los ojos y, aunque parecía sorprendida, le sonrió.

Él le dijo algo, luego se acercó a ella y… la besó.

Vi su lengua colarse en la boca de Leila y vi que ella respondía al beso como si no hubiera esperado otra cosa durante toda la noche.

Me quedé contemplando aquella escena aterradora como un auténtico idiota, mientras dentro de mí solo podía pensar que eso tenía que ser una puta broma.

Capítulo 6



Vince

Lo había besado.

Leila había besado a Ethan Grant delante de mis narices.

Tenía los nervios a flor de piel con el volante en las manos mientras me imaginaba que lo que había bajo mis dedos era la cabeza de ese cabrón. Y cuanto más pisaba el acelerador, más rugía el motor y más sentía hervir la sangre en las venas.

Sabía que no tenía ningún derecho sobre ella, mucho menos sobre sus decisiones personales, pero aun así me sentía profundamente traicionado. Y no se trataba de celos, como había insinuado Blake poco antes de que me marchara del Marsy.

Era una cuestión de principios.

Leila era consciente de todas las cabronadas que Ethan me había hecho a lo largo de los años para ponerme las cosas difíciles en el equipo. Se había comportado igual con cualquiera que hubiera amenazado sus objetivos, aunque solo fuera un poco. Ella lo despreciaba tanto como yo. Entonces ¿qué coño le había pasado por la cabeza? Y, sobre todo, ¿desde cuándo duraba aquello? Pisé todavía más el acelerador. Salí de Corvallis, sin darme cuenta

siquiera; al cabo de unas horas crucé la frontera de Olympia, en Washington.

Cuando detuve el coche frente a la verja de una mansión que conocía demasiado bien, me di cuenta de adónde me había llevado el instinto.

La verja se abrió gracias al reconocimiento facial y me adentré en el camino que conducía a la casa. Cuando apagué el motor, el silencio me envolvió durante un largo rato. Una infinidad de preguntas, para las que no sabría encontrar respuesta, me atestó la mente mientras volvía a ver en bucle la imagen de sus lenguas enredadas. Apoyé la nuca en el reposacabezas y cerré los ojos a la vez que intentaba deshacerme de la tensión que me oprimía el pecho.

Volví en mí cuando escuché la melodía de mi móvil. Aflojé el agarre del volante y me saqué el teléfono del bolsillo de los vaqueros. El nombre de Blake apareció en la pantalla. Era la tercera vez que me llamaba desde que me había subido al coche; supuse que quería saber dónde estaba, teniendo en cuenta que me había marchado del Marsy sin avisar a nadie.

También ignoré esa llamada; no tenía ganas de dar explicaciones.

Saqué de la guantera el paquete de tabaco que guardaba allí para casos de extrema necesidad, me bajé del coche y volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

Me apoyé en la puerta y me llevé a la boca un Chesterfield azul. Empecé a fumar, inmóvil en mitad del camino flanqueado a ambos lados por un jardín impecable. Observé la fachada imponente de la jaula dorada en la que había crecido: el porche, los amplios balcones

de la primera y la segunda planta, las altas ventanas en forma de arco iluminadas por la luz de la luna.

Sonreí con tristeza.

No había lugar en el mundo en el que me sintiera más solo e infeliz.

Pero, entre aquellas paredes, también vivía la única razón por la que siempre volvía: mi hermana.

Sabía que a esas horas no estaría despierta, pero al día siguiente la sorprendería con mi presencia allí. Estaba seguro de que se alegraría, y verla feliz me hacía feliz a mí. En ese momento necesitaba su sonrisa como nunca.

El aire frío y cortante de aquella noche de finales de enero empezó a hacerme tiritar. Apagué el cigarrillo y lo tiré a la fuente de mármol de tres niveles que había en el centro del camino de grava y que lanzaba unos chorros altos de agua.

Imaginé que, al día siguiente, como siempre, me caería una buena bronca por echar allí la colilla. Mi padre había prohibido fumar en casa y en los espacios exteriores; pero su principal objetivo era que yo no fumara nada en absoluto. Afectaba a mi rendimiento deportivo.

A pesar de ello, saltarme sus normas era más o menos mi segunda cosa favorita después del sexo, por lo que no tenía intención de dejarlo justo en ese momento.

Avancé hasta el imponente portón de entrada adornado con cristaleras de remates elegantes y dirigí la vista hacia uno de los muchos jarrones carísimos expuestos a los lados. No tenía las llaves encima, pero Sierra siempre me dejaba un juego de repuesto bajo el jarrón de cerámica Ming para mis visitas improvisadas.

Bajo la mirada de las cámaras de seguridad, metí la llave en la cerradura sin preocuparme por no hacer ruido. Cerré la puerta a mi espalda y me sumergí en la oscuridad del amplio vestíbulo silencioso. Miré a mi alrededor, entre los techos altos y el suelo de mármol pulido; habían pasado meses desde la última vez que había puesto un pie en esa casa.

Algunos muebles decorativos que recordaba desde la infancia habían sido reemplazados por otros más modernos; no obstante, la sensación de frialdad en el ambiente, que no tenía nada que ver con la temperatura exterior, era la misma de siempre.

Me dirigí a la cocina vacía, cuyas puertas acristaladas daban al jardín trasero; me quité la chaqueta de *hockey* y la dejé sobre la península. Me senté en un taburete y me agarré la cabeza con las manos. La rabia que me había arrollado unas horas antes había menguado y dejado espacio a una sensación incluso más desagradable, que jamás habría pensado que asociaría con ella: la decepción.

Me sentí un estúpido por haber creído que había venido a ver el partido por mí.

En realidad, lo había hecho por él.

—¿Vince?

La voz de Janelle me llegó desde atrás. Me giré y la vi ahí, de pie, alta y con sus rizos oscuros que le llegaban a media espalda. Llevaba años en Estados Unidos, pero su belleza evocaba sus orígenes brasileños: piel de ébano y un cuerpo sinuoso. Vestía una bata corta de seda lila que dejaba entrever el escote, atada a la cintura con un lazo flojo.

Me pasé una mano por la cara y suspiré.

—Hola, Janelle.

—He oído ruidos en el camino de entrada y he bajado a comprobar la cámara. Tu padre está durmiendo.

—Perdona, no quería despertarte, vuelve a dormir —la tranquilicé. Ella no me hizo caso: fue a buscar dos vasos, los dejó sobre la mesa junto con una jarra de agua que sirvió para los dos y se sentó frente a mí.

—No te esperábamos, ¿ha pasado algo?

—Nada grave.

Me miró entornando los ojos y bebió un sorbo de su vaso antes de decir:

—¿Por qué será que no te creo?

—¿Por qué será que eso no es una novedad? —Yo también bebí un trago de agua.

Respiró hondo y me dedicó una sonrisa amable.

—En cualquier caso, tu padre se pondrá contento cuando sepa que has venido.

Se me escapó una risita sarcástica, pero no contesté.

Janelle apoyó una mano sobre la mía para invitarme a mirarla a los ojos.

—Él te quiere.

Bajé la vista hacia sus dedos delgados y vi el anillo de compromiso. Brillaba más que un *flash* directo a los ojos. Alcé una comisura de la boca y con el pulgar le acaricié el dorso.

—Enhorabuena.

Janelle dio un pequeño respingo y retiró la mano, incómoda. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, pero no dijo nada.

—Imagino que tendrás muchas preguntas —susurró poco después.

—Ninguna que tenga que ver contigo o con mi padre, honestamente.

Los pensamientos que se arremolinaban en mi cerebro aquella noche iban en otra dirección.

—¿De verdad no tienes nada que decir?

—¿Sobre el hecho de que te casas con mi padre? —Janelle asintió mientras hundía los dientes en su labio. Bebí otro sorbo de agua y levanté el vaso, como si le propusiera un brindis—. Que seáis muy felices y comáis perdices.

—Venga, Vince —me apremió.

—¿Qué quieres que diga? Se te ha presentado una oportunidad y la has aprovechado, lo entiendo.

Janelle frunció el ceño, contrariada.

—No es así.

—¿Ah, no?

—Te lo creas o no, le tengo mucho cariño a tu padre, y él siente lo mismo por mí.

No pude reprimir otra risita, pero eso solo consiguió irritar todavía más a Janelle.

—Soy consciente de que es difícil de creer —continuó—. Pero soy feliz con él, Sierra se alegra de tenerme aquí, y tú podrás…

—¿Podré llamarte mamá? —me mofé mientras dejaba caer la mirada al escote que se abría sobre su pecho y recordaba viejos tiempos.

—Déjalo ya —me reprendió, y se cruzó de brazos—. Lo que hubo entre tú y yo…

—Se acabó —la interrumpí de nuevo. Me recoloqué en el taburete y la miré—. Mira, me da igual si te tiras a mi padre por amor o por estatus. Eres… mejor dicho, eras la niñera de mi hermana. Nos lo pasamos bien alguna vez, y no me arrepiento de nada, que quede claro, pero no eres tú en quien pienso por la noche antes de dormir.

Janelle tensó los hombros y levantó la barbilla. Imaginé que mis palabras y la indiferencia con que las había pronunciado habían herido su orgullo de algún modo, pero los dos sabíamos que había dicho la verdad.

—Entonces, ¿te parece bien? —preguntó—. ¿No tienes nada en contra de esta boda?

—No tengo nada en contra —afirmé.

Janelle me escrutó la cara con atención, casi como si buscara una señal que traicionara mis palabras; luego negó con la cabeza y me despachó con un gesto de la mano. Se bajó del taburete e hizo ademán de irse. Antes de alejarse, sin embargo, me levanté en un gesto dictado por el instinto y la agarré por la cintura.

—¿Por qué te importa tanto lo que yo piense? —murmuré a un suspiro de sus labios.

Janelle se quedó en silencio. Solo vi que contenía el aliento. Decidí arriesgarme. Deslicé la mano por su muslo, muy despacio, para darle tiempo a detenerme si hubiera querido. Me dejó hacerlo, lo que confirmó mis sospechas.

—No has decidido casarte con mi padre por sus cualidades, porque no las tiene. Ni por su encanto irresistible, porque, seamos sinceros: has tenido cosas mejores. Tampoco has decidido casarte con él por el «gran cariño» que dices que sientes. —Le aparté un mechón de pelo de la cara y continué—. El único motivo que te

llevará al altar es que sabes que casarte con un hombre americano, rico y poderoso te permitirá conseguir la ciudadanía y una vida mucho más cómoda que la que podría ofrecerte cualquier otro hombre. —Observé sus labios entreabrirse—. Y él… bueno, él ha encontrado otro trofeo que podrá lucir en sus cenas de gala.

Sentí que se tensaba entre mis manos y vi que fruncía los labios carnosos en una línea dura.

—Así me ofendes.

—Y tú me ofendes a mí si pretendes que me crea lo contrario. —Solté su cuerpo para obligarla a retroceder medio paso y luego volví a sentarme.

Janelle podía hacer lo que quisiera con su vida, pero no dejaría que me tomara por tonto contándome cuentos chinos sobre afecto y sentimientos honestos. Era pura y simple conveniencia.

—No te permito que me hables así. —Se acercó y me habló con una voz más firme—: No todo el mundo tiene la suerte de tener por padre a un hombre blanco, rico y poderoso. Algunos tenemos que luchar con uñas y dientes para conseguir derechos y reconocimiento que a otros les sirven en bandeja de plata —replicó. Pensé que tenía razón. Yo había crecido rodeado de lujo y de privilegios infinitos, pero en el pasado, si hubiera tenido la oportunidad, habría cambiado toda la fortuna de mi padre por un poco de su afecto. O por recuperar a mi madre. Janelle no entendía que todo ese bienestar, esa vida perfecta en apariencia, no significaba una mierda sin alguien auténtico a tu lado con quien poder compartirlo todo—. Así que no vengas a darme lecciones —continuó—. Hace más de un año que no te dejas ver. Has reducido incluso las visitas a tu hermana. No puedes presentarte aquí en mitad de la noche y juzgarme

porque, mientras tú te dedicas al *hockey* y a las chicas, nuestras vidas han seguido adelante.

Me masajeé la frente y suspiré, agotado. No quería discutir. Y tampoco hacerle daño. En realidad, solo quería irme a dormir.

—Perdona. No quería meterme en tu vida ni juzgar tus decisiones, solo estoy… cansado, físicamente agotado por el partido y nervioso por mis cosas.

—No te preocupes, no pasa nada —dijo ella, inspirando hondo.

Luego volvió a sentarse en un taburete a mi lado y se quedó mirándome, en silencio.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando entender.

—¿El qué?

—Qué te ha llevado a ponerte al volante de tu coche y conducir hasta aquí en una noche en la que deberías estar celebrando la victoria del equipo con tus amigos.

—¿Cómo sabes que hemos ganado?

—Sierra —gesticuló con la boca como si fuera obvio—. Sigue todas las noticias por internet con mi móvil. ¿Sabes?, hasta pide que le traigan ejemplares en papel del *Daily Barometer.*

Se me formó una sonrisa espontánea.

—Hemos ganado, sí, pero no ha sido un buen partido. He jugado mal.

—Déjame adivinar: ¿el motivo por el que has jugado mal es el mismo por el que estás aquí?

La miré y, por un instante, me pregunté si sería conveniente hablarlo con ella. Al fin y al cabo, teníamos la misma edad. Podía

entenderme y tal vez captar matices de todo aquel asunto que a mí se me escapaban. Pero algo en mi cabeza sugería que no sería buena idea.

—Es tarde. —Finiquité el asunto, me levanté del taburete y cogí la chaqueta—. Necesito dormir.

—Oh, sí, claro… —Se incorporó en un gesto involuntario, pero era evidente que mi respuesta la había descolocado. Le dediqué una sonrisa amable y pasé a su lado.

—Mañana por la mañana hemos organizado un *brunch* —me informó antes de que cruzara el umbral de la cocina—. Estoy segura de que todos se alegrarán de tenerte con nosotros.

—¿Un *brunch?* —Me giré, confundido.

Janelle asintió.

—Solemos hacer uno todos los sábados.

Arqueé una ceja.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas. Empezamos con esta costumbre antes de las vacaciones de Navidad. Una forma como otra de estar en familia, teniendo en cuenta que cada vez tenemos menos ocasiones de reunirnos.

El concepto de familia con el que yo había crecido distaba bastante de lo que Janelle me había pintado para el día siguiente. Lo máximo a lo que podía aspirar de niño era a una mesa llena de manjares, sí, pero rodeado de silencio, porque yo era el único presente con la gobernanta que se encargaba de servirme la comida.

—¿Estará Sierra?

—Ha sido idea suya. Después de asistir a un *brunch* en casa de una amiga suya decidió que nosotros también deberíamos hacerlo. Los fines de semana duerme hasta tarde, así que tómatelo con calma, nos vemos a las once en el comedor. Sierra se alegrará mucho, cada vez se pone un modelito distinto —rio, y yo lo hice con ella.

—Pues ahí estaré. —Le di las buenas noches y subí a la planta de arriba.

Mi dormitorio estaba al final del pasillo, bastante lejos del de Sierra y, sobre todo, del de mi padre, en la segunda planta. Me dejé caer sobre el colchón y me quedé dormido al instante.

Capítulo 7



Vince

Al día siguiente, cuando desperté, Sierra seguía durmiendo, tal y como había dicho Janelle. Me aseé con rapidez y me puse una camisa blanca que encontré en el armario y un par de pantalones *beige* antes de entrar en su habitación y encontrarla en la cama, bajo las sábanas.

El sol de la mañana inundaba toda la habitación; me acerqué a las ventanas para cerrar las cortinas. Vi a Janelle nadando unos largos en la piscina climatizada del jardín trasero. Pensé que la vida de rica le iba como anillo al dedo.

Corrí las cortinas y salí de la habitación de Sierra. Me bastó verla dormir tranquila para volver a sentirme de buen humor. Bajé las escaleras mientras le enviaba un mensaje a Blake para asegurarle que volvería a tiempo para el entrenamiento del lunes.

Crucé el comedor y enseguida vi la gran mesa rectangular repleta de todo tipo de comida: huevos, pan, tablas de quesos y embutido, fruta y una variedad tan grande de dulces que solo con mirarlos te subía el azúcar. Entré en la cocina, cogí una manzana del frutero y, antes de que pudiera darle un mordisco, Olga, el ama de llaves de mi padre, se me plantó delante.

—Buenos días, señor Rise, qué alegría verlo de nuevo por aquí. —Aunque estaba muy atareada, Olga me sonrió. Empezó a colocar las tazas para el té y el café en una bandeja.

Detestaba ese tipo de formalidades que ella, sin embargo, seguía respetando.

—Hola, Olga.

Me senté junto a la encimera y di un bocado a la manzana. Ella entraba y salía de la cocina como un disco de *hockey* rebotando de un área a la otra, no entendía el motivo de tanto vaivén.

—¿Nos acompañará alguien más esta mañana? —pregunté en cuanto volvió a entrar en la cocina.

Olga dejó la tetera sobre la encimera, se frotó las manos en el delantal blanco planchado a la perfección y me miró con perplejidad.

—No, señor Rise. Solo usted, su padre, la señorita Gomez y la pequeña Sierra.

La miré atónito.

—Entonces, ¿quién va a comerse todo esto?

—Usted y su familia —repitió, como si fuera obvio, antes de volver a sus tareas.

No tuve tiempo de pensar nada más porque un grito de alegría resonó desde la escalera.

Mi hermana se había despertado.

—¡Olga, Olga! —Oí el ruido de sus pasos cada vez más cerca de la cocina; me puse en pie y me preparé para volver a ver a mi pequeño terremoto.

—¡Mi hermano ha vuelto! ¡Su coche está en el cami…! —Cuando Sierra asomó por la puerta y me vio, sus ojos azules se abrieron de

par en par y otro grito salió de su boca—. ¡Has vuelto de verdad! —Corrió hacia mí y saltó para colgarse de mi cuello.

La punzada en el costado provocada por el moratón me arrancó un gemido de dolor, pero intenté reprimirlo para no preocuparla.

—Terremoto, te he echado de menos. —La abracé con fuerza y le di un beso en el pelo rubio, igual que el mío—. ¿Me lo parece a mí o has crecido otros cinco o seis centímetros?

—Puede que tú te hayas encogido porque cada vez estás más viejo —se burló.

—¿Cómo? ¿Viejo yo? —repliqué, consternado—. ¡Retira esas palabras ahora mismo!

—Mira, hasta te han salido canas. —Señaló un punto indeterminado de mi cabeza mientras se reía. Empecé a hacerle cosquillas y ella se retorció como una loca.

Olga asomó la cabeza para comunicarnos que el *brunch* estaba listo. Dejé a mi hermana en el suelo y la hice girar para que el vestido de Elsa que llevaba se le arremolinara alrededor de las piernas. Era un gesto que le encantaba, la hacía sentir como una princesa. Caminamos juntos hasta el comedor.

—¡Pueden ir tomando asiento, su padre y la señorita Gomez llegarán en unos minutos! —nos invitó Olga.

Puse los ojos en blanco y me senté al lado de mi hermana. Ella empezó a hablarme de los innumerables dibujos que había hecho para mí durante todos aquellos meses en los que no nos habíamos visto, me prometió que después del *brunch* me los enseñaría y me los explicaría uno por uno, junto con la miríada de regalos que había recibido por Navidad hacía ya un mes.

Luego me habló de una pequeña discusión que había tenido con una compañera de clase. Me explicó que el vestido de *Frozen* que papá le había comprado unos días antes se había convertido en su preferido oficial: no se lo había quitado ni siquiera para dormir. Para lucirlo mejor, Sierra se levantó y se marcó un arabesco que me hizo reír. También me contó que su profesora de danza clásica le había hecho un montón de cumplidos en la última clase, aunque ya no estaba tan segura de querer seguir con las lecciones.

Habló a raudales durante al menos diez minutos y no la interrumpí ni una sola vez: me habría quedado escuchándola durante horas.

—¿Quieres saber una cosa superguay? —exclamó radiante mientras miraba de reojo las bandejas de dulces que había sobre la mesa.

No me pregunté cuándo había empezado a usar palabras como *guay;* al fin y al cabo, ella también estaba creciendo. Le respondí:

—Cuéntamelo todo.

—Esta noche he tenido un sueño premonitorio, he soñado que volverías a tiempo para el proyecto de ciencias que presentaré esta tarde, ¡y ahora estás aquí!

Me quedé de piedra.

¿De qué proyecto hablaba?

¿Por qué no sabía nada?

—¿El… el proyecto de ciencias?

—¿No lo sabías? —Su tono de voz se volvió más bajo e indeciso, perdió ese matiz de entusiasmo que lo caracterizaba—. Papá prometió que te lo diría.

Pero no lo había hecho, y algo me sugería que no había sido un mero olvido.

Y aunque me habría gustado echarle toda la culpa, sabía que yo tampoco había estado impecable. Janelle tenía razón, durante el último año apenas había pisado esta casa. Me había concentrado tanto en el *hockey* que todo lo demás había quedado en segundo plano. Sierra incluida. Maldición.

Mi hermana bajó la mirada hacia las piernas mientras unos mechones de pelo le cubrían los lados de la cara, casi rozando el borde de su plato aún vacío. Un velo de tristeza había sustituido el brillo de alegría en sus ojos y sentí que me moría por dentro. Me levanté de la silla y me arrodillé para ponerme a su altura. Llevé un dedo a su mentón para que me mirara y le sonreí.

—Claro que lo sabía. Estoy aquí por eso, no me lo habría perdido por nada del mundo. Solo se me había ido de la cabeza un momento. En el fondo, tú misma lo has dicho, ¿no? Me hago viejo. —Con la esperanza de resultar convincente, intenté hacerla reír, pero sabía que Sierra no se dejaba engañar fácilmente. Acababa de cumplir siete años y era una niña despierta. Mucho más que algunas de su edad.

Esbozó una sonrisa y asintió. Habría querido pedirle que me hablara del proyecto, pero no me dio tiempo porque nuestro padre se presentó en el comedor gritando al teléfono.

Llevaba uno de sus trajes de corte clásico, la corbata al cuello con el nudo flojo y el aire exaltado típico de cuando alguien no cumplía sus exigencias.

—Estamos en plena campaña electoral, no podemos permitirnos pasos en falso —le dijo a la persona con quien estaba hablando

mientras intentaba arreglarse la corbata con la mano libre, sin lograrlo.

Olga reapareció en el comedor con una bandeja de bebidas calientes, yo volví a sentarme junto a Sierra.

—El fiscal del distrito no será un problema, pero la prensa sí, los tenemos pegados al cogote —continuó mi padre—. Tengo que revisar los libros contables del último trimestre hoy mismo, y exijo hacerlo personalmente. —Se apartó el teléfono de la oreja y le hizo un gesto nervioso a Olga para que le arreglara la corbata. Lo consiguió en unos pocos movimientos.

—Me importa una mierda lo que pienses, Bobby. Te pago para que resuelvas mis problemas. Si no eres capaz de hacerlo, entonces deberías buscarte otro trabajo. —En ese momento, colgó con brusquedad. Luego cerró los ojos y se masajeó las sienes—. Olga —pronunció con un suspiro, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo—, dígale a Arnold que está mi hijo. —Fruncí el ceño, confuso, pero entonces mi padre añadió—: Y que limpien el agua de la fuente.

—Por supuesto, señor Rise. Oh, antes de que se me olvide, la señorita Gomez ha dicho que no la esperen para empezar el *brunch* —le informó antes de salir al jardín en busca de Arnold. Negué con la cabeza resignado por el hecho de que la fuente seguiría siendo la prioridad de mi padre, incluso ante una catástrofe natural.

—Hola a ti también, Callum —lo saludé; él respondió con un gesto de la cabeza—. ¿Cómo te va?

—Podría ir mejor, pero no hay nada que no se pueda arreglar. —Se sentó a la cabecera de la mesa, abrió la servilleta y se la colocó sobre las piernas.

—O maquillar —añadí, sin ocultar el tono sarcástico de mi voz.

Mi padre me miró con una sonrisa ladeada, los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas.

—El resultado no cambia. —Se sirvió zumo de naranja en el vaso y dio un sorbo—. Janelle me ha dicho que llegaste anoche. ¿Qué buen viento te trae por aquí?

—Solo quería pasar tiempo con mi hermana y asistir a la presentación de su proyecto de ciencias. —Le dediqué una sonrisa cómplice a Sierra, luego cogí dos tortitas de una bandeja y le pasé una, que ella cubrió de inmediato con sirope de arce.

—Podríamos haber organizado algo más elaborado si nos hubieran avisado con tiempo de tu llegada —respondió, sin hacer ninguna referencia a la boda ni al proyecto de ciencias.

—¿Más elaborado que un *brunch* capaz de alimentar a todas las familias del barrio?

Mi padre soltó una risita mientras se llenaba el plato con una mezcla de fruta, embutidos y quesos.

—¿Por qué condujiste por la noche? ¿Ha pasado algo? —me preguntó, sin demasiado interés aparente.

—No ha pasado nada. —Bebí un sorbo de café y empecé a desayunar.

¿Cuántas veces se lo tendría que repetir?

—Pues no entiendo qué haces aquí. —Echó un vistazo distraído al Cartier de su muñeca y volvió a centrarse en el plato.

—Ya te he dicho por qué estoy aquí. Además, esta también es mi casa, supongo que puedo venir como y cuando quiera, ¿o me equivoco? —Mi tono resultó más acusatorio de lo que pretendía. Sierra me apretó el brazo con su manita y, con una mirada que

conocía bien, me pidió que no discutiera con nuestro padre. Detestaba nuestras peleas, que en los últimos años se habían vuelto cada vez más frecuentes.

—Esa no es la cuestión, lo sabes —continuó él—. Solo pienso que no deberías emplear tu tiempo en acudir a reuniones familiares, sino que deberías dedicarlo al…

—Al *hockey* —terminé la frase por él y me apoyé contra el respaldo de la silla, aburrido.

Mi padre frunció el ceño.

—¿No estás de acuerdo?

Intuí el rumbo que iba a tomar la conversación y suspiré.

—Ya me estoy concentrando en el *hockey,* prácticamente no hago otra cosa.

—No lo parece, teniendo en cuenta cómo jugaste ayer.

—Cómo jugué ayer… —repetí, casi como si fuera una maldición. Pero en ese momento una sospecha se abrió paso en mi mente—. ¿Qué sabes tú de cómo jugué ayer?

Mi padre cogió unos granos de uva y me fulminó con la típica mirada de quien siempre lo sabe todo.

—Le pedí a Kennedy que echara un vistazo desde las gradas. Me fue informando en tiempo real.

Dejé el tenedor sobre el plato y lo miré a los ojos.

—¿Mandaste a uno de tus esbirros a verme jugar?

Mi padre asintió y, con la boca medio llena, dijo:

—Sí, y da gracias al cielo de que lo hiciera, Vincent. —Tragó y continuó—: Había ojeadores sentados en primera fila, tipos importantes, y diste pena. —Bajó la mirada al plato y negó con la cabeza con amargura, como si hubiera sufrido la peor de las

humillaciones. Me señaló con el dedo—. Tuve que garantizar la admisión de sus hijos en una de las universidades más prestigiosas del país para convencerlos de que reconsideraran la opinión que se habían formado del capitán del equipo de *hockey* de los Beavers.

Ante esas palabras, me levanté de golpe y la silla chirrió contra el suelo.

—¿Qué has hecho?

—Por favor, Vince. —Mi hermana murmuró mi nombre a modo de súplica, un aviso para que mantuviera la calma. Intenté contener la rabia, pero la sangre me latía en los oídos. Mi padre siempre había controlado cada aspecto de mi vida, ya estaba harto. Mi única victoria había sido la universidad: nada de Ivy League para mí, sino una universidad pública a trescientos kilómetros de casa. Había elegido una ciudad donde no tuviera contactos de ningún tipo, para así apañármelas yo solo. Con el inicio de la universidad, había creído que la distancia le impediría seguir moviendo los hilos. Sin embargo, me había dado cuenta de que no existía distancia capaz de frenar sus maniobras de titiritero.

—Te he salvado la cara —respondió, resoluto.

—No te lo pedí —dije entre dientes—. Igual que tampoco te pedí que me vigilaras con Kennedy ni que me dejaras al margen de la vida de Sierra.

En ese momento vi cómo se le tensaban los hombros y los ojos se le abrían imperceptiblemente. Ahí estaba, su mala conciencia. No íbamos a abordar ese tema delante de mi hermana, pero quería que el mensaje le llegara alto y claro. Tenía que dejar de controlar mi vida y de arrogarse el derecho de eliminar todo lo que se interpusiera en el camino del *hockey.* Lo conocía lo bastante como

para saber que, según él, el proyecto de ciencias de Sierra me impediría machacarme la espalda en la pista con los entrenamientos, así que la solución había sido ocultármelo.

—No arruinemos la mañana con estas tonterías, siéntate y haz feliz a tu hermana, le importa mucho este *brunch* —me ordenó antes de cortar los granos de uva del plato como si no hubiera pasado nada, lo que me enfureció aún más.

A mi padre no le importaban ni el *brunch* ni estropearle la mañana a nadie, solo recordaba que tenía familia cuando le convenía. Solo le importaba engordar su patrimonio a través de cualquier medio posible, hijos incluidos. Lo sabía desde hacía tiempo, pero eso no significaba que doliera menos.

—Perdón por el retraso, estaba en la piscina y he perdido la noción del tiempo. —La llegada de Janelle no sirvió para relajar el ambiente. Yo seguía mirando fijamente a mi padre, que me ignoraba. Sierra me dio un tirón suave de la manga de la camisa, como si quisiera distraerme—. Hoy hace un sol fantástico y, por Dios, estas mermeladas tienen una pinta deliciosa —continuó Janelle, que se sentó a la izquierda de Callum. Miró alrededor con entusiasmo, pero le bastaron dos o tres segundos para darse cuenta de la tensión que flotaba en el aire—. ¿Va… todo bien?

—Todo de maravilla, excepto que se me ha pasado el hambre —dije—. Salgo a fumar un cigarrillo.

—¡Vincent! —me llamó mi padre. Yo lo ignoré y salí del comedor.

En realidad, no quería fumar, solo quería hacérselo creer, con la esperanza de que aquellas malditas uvas lo atragantaran.

A lo lejos oí a Sierra levantarse de la silla, pero mi padre le ordenó que se quedara en su sitio. Un instante antes de que abriera la

puerta que daba al camino, mi padre apareció a mi lado. Me agarró del brazo y me miró a los ojos.

—Estás montando una escena del todo inútil.

—¿Inútil? —Lo fulminé con la mirada—. ¿Por qué no me hablaste del proyecto de Sierra? Sabes lo mucho que le importan estas cosas.

Lo vi vacilar ante una pregunta tan sencilla, lo que resultaba poco habitual en alguien como él, siempre tan entero. En cualquier caso, enseguida recuperó su habitual aire de suficiencia.

—Porque solo es un proyecto escolar. Hará otros en el futuro, incluso mejores, y tú, en cambio, tienes cosas más importantes de las que ocuparte ahora. Es tu última temporada en la liga universitaria, ¿quieres o no una carrera profesional? Este es el momento en el que los equipos de la NHL seleccionan a los jugadores y les ofrecen contratos. Eso es lo más importante ahora.

Suspiré y negué con la cabeza. Tenía razón: estaba dispuesto a privarme incluso del tiempo con mi hermana con tal de convertirme en un trofeo que exhibir.

—Sierra es importante. Todo lo que tiene que ver con ella es importante.

—¡Pero tu carrera en el *hockey* lo es más! —exclamó con una vehemencia inexplicable.

Lo miré con una tristeza infinita durante unos segundos.

—Para ti, sin duda. —Me zafé de su agarre y me marché.

Capítulo 8



Vince

No podía creer que me hubiera hecho algo así.

Mantenerme al margen de la vida de Sierra ya era lo bastante grave, pero hacer que sus hombres me espiaran y sobornar a los ojeadores para que reconsideraran su opinión sobre mí era… joder, era una locura. Además de ilegal.

Iba en contra de todo lo que era y de lo que quería ser.

Sabía que había jugado mal, pero ya había asumido mi responsabilidad. De ese modo, cualquier resultado que obtuviera a partir de entonces quedaría manchado para siempre por la corrupción de mi padre.

Me sabía mal el espectáculo que habíamos —que había— dado delante de Sierra. Debería volver con ella y disculparme, pero en ese momento estaba demasiado nervioso. Tenía el pulso acelerado y me sentía la cara ardiendo mientras me internaba en el bosque que se extendía unas dos hectáreas desde la parte trasera de la villa. Me dirigía a la vieja cabaña que mi abuelo, un hombre que había pasado su vida en los marines, había transformado en una especie de búnker con campo de tiro incluido.

De pequeño me llevaba allí todos los domingos a disparar; cuando crecí, empecé a ir por mi cuenta cada vez que necesitaba desahogarme.

Al llegar a la puerta tecleé el código de acceso y entré. Encendí la luz y bajé los escalones de piedra que me conducirían al campo de tiro. Allí abajo el aire era frío y húmedo, tanto que me recorrió un escalofrío. A pesar de todo, aquel ambiente me gustaba.

Me coloqué en posición, me puse los auriculares y las gafas protectoras, cargué mi Glock y me concentré en apuntar. El primer disparo impactó en el hombro del blanco. Aunque estaba un poco oxidado, con la detonación y el retroceso del arma sentí enseguida cómo la adrenalina me recorría el cuerpo y mis pensamientos se evaporaban. Los siguientes tiros fueron al pecho y la cabeza. Seguí así hasta vaciar tres cargadores; el olor a pólvora se había extendido por todas partes y yo había conseguido descargar la tensión que me atenazaba desde la noche anterior.

Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que habían pasado un par de horas desde que había salido de la casa. Sabía que la presentación del proyecto sería por la tarde, pero Sierra no me había dicho a qué hora exactamente. Tenía que volver y comprobar que estuviera bien, quería apoyarla.

Cuando regresé, la mesa estaba vacía y Olga me informó de que mi padre se había encerrado en su despacho. Aliviado ante la idea de no cruzármelo enseguida, fui hacia la habitación de Sierra y llamé. Entré y encontré a Janelle sentada en la cama de mi hermana, haciéndole trenzas.

—Eh, Terremoto, ¿ya te estás preparando?

Sierra me sonrió y corrió a abrazarme.

—¿Dónde has estado? Apestas a quemado —me preguntó Sierra, que me miraba con suspicacia.

—Ah, nada, solo he dado un paseo por el bosque. —Sierra ignoraba la existencia de aquel búnker. Si lo supiera, con lo curiosa que era, seguro que acabaría husmeando por allí, y, desde luego, no era un lugar adecuado para niños.

—El chófer pasará a recogernos en treinta minutos —me informó Janelle. Sierra volvió con ella y yo me dirigí a mi habitación para cambiarme.

Cuando estaba duchándome en el baño *en suite,* oí sonar el teléfono. Maldije en voz baja. Salí de la ducha y me envolví una toalla alrededor de la cintura. Con otra más pequeña me froté el pelo y fui a coger el móvil; dejé el suelo lleno de gotas.

Me quedé petrificado en cuanto leí en la pantalla «Iceberg», el apodo con el que había guardado el número de Leila.

Ensombrecido, empecé a hacerme mil preguntas.

Una parte de mí quería contestar, hablar con ella, saber qué quería —seguramente, justificarse—, pero el orgullo no me lo permitía.

La verdad es que no tenía ganas de oír sus excusas, si es que las tenía, sobre cómo se había dejado embaucar por Ethan y había acabado «por error» en su cama, como en el más clásico de los clichés.

Por eso, rechacé la llamada. Y por un momento me sentí bien, satisfecho con mi decisión. Sin embargo, justo entonces, un nudo empezó a cerrarme la garganta. Una sensación extraña se instaló en mi interior, difícil de expulsar.

Solté un suspiro que no sabía que había estado conteniendo y fui a sentarme a los pies de la cama.

Me quedé allí, con el móvil apretado entre los dedos, presa de la indecisión. ¿Debía devolverle la llamada? ¿O dejarlo estar? De una cosa estaba seguro: si la llamaba, me mandaría a la mierda por haberle colgado, por algún motivo esbocé una sonrisa ante esa idea.

Mientras miraba la notificación de su llamada perdida, indeciso sobre qué hacer, mi mente voló lejos, al momento en que había guardado su número en mi teléfono tres años antes.



—¿Iceberg? ¿Como la… lechuga? Por favor, Vince, es horrible. —Leila me había arrebatado el teléfono con la intención de cambiarlo, pero yo había conseguido quitárselo de las manos y guardármelo en el bolsillo.

—Iceberg como el bloque de hielo que hay en medio del océano —había aclarado.

—Sigue siendo horrible, ¿te das cuenta?

—A mí me parece fascinante —había respondido mientras estábamos sentados en un banco frente a un puesto de dulces del parque de atracciones, comiendo nubes a la espera de que su hermano volviera del puesto de bebidas. De los icebergs me fascinaba que solo se viera una pequeña parte; la más peligrosa permanecía oculta bajo la superficie del mar. Para mí, ella era así.

—Si ese es el motivo, también te parece fascinante un pez en un estanque.

—Los peces son fascinantes —había dicho con orgullo, y la había hecho reír.

—Entonces, ¿es así como me ves? ¿Como un enorme bloque de hielo perdido en medio del océano? No parece un cumplido.

—Puede que no pretenda serlo.

Leila se había incorporado y me había dado un empujón con aire ofendido.

—Que te den, Rise.

Ahora me tocaba reír a mí.

Había mordido otra nube. Añadió:

—Iceberg, porque así imagino tu corazón, Ley: frío e indestructible. —O así quería que la vieran. Lo había intuido por las sonrisas reprimidas, los abrazos esquivados, las palabras no dichas. No se abría con facilidad, igual que su hermano. Y si alguien intentaba acercarse, ella se cerraba en sí misma y huía. La conocía desde hacía pocos meses, pero enseguida entendí que éramos polos opuestos. La mayoría de las veces me costaba comprender sus silencios o sus reacciones.

—¿Mi corazón? —había repetido en un susurro apenas audible.

Había apartado la mirada hacia un punto vacío frente a ella y había permanecido en silencio. Y yo también me quedé callado ante aquella reacción.

Parecía casi… dolida.

¿Había dicho algo que no debía?

Entonces, presa del pánico, me obligué a pensar en algo para cambiar de tema, cualquier cosa con tal de romper aquel silencio incómodo que se había instalado entre nosotros.

—¿Te gustan los ositos de peluche?

¿Qué clase de pregunta era esa?

Leila me había mirado confusa, tal vez incluso más que antes. No pude evitar llamarme idiota mentalmente, otra vez.

—Nunca he tenido uno —se limitó a decir.

Levanté una ceja, escéptico.

—¿No es una de esas cosas imprescindibles en la habitación de una chica?

Se encogió de hombros y mordió una nube.

—Cuando creces compartiendo tu habitación con un hermano apasionado de los motores, el espacio para los peluches es bastante limitado.

Aunque lo dijo con una sonrisa en los labios, percibí una especie de melancolía en su voz.

Había muchas cosas de ella que no entendía y que quizá jamás llegaría a entender. Pero lo dejé pasar. En aquel momento, el objetivo era quitar hierro al ambiente sombrío.

—Ven, te consigo uno. —Me levanté del banco y la invité a que me siguiera con un gesto de cabeza. Ella no parecía muy convencida.

—No quiero un peluche.

No sabía si estaba enfadada, triste o simplemente confundida.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que sean para mí. —Casi se le escapó una risa.

—¿Cómo puedes saberlo, si nunca has tenido uno?

—Bueno… —Lo pensó durante unos segundos—. Lo sé y punto. Además, mi hermano llegará en cualquier momento, no podemos alejarnos mucho.

—Tu hermano nos encontrará, no iremos lejos. —Le tomé la mano y la ayudé a levantarse sin esperar más. Era alta, quizá medía unos quince centímetros menos que yo. Me gustaba su figura estilizada, pero no se lo diría nunca. Después de la experiencia con Travis Baker unos meses antes, estaba convencido de que detestaba a los hombres lo bastante como para no querer saber nada de nosotros durante una década—. ¿Ves aquel puesto al fondo? —Señalé una caseta no muy lejos de allí, repleta de peluches de todo tipo y tamaño—. Elige uno y será tuyo.

—Oye, para ganar uno de esos tienes que saber disparar —dijo con una expresión casi desafiante.

—¿Crees que no soy capaz? —Fingí que sus palabras me habían ofendido.

—No estoy del todo segura de que sepas sostener una pistola.

Alcé una comisura de la boca ante su falta de confianza.

—Iceberg, no temas, estas manos saben sostener cualquier cosa. —Bajé la mirada hacia su cuerpo y, por un instante, me costó volver a concentrarme.

Leila debió de captar la insinuación, porque abrió mucho los ojos y sus mejillas se tiñeron de rojo. Luego, tras recuperar el control, me dio un puñetazo en el hombro izquierdo y apenas logré contener un quejido.

—No intentes hacerte el pervertido conmigo —dijo a medio camino entre la indignación y la diversión.

—Mensaje recibido. —La tranquilicé y me masajeé el hombro.

Joder, yo era corpulento; desde el instituto, el hockey *me había acostumbrado a recibir golpes de verdad, pero ella sabía pegar.*

—Además —añadió—, si es verdad lo que dices, demuéstralo.

Cogió la bolsa de nubes y me dejó atrás con una sonrisa sagaz en los labios rojo fuego. Vi cómo se dirigía al puesto; mi atención se desplazó a sus piernas envueltas por los vaqueros de forma involuntaria. Eran firmes y largas, y sus caderas… bueno, también me gustaban.

Negué con la cabeza, me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta deportiva y fui tras ella. Al llegar a la caseta, cumplí mi promesa: gané un oso panda con veinte disparos que dieron en el blanco.

Leila no había dejado de mirarme ni un segundo, pero fingí no darme cuenta.

—¿Cómo es posible? —preguntó escéptica.

—¿El qué?

—Que no hayas fallado ni una lata.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? La suerte del principiante.

—Chorradas, disparas como un francotirador. ¿Quién demonios eres, el hijo de James Bond?

—Si revelara mi secreto, me temo que luego tendría que matarte. —Le guiñé un ojo y ella puso los ojos en blanco.

No tenía nada que ocultar, pero admitir que descargaba tensión a base de disparar, sobre todo cuando estaba cabreado, podía sonar un poco psicópata.

—Bueno, en cualquier caso… gracias. —Apretó el panda entre las manos y lo miró con una ligera sonrisa—. Se parece un poco a ti.

Me quedé quieto y fruncí el ceño.

—No me parece un cumplido.

Curvó un lado de la boca y, con un brillo en los ojos, dijo:

—Puede que no pretenda ser un cumplido.

Afilé la mirada, sorprendido.

Touché.

—Pongámosle un nombre —propuse.

—¿Un nombre?

—Sí, un nombre. A los peluches siempre se les pone nombre —respondí, y le rodeé los hombros con un brazo.

Ante ese contacto, noté que Leila se tensaba. Yo siempre había sido un tío expansivo, de mucho contacto físico. Me gustaba abrazar a los demás, quizá para transmitir ese calor que me había faltado de pequeño. Ella, en cambio, no parecía apreciarlo. Por eso, aunque no se apartó, decidí liberarla del abrazo.

—Primero habría que averiguar si es macho o hembra —se limitó a decir.

—Es macho.

—¿Cómo lo sabes?

—Has dicho que se parece a mí. —Le lancé una mirada insinuante que la hizo reír.

—Muy bien, entonces… déjame pensar… ¿Mancha?

—Demasiado obvio para un panda. —Metí la mano en la bolsa de nubes, saqué una y la mordí.

—¿Tobías?

Lo examiné con atención.

—No tiene cara de Tobías.

—¿Y cuál es la cara de Tobías? —preguntó, arqueando las cejas.

—No lo sé, pero desde luego no la suya.

—Entonces, ¿Franklin?

—¿Franklin el panda? No, no suena nada bien.

Leila suspiró y me miró resignada.

—Entonces elígelo tú, así terminamos antes.

Lo pensé unos segundos y entonces se me encendió la bombilla.

—¡Arturo!

—¿Arturo?

—Sí, Arturo.

—Es horrible, igual que Iceberg. Tu capacidad para poner apodos es, como mínimo, discutible.

—Mis apodos son excepcionales y Arturo es un nombre perfecto. Joder, este panda lleva el nombre de un rey, más vale que sus amiguitos lo recuerden.

Leila negó con la cabeza sin poder contener la risa.

—Eres un tío raro, Vince.

—¿Raro en el sentido de que te doy miedo o raro en el sentido de que podrías enamorarte? —la reté con una expresión satisfecha en el rostro.

Dejó de mirar al panda y me estudió unos segundos antes de apartar la vista y concentrarse en la dirección en la que caminábamos.

—Solo… raro y basta.

Siempre era críptica, pero ya me estaba acostumbrando.

—Entonces, ¿apruebas el nombre de Arturo? —le pregunté.

—Lo apruebo, ¿contento?

—Tú deberías estar contenta. A partir de ahora, siempre tendrás algo que abrazar cada vez que me eches de menos.

—¿Y por qué motivo debería echarte de menos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque soy fantástico —respondí con fanfarronería.

Leila me miró y estalló en una carcajada sonora tras un segundo de silencio. Parecía una niña, pero estaba seguro de que si se lo decía, me daría una patada en las pelotas.

Así pues, preferí callar y disfrutar del momento, feliz de haberle devuelto la sonrisa.

—Eres un auténtico idiota, Vince.

—Un idiota que te hace reír.

La miré por última vez; bajo el cielo negro iluminado por las luces del parque de atracciones, me pareció volver a ver sus mejillas ligeramente sonrojadas. Podía contar con los dedos de una mano las veces que la había visto así.

Luego apartó la mirada y, en cuanto vio a su hermano a lo lejos, aceleró el paso para alcanzarlo antes de que él nos viera.



El ruido de unos golpes en la puerta me devolvió a la realidad. Levanté la vista de la pantalla y me di cuenta de que seguía sentado a los pies de la cama, con el teléfono en la mano y la respiración acelerada. Me daba la sensación de que habían pasado horas, pero apenas habían transcurrido unos minutos desde que había rechazado la llamada de Ley.

—¡Viiince, el chófer nos espera delante de casa! —me avisó mi hermana desde el otro lado de la puerta.

—¡Ya voy! —Solté el móvil y todos aquellos pensamientos y me puse lo primero que encontré en el armario.

Capítulo 9



Vince

Unos minutos más tarde, estábamos sentados en la berlina conducida por el chófer personal de mi padre: Sierra, Janelle, Callum, que por suerte me ignoró, y yo. Sierra llenó el trayecto con su habitual cháchara alegre; no me pasaron desapercibidas las miradas atentas que me lanzaba para asegurarse de que la discusión de unas horas antes hubiera quedado atrás. Hice todo lo posible por tranquilizarla y mostrarme relajado, no quería arruinarle el resto del día.

Cuando llegamos al colegio privado al que asistía mi hermana, preparado por todo lo alto para la feria de ciencias, mi padre se pegó al teléfono por asuntos de trabajo. Janelle y yo dimos una vuelta con Sierra, que nos guio entre los distintos proyectos que habían presentado, puestos y laboratorios para niños y jóvenes. Pasamos por la sección dedicada a la astronomía y por la de geología; entonces Sierra nos arrastró hasta su puesto antes de que pudiéramos detenernos a contemplar otros trabajos expuestos.

—Así que has trabajado en la fotosíntesis —observó Janelle.

Sierra asintió. Después, se me acercó al oído y susurró:

—Esa de allí es Olivia. —Señaló a una niña que se encontraba a pocos metros y me explicó que era la amiga con la que se había peleado en el colegio—. El año pasado ganó el premio al mejor proyecto de primer curso y luego no paraba de presumir —nos contó a los dos—. La semana pasada dijo que volvería a ganar, que yo no podía superarla, y discutimos. No la soporto. Nadie la soporta.

—Es comprensible —replicó Janelle, que la observaba de lejos.

—¿Su proyecto es sobre las galaxias? —Eché un vistazo a su puesto. En efecto, parecía que había cuidado hasta el más mínimo detalle. Me pregunté si era posible que niños de siete años ya tuvieran conocimientos tan avanzados.

—Sí, pero no es su proyecto en realidad, la han ayudado sus padres, aunque eso va contra las reglas.

Ah, ahora todo cobraba sentido.

Pasamos la tarde allí dentro, con el ir y venir de personas que admiraban las exposiciones y les otorgaban una puntuación. Al final del día anunciaron a los ganadores de cada curso. En segundo de primaria fue Olivia quien se llevó el premio. Vi que sus padres lo celebraban como si lo hubieran ganado ellos mismos.

Cuando salimos del colegio, Sierra estaba desanimada. Mi padre, que había estado ausente gran parte de la tarde, en lugar de consolarla, le soltó un sermón sobre la importancia de quedar en primer lugar siempre y a pesar de todo. Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no arrojarlo por la puerta del coche en marcha en el que viajábamos.

Al llegar al camino de entrada de casa, mi padre y Janelle nos comunicaron que saldrían a una cena de trabajo y que Olga se

encargaría de nosotros. Por la indiferencia con la que Sierra recibió la noticia, deduje que aquello ocurría a menudo.

—Eh, Terremoto —le dije a mi hermana justo antes de entrar—. Todavía no he tenido ocasión de preguntártelo, pero… ¿eres feliz con Janelle y papá? Quiero decir, ¿te parece bien que hayan decidido casarse?

Sierra se encogió de hombros.

—Soy más feliz cuando estás tú. —Lo dijo con una inocencia que me enterneció—. Papá siempre está fuera por trabajo y Janelle sigue haciendo lo mismo que antes, las cosas no han cambiado mucho.

—¿Y eso te parece bien? Si no es así, puedes decírmelo.

—A papá no le importa mucho lo que yo piense.

—Pero a mí sí. —La miré a los ojos, más serio que nunca.

Ella se encogió de hombros otra vez.

—Creo que sí, creo que me parece bien.

—Vale. Si por algún motivo cambias de opinión, me lo dices. —Si Sierra me lo pidiera, sería capaz de destrozar cada guirnalda, pétalo y ramo utilizado para decorar aquella ridícula boda el día del fatídico «sí, quiero».

Sierra asintió y aproveché la ocasión para decirle otra cosa a la que le había estado dando vueltas durante el trayecto.

—Respecto a lo que te ha dicho papá en el coche, quiero contarte un secreto: ganar no lo es todo. Existen los términos medios, existen los progresos y los resultados, y no siempre se definen con una victoria o una derrota.

Se mordió el labio y reflexionó sobre lo que acababa de decirle. No parecía convencida.

—¿Tú no juegas para ganar?

La pregunta me pilló a contrapié. La respuesta era… sí, jugaba para ganar.

Pero no era la lección que quería transmitirle.

Me arrodillé para ponerme a su altura y tomé sus pequeñas manos entre las mías mientras sus grandes ojos claros me miraban concentrados.

—Yo juego porque en la pista de hielo es donde la gente me ve tal como soy. —Era cierto, era uno de los motivos por los que amaba el *hockey,* aunque no el único—. Te has esforzado en tu proyecto y muchas personas lo han apreciado. Yo, el primero. Eso ya es un buen resultado.

—Pero no todos lo han apreciado.

—Bueno, el de Olivia tampoco lo han apreciado todos, solo la mayoría. Ser el más votado no significa necesariamente ser el mejor.

Sierra frunció el ceño.

—No lo entiendo.

Bajé la cabeza y suspiré, buscando las palabras adecuadas para que no me malinterpretara.

—Todas las personas que hoy han apreciado tu proyecto te han apreciado a ti. Tus ideas y tu trabajo. Quien ha premiado a Olivia ha premiado a sus padres, y créeme, tarde o temprano ella también se dará cuenta de eso.

—Pero mientras tanto habrá ganado muchos premios que no merecía y seguirá presumiendo de ello delante de todos.

—Es posible, el mundo está lleno de pequeñas Olivias y no podemos hacer nada por impedirlo. No obstante, alguien me dijo una vez que una victoria lograda gracias al mérito de los demás es la mayor de las derrotas, y tenía razón.

Vi que reflexionaba sobre mis palabras, mordisqueándose el interior de la mejilla.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—Tú preocúpate de hacer bien tu trabajo, nada más y nada menos.

—¿Y si eso no es suficiente? ¿Y si aunque me esfuerce no me premian? —preguntó con una vocecita débil.

—No se gana para los demás, Sierra, se gana para uno mismo. Aunque no te premien nunca, todo el esfuerzo te habrá formado y te habrá convertido en una persona mejor.

Permaneció en silencio unos segundos y luego me abrazó.

—Vale, haré lo que dices.

Sonreí, le devolví el abrazo y le di un beso en la frente. Cuando entramos en casa, Olga nos recibió con su habitual sonrisa cálida y nos informó sobre la cena.

Después de reconfortarnos con asado con patatas y ver *Frozen* por enésima vez, Olga acompañó a Sierra para que se duchara, se lavara los dientes y se pusiera el pijama. Eran casi las nueve y media y estaba muy cansada, aunque se negara a admitirlo.

Yo la esperé en su habitación, con la promesa de que le leería un cuento antes de dormir. Mientras, me acerqué a la ventana que daba al camino de entrada, la abrí y me quedé observando el cielo negro. Una ráfaga de viento desprendió las pocas hojas que aún colgaban de un árbol casi desnudo y cayeron sobre el techo de mi coche. Una llamada me distrajo de aquel espectáculo. Me apoyé con los codos en el alféizar y respondí.

—Hola, Blake.

—Hola, cabrón. Veo que estás vivo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Quizá porque anoche desapareciste y desde entonces nadie ha vuelto a saber nada de ti, salvo el miserable mensaje que te has dignado a enviarme esta mañana.

Sonreí.

—Estoy bien, estoy en casa.

—Define casa.

—Mi casa. He venido a ver a Sierra.

El silencio que siguió me sugirió que no era la respuesta que Blake esperaba.

—Joder, tío, estás como una chota.

—Tenía ganas de estar con ella, la última vez que la vi había perdido su primer diente de leche.

—Yo también tengo ganas de ver a mi madre, pero no por eso me pego ocho horas de coche en plena noche después de un partido agotador como el de ayer.

Sabía que no andaba desencaminado, pero también sabía que jamás entendería cómo me había sentido.

—Corvallis y Olympia están apenas a tres horas. Ha sido como conducir para un partido fuera de casa —le resté importancia.

—Es una lástima que en los partidos fuera de casa no conduzcamos nosotros. —Hizo una breve pausa y luego prosiguió—: Escucha, voy al grano porque no tengo mucho tiempo. Lo que voy a decirte no te va a gustar, pero tienes que dejarme terminar, ¿vale? —Me aparté de la ventana, tenso de repente. Me puse serio—. He pensado mucho en toda esta situación entre tú e Ethan —empezó mi amigo.

Cerré los ojos y solté el aire porque me esperaba algo peor; sus palabras no dejaban presagiar nada bueno, pero tampoco era lo peor de lo peor.

—Podemos encontrar una solución —concluyó.

—¿De qué hablas? ¿Una solución para qué? —Cerré la ventana y apoyé la espalda en la hoja de cristal.

—Respecto a ti, Leila e Ethan.

Fijé la vista en un punto indefinido del suelo, apretando mi pobre móvil entre los dedos.

—Entre nosotros no pasa nada, ya te lo dije ayer.

—Sí, por eso te esfumaste del Marsy después de verlos devorarse como…

—Blake —lo interrumpí, furioso—. Dime por qué me has llamado.

—He hablado con los chicos y hemos llegado a la conclusión de que podemos, mejor dicho, debemos poner límites.

Suspiré.

—¿Qué clase de límites?

—Adoptar algunas reglas sencillas pero eficaces. La primera es que Leila será un tema prohibido dentro del equipo. La segunda es que no podrá asistir a los entrenamientos y mucho menos a los partidos, nunca. No ha aparecido en un año, no supondrá un problema para ella seguir lejos de la pista. Y la tercera es que…

—No. —Lo interrumpí de nuevo antes de que terminara.

—¿No? —repitió, perplejo.

—No seré yo quien le limite la vida, Blake. Si Leila ha decidido… compartirla con él, es libre de hacerlo donde y como quiera.

Hubo una breve pausa, y luego Blake estalló en una carcajada para burlarse de mí.

—Vale, ahora que has dejado hablar a tu conciencia de chico bueno, podemos volver a razonar como los cabrones que siempre hemos sido, muchas gracias.

—Hablo en serio —le dije.

—Yo también. —Negué con la cabeza; era imposible razonar con Blake.

»Vince, esto no os afecta solo a vosotros tres, sino a todos nosotros. Pone en riesgo el equilibrio del equipo. Tú eres nuestro capitán, y él acaba de encontrar la forma de hundirte. Y si tú te hundes, nos hundimos contigo. Perdona, amigo, te quiero, pero no pienso mandar a la mierda mi futuro por este triángulo.

Reflexioné sobre sus palabras y sí, tal vez tuviera razón, pero no iba a comprometer el destino de mis compañeros. Sabría separar el deporte y mi vida privada, llevaría a mi equipo a lo más alto, como siempre había hecho.

—No nos hundiremos.

—Eso dijeron del *Titanic* y acabó en el fondo del océano por culpa de un iceberg.

Suspiré y me pellizqué el puente de la nariz.

—¿En serio acabas de comparar a nuestro equipo con el *Titanic?*

—¿Quieres escuchar el resto de lo que tengo que decirte o no?

Como si tuviera elección.

—Adelante…

—Bueno, para preservar el equilibrio del equipo, necesitamos recuperar la sintonía que teníamos antes y que se ha ido perdiendo con los años. De lo contrario, estamos jodidos. Nos darán una paliza en cada maldito partido.

—No es culpa mía que hayamos llegado a esto —dejé claro.

—Lo sé.

—Y la sintonía de la que hablas seguiría existiendo si Ethan no se hubiera empeñado en destruirla día tras día. —Empecé a caminar por la habitación, nervioso.

—También lo sé.

Suspiré con fuerza y me pasé la mano por el pelo.

—Entonces, ¿cuál es la solución?

—Unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones? ¿Me tomas el pelo?

—¿Te parezco un tío con ganas de bromear? —replicó sin el menor atisbo de ironía.

—Blake, jugamos contra Yale el próximo sábado, no tenemos tiempo para vacaciones.

—Sí lo tenemos, queda una semana para el partido. Nate ha propuesto que pasemos estos días en la cabaña de montaña de sus abuelos. Allí cerca hay una pista de hielo donde podemos entrenar. Ya está todo organizado.

Di media vuelta sobre mí mismo, incrédulo. Todo eso era absurdo, Blake y Nate lo habían decidido sin consultarme siquiera.

—¿Creéis que Ethan aceptará?

—Bueno, sí, si le hacemos creer que tú no vendrás.

Me quedé aún más atónito.

—Cuando Ethan me vea se pondrá como loco, y yo… ¡preferiría arrancarme la polla antes que pasar unos días con él, joder!

—Lo sabemos, todos somos muy conscientes, pero tienes que verlo como uno de esos sacrificios que hay que hacer por un bien más grande, como los superhéroes. Te garantizo que nosotros pondremos de nuestra parte, será una semana en busca de relax,

diversión y viejos recuerdos. Hasta el entrenador ha dicho que le parece bien.

Reí con nerviosismo y me humedecí la comisura de la boca con la punta de la lengua.

—Será una puta pesadilla.

—Es posible, pero vale la pena intentarlo. En cualquier caso, salimos esta noche, así que tienes que volver a Corvallis.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Esta noche? Blake, estoy con Sierra, no puedo irme ahora, le he prometido que le leería *El palomo travieso.*

Oí un extraño gruñido al otro lado de la línea, como si Blake intentara contener la risa.

Y, en efecto, luego estalló en carcajadas.

—*¿El palomo travieso?*

—Cierra la boca, cabrón. No sabes lo que significa decirle que no a una niña de siete años.

—Sobre todo si esa niña es tu hermana. En cualquier caso, créeme, me sabe mal arrancarte de esa pequeñaja, pero tenemos pocos días y necesitamos aprovecharlos todo lo posible.

Alcé la vista al techo y maldije en voz baja.

—Saldré lo antes posible.

—Gracias, Vince, en serio. De parte de todos.

Resoplé y colgué.

Me froté la cara con ambas manos y luego me masajeé la nuca. Intenté pensar a toda prisa en la mejor forma de decirle a Sierra que tendría que marcharme poco después, pero no encontré ni media excusa convincente.

Justo en ese momento entró en la habitación y me di cuenta de que estaba enfurruñada.

—¿Tienes que irte? —murmuró. Se sentó en la cama mientras abrazaba a Daphne, su inseparable jirafa.

¿Lo había oído todo?

Joder.

Me senté a su lado y asentí.

—Ha pasado una cosa en Corvallis que requiere mi presencia.

Se le humedecieron los ojos y sentí que el corazón se me resquebrajaba.

—No quiero que te vayas, esta casa está vacía sin ti.

Entendía muy bien esa sensación, odiaba que ella también la sintiera.

Me encantaría llevármela conmigo, pero no era posible.

Por el momento.

En mis planes de futuro, en cambio, lo conseguiría.

La cogí en brazos y la senté sobre mis piernas.

—Te prometo que volveré pronto.

—No te creo. Siempre lo dices y nunca lo haces. —Otra pequeña grieta en mi pecho.

—Esta vez cumpliré mi promesa. O tal vez… tal vez podrías venir tú a verme algún día —le propuse. Encontraría la forma de que se sintiera cómoda en Corvallis, aunque tuviera que obligar a los chicos a convertirse en animadores por un día.

Abrió los ojos de par en par y una sonrisa enorme iluminó su cara.

—¿A Corvallis? ¡Sí, sí, sí! —Se lanzó sobre mí y me abrazó—. ¡Quiero ver cómo juegas! ¡Y cómo entrenas! ¡Quiero ver tu

universidad! ¡Y a tus compañeros! ¡Y quiero ver ese local del que siempre hablas! —Sonreí porque, como siempre, había empezado a hablar sin parar. Al menos por esa noche, había conseguido hacerme perdonar. Una vez la hube acostado, la arropé bien con la manta y le leí el cuento como le había prometido.

Esperé a que se durmiera antes de darle un último beso en la frente, salir de la casa y montarme en mi Camaro rumbo a Corvallis.

Capítulo 10



Leila

Cuatro días antes

Metí por enésima vez la cabeza bajo la almohada para intentar amortiguar el estruendo de la música que retumbaba con fuerza desde la fraternidad de Ramirez, en el edificio frente al mío; sonaba como si procediera de la habitación de al lado. Después de unos intentos inútiles de dormirme, me giré boca arriba y aparté las mantas. Eché un vistazo al despertador: eran las 3.17; luego me quedé mirando el techo, nerviosa.

Me levanté de la cama y observé el edificio de la fraternidad desde la ventana. Luces encendidas por todas partes, gente bailando, voces, risotadas y música.

En menos de cuatro horas sonaría mi alarma. Tenía una llamada telefónica de vital importancia, y aquellos idiotas habían montado una fiesta en martes.

En el patio distinguí a varios chicos pasándose porros y bebiendo cerveza. Subí la ventana e intenté que me oyera el único chaval cuyo nombre conocía. Era el hijo del fundador de una de las fraternidades

que contribuía de forma regular con financiación a nuestra universidad.

—¡Liam, es tarde y con todo el ruido que estáis haciendo no puedo dormir! —Él se giró en mi dirección y se puso a parlotear con sus amigos. Estallaron en carcajadas, probablemente porque se reían de mí; luego siguieron bebiendo y fumando.

Me quedé mirándolos, consternada.

Si se creían que iba a dejarlo pasar, se equivocaban a lo grande.

Sin pensarlo, me puse la sudadera que había dejado sobre el escritorio, me calcé las pantuflas y salí de la habitación. En el salón encontré a Sam, que todavía estaba despierta. No me sorprendió, ella vivía de noche.

—¿Adónde vas? —Se quedó congelada con la boca abierta y una galleta a medio camino. Estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, una taza de leche entre las manos, viendo otro capítulo de *La casa de papel* proyectado en la pared de enfrente.

—A educar a algún capullo hijo de papá —dije, antes de salir y dar un portazo a mi espalda.

Una vez fuera, crucé a toda prisa el jardín que separaba las dos residencias y me cubrí la cara con la capucha de la sudadera para protegerme del viento. Subí los escalones del patio y aporreé la puerta hasta que un chico abrió. Me echó una mirada de arriba abajo.

—Guapa, te has equivocado, esto no es una fiesta de pijamas, es una…

—Cállate —lo interrumpí y lo aparté con un empujón.

En cuanto entré, eché un vistazo a mi alrededor y recorrí la casa en busca del dueño. Las fiestas de las fraternidades eran todas

iguales: ríos de alcohol y estudiantes pasados de rosca en cada rincón. La idea de que algún día el futuro de nuestra nación estuviera en manos de aquellos inútiles me puso la piel de gallina.

De vez en cuando, intentaba parar a alguien para preguntarle si sabía dónde estaba Ramirez. Todos se encogían de hombros, por lo que me limité a pedir que bajaran la música, de nuevo.

—¿Qué dices? No te oigo —me gritó una chica a la oreja. Para hacerse oír ante semejante volumen.

—He dicho… —Inspiré hondo, intentando mantener la calma—. Que bajéis la música. Son más de las tres de la madrugada, y mañana tengo que…

—¡Te he dicho que no te oigo! Mira, bébete una cerveza y disfruta de la fiesta. Aquí hay espacio para todo el mundo. —Me encasquetó una botella helada entre las manos y me dejó allí, sola como una idiota.

Tenía los nervios a flor de piel. El insomnio me volvía irritable y no toleraba las faltas de respeto. La música seguía perforándome los tímpanos. Un chico que apenas se tenía en pie se me vino encima y casi me tiró al suelo. En ese momento perdí la paciencia. Decidí arreglar el asunto a mi manera. Me dirigí a la puerta del hueco bajo la escalera porque sabía que ahí estaba el cuadro eléctrico, pero tenía la llave echada. Cerré los ojos y solté una maldición entre dientes. Miré alrededor y pensé en una alternativa. No me iría de aquella casa sin hacer lo que había ido a hacer. La vista se me fue a una mesa de mezclas cuyos altavoces escupían música a todo volumen, y se me ocurrió una idea. Una solución extrema, pero eficaz. Cogí una cerveza que encontré en una mesita allí al lado, la destapé junto con la que ya tenía en la mano, caminé hasta la mesa

de mezclas y vacié ambas botellas sobre aquel aparato carísimo sin dudarlo ni un segundo. La mesa empezó a zumbar y a emitir un chisporroteo suave, y después se instauró un silencio absoluto en toda la casa.

Por fin.

La gente a mi alrededor empezó a mirarse extrañada y confusa, como si no entendiera qué había pasado. Luego alguien me vio y, de inmediato, todos se volvieron hacia mí.

Ver cómo sus expresiones cambiaban a medida que comprendían lo que había hecho fue casi mejor que un orgasmo.

Dejé las botellas vacías sobre la mesa de mezclas y me lamí las gotas de cerveza que me resbalaban entre los dedos.

Estaba asquerosa.

—Madre mía, os gastáis un dineral en esta universidad, pero para emborracharos elegís cerveza de súper barata. —No pude evitarlo.

—¿Qué cojones has hecho? —gritó alguien desde el fondo.

—¿Te has vuelto loca? —añadió otro. Se alzaron murmullos de aprobación y protestas.

Levanté la vista hacia los chicos que se acercaban. Estaban bastante cabreados, en efecto. Pero ni de lejos tanto como yo.

—He apagado la música. Gracias por vuestra colaboración. —Me alejé de la mesa de mezclas y me dirigí hacia la salida mientras me abría paso entre el grupo que se había apelotonado a mi alrededor.

Puse la mano en el picaporte, pero los dos chicos de antes me bloquearon el paso y me obligaron a girarme.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó el más alto de los dos.

—A dormir. —Sostuve sus miradas con toda la desfachatez que pude.

—¿Tienes idea de lo que cuesta esa mesa? Es de pros, no de críos —gruñó el otro.

Arqueé una ceja y ladeé la cabeza para mirarlos mejor.

—Lo siento por vuestro juguetito, pero he intentado pedíroslo bien y no ha servido de nada.

—No tienes ni idea de la gilipollez que acabas de cometer —habló de nuevo el primero.

—Ya lo asimilaré mañana. Buenas noches. —Abrí la puerta de par en par y me fui, dejando a esos tíos mudos a mi espalda.

Satisfecha, crucé el umbral y pasé junto a un par de chavales en los escalones del patio que aún no se habían enterado de lo que había pasado.

Cuando volví a casa, Sam seguía donde la había dejado. Me miró horrorizada.

—No me lo puedo creer, has conseguido que apagaran la música.

—Una vez mi hermano me dijo que si alguien no te respeta lo suficiente como para escuchar tu voz, entonces tienes que darle un motivo para odiar tu presencia. De vez en cuando, sus enseñanzas me vienen bien. —Le conté brevemente lo que había pasado y, si antes estaba horrorizada, ahora me miraba con incredulidad.

—Espera, cuéntame bien qué cara han puesto, quiero saber con pelos y señales qué te han dicho —insistió, ávida de detalles.

—Ahora estoy muerta de sueño, Sam. Mañana te lo cuento todo —le dije antes de ir a refugiarme bajo la manta, donde por fin me quedé dormida.

A la mañana siguiente, intentaba ponerme al día con el trabajo atrasado de la semana anterior, con los ojos clavados en la pantalla del ordenador y el teléfono encajado entre el hombro y la oreja, porque había tenido que quedarme en casa por la gripe. Pero no era el único problema del que tenía que ocuparme: también necesitaba conseguir unas prácticas, a ser posible en un periódico prestigioso. Al año siguiente me graduaría y tenía la intención de ampliar mi currículum. Unas prácticas en un periódico importante marcarían la diferencia, aunque sabía que conseguir una plaza sería difícil, si no imposible. Después de consultarlo con Vanessa, que tenía más experiencia en el tema, mi objetivo era el *Washington Post.* Ya había enviado la candidatura y esa mañana iban a hacer una criba adicional mediante entrevistas telefónicas. Me dijeron que llamara a partir de las ocho y que cerrarían el proceso a la una del mediodía, pero la línea estaba comunicando desde que lo había intentado a las ocho en punto. Llevaba horas en espera.

Pero no pensaba rendirme. Me pasaría el día con el móvil pegado a la oreja si era necesario y sacaría adelante la redacción al mismo tiempo.

—Peter —llamé a mi compañero en cuanto vi que sonaba el teléfono fijo de mi mesa—, línea ocho para ti en tres, dos, uno… —Desde el fondo de la sala me hizo un gesto de asentimiento y vi cómo cogía el teléfono para hablar con la redacción de la Universidad de Stanford: tenían que comentar un proyecto en el que estábamos trabajando conjuntamente sobre el desperdicio de comida en los comedores universitarios.

—Lance, necesito las fotos de los campamentos de personas sin hogar antes de las once. Son las diez y cincuenta y tres —le recordé,

alzando la voz para imponerme al caos habitual que se creaba cada mañana.

—Termino la posproducción y las tendrás en tu correo en un momento —me respondió. Solté un suspiro de alivio.

Mientras seguía a la espera en el móvil y ya empezaba a odiar la musiquita de fondo, el teléfono de mi mesa sonó. Me lo llevé a la otra oreja, agotada.

—Necesito una autorización para empezar las indagaciones periodísticas sobre Jay-Z.

—¿Qué indagaciones? —pregunté desconcertada a Dylan, un compañero que se encargaba de la sección de sucesos.

—Esas de las que habla todo el mundo —replicó—. Acabo de enterarme de que los redactores del *Daily Illini* están investigando el asunto. No podemos quedarnos atrás.

Claro, ¿cómo no había pensado en ello? La noche en blanco me había dejado aturdida y la inmensa cantidad de trabajo pendiente no me dejaba pensar con claridad. Pero confiaba en Dylan: llevaría a cabo su trabajo con el tacto adecuado; le envié la solicitud al coordinador para conseguir el visto bueno y volví a trabajar en el artículo que tenía a medias. Activé el altavoz del móvil y empecé a hacer cambios y los recortes necesarios para maquetarlo.

De pronto, dos manos se apoyaron con fuerza sobre mi mesa y lo hicieron vibrar todo. Ante mí apareció un chico alto, imponente, con la chaqueta de *hockey* de nuestra universidad y los ojos azules entornados, de los que se desprendía una furia inhumana.

—Hola, Ethan —lo saludé con cierta cautela. Me pregunté por qué demonios se había plantado en la redacción, en mi mesa. Él no era

la persona más agradable con la que tenía que lidiar, y, desde luego, era la última con la que yo deseaba tratar—. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? —repitió entre dientes, con los puños apretados y los pómulos encendidos. Sí, estaba cabreado—. Destrozaste mi mesa de mezclas.

Parpadeé; no entendía nada. Tardé unos segundos en caer en la cuenta.

Oh, mierda.

Era su mesa de mezclas.

Me quedé callada mientras medía qué decir. Si se hubiera tratado de cualquier otro, lo habría mandado al cuerno, teniendo en cuenta la noche infernal que me habían hecho pasar. Pero era Ethan Grant, una palabra equivocada y estabas acabada: su padre era el actual rector desde hacía algo más de un año, después de que el señor Campbell hubiera dimitido tras el escándalo de Logan Fallon; Ethan no se cortaba un pelo a la hora de usar esa carta contra cualquiera que osara entrometerse en sus asuntos.

—Lo siento —me obligué a decir. Fue muy difícil pronunciar esas palabras; la verdad era que no lo sentía en absoluto—. No sabía que era tuya. Pero nadie me escuchó. Eran las tres de la madrugada, quería dormir. Es mi derecho, ¿no crees?

—¿Tienes la menor idea de lo que cuesta?

«Seguramente menos que la paga que tu querido papi te ingresa en el banco cada semana».

—No entiendo de electrónica —me limité a responder.

—Bueno, pues a partir de hoy vas a ser una jodida experta, porque la quiero nueva, antes de esta noche.

No pude evitar reírme en su cara.

—¿Has terminado? Porque tengo trabajo. —Para mí, la conversación podía zanjarse ahí. No le compraría otra ni bajo tortura.

Volví a concentrarme en la pantalla del ordenador e intenté retomar el artículo donde lo había dejado. Me informaron por el altavoz del móvil de que era la siguiente en la línea y, por fin, respiré aliviada. Pero justo cuando estaba a un paso de la meta, Ethan, sin darme tiempo a anticipar su movimiento, cogió el móvil de la mesa y colgó. Abrí los ojos de par en par y, en un acto reflejo, me puse en pie y le arrebaté el teléfono de las manos. No me lo podía creer. Estaba tan en *shock* que me quedé en silencio mirando la duración de la llamada en la pantalla: dos horas y cincuenta y seis minutos, todo ese tiempo anulado en un segundo por aquel cabrón.

—Más te vale que me tomes en serio, Leila —repitió, mirándome a los ojos—. Porque no he venido aquí a perder el tiempo.

—Si quieres que te tomen en serio, entonces compórtate en serio —le respondí con el mismo tono de voz—. No soy yo quien ha montado una fiesta en plena noche un martes cualquiera impidiendo dormir a la gente. ¡Así que no es mi trabajo comprarte otra mesa de mezclas! —solté. Volví a llamar, pero la línea estaba ocupada.

«¡Joder!».

—Quiero que te quede clara una cosa —continuó, bajando la voz, a pocos centímetros de mi cara—. Me importa una mierda tu apellido y las excusas que te inventes para justificar la gilipollez que has hecho. Me debes treinta y cinco mil dólares. Tú eliges cómo devolvérmelos: en efectivo o… —Me lanzó una mirada insinuante, alzando una comisura de la boca—. Pero quiero hasta el último centavo. Si no, estás fuera de esta redacción, de tu residencia y de

la universidad. —Se incorporó y fingió que se quitaba una mota de polvo de la manga de la chaqueta—. Estoy seguro de que en el gueto donde naciste no te costará encontrar clases nocturnas y garantizarte un futuro detrás del mostrador de un restaurante de comida rápida asqueroso.

Lo miré atónita. Jamás podría reunir treinta y cinco mil dólares, y sabía que su familia tenía todos los medios necesarios para hundirme.

El año anterior su padre ya había conseguido amargar la vida a dos estudiantes con los que, como siempre, Ethan no se llevaba bien. Si no encontraba una solución rápido, me haría lo mismo.

—No me gustan las amenazas —susurré, conteniendo una furia cada vez más difícil de domar.

—Y a mí no me gustan las niñatas impunes que se niegan a pagar sus deudas. —Se sacó un paquete de chicles de menta del bolsillo, se llevó uno a la boca y dio un paso atrás con una sonrisa torcida—. Esta noche, Leila. Ni un día más.

—No tengo todo ese dinero —dije con ímpetu.

Pero él se encogió de hombros, insolente como siempre.

—Te las apañarás para conseguirlo —se limitó a decir antes de marcharse de la redacción.

Capítulo 11



Leila

Los miércoles no tenía clase; volver a trabajar después de aquel encontronazo fue más difícil de lo que esperaba. Por eso, durante la pausa del almuerzo acepté quedar con Sam en la cafetería y se lo conté todo.

—Mándalo a la mierda —me dijo mientras engullía un bocado de pollo.

—Ha amenazado con contárselo todo a su padre, Sam. O sea, a nuestro rector.

—Seguro que era un farol.

—Ethan no va de farol, nunca. ¿Recuerdas lo que le pasó a Malcolm?

—¿Malcolm Lang? —Se limpió las manos con una servilleta, y yo asentí con firmeza—. Oí rumores, pero no llegué a entender qué pasó.

Apoyé los codos en la mesa y me incliné hacia delante.

—Malcolm era el tesorero del club de teatro desde hacía dos años, pero cuando el año pasado Ethan descubrió que Malcolm se había acostado con su novia, la recaudación de su última función

desapareció como por arte de magia. El rector acusó a Malcolm de negligencia; lo expulsaron del grupo de teatro y perdió los créditos extra que necesitaba.

—Madre mía… —Sam me miró, horrorizada—. Esta universidad es un nido de psicópatas.

—Y que lo digas. La cuestión es que, incluso sin pruebas, consiguieron que Malcolm pareciera culpable a ojos de todo el mundo, nadie se atrevió a mencionar que tal vez había conflicto de intereses.

—No me lo puedo creer… Entonces, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. —Me dejé caer contra el respaldo con un suspiro amargo y cerré los ojos.

—¿Y las prácticas? ¿Cómo ha ido la llamada con la secretaría del proceso de selección?

Negué con la cabeza, abatida.

—Cuando Ethan se ha marchado he intentado volver a llamar, pero seguían comunicando; a la una en punto han cerrado oficialmente el proceso de selección. Y pensar que mi currículum entre tantos otros les había llamado la atención…

—Lo siento muchísimo, Ley. —Me ofreció una mirada solidaria.

—No pasa nada, la próxima vez será. —Pronuncié esas palabras con una indiferencia fingida, pero por dentro a mí también me sabía mal. Esas prácticas eran fundamentales para mí, para mi carrera y para mi futuro… un futuro que ahora veía incierto. Llevaba mucho tiempo esperando ese día, Ethan lo había mandado al traste en pocos segundos.

—A lo mejor deberías decírselo a tu hermano —sentenció Sam. La mirada de reproche que le lancé dejó claro que prefería que me

expulsaran antes de plantearme esa opción—. Me parece que es el único capaz de sacarte de este lío y poner a Ethan en su sitio —se justificó.

—En todo caso, es el único capaz de convertir este lío en otros cien.

—No hace falta que corra la sangre, bastaría con asustarlo un poco, bajarle los humos.

—Mi hermano no entiende de medias tintas. Si supiera que ese idiota me ha amenazado, Ethan acabaría con una mesa de mezclas nueva estampada contra el cráneo.

Sam puso los ojos en blanco.

—Exageras, como siempre.

—No, créeme, no conoces a mi hermano. —Sam y yo nos hicimos amigas cuando Thomas ya se había mudado a San Francisco; de él solo conocía las anécdotas que yo me veía obligada a contarle porque le parecían divertidas, aunque ese no era el adjetivo más apropiado para los desastres que liaba mi hermano—. Encontraré una solución, me apañaré yo sola.

—Podrías probar suerte en una mesa de *blackjack* —dijo tras un momento de silencio.

La miré con una ceja alzada.

—¿Eso es todo lo que vas a recomendarme?

Sam captó el sarcasmo en mi voz y sonrió.

—Bueno, también podrías desvalijar una tienda de electrónica o atracar un banco, pero los dejaría como planes B y C.

Me reí, me pellizqué el puente de la nariz y negué con la cabeza. Cuando levanté la mirada, vi entrar en el comedor a Vince con su bolsa al hombro y la chaqueta deportiva abierta. Estaba

acompañado de Blake, Nate, Jackson y dos chicas que no había visto nunca con ellos. A juzgar por el pelo húmedo, acababa de salir de la ducha tras el entrenamiento.

Me enderecé en la silla; de repente, me sentía inquieta.

Sam siguió mi mirada y empezó a abanicarme delante de los ojos con una de las revistas de moda que siempre llevaba encima.

—¿Tengo que recordarte la regla número dos? Si te lo encuentras delante, lo ignoras.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pensé.

—¿Quiénes son esas?

Fue más fuerte que yo, no pude contenerme cuando vi que una de las dos chicas se sentaba junto a Vince y compartían la misma botella de agua. Luego le dedicó una sonrisa coqueta que me revolvió el estómago, sobre todo porque él se la devolvió.

Madre mía, ese chico se acostaba con cualquiera que tuviera vagina, excepto conmigo.

Su amiga se sentó al lado de Blake. Nate y Jackson ocuparon las últimas sillas alrededor de la mesa.

—No lo sé y no me interesa, y a ti tampoco debería interesarte —me riñó Sam.

Suspiré otra vez y bebí un sorbo de agua.

—Será mejor que nos vayamos.

—Ni hablar —declaró ella—. Regla número tres: no eres tú quien se va, es él quien no debe entrar. —Con una mirada hostil intenté comunicarle que aquella regla era ridícula, además de injusta. Estábamos en un comedor, era impensable que no viniera a comer tan solo porque yo estuviera allí.

—Tú has terminado de comer, ya no tenemos motivo para seguir ocupando esta mesa —intenté convencerla.

—¿Quién ha dicho que he terminado? A lo mejor me apetece tomar postre —dijo, y enderezó los hombros con una expresión soberbia.

—Nunca tomas postre.

—Entonces, ¿hay algún día mejor que hoy para empezar?

Tonterías, solo estaba buscando una excusa para aplicar la «regla número tres».

Un año antes, cuando le conté a Sam que por fin había tenido el valor de declararme a Vince siguiendo su consejo y que él me había rechazado, Sam me adiestró como es debido y preparó un listado de reglas para conseguir que se arrepintiera de esa decisión todos los días de su vida. La frustración y la humillación que había sentido en el coche de Vince me habían llevado a hacerle caso, pero después lo dejé estar porque no quería jugar sucio con él. Aunque me hubiera dolido, le tenía cariño.

—Sam, tengo que volver a la redacción, tengo muchísimo trabajo atrasado —le dije y me levanté—. No me marcho por él, sino porque me necesitan en otra parte, al menos de momento —ironicé, pensando en la amenaza de Ethan. Lo decía en broma, pero en realidad estaba preocupada.

Sam puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Tú misma.

Agarró sus revistas junto con la bandeja vacía y la acompañé a dejarla. Yo no tenía nada que devolver porque no había comido. El encuentro con Ethan me había cerrado el estómago.

Sam aprovechó la ocasión para ponerme al día de su situación sentimental. Muy orgullosa, me dijo que esa noche tenía una cita con Wesley con el único objetivo de cortar con él de una vez por todas: ella estaba segura de que había llegado el momento de romper por centésima vez.

—Además, tengo novedades mucho más importantes, pero te las contaré durante la cena, ahora no tenemos tiempo —me dijo con un brillo eléctrico en los ojos.

—¿De qué se trata? —pregunté, curiosa.

—No te lo digo, y no insistas, tendrás que esperar hasta esta noche —replicó, divertida.

Cuando llegamos al carrito de las bandejas, que, por desgracia para mí, estaba al lado de la mesa de los chicos, recé hasta el último segundo para que ninguno de ellos nos viera. Pero la voz de Nate arrasó con mis esperanzas, porque nos saludó y nos invitó a que nos sentáramos con ellos.

—No, gracias, tenemos cosas mejores que hacer —respondió Sam con un tono de voz demasiado altivo.

—Oh, venga, no os hagáis de rogar —insistió él.

El instinto me llevó a posar la mirada en Vince en busca de un permiso que temí no encontrar. No estaba segura de que me quisiera allí, en la mesa con sus amigos, obligado a fingir una normalidad que ya no era propia de nosotros desde hacía mucho tiempo. Pero la intensidad de su mirada cuando se cruzó con la mía me golpeó tan fuerte que aparté la vista antes de poder interpretar cualquier matiz.

Por desgracia, la chica sentada a su lado me fulminó con la mirada. Se arrimó todavía más a él y le rodeó el antebrazo con la

mano, como si quisiera marcar territorio.

Por instinto, ese gesto de celos me llevó a aceptar la invitación de Nate. Dediqué una sonrisa a Sam para pedirle de forma tácita que me siguiera el juego. Ella estaba encantada, claro.

—Hola, chicos, ¿cómo estáis? —Ofrecí una sonrisa a todos sin detenerme demasiado en la única persona sentada a esa mesa capaz de hacerme sentir como un mar embravecido.

—Genial. ¿Se puede saber dónde te metes? Hace tiempo que no te vemos. —Nate me dejó sitio en el banco, y Jackson, al otro lado, hizo lo mismo con Sam. De esa forma, acabé sentada casi frente a Vince y su nueva amiga.

—Bueno, es una época un poco ajetreada. El periódico, las clases, las prácticas… ya sabes, lo de siempre. —Aunque me obligara a no mirarlo, sentía los ojos de Vince clavados en mí con cada palabra que pronunciaba.

—¿Sabes qué pareces? Alguien que está soltando un montón de trolas, pequeña Collins. —Jackson me lanzó una patata frita y yo le devolví el favor riéndome.

En cualquier caso, no andaba del todo desencaminado: desde la noche en que las cosas entre Vince y yo se torcieron, dejé de ir a ver los partidos e, inevitablemente, también reduje el contacto con ellos. No había sido una decisión intencionada, solo… una consecuencia.

—Igual es que no sois una buena compañía, ¿alguna vez lo has pensado? —los pinchó Sam, bromeando, para sacarme del apuro de tener que dar una respuesta más creíble.

—Quien desprecia, comprar quiere —intervino Blake, con su habitual sonrisa de superioridad en el rostro.

—Y quien compra puede pedir el reembolso —replicó Sam, que puso los ojos en blanco—. Preferiría estar en un laboratorio diseccionando órganos antes que en compañía de atletas fanfarrones como vosotros —añadió, refunfuñando. Blake respiró hondo, pero lo dejó pasar.

—Vale, vale. Ahora intentemos calmar los ánimos. Vince, ¿sales a fumar?

Ignoré el pinchazo en el pecho que el sonido de aquel nombre me provocó y me puse a juguetear con los colgantes de la pulsera que llevaba.

—Ahora no me apetece —respondió, tranquilo en apariencia. Aun así, noté una inflexión especial en su voz que dejaba entrever algo más.

Blake negó con la cabeza y salió solo, y yo me permití mirar a Vince por un instante. Entonces me di cuenta de que ya me estaba observando. El corazón me empezó a latir más deprisa y dejé de oír cualquier conversación que se estuviera produciendo en la mesa.

Tenía la mandíbula apretada, los ojos profundos, esa leve arruga que se le formaba en la frente cuando miraba con atención. Era todo como siempre y, al mismo tiempo, todo había cambiado. Le sonreí ligeramente, porque estaba en su mesa y no quería comportarme como una niña malcriada. Si añadía el hecho de que no había dicho ni media palabra desde que había llegado, eso significaba casi con toda probabilidad que sentía la misma incomodidad que yo; por algún motivo eso me supo mal.

Él me devolvió el gesto alzando una comisura de la boca. La suya también era una sonrisa contenida y superficial, pero aun así noté el corazón palpitando.

Me pareció ridículo el modo en que mi cuerpo, incluso al cabo del tiempo, reaccionaba ante el chico que me había rechazado.

La chica sentada a su lado se aclaró la garganta y tendió la mano en mi dirección.

—No nos conocemos, me llamo Madison.

Me quedé un momento mirando su mano antes de estrechársela.

—Encantada, Madison, yo soy Leila.

—¿Leila…? —repitió, y luego negó con la cabeza—. No, no me suena haber oído tu nombre nunca.

Por la forma punzante en que lo dijo, tuve la sensación de que quería ridiculizarme, hacerme sentir, de algún modo, una intrusa en aquella mesa.

—Yo tampoco he oído hablar nunca de ti… —Cogí una rodaja de manzana de su bandeja y, con una sonrisita desafiante, le di un mordisco—. Pero ya se sabe que las nuevas reclutas tienen que esforzarse el doble para dejar huella.

Me miró desconcertada, parecía que no había entendido del todo el comentario de mal gusto que le acababa de hacer. Sam, Nate y Jackson, en cambio, contuvieron la risa. Su amiga se removió incómoda a mi lado sin decir nada. Vince bebió un sorbo de su botella y me lanzó de reojo una mirada penetrante que no supe descifrar. Terminé de comerme el trozo de manzana y le di las gracias por su generosidad. Madison parpadeó un par de veces, sin replicar.

Al menos había conseguido que se callara.

—El viernes por la noche tenemos el partido contra los Huskies. —La voz de Jackson rompió el silencio incómodo que se había creado —. ¿Vendréis?

Mi respuesta iba a ser que no, pero tampoco quería parecer borde. Además, me di cuenta de que a Vince se le tensaron los hombros; eso me llevó a pensar que tenerme en la grada no le hacía ninguna gracia.

Miré a Sam en busca de ayuda, ella no dudó.

—No podemos, Ley tiene una cita el viernes por la noche, y yo estaré fuera de la ciudad.

Me quedé de piedra.

Yo no tenía ninguna cita, a excepción de una con el sofá; ¿qué demonios estaba diciendo?

—Guau, ¿una cita romántica? —preguntó Nate con malicia, subiendo y bajando las cejas.

No me dio tiempo a negarlo porque Sam se me adelantó:

—Me parece evidente.

Seguí mirándola, confundida, pero ella me esquivaba.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó la amiga de Madison, a mi lado.

Todos me miraron rebosantes de curiosidad, a la espera de una respuesta que no tenía.

Forcé una sonrisa mientras pensaba en una mentira plausible y en al menos diez formas de decapitar a mi compañera de piso ahí sentada.

—Soy supersticiosa, prefiero no decir nada hasta la primera cita. —Como no insistieron, deduje que gracias a esa excusa me había salido con la mía.

Miré la hora y vi que llegaba unos minutos tarde.

—Maldita sea, tengo que irme —murmuré. Me levanté de la mesa y les dije a los chicos que tenía que irme volando a la redacción.

—Pues nada, suerte con los entrenamientos —les dijo Sam, que se levantó al mismo tiempo que yo.

—Sí, y mucha suerte para el partido —añadí. Miré sobre todo a Vince, que parecía absorto en algún pensamiento oscuro. Con un gesto de la cabeza saludé también a Madison y a su amiga, por pura educación.

—No desaparezcas, jovencita —me riñó Nate.

Me limité a asentir y le ofrecí una sonrisa cálida.

Cuando ya estábamos fuera, antes de que Sam pudiera escaquearse, la agarré del brazo.

—¡¿Una cita, en serio?!

—¡Eh, no te enfades conmigo! Lo he hecho por ti —se justificó.

Alcé las cejas y crucé los brazos.

—¿Por mí? Pues dime, ¿de qué forma se supone que me has ayudado?

—Bueno, a juzgar por cómo la expresión de Vince se ha ensombrecido en cuanto me ha oído, diría que he dado en el clavo.

La miré un instante sin decir nada. Estaba desvariando.

—La expresión no se le ha ensombrecido.

—Te digo yo que sí, pero tú estabas demasiado concentrada en ignorarlo como para darte cuenta.

Seguí observándola con cautela y empecé a pensar que tal vez sí, que tenía razón. Una pequeña sonrisa de satisfacción apareció en mis labios.

—¿Se le ha ensombrecido la expresión?

Sam puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Lo interpreto como «gracias», no hay de qué.

—Eres un genio. —Le cogí la cara entre las manos y le planté un beso en la frente—. Nos vemos esta noche.

La idea de que Vince se hubiera molestado ante la posibilidad de que pudiera tener una cita me mejoró el día.

Pero sin cambiarlo del todo, por desgracia.

Pasé el resto de la tarde en la redacción trabajando y consultando varias páginas web en busca de una mesa de mezclas barata que pudiera sacarme del lío en el que me había metido, pero no encontré ni un modelo que se acercara al de Ethan.

En un momento de extrema desesperación llegué incluso a informarme sobre la posibilidad de vender un riñón, y descubrí que su valor en el mercado negro podía rondar los doscientos cincuenta mil dólares.

Casi era una opción a tener en cuenta.

Al terminar el día, encontré un hueco para salir a correr.

Necesitaba desahogarme.

Intenté despejar la mente y analizar toda la situación con más lucidez, pero no lo conseguí. Madre mía, con el dinero que tenía su familia, podía comprarse otra mesa de mezclas solo con chasquear los dedos, no entendía por qué se había emperrado tanto.

Al final, llegué a la conclusión de que pensaría en ello al día siguiente, o al otro, o quizá no lo pensaría nunca, joder. No soportaba a los hombres como Ethan: se creían dueños del mundo solo porque siempre tenían a alguien dispuesto a salvarles el culo en cualquier circunstancia. Bueno, pues yo también quería que me devolvieran la noche en vela que me habían obligado a pasar. Lástima que eso no fuera posible.

Capítulo 12



Leila

Cuando volví a casa, me di una ducha mientras Sam pedía la cena, comida china. De nuestro restaurante favorito. Unos cuarenta minutos después, nos encontramos con la mesa llena de comida y música *jazz* de fondo, que procedía del vinilo de Sam.

—¿Sabes? Llevo toda la tarde dándole vueltas —dijo ella, antes de hincarle el diente a un rollito de primavera—. Si no quieres meter a tu hermano en esto, podrías involucrar a Vince.

Levanté la cabeza de mis fideos de soja y la miré.

—¿Perdona?

—En el fondo, es su capitán, y estoy segura de que si supiera lo que te ha dicho Ethan, no se quedaría de brazos cruzados.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza con decisión—. No quiero meterlo en esto. Se encargaría del problema y lo resolvería por mí.

—¿Y no es eso lo que queremos? ¿Resolver el problema? —intentó decir Sam, confusa.

—No gracias a él —respondí como si fuera evidente—. Este es su último año, el más importante. Está ocupado con los partidos, el papel de capitán, la NHL, los exámenes, la graduación. No quiero ser

otro quebradero de cabeza y estropearle los planes. Además, volver a hablarle después de un año sin hacerlo solo para pedirle ayuda es…

—¿De oportunistas? —terminó.

—Joder, sí. —Enrollé los fideos de soja con los palillos y me metí unos cuantos en la boca—. Mira, hoy ya hemos hablado demasiado de Ethan, no merece tanta atención. ¿Y sabes quién sí la merece? —La apunté con un palillo—. Tú. Ha llegado el momento de soltarlo: ¿qué ha pasado? ¿Te has casado en Las Vegas con un desconocido después de ganar la lotería?

Sam se rio.

—Mucho mejor.

—Guau, soy toda oídos. —Me recosté contra el respaldo e, intrigada, le presté toda mi atención.

—¡He encontrado una nueva agencia de moda dispuesta a representarme! —Lo celebró juntando las manos y con una sonrisa de satisfacción en la boca. La mía, en cambio, empezó a apagarse—. El mánager ya me ha conseguido dos trabajos para el mes que viene: un desfile en un sitio pequeño y una sesión de fotos en Cannon Beach para el lanzamiento de una marca de bañadores. El sábado por la noche me lleva a un local exclusivo fuera de la ciudad para que conozca a las otras modelos con las que trabajaré.

Parpadeé un par de veces, no sabía qué decir.

O, más bien, sabía lo que tenía que decir, lo que ella esperaba oír, pero no pude cumplir sus expectativas. No conseguí alegrarme por ella como habría querido.

Sabía muy bien cuánta podredumbre se escondía en ese mundo camuflada bajo una capa de brillo. Todo giraba alrededor de los

flashes. De la aprobación. De la exhibición. De la conquista. Ser modelo era su sueño, lo tenía todo para lograrlo: era guapísima y encajaba al milímetro en esos cánones estéticos dementes que exigían. Hacía unos meses había asistido al inicio de su obsesión con las calorías y los números de la báscula, mientras renunciaba a salir por la noche conmigo y con nuestros amigos para aguantar el ritmo agotador de pruebas y desfiles. Se había tratado solo de unos pocos trabajos, pero fue un alivio ver que volvía en sí cuando retomó su vida de mera estudiante universitaria.

Sam me observaba a la espera de mi reacción, una palabra, un gesto de aprobación que tardaba en llegar.

—Es… es… magnífico —fue mi única respuesta.

—¿Solo magnífico? ¡Ley! ¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, es solo que… no tenía ni idea de que hubieras decidido intentar volver a subirte a la cresta de la ola. —Me obligué a mostrar una sonrisa de oreja a oreja; luego, cogí una nube de dragón y empecé a comer como si nada.

—Ya, es que no lo había decidido, pasó todo por casualidad. —Ella también siguió comiendo y empezó a explicármelo—: Hace dos semanas, fui de compras al centro comercial y, mientras pasaba de tienda en tienda, un tipo con una cámara de fotos colgada al cuello me paró y me preguntó si estaría dispuesta a dejarme hacer algunas fotos para sus perfiles en redes sociales. Lo primero que pensé fue que era un pervertido, así que comprobé los perfiles de los que hablaba. Cuando vi que solo era un fotógrafo *freelance* inofensivo, acepté. Sin esperarlo, esas fotos se hicieron virales y llamaron la atención de Jeff Benson, un mánager bastante importante que tiene contactos directos con las mejores marcas, estilistas, agencias de

publicidad y prensa del sector. Se puso en contacto conmigo y me preguntó si me interesaría trabajar con él, decía que tengo potencial para triunfar. No te dije nada porque sabía que te ibas a preocupar. Pero ahora que ha llegado una propuesta de trabajo, sé que van en serio y que puedo fiarme.

Bebí un sorbo de agua y tragué.

—Es increíble, Sam, increíble de verdad.

«Mentira».

La perspectiva de volver a verla víctima de ese mundo hacía que me entraran ganas de agarrar a Jeff Benson por las pelotas y ordenarle que se dedicara a la hípica. Habría querido advertirla, hacer que pensara en ello, pero Sam no soportaba que pusieran en duda su criterio. Por eso, me mordí la lengua y le pregunté:

—¿Y tú… tú eres feliz?

Menuda pregunta más idiota. La felicidad se le veía en los ojos.

—¡Felicísima! —Me ofreció una sonrisa amplia y luminosa—. Nunca he creído demasiado en esa historia de que lo mejor llega cuando menos te lo esperas, pero tal vez podría cambiar de opinión.

De repente, me sentí mal por haber sido tan poco solidaria con ella, aunque tuviera mis motivos.

Así pues, intenté apartar mis miedos y ponerle remedio. Le cogí una mano entre las mías y le dediqué una sonrisa afectuosa con la que quería transmitirle todo mi apoyo.

—Enhorabuena, Sam. Sé lo importante que es esto para ti y estoy segura de que llegarás muy lejos.

—Eso espero. Gracias —me respondió con dulzura.

—Pues, llegadas a este punto, ¡solo nos queda celebrarlo! —exclamé. Me puse en pie e invité a Sam a hacer lo mismo. Como

siempre, fui al aparador de la cocina y saqué la botella de tequila. Serví dos vasos, le ofrecí uno a Sam y lo choqué contra el mío—. ¡Por ti y por esta nueva aventura!

Nos lo bebimos de un solo trago y un escalofrío incandescente me recorrió la espalda.

—Uf, lo necesitaba —exclamó Sam, que se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Ya ves —respondí con las mejillas ardiendo. Nos concedimos una segunda ronda, el peso que sentía en la boca del estómago desde aquella mañana empezó a aligerarse. Pero, antes de que pudiéramos llegar a la tercera ronda, alguien llamó a la puerta.

Quería ir a abrir, pero Sam me detuvo.

—Déjalo, ya voy yo, es Wesley.

Me llevé una mano a la frente.

—Ah, claro. La cita para cortar. —No me sabía mal por Wesley, al contrario; esperé con todas mis fuerzas que esta vez fuera la definitiva, pero sabía que aun así era una situación delicada—. ¿Quieres que me vaya a dar una vuelta?

—No, nos vamos nosotros, no te preocupes.

—De acuerdo. —Le di un abrazo para animarla y le susurré al oído que era lo correcto.

Ella suspiró y asintió, seria.

Se puso su chaqueta, fue a la puerta y, cuando abrió, Wesley fue a saludarla con un beso en la boca que ella esquivó antes de ofrecerle la mejilla. Vi que Wesley se sorprendió y le preguntó si todo iba bien. Sam, en lugar de contestar, le propuso que fueran a dar una vuelta por el jardín del campus.

Por la cara que puso Wesley, estaba claro que intuía por dónde iría la conversación, pero aceptó. Antes de marcharse, los dos me saludaron desde el umbral y yo me despedí de ellos.

Cuando me quedé sola, cambié la música *jazz* por *pop-rock* y empecé a recoger la mesa. Tiré a la basura todos los envases de comida vacíos, barrí el apartamento y lavé los platos. Habrían pasado unos diez minutos cuando alguien volvió a llamar a la puerta. Me quité los guantes con los que estaba fregando los platos y fui a abrir.

—Madre mía, Sam, has sido más rápida que…

No pude acabar la frase porque la persona que había en el umbral no era mi compañera de piso.

Ni de lejos.

—Se te ha acabado el tiempo, jovencita. —La voz de Ethan sonó clara y acusadora.

—¿Qué demonios haces aquí? —¡No podía creer que ese idiota se hubiera presentado en mi puerta!

—Teníamos un trato.

—No, tú pretendías algo, pero yo fui muy clara al respecto.

Inclinó la cabeza y me estudió con gesto intimidante.

—Estás empeorando tu situación, Leila. Más de lo que ya la empeoraste anoche.

Me habría encantado usar su cara merecedora de un guantazo para fregar el suelo.

—Te comportas como si fueras el único que ha perdido algo, ¡pero no es así! ¡Echaste por tierra la única oportunidad que tenía de conseguir unas prácticas en uno de los periódicos más importantes de Estados Unidos por un estúpido capricho!

—¿Treinta y cinco mil dólares te parecen un estúpido capricho? —replicó.

—Para mí no, pero para ti sí, no nos engañemos.

Ethan suspiró con desprecio y se metió las manos en los bolsillos.

—En mi mundo, quien rompe paga. Además, no te habrían seleccionado. No tienes madera para ese trabajo, me sorprende que nadie te lo haya dicho todavía. No aguantas la presión de una noche en vela, así que olvídate de sobrevivir en una redacción llena de tiburones dispuestos a devorarse entre ellos.

Quería contestar a esa crítica defendiendo mis capacidades, mi trabajo y mi pasión, pero, por algún motivo, no pude. Sus palabras hicieron mella en mis puntos débiles y despertaron inseguridades que me hicieron dudar de mí misma.

—La verdad duele, ¿eh? —rio haciendo gala de una sonrisa pérfida en los labios.

Reprimí las ganas de darle una patada en sus partes, respiré hondo y me pellizqué el puente de la nariz en busca de una solución que pusiera fin a toda esa historia. Quería que Ethan desapareciera de mi vista para siempre.

—Mira, no tengo ese dinero, Ethan, y no pienso perder más tiempo intentando que lo entiendas. Pero reconozco que cometí un error y, por eso, estoy dispuesta a llegar a un acuerdo. Dime en qué puedo serte útil.

—No hay nada para lo que puedas serme útil —afirmó, engreído como siempre.

—¿Qué me dices de tu nota media? Sé que está en peligro por Literatura. A mí se me da bien, puedo echarte una mano.

—Me suda la polla la nota media, mi padre ya encontrará el modo de convertir esos suspensos en sobresalientes.

Se me escapó una risa amarga.

Por supuesto…

—Eres un tío turbio, Ethan, y juegas sucio. A mucha gente en este campus le has dado motivos para detestarte; estoy segura de que habrá algún favor que pueda hacerte. Cualquier cosa, con tal de zanjar este asunto —dije, enervada.

Ethan pareció reflexionar un instante y afiló la mirada para estudiarme con atención.

—¿Cualquier cosa?

Asentí, aunque con cierta cautela, que aumentó cuando vi que sus ojos claros se iluminaban con una luz hostil.

—Ahora que lo dices, en efecto, hay algo.

Imaginé mil favores absurdos: tráfico de armas, robos, estafas, tráfico de drogas y un sinfín de cosas ilegales. Ante esas opciones, me di cuenta de que tal vez me había pasado.

—Quiero que finjas que eres mi novia.

Lo miré horrorizada.

¿Me estaba tomando el pelo?

—¿Has perdido la cabeza?

—Hay una loca que no para de seguirme y molestarme; no acepta que lo nuestro se haya acabado y ya no sé qué más hacer para quitármela de encima. Lo he intentado todo, créeme, pero es imposible. Quizá, si me ve con otra, asuma que lo nuestro se acabó —explicó como si nada.

—No.

—Tienes una deuda que saldar, te estoy ofreciendo una forma de pagarla.

—No —insistí.

—Entonces ya puedes ir soltando los treinta y cinco mil dólares, ahora mismo.

—Ethan, lo que me estás pidiendo es simplemente… ¡absurdo! —Seguíamos en el umbral y alcé la voz, frustrada, pero con eso llamé la atención de una estudiante que volvía a su apartamento. Agarré a Ethan de un brazo, lo metí dentro y cerré la puerta—. Obligarme a saldar una deuda llevándome a la cama… joder, ¡podría denunciarte!

Frunció el ceño y negó con la cabeza, como si hubiera dicho una blasfemia.

—¿Quién ha hablado de meternos en la cama?

—¡Bueno, tú! —puntualicé, agitando la mano—. ¡Con ese acuerdo psicópata, baboso y cabrón como lo que eres!

Siguió mirándome como si habláramos dos idiomas distintos; luego señaló el sofá y dijo:

—Muy bien, ahora te sientas y te calmas.

—Quiero quedarme de pie —sentencié con los nervios a flor de piel.

—Entonces me sentaré yo. —Se quitó la chaqueta y se acomodó en el sofá. Apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos—. Aquí nadie ha hablado de ir más allá de las apariencias.

Lo escuché sin entender nada.

—Me has pedido que sea tu novia —recalqué—. Y las novias, con sus novios, hacen cosas que contigo no haría ni en mis peores pesadillas.

Por algún motivo, mi frase le arrancó una risa.

—Eres guapa, Leila, pero no eres mi tipo.

—Entonces ¿por qué me lo pides justo a mí? ¿No puedes buscarte una novia de verdad que sea de tu gusto y pedirme un favor menos desagradable para los dos?

—No estás en posición de pedir nada —respondió, lapidario.

Suspiré y me froté la frente. Si aceptaba, me quitaría de encima un problema que no podía permitirme tener.

Era absurdo que me lo planteara siquiera, pero…

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto tiempo tendría que fingir que soy tu novia? —aclaré.

Se levantó del sofá, casi sorprendido de que estuviera considerando de verdad su propuesta.

—No lo sé, lo suficiente para que Alyssa se convenza de que tiene que dejarme en paz.

—Podría necesitar un mes o un año, y no pienso quedarme atrapada de por vida. Así que, si tenemos que hacerlo, quiero que nuestro pacto tenga una fecha de caducidad.

Ethan se lo pensó y, tras encogerse de hombros, propuso:

—Cinco meses, hasta finales de junio. Cuando termine el curso.

—¿Cinco meses? Ni hablar, es demasiado.

—Una pareja empieza a parecer sólida a ojos de los demás al cabo de unos cinco o seis meses —afirmó con una convicción que me llevó a arquear una ceja.

—¿Dónde has leído eso? ¿En la revista *Se nace gilipollas?*

Me ofreció una expresión indignada.

—Pues tres, pero no menos que eso.

Era un lapso de tiempo más aceptable.

Tragué saliva y le di vueltas. Me estaba pidiendo que fingiera que era su novia, pero sin cruzar esa línea que para mí era innegociable. Si aceptaba, en unas semanas toda aquella maldita historia quedaría atrás y él no volvería a molestarme en la redacción o en el campus. Además, no haría falta meter ni a Vince ni a Thomas en todo este asunto.

¿Sería capaz?

¿Podía fingir que era su novia durante noventa días?

Se me revolvió el estómago solo de pensarlo.

—Y bien, ¿tenemos un acuerdo? —Me escrutó con una comisura de la boca levantada, como si me estuviera leyendo la mente.

Crucé los brazos y evité su mirada. No iba a decirlo en voz alta.

Me daría asco a mí misma.

Sin embargo, él debió de interpretar mi silencio como un sí porque se frotó las manos, satisfecho, y sonrió.

—En primer lugar, no se lo puedes decir a nadie, ni siquiera a tu compañera de piso, porque si llegara a oídos de Alyssa, no habría servido de nada y tú seguirías con una deuda que pagar. Segundo, no puedes escaquearte de tus obligaciones de novia. —Tuvo que notar que mi mirada se endurecía, porque rectificó—: En público, claro. No nos acostaremos, pero las personas de nuestro entorno tendrán que creer que lo hacemos. —Qué asco—. Tendrás que aceptar llamadas, besos, caricias y peticiones sencillas como la que voy a hacerte ahora. Y tendrás que aceptarlas encantada. —Más que un acuerdo, parecía un pacto con el diablo—. El viernes jugamos contra los Huskies de Connecticut —dijo mientras se ponía la chaqueta, listo para irse—. Alyssa estará en la grada, ya me lo ha dicho; quiero que tú también estés allí, animándome.

Abrí los ojos, alarmada.

—Espera un momento, Ethan. No… no puedo hacer eso. No puedo ir al partido y animarte a ti.

—¿Por qué?

—Porque… bueno… si mis amigos me vieran, creerían que estoy loca.

Era verdad, pero esa no era la razón de mi renuencia.

—Creerán que estás loca igualmente cuando sepan que sales conmigo. Es el precio por no haber sabido controlar tu impulsividad. —La sonrisa que me dedicó hizo que me entraran ganas de echarlo de mi apartamento de una patada en el culo.

Pero no andaba del todo desencaminado, y eso me inquietó todavía más. ¿Cómo se lo iba a explicar a Sam, a mis amigos o a… Vince?

Madre mía, me odiarían.

—¿Está todo claro?

Su voz me sacó de mis pensamientos.

Lo miré y, por un instante, deseé que todo aquello fuera una terrible pesadilla.

Pero era la realidad, y yo no sabía cómo salir de esa situación. Asentí con un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme.

Capítulo 13



Leila

Estaba sentada en la cama de mi dormitorio, a oscuras, iluminada solo por las farolas del campus, con las piernas cruzadas y la espalda derecha.

El móvil reproducía una serie de sonidos que se suponía que debían relajarme la mente y reducir el estrés que desde hacía dos días se había apoderado de mi cuerpo, pero nada parecía surtir el efecto deseado.

Ni siquiera la meditación.

No solía practicarla, pero estaba lo bastante desesperada como para intentarlo.

A la cuarta interrupción por las llamadas de Sam, que hasta aquel momento había ignorado, suspiré y decidí responder.

—¿Qué pasa?

—Pero ¿dónde te has metido?

—Estoy en la residencia, en mi habitación —respondí con demasiada inocencia.

—¿En la residencia? ¡Ley! ¡El partido casi ha terminado! —me riñó.

—Lo sé, pero… ya no estoy segura de querer hacerlo.

Se produjo un breve silencio antes de que Sam volviera a hablar.

—No creo que puedas elegir, ¿recuerdas?

Aunque Ethan me había dicho que no se lo podía contar a nadie, le expliqué nuestro acuerdo a Sam, y la obligué a prometerme que mantendría la boca cerrada a cal y canto.

Me conocía demasiado bien; jamás se habría creído que de repente me interesara Ethan.

Por otra parte, sabía que Sam era leal; se llevaría cualquier secreto a la tumba.

—He cometido un error, no tendría que haber llegado a un acuerdo con Ethan.

—Sí, ya hemos hablado de eso, pero es inútil llorar sobre la leche derramada, no puedes echarte atrás.

—¿Por qué no?

—Porque la alternativa es darle treinta y cinco mil dólares que no tienes.

Claro.

Suspiré y cerré los ojos.

—¿Qué problema hay? —preguntó al intuir lo que no decía.

Me llevé una mano a la frente y clavé la vista en un punto indefinido al otro lado de la ventana.

—Ya no me parece buena idea.

—Nunca lo ha sido —puntualizó—. Pero se trata de fingir solo un tiempo, no eres su novia de verdad.

—La cuestión es que…

—¿Qué?

Dudé.

—No puedo hacerle esto.

—Pero ¿de quién estás habl…? —La oí suspirar—. Déjame adivinar, te refieres a Vince, ¿verdad?

Me bajé de la cama de un salto y empecé a caminar por la habitación, tensa.

—No me lo perdonará nunca. Sabes que es así.

—No tienes elección, Ley. Lo digo en serio; de lo contrario, no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Lo sé, pero eso sería un golpe bajísimo. Él siempre ha sido leal conmigo y yo…

—Tú nada —me interrumpió Sam con brusquedad—. No le debes nada, y él no te debe nada a ti. Madison o cualquier otra chica a la que se haya tirado este último año son la prueba, ¿no crees?

Eran unas palabras difíciles de digerir, pero, en cierto modo, me ayudaron a recuperar la lucidez que a veces perdía cuando se trataba de él.

—Además, si te preocupa que a Vince pueda molestarle verte allí por Ethan, que sepas que ha removido cielo y tierra para convencer a Tiffany de que viniera al partido. Tendrá otras cosas en la cabeza.

Aquella noticia me pilló desprevenida y tuve que tragar saliva antes de conseguir responder con un atónito:

—¿Qué has dicho?

—Esta tarde estaba en la cafetería para hacer un descanso y me he cruzado con Tiffany. Estaba hablando por teléfono con una amiga y le mencionaba el partido de esta noche y que Vince había insistido mucho para que fuera. Por lo visto, ella ha aceptado solo para librarse de cenar con sus padres.

Me obligué a tragarme el nudo de celos que se me formó en la garganta y me recordé que el interés de Vince por Tiffany no era ninguna novedad. Aun así, me dolió saber que quería tenerla allí, animándolo.

Hacía un tiempo, la única chica que quería ver en la grada era yo.

Decía que yo era su amuleto, que mi presencia le garantizaba la victoria. Me parecía lo más absurdo del mundo, pero me gustaba creer que era cierto.

Por eso, el año anterior no me había perdido ni un solo partido suyo; al menos hasta que estar allí fue más doloroso que no estar.

Las cosas habían cambiado.

—¿Estás bien? —La voz de Sam me sacó de mis pensamientos.

Me pasé una mano por el pelo y suspiré.

—Sí, estoy bien. Tienes razón —admití—. Yo no le debo nada a él y él no me debe nada a mí.

—Claro que tengo razón, siempre tengo razón. —Su tono engreído me arrancó una sonrisa—. Así que mueve el culo, sal de esa habitación y cumple con tus obligaciones —se rio.

Eché un vistazo al reloj de mi muñeca.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy fuera del Dixon Center, ¡llevo media hora llamándote hasta que por fin te has dignado a responder! Después de clase he pensado en pasarme para comprobar si estabas en el partido y, cuando no te he visto por ninguna parte, me he preocupado.

¿Creía que no cumpliría el trato con Ethan? Bueno, cómo culparla…

—Venga, date prisa, le he pedido a Tiffany que nos guarde dos sitios. Si vienes, al menos podremos ver el tercer tiempo —me

apremió mi amiga.

Me preocupó que sentarme al lado de Tiffany fuera un poco raro, pero la verdad era que no tenía nada contra ella. En el fondo, no era culpa suya gustarle al chico por el que yo llevaba tiempo sintiendo algo contradictorio.

También tuve que reconocer que, sin saber nada, más de una vez había querido dejar claro delante de mí que no estaba interesada en Vince.

Quizá intuía más de lo que demostraba.

—Vale, dame unos minutos y vengo.

Colgué y me puse algo de ropa que fuera adecuada tanto para el partido como para ir luego al Marsy.

De hecho, esa mañana Ethan me había dicho, bueno, me había exigido, que nos viéramos allí cuando terminara el partido.

Era habitual que los chicos fueran al Marsy después de cada victoria o derrota, y estaba segura de que aquella noche también estaría Alyssa, la chica misteriosa que al parecer lo acosaba.

Cogí una camiseta blanca y unos pantalones de cuero negros del armario, me puse mis botines de siempre y, en menos de cinco minutos, estaba frente al espejo del baño arreglándome el pelo y aplicándome una fina capa de pintalabios rojo. Cogí la cazadora y el bolso y fui al encuentro de Sam. Me esperaba impaciente, con una cara de «más te vale no volver a liarla» y algunos aperitivos en las manos.

Mientras nos colábamos entre las gradas del pabellón abarrotado de aficionados que coreaban a su equipo preferido, eché un vistazo al marcador y comprobé con gran satisfacción que íbamos ganando.

Encontramos a Tiffany al lado de Alex y nos unimos a ellos para repartir aperitivos y bebidas.

—Los Beavers les están dando una paliza a los Huskies de Connecticut. Estamos dominando el partido —nos puso al día Alex.

Empezaron a charlar y a seguir el partido, entusiasmados, pero yo estaba demasiado alterada como para sumarme a ellos. Di un sorbo al Sprite y dejé vagar la mirada por la pista. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado allí, pero, por debajo de la tensión que toda aquella situación surrealista con Ethan me provocaba, noté una sensación familiar.

Excitación en estado puro.

Me gustaban las gradas con aficiones desatadas, el olor a palomitas mezclado con el aroma limpio y frío del hielo que se percibía en el aire, el volumen ensordecedor de los altavoces, la pasión que exudaban los jugadores dispuestos a escupir sangre con tal de llevarse a casa la victoria.

—Oh, oh, alguien se ha dado cuenta de que has venido —me susurró Sam al oído, con la vista puesta en el centro de la pista. En ese momento me di cuenta de que Vince me estaba mirando mientras sus compañeros y los rivales pasaban a su lado como alma que lleva el diablo.

Parecía que se había quedado inmóvil en mitad de la acción. Me daba miedo que mi presencia lo distrajera, pero no imaginé que pudiera hacerlo hasta ese punto.

Intenté saludarlo de forma amistosa para cortar de raíz su mal humor.

Yo no estaba allí para desestabilizarlo y quería que lo supiera.

Pero, contra todo pronóstico, en ese momento todo se fue al traste. Un delantero del Connecticut derribó a Vince sobre el hielo con una entrada tan brutal que di un respingo.

No era la primera vez que veía un choque como ese; sabía que en *hockey* era frecuente, pero, cuando se trataba de Vince, no toleraba tanta violencia.

Lo miré con angustia, con el estómago encogido. Menos mal que, al cabo de unos segundos, vi que se levantaba con dificultad. Volvió a centrarse en el partido, pero el delantero del Connecticut ya se había hecho con el disco. Fue Ethan quien evitó que marcara, con lo que se ganó una ovación de los seguidores de los Beavers.

Probablemente, ese habría sido un buen momento para celebrarlo, pero todavía estaba demasiado preocupada por Vince. Él siguió jugando tan mal que el público lo abucheó.

Fallaba los pases, no acertaba en los tiros a portería; estaba desubicado. Tenía la cabeza en otra parte.

Por si fuera poco, cuando faltaba poco para que terminara el partido, Ethan y él acabaron en el banquillo durante unos minutos por culpa de una penalización.

—Pero ¿qué coño le pasa? —protestó Tiffany.

Alex y Sam se sumaron a los comentarios. Yo, en cambio, permanecí en silencio. Me mordí el labio y agité el pie como un resorte, nerviosa. Me sentía culpable.

No era idiota.

Íbamos ganando y, evidentemente, Vince había empezado a jugar mal cuando me había visto. Estaba claro que el problema era yo; no sabía si aquel pensamiento me provocaba más rabia o más dolor.

Tiempo atrás, mi presencia le infundía seguridad; ahora parecía perjudicarlo.

—Quizá debería irme —le susurré a Sam al oído.

Se volvió a mirarme como si hubiera dicho un disparate.

—¿Por qué motivo?

—¿No es evidente? —Señalé la pista con un gesto de la cabeza, más en concreto, el banquillo donde Vince estaba con la cabeza entre las manos, inquieto y cabreado, mientras cumplía la penalización.

—Venga ya, ¿no creerás que es por tu culpa?

—Estoy casi segura de que es así.

Sam dejó de mirar a Vince y se fijó en mí, preocupada.

—Me parece absurdo —exclamó, como si ya le hubiera sembrado la duda—. Pero no puedes irte. ¿Qué le explicarías a Ethan? Vuestro trato incluía que vinieras al partido. Ya has llegado tardísimo, imagínate si encima te fueras ahora.

Bufé. Ethan era la última de mis preocupaciones.

—Ya pensaré en ello más tarde —dije, y me levanté.

—Ley, venga… —Sam intentó agarrarme la mano para que no me marchara, pero la miré de un modo que no admitía réplica.

—No pasa nada, nos vemos luego —la tranquilicé.

Alex y Tiffany me miraron preocupados. Me inventé una excusa ridícula y, por suerte, fueron lo bastante amables como para no hacer preguntas.

Me abrí paso por la fila y pedí perdón a las personas que estaban sentadas. Justo cuando llegué al pie de la grada, estalló una ovación entre el público. Me giré hacia la pista de hielo.

Desde mi posición tenía una visibilidad un poco limitada, pero aun así distinguí al jugador de los Beavers que llevaba el dorsal número seis lanzarse hacia la portería rival, zigzagueando entre los jugadores de Connecticut.

Vince había abandonado el banquillo; parecía que volvía a ser él.

Por un lado, fue un alivio, aunque no me quitaba de la cabeza la idea de que yo había sido la causa de toda esa confusión. Rendida, me dirigí hacia la salida y me marché.



El estruendo del pabellón llegaba amortiguado al pasillo que había bajo las gradas. Durante unos instantes, solo oí el eco de mis tacones resonando entre las paredes, hasta que la voz de un hombre llamó mi atención: había dicho el nombre de Vince.

Seguí la voz hasta la esquina que conducía a la zona de vestuarios.

Agucé el oído e intenté escuchar lo que decía.

—Señor Rise, no se preocupe. Estamos actuando con la mayor diligencia posible.

Fruncí el ceño. ¿Señor Rise…? ¿El padre de Vince?

—Su hijo hoy no está mostrando su mejor versión, pero ya hemos arreglado el asunto —dijo el hombre en voz baja—. Pase lo que pase, le garantizo que este partido ya está ganado.

Se quedó callado un momento, seguramente para escuchar a su interlocutor, y luego volvió a hablar. Justo entonces sonó mi teléfono, alto y claro, en el pasillo vacío.

¡Joder!

—Señor Rise, tengo que colgar —oí gruñir al hombre mientras yo me apresuraba a sacar el móvil del bolso para silenciarlo.

Apenas llegué a ver el nombre de Sam parpadeando en la pantalla cuando el hombre apareció de golpe por la esquina y di un respingo.

—¿Necesita algo? —Con una mirada dura y desconfiada, se guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta elegante que llevaba.

—No, nada —respondí, e intenté controlar el tono de mi voz.

El hombre entornó los ojos para estudiarme con atención. Abrió la boca, pero el estruendo del estadio y los cánticos triunfales de los seguidores de los Beavers lo hicieron negar con la cabeza. Pasó junto a mí con aire desdeñoso y resoplando.

Vi cómo se alejaba y sentí que una extraña sensación crecía en mi pecho. No pude evitar preguntarme quién era aquel hombre y qué quería de Vince.

Capítulo 14



Leila

Mi estado de ánimo no era el adecuado para ir al Marsy, pero quería alejarme del Dixon Center antes de que la multitud eufórica llenara los pasillos, así que me dirigí a la salida y pensé que dar un paseo me ayudaría a despejar la mente. No sería como salir a correr, pero me bastaría. Media hora más tarde, entré en el local aterida y con la mente algo más despejada. El Marsy ya estaba a reventar y había mucho ruido, como siempre después de los partidos de los equipos de nuestra universidad. Me di cuenta de que aquella noche, además del equipo de *hockey,* también estaban celebrando la victoria los chicos de baloncesto. Saludé a Matt, a Finn y a los demás antiguos compañeros de mi hermano, con quienes había jugado mientras estuvo en la universidad. El ambiente estaba invadido por el olor a cerveza y a patatas fritas; hacía un calor espantoso. Sam no vendría para estar conmigo; se había ido con Tiffany y Alex a echar una partida de bolos. Ethan, en cambio, me había escrito que llegaría al *pub* en cualquier momento, por desgracia.

No me dio tiempo ni a mirar alrededor, tal vez en busca de la famosa Alyssa, cuando unos gritos llamaron mi atención. Me giré

hacia la dirección de la que procedía el alboroto y descubrí que los responsables eran Nate y Jackson, que estaban jugando a los dardos con dos chicos de su equipo. Allí cerca, sentados alrededor de una mesa repleta de comida y jarras de cerveza, estaban Blake y Vince.

En un instante, sus ojos se deslizaron para posarse en mí. Blake seguía hablándole, pero parecía que él lo ignoraba.

Noté un nudo en el estómago.

No estaba nada tranquila ante la idea de que, dentro de poco, me vería con Ethan. Pero intenté aferrarme a las palabras de Sam y me recordé a mí misma que no le debía nada, aunque en el fondo sabía que no era así.

Me aclaré la garganta y le dediqué mi habitual sonrisa de compromiso. Antes de que él pudiera o no devolvérmela, un compañero de clase se acercó a mí y se plantó delante. Se llamaba Mark, solíamos pasarnos los apuntes y, de vez en cuando, comentábamos algunos temas.

—¿Tú también por aquí? ¿Has venido a celebrar la victoria del equipo?

—Algo así —respondí.

—¿Te puedo invitar a algo? —propuso.

—Encantada, aunque tal vez debería invitarte yo. Te debo una por la respuesta que me chivaste en el examen de Historia del periodismo —respondí mientras lo seguía hasta la barra.

—Ah, déjalo estar, solo te devolví el favor. —Zanjó el asunto haciendo un gesto con la mano y pidió a Maggie dos cervezas de raíz.

Nos quedamos allí un rato, bebiendo y hablando del partido de *hockey* de aquella noche, del gol que había marcado Vince en el

último segundo y que les había dado la victoria. Por cómo lo contaba Mark, tenía que haber sido una jugada extraordinaria; sentí una punzada de arrepentimiento por habérmela perdido.

Luego me señaló a dos amigos suyos que estaban en la mesa de billar. El primero se llamaba Andrew y estudiaba Ingeniería Informática. El segundo, con una mata de rizos pelirrojos y pecas, se llamaba David.

Mark debió de notar el destello de interés que se encendió en mis ojos, porque me propuso que echáramos una partida con ellos.

—¿Sabes jugar al billar?

Asentí.

—Estoy un poco oxidada, pero se me da bastante bien. —Todavía no había ni rastro de Ethan, por lo que más valía aprovechar una distracción.

Mark sonrió y me guio hasta la mesa. Me presentó a sus amigos y propuso una partida a cuatro, una vez que terminara la que estaban jugando. Me miraron titubeantes, pero aceptaron. Tal vez pensaban que no estaba a la altura, pero iban a llevarse una sorpresa.

Estábamos a punto de empezar cuando Mark recibió una llamada. Se apartó con una sonrisa enorme en la cara. Cuando volvió, estaba visiblemente eufórico.

—¿Qué pasa? —le preguntó Andrew.

—Piper, la chica con quien estuve charlando ayer en clase —respondió él, alegre. Sus amigos lo miraron con curiosidad—. Nos hemos intercambiado el número y me ha invitado a tomar algo en un local ahora mismo —explicó Mark.

—Entonces, ¿nos dejas por una chica? —intervino David.

—No una chica, «la» chica —replicó Mark—. Está buenísima.

Sus amigos rompieron en una carcajada; luego, Mark se volvió hacia mí:

—No te importa si me voy, ¿no?

—Qué va, vete y diviértete —respondí. Me quité la chaqueta y la dejé en un taburete cercano.

—No me dejéis en ridículo con ella —advirtió en broma a sus amigos antes de irse.

—A ver, Leila, ¿sabes jugar a bola 8? —me preguntó Andrew mientras frotaba la tiza azul en la punta del taco.

David se inclinó sobre la mesa para apuntar y resopló antes de meter una bola.

—Venga, Andrew, es una chica, no la pongas en un aprieto con semejantes preguntas.

Alcé una ceja y crucé los brazos.

—Hace falta bastante más que una simple partida de billar para ponerme en un aprieto, David.

Por lo menos mi padre me había enseñado una cosa: a jugar al billar. Y, mira tú por dónde, bola 8 era mi variante preferida.

Podía ganar a los dos chicos con los ojos cerrados.

—Eh, no es nada personal. —Alzó las manos en señal de disculpa —. Es solo que, normalmente, las chicas tienen otros intereses.

—¿Por ejemplo? —Quería ver hasta dónde era capaz de llegar.

—No sé, hacerse la manicura, peinarse o ir de compras. —Se carcajeó como un adolescente y le dio un codazo a Andrew, que intentó contener la risa sin éxito.

Estuve a punto de mandarlos a la mierda e irme, pero luego pensé que darles una paliza en un juego en el que se creían superiores solo por ser hombres supondría una satisfacción mayor.

—Bueno, ¿jugamos o no? —los apremié, cansada.

David sacó las bolas de las troneras y las colocó en el triángulo en el centro.

—Como somos tres, te concedemos el honor de elegir a quién quieres enfrentarte primero —dijo Andrew, que me pasó un taco nuevo.

—Elijo a Pelo de Zanahoria. —Con un gesto de la barbilla señalé a David. Por cómo frunció el ceño, deduje que el apodo no le había gustado mucho.

—Has firmado tu sentencia, *baby* —exclamó él, y avanzó con chulería—. Soy un maestro en este juego.

Alcé una comisura de la boca.

Pensaba divertirme haciéndole creer eso.

—¿Cara o cruz para ver quién empieza? —propuse, pero él negó con la cabeza.

—¿Por quién me tomas? Soy un caballero. —Retiró el triángulo y, con un gesto elegante de la mano, me cedió el honor.

Me incliné sobre la mesa y apunté bien, pero golpeé la bola blanca con tanta suavidad que apenas moví las demás. Detrás de mí oí cómo disimulaban una risa con un poco de tos; los ignoré.

David se quedó con las rayadas y metió tres. Yo, en cambio, fallé a propósito los siguientes tiros hasta que me vi con todas mis bolas todavía sobre la mesa, mientras a él le quedaban solo dos.

—Podría darte unas clases. Tienes potencial, pero te falta técnica.

Lo ignoré.

Cuando llegó mi turno de nuevo, di la vuelta alrededor de la mesa para estudiar cada posible jugada, tanto las mías como las de mi rival. En cuanto encontré la trayectoria perfecta, me detuve. Había

llegado el momento de terminar aquella partida y hacerle cerrar la boca de una vez por todas. Restregué la tiza por la punta del taco y canté la bola que iba a golpear.

David y Andrew se colocaron detrás de mí para mirar. Me incliné sobre la mesa y, en ese momento, oí que David soltaba un silbido para piropearme. Cerré los ojos e inspiré hondo.

Idiota.

Deslicé el taco adelante y atrás un par de veces y luego, en lugar de golpear la bola blanca, retiré el taco hacia atrás para darle a David entre las piernas. Su gemido de dolor fue música para mis oídos.

—Ups, perdona, pelo de zanahoria, no pensé que estuvieras tan pegado a mi culo —dije, con la cara girada ligeramente en su dirección.

Oí que Andrew le murmuraba un «Te lo has buscado» y negué con la cabeza antes de volver a centrar mi atención en el tiro.

Concentrada, di un golpe firme a la bola blanca, que metió en la tronera de la esquina las bolas 4, 6 y 7. Me incorporé y me regodeé con las caras de asombro de los chicos.

—Me toca otra vez —dije, y me coloqué al otro lado de la mesa. Concentrada en la partida, metí también la 2 y la 3. Volví a estudiar la mesa y, con otro toque, metí la 1 y la 5.

Sonreí, complacida. Ahora llegaba lo bueno: en la mesa solo quedaban las bolas de mi rival y la número 8.

Desde el punto en el que me encontraba, meter la 8 era bastante improbable, pero siempre podía mandarla contra la banda para que rebotase y entrara directa en la tronera de la derecha.

Como por arte de magia…

—O ha sido un golpe de suerte o… —murmuró Andrew.

—O ha ido de farol —concluyó Pelo de Zanahoria.

—No lo sé, *baby,* ¿tú qué dices? —repliqué, divertida, y apoyé el taco en el suelo—. ¿Una chica no sería capaz?

Andrew negó con la cabeza y se frotó la ceja con un dedo. Más allá de la humillación, me pareció ver un atisbo de admiración en sus ojos. David tenía la expresión de quien acababa de recibir una tarta de nata en plena cara.

—¿Dónde has aprendido a jugar tan bien? —me preguntó Andrew.

No me dio tiempo a contestar porque la voz de Ethan sonó a mi espalda, lo que me pilló por sorpresa.

—Joder, ¿no os habrá ganado una mujer?

Perfecto, ahora el trío de machistas ya estaba al completo.

—Ha sabido jugar bien sus cartas —comentó David, mientras recogía las bolas.

Por cómo se saludaron, descubrí que Ethan ya los conocía. Cuando David y Andrew salieron a fumar, nosotros dos nos quedamos solos.

Ethan me dio una cerveza y, en voz baja, me dijo:

—No has cumplido el pacto.

No parecía nada contento.

—Tienes razón, pero…

—Pero lo arreglarás ahora —me ordenó, tajante. Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Por instinto, intenté apartarme, pero él me apretó más—. Alyssa nos está mirando. —Una vez más, Ethan me mantuvo pegada a él cuando intenté

girarme para localizarla—. No la mires o pensará que lo hacemos a propósito.

—Si quieres que este plan funcione, necesitaré saber quién es.

—Todo a su debido tiempo. —Me dedicó una sonrisa ladeada. Luego se acercó a mi oído y susurró—: Ahora sonríe y sé convincente, porque voy a besarte.

¿Qué?

Besar a un chico no era el problema: el problema era besarlo a él, en ese momento, en ese lugar, delante de todo el mundo.

La advertencia me pilló tan desprevenida que, cuando Ethan me besó y me metió la lengua en la boca, ni siquiera fui capaz de rebelarme.

Necesité unos segundos para reaccionar y devolverle el beso.

Por supuesto, pensaba cantarle las cuarenta por haberme besado sin permiso. Pero, de momento, le seguiría el juego. En el fondo, no era más que un estúpido beso. Vacío e insignificante, igual que él para mí.

Se apartó y se humedeció los labios, complacido.

—Me esperaba algo mejor, pero para empezar no está mal.

—¿Te esperabas algo mejor? —Entrecerré los ojos, ofendida—. La última vez que me besaron tan mal llevaba ortodoncia. —Me aparté, no soportaba estar tan cerca de él.

Ethan soltó una risita, alzó la vista y echó un vistazo por el local.

—Se ha ido.

—Genial, ¿puedo irme yo también ahora?

Asintió mientras bebía un trago de mi cerveza.

—Si me hace falta, te avisaré.

No di saltos de alegría ante esa perspectiva, pero no dije nada. Me limité a coger la cazadora del taburete y me la puse mientras él se iba con un grupo de amigos.

Antes de marcharme, lancé una mirada furtiva hacia la mesa de Vince, que estaba vacía. No me había dado cuenta de que se hubiera ido, pero fue un alivio saber que no había presenciado aquel estúpido beso entre Ethan y yo. Fuera del Marsy, no obstante, sentado en el capó de un coche con un cigarrillo en los labios, estaba Blake.

—Por fin, tenía miedo de que no volvieras a salir de ese sitio infernal. —Dio una última calada y lanzó la colilla lejos de él.

—Hola, Blake. —Me acerqué con cautela—. No tenía ni idea de que me estuvieras esperando, ¿me he perdido algo?

—Es irónico, me estaba haciendo la misma pregunta. —Bajó del capó frotándose las manos en los vaqueros, luego me miró durante un rato, como si estuviera a la espera de algo.

No entendía a dónde quería ir a parar. Entonces suspiró y volvió a hablar:

—No quiero hacerte perder tiempo, intentaré ser breve —empezó —. Nos conocemos desde hace bastante tiempo, Ley. Y, aunque últimamente hayas decidido tomar distancia, para nosotros sigues siendo parte del grupo. Te queremos.

—Yo también os quiero —respondí con sinceridad, aunque no entendía muy bien la razón de aquel preámbulo.

—¿De verdad?

Fruncí el ceño. ¿Lo estaba poniendo en duda?

—Claro.

—Si nos aprecias tanto como dices, explícame qué estabais haciendo Ethan y tú ahí dentro. —Señaló el Marsy con un gesto de la barbilla.

Se me secó la garganta; ni siquiera podía tragar saliva.

Tras unos segundos que se me hicieron eternos, murmuré:

—¿Nos has visto?

—Os hemos visto todos. —Blake cruzó los brazos y me miró, ceñudo.

«Todos».

Maldita sea.

Había contemplado esa posibilidad, pero pensaba que me había librado.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para echarme un sermón? —Me sentí entre la espada y la pared. Por instinto, me puse a la defensiva.

Siempre era la primera en atacar cuando me sentía amenazada. Había sido mi estrategia de supervivencia desde niña.

—Me conoces lo bastante como para saber que meter las narices en la vida de los demás no es mi estilo —respondió, molesto por mi actitud.

—Sin embargo, lo estás haciendo. —Me mantuve firme.

—Sí, porque este asunto puede salpicarme a mí también.

Arrugué la frente.

—¿De qué forma?

—¿De qué forma? —Abrió los ojos de par en par—. ¿De verdad hace falta que te lo explique?

No, desde luego que no hacía falta.

—¿Has pensado al menos en el efecto que todo esto va a tener en el equipo? —Su tono se endureció, igual que la expresión de su

rostro.

Estaba enfadado, tal vez incluso decepcionado conmigo. Sentí una punzada de dolor en el pecho. Sabía que el *hockey* era fundamental en sus vidas. La idea de que ahora me vieran como un obstáculo, en vez de como una aliada, me dolía hasta la médula.

—Sí, lo he pensado. Y no permitiré que esto entre Ethan y yo afecte a vuestro juego —intenté tranquilizarlo. Pero no era tonta. Las posibilidades de que todo se fuera al garete eran altas. Lo cierto era que no tenía alternativa, mejor dicho, la tenía: contarlo todo y correr el riesgo de que la historia del chantaje de Ethan llegara a oídos de mi hermano. Pero eso no era una opción.

Él tenía que mantenerse lejos de Corvallis y de cualquier posible influencia negativa.

Si lograba gestionar los siguientes ochenta y ocho días con cabeza y la dosis justa de cautela, quizá podría contener los daños.

—Es demasiado tarde —continuó Blake—. Vince estaba sentado en una mesa justo detrás de vosotros cuando os habéis besado. En cuanto os ha visto, se ha marchado cabreado; ahora está ilocalizable. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Explícame, ¡¿cómo gestionarías el hecho de que la chica en la que más confías empiece a tirarse al tío que lleva intentando hundirte desde… siempre?!

—¡Eh! Yo no… —Estuve a punto de desmentirlo todo, pero recordé a tiempo que tenía que seguir adelante con la farsa—. No te permito que me hables así.

Lo que me había indignado no había sido su lenguaje, estaba acostumbrada. Más bien, me afectó darme cuenta de lo deshonesto que debía de parecer mi comportamiento a los ojos de Vince.

Blake se disculpó y se hizo el silencio entre nosotros por un instante. Suspiré y me froté la cara.

—Te prometo que gestionaré toda esta situación lo mejor que pueda —dije cuando volví a mirarlo.

Blake resopló y negó con la cabeza, nada convencido.

—Me alegro por ti si de verdad crees que lo conseguirás.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —exclamé, y dejé caer los brazos a los lados.

—Por ejemplo, no te pongas del lado del enemigo.

Eso era lo que pensarían de mí a partir de ese momento.

Me verían como una traidora.

Ellos, que habían cuidado de mí desde el primer día que pisé Corvallis en la fraternidad de Thomas.

—Blake… —intenté replicar, pero las palabras murieron en mis labios. Cualquier cosa que fuera a decir sonaría mal y falsa.

Fue él quien habló.

—Espero que, como mínimo, merezca la pena.

Se me formó un nudo en la garganta. Con la amargura reflejada en la cara, me dio la espalda y se marchó.

Capítulo 15



Leila

—¿Qué te parece este? —Salí del probador con un vestido ajustado de cuero negro, con unos tirantes finos cubiertos de pequeñas tachuelas y con un escote evidente.

—Mmm, *sexy,* te follaría ahora mismo en el probador —respondió Sam.

Dos señoras que pasaban a nuestro lado nos miraron indignadas. A duras penas pude contener la risa y le tiré a mi amiga la gorra que me había probado antes.

—Baja la voz, idiota.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que puedan oír todas las cosas obscenas que quiero hacerle a mi chica traviesa, mala y ardiente? —Sam alzó la voz al pronunciar esas últimas palabras. Si pretendía herir la sensibilidad de las señoras, lo había conseguido: mientras se alejaban, las oí murmurar algo sobre la juventud descarriada.

Yo, en cambio, me eché a reír. Estaba muy acostumbrada a esas escenas. Sam no soportaba los prejuicios, sobre todo en lo que se refería a la orientación sexual.

Satisfecha con su actuación, se acomodó mejor en el sillón de terciopelo rojo donde estaba sentada y se puso la gorra que le había lanzado. Se bajó la visera hasta los ojos, que ya estaban cubiertos por unas gafas de sol enormes con las que intentaba disimular la resaca de la noche anterior; se la había pasado bebiendo con Milo, su nuevo agente. Se hizo un ovillo.

—¡Sam! ¡No puedes echarte a dormir dentro de una tienda! —la reprendí en broma.

—Pero este sillón es comodísimo —murmuró—. Además, con toda esta luz me está entrando dolor de cabeza.

—El problema no es la luz, sino todo lo que te bebiste ayer con Milo.

—Sí, bueno, lo sé. Ya me siento bastante mal por ello, no hace falta que tú también me lo digas.

Decidí no insistir más porque, primero, ya lo había hecho la noche anterior y, segundo, porque me dio pena.

—De todas formas, no sabría cuándo ponérmelo —comenté mientras miraba el vestido y me observaba en el espejo—. Es bastante atrevido.

—Tú eres atrevida —replicó ella, que tenía un ojo abierto y el otro cerrado—. Despiértame cuando hayas acabado —farfulló antes de cerrar el otro.

Negué con la cabeza, pero antes de volver al probador para ver qué tal me sentaba algún vestido más sencillo, me abordó por la espalda la última persona que esperaba ver aquel domingo por la mañana.

—¡Lola! ¡Qué sorpresa! ¿Tú también por aquí? —Madison, la chica con la que había visto a Vince el miércoles en la cafetería, se detuvo

ante mí con una sonrisa falsísima estampada en la cara.

—Leila —la corregí, saltándome los formalismos.

—Claro, Leila, perdona. —Miró el vestido que me estaba probando y abrió los ojos, sorprendida—. Vaya, menudo modelito, ¿tienes algún evento previsto?

Su actitud aparentemente cordial me confundía, no nos conocíamos en absoluto. Además, unos días antes, durante aquel breve encuentro, había sido cualquier cosa menos amable. A menudo, mi instinto no se equivocaba con la gente.

—No, nada previsto, solo me apetecía renovar un poco el armario —expliqué.

—Te entiendo, siento la necesidad de hacerlo al menos una vez al mes. —Se arregló la manga de la blusa de raso que llevaba; cuanto más la observaba, más me parecía que representaba a la perfección el estereotipo de la chica americana guapa y popular: ojos azules, pestañas espesas, cabello rubio y voluminoso, piel luminosa, labios carnosos y dientes perfectos.

Seguro que en el instituto había sido capitana de las animadoras y reina del baile.

Un ruido detrás de ella hizo que se girara y se percatara de la presencia de Sam.

—¿Tu amiga está mal? —pregunté en voz baja, arrugando un poco la nariz.

—Estoy bien, solo intento recuperarme de una resaca monumental —respondió Sam con un tono de voz plano. No se inmutó y siguió con su siesta.

—Mi tía me enseñó un método infalible para combatir las resacas.

—¿Cuál? —La miré con curiosidad.

—Un batido de fruta fresca con un chorrito de *whisky.*

En ese momento, Sam encontró fuerzas para abrir los ojos.

—¿Lo dices en serio?

Madison asintió.

—Pruébalo y me cuentas.

En ese momento, Sam me miró en busca de confirmación, pero yo me encogí de hombros. De todos los remedios que había probado a lo largo de los años, aquel era nuevo.

—Será mejor que me vaya, mis amigas me están esperando. —Señaló a un grupito de chicas frente a un expositor de perfumes—. Han venido para ayudarme a encontrar el vestido perfecto para la cena de compromiso del padre de Vince. De momento nada nos convence.

¿Cómo?

¿Había dicho «cena de compromiso»?

¿El padre de Vince se casaba?

Y, sobre todo, ¿ella iba a estar allí?

—No sabía que lo vuestro fuera algo serio. —Por lo que sabía, hacía bastante poco que se conocían. Me parecía absurdo creer que Vince quisiera estar acompañado de ella en un día tan importante.

—No lo es, al menos por su parte. Pero confío en que pronto lo sea, y quiero estar preparada.

—Oh… ya veo. —En realidad, no entendía nada; de hecho, me parecía un razonamiento propio de alguien que vive en una realidad paralela. La mirada cómplice que me lanzó Sam, mientras se bajaba un poco las gafas por la nariz, me hizo saber que pensaba lo mismo.

Cuando sus amigas la llamaron, Madison se despidió.

—Ha sido un placer verte, Lola. Que te mejores —añadió mirando a Sam antes de marcharse haciendo resonar sus tacones fastidiosos sobre el suelo de mármol del centro comercial.

Vi que mi mejor amiga intentaba contener una carcajada.

—Ni se te ocurra —le advertí al intuir el motivo de su diversión.

—¿Hacer qué, Lola? —En ese momento, estalló en carcajadas como una niña pequeña.

Suspiré resignada y regresé al probador.

—¿Qué opinas? —me preguntó Sam desde el otro lado de la cortina.

—¿Sobre qué? —Empecé a quitarme el vestido.

—Sobre lo que acabas de oír. —Hizo una pausa—. Su padre se casa.

Me quedé quieta con la cremallera a media espalda, y luego terminé de quitarme la ropa. Nunca había sabido mucho de la vida privada de Vince. No es que él no hablara o no confesara este tipo de cosas; más bien, era yo quien había evitado profundizar en temas personales por miedo a que él también me hiciera preguntas a mí. A que descubriera cómo era mi familia realmente. Por ese motivo y solo gracias a conversaciones a medias o frases que escuchaba de pasada cuando él hablaba con mi hermano o con los chicos, sabía que con el paso del tiempo la relación con su padre se había vuelto más bien tensa. Sin embargo, no lograba imaginar cómo estaría viviendo esa nueva situación: hacía demasiado tiempo que él y yo no teníamos una conversación de verdad.

—Creo que no me incumbe —respondí al salir del probador para zanjar el tema con una falsa indiferencia.

—¿No te incumbe? —me preguntó ella con una ceja arqueada mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Lo dijiste tú, ¿recuerdas? Madison se ocupará de él.

Sam murmuró una especie de «claro», aunque no sonó convincente del todo.

Salí de la tienda con el vestido de cuero, dos vaqueros claros y unos *leggings* nuevos para correr. Tenía unos cuantos en el armario, pero para mí nunca eran suficientes.

Teniendo en cuenta el estado lamentable de Sam, hicimos un alto en el camino para tomar un batido energizante y una tostada; después seguimos de compras.

Aquel domingo no tenía grandes planes, nada de las clases con las que ponerme al día ni trabajo extra en la redacción. Pero seguía inquieta por lo que ocurrió el viernes en el Marsy, así que necesitaba distracciones.

Si me hubiera quedado en casa como había hecho el día anterior, habría empezado a darle vueltas a todo. Cuando rumiaba demasiado, siempre acababa tomando decisiones pésimas.

Justo como había pasado el día antes, cuando tuve la brillante idea de llamar a Vince para informarle del extraño encuentro que había tenido en los pasillos del pabellón, unos minutos antes de que terminara el partido. A modo de respuesta, rechazó mi llamada.

Me sentí estúpida, porque sabía que solo había buscado una excusa. Lo había llamado porque me sentía culpable. Quería oír su voz y justificar de algún modo la situación con Ethan.

Con el rechazo de mi llamada, me mandó un mensaje alto y claro: no quería saber nada más de mí.

Por eso, aquella mañana había sacado a Sam de la cama y la había obligado a que me ayudara a distraerme. La única nota positiva al final de aquella semana desastrosa había sido el mensaje que había recibido de Ethan la noche anterior: me dijo que estaría fuera de Corvallis durante una semana.

—¡Eh, chicas! ¡Esperad! —Reconocí la voz de Madison y, por un segundo, sentí la fuerte tentación de darme a la fuga. No obstante, decidí comportarme como una adulta, me paré y me giré en su dirección. Estaba jadeando, con las mejillas enrojecidas, arrastraba unas bolsas llenas de ropa.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Bueno, sé que os parecerá una locura —respiró hondo—, pero necesito vuestra ayuda. —Dejó las bolsas en el suelo y se abanicó el rostro con la mano—. Mi hermano se ha metido en problemas. Necesita que vaya a recogerlo porque se le ha averiado el coche. El problema es que lo ha dejado tirado en Mount Hood. Yo he venido andando, mis amigas se han ido hace cinco minutos y no responden al teléfono —dijo del tirón.

—¿Mount Hood? Eso está a tres horas en coche solo la ida —intervino Sam.

—Sí, soy consciente, pero no sé qué más hacer. En transporte público es un lío y coger un taxi le costaría un ojo de la cara. Sé que vosotras tenéis coche, me haríais un favor enorme. Os pago la gasolina.

Desde luego, la idea de pasar seis horas encerrada en el coche con Madison no me entusiasmaba. Aun así, sabía lo que significaba acudir en ayuda de un hermano, por lo que no me sentí con ánimos de dejarla tirada.

—¿Te parece bien? —pregunté a Sam, porque no me veía capaz de afrontar aquel viaje sin ella.

—Siempre que me dejéis dormir, podemos ir donde queráis.

Miré a Madison con el ceño fruncido.

—Tienes suerte de que sea domingo y no tengamos nada mejor que hacer —dejé claro.

—¡Muchas gracias!

Cargamos las bolsas en el maletero de mi coche y nos pusimos en marcha. Conocía un poco aquella zona, porque Mount Hood no estaba muy lejos de Portland, la ciudad en la que había nacido y vivido durante diecisiete años junto a mi familia. A pesar de que el paisaje me resultara más o menos familiar, el viaje en coche fue largo, silencioso e incómodo a ratos. Era un enero húmedo y con temperaturas menos frías de lo habitual, con poca nieve en altura; a medida que nos adentrábamos en la naturaleza, las carreteras se hacían más resbaladizas. Sam se había acomodado en los asientos traseros para dormir, de hecho, se había quedado frita a los pocos minutos. Madison, en cambio, iba en el asiento del copiloto. Mascaba un chicle y se reía mientras pasaba el rato navegando con el móvil.

Parecía cualquier cosa excepto preocupada por su hermano. Cuando le pregunté si había vuelto a hablar con su hermano y si todo iba bien, respondió bastante vaga y se limitó a farfullar frases a medias. Pensé que, tal vez, ese comportamiento era su forma de mantener a raya la preocupación.

—¿Desde cuándo os conocéis? —me preguntó de repente, sin apartar la vista del teléfono.

—¿A quién te refieres? —Fingí que no sabía de quién hablaba en un intento desesperado por ganar tiempo, porque habría preferido

tirarme del coche en marcha antes que conversar de Vince y de mí con la chica con la que se acostaba.

Madison hizo una burbuja con el chicle y dejó de usar el teléfono un momento.

—Vince y tú. —Me miró.

Tragué saliva y apreté el volante con más fuerza mientras el navegador me indicaba que debía girar a la derecha en el siguiente cruce.

—Desde que me mudé a Corvallis, hará unos cuatro años. Fue uno de los primeros amigos de mi hermano con los que empecé a hablar.

—Y luego, ¿qué pasó? —preguntó con el torso girado en mi dirección.

—¿A qué te refieres?

—No te había visto antes del otro día en la cafetería, por eso hice algunas preguntas sobre quién eres y qué relación tienes con Vince. Descubrí que erais amigos, pero ya no os habláis, nadie supo, o quiso, decirme el porqué. Como te imaginarás, eso no hizo más que aumentar mi curiosidad.

—No pasó nada.

—Oh, venga ya, no nací ayer.

—Yo tampoco —afirmé con el ceño fruncido.

El hecho de que hubiera decidido ayudarla no significaba que considerara que era la persona adecuada con quien hablar de ciertos asuntos.

Volvió a apoyar la espalda en el respaldo del asiento y cruzó los brazos con los ojos fijos en la carretera.

—¿Estuvisteis juntos? ¿O erais amigos con derecho a roce, pero luego uno de los dos se enamoró?

—¿Qué? ¡No! Nada de eso.

Madison suspiró.

—Algo tuvo que pasar.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque eres la única persona de la que no quiere hablar. La experiencia me dice que esta es la primera de una serie infinita de señales que no deben ignorarse.

No respondí, porque no sabía qué decir. No la conocía y temía que pudiera interpretar cualquier respuesta que le diera para usarla en mi contra. Así pues, opté por el silencio.

No obstante, Madison no se rindió.

—Vince me gusta mucho, pero a veces no lo entiendo. —Se giró para mirarme de nuevo—. Quizá tú puedas ayudarme.

Madre mía, ¿cuánto tiempo más duraría aquella tortura? Comprobé la hora estimada de llegada en el navegador y descubrí que todavía nos quedaban más de cuarenta minutos de viaje.

Un paseo por el infierno sería más llevadero.

—No soy la persona más indicada para dar consejos amorosos —admití, pero ella pareció ignorarme.

—El viernes por la mañana discutimos porque supe que había invitado a una chica al partido, una tal Tiffany, y no a mí. Él dijo que solo era una amiga, pero no me lo creí. Discutimos; desde entonces no hemos vuelto a hablar. Por la tarde no fui al pabellón; tenía la esperanza de que viniera a buscarme, pero no lo hizo. Así que fui a buscarlo yo; al parecer no estaba en la residencia. Entonces empecé a llamarlo —confesó, con una pizca de vergüenza en la voz—. No me

ha respondido. Esta mañana me he enterado de que se ha ido con sus compañeros del equipo a una especie de concentración fuera de la ciudad sin decirme nada.

En ese momento entendí por qué Ethan me había dicho que estaría fuera unos días y que no me iba a necesitar.

Después de la conversación que mantuve con Blake fuera del Marsy, me costaba imaginar a Ethan y Vince juntos en el mismo lugar.

—Mis amigas dicen que no debería presionarlo, porque los chicos suelen salir corriendo cuando se sienten acorralados. Pero si ha decidido acabar lo nuestro y acostarse con otra, al menos debería informarme de ello, ¿no te parece?

Madison me miró a la espera de que le diera mi opinión.

—¿Por qué crees que quiere acostarse con otra?

—Porque todo el mundo sabe que cuando el gato no está, los ratones bailan.

Tenía algunas dudas sobre eso. Vince nunca había tenido problemas para cortar con alguien y siempre lo había hecho con respeto. También era de sobra conocido que tenía facilidad para pasar de una chica a otra, pero ninguna de ellas se había quejado de falta de respeto.

—No sé qué decirte, Madison —me limité a decir.

—No estás negando que podría haber terminado conmigo, eso ya es una respuesta.

Me encogí de hombros y suspiré.

—Son jugadores de *hockey* jóvenes, atractivos y simpáticos, con un futuro brillante en la NHL ya escrito. No puedes esperar otra cosa si decides estar con uno en este momento de su vida. —Podía

parecer una respuesta superficial, pero era la cruda verdad. Esto era todo a lo que podía aspirar si salía con un deportista: algunas noches de pasión y nada más.

—¿Hablas así porque ya te pasó a ti? Por esto os dejasteis de hablar, ¿verdad? Te engañó.

Se me escapó una carcajada por su terquedad.

—No, no me engañó porque nunca hemos estado juntos.

—¿Cómo es posible? —exclamó, como si no me creyera—. Encontré una foto vuestra en el cajón de su escritorio. ¡Llevabas su camiseta y estabais en su cama posando con la *black mask!* Y cuando le pregunté por qué la tenía allí, lo único que supo decirme era que en ese cajón guardaba tantos trastos que se había olvidado por completo de su existencia.

Aunque me sentí afligida por cómo Vince había restado importancia a la foto, me parecía justo explicarle a Madison que había malinterpretado la situación.

—La camiseta que llevaba era de mi hermano —le expliqué—. Viví en su fraternidad un año antes de empezar la universidad y conocí a Vince allí. Junto a Blake y los demás. En aquella época yo estaba muy mal por culpa de un chico, él fue quien más me ayudó. Y esa foto… —continué—, es solo un recuerdo de los muchos momentos que pasamos juntos. Pero nunca hubo intercambios de saliva ni nos arrancamos la ropa.

«Por desgracia».

Frené en un semáforo en rojo y la miré.

—Vince no siente nada por mí, te lo garantizo. No le han faltado ocasiones para demostrarme lo contrario. Me ve como a una hermana, o me veía como a una hermana. Si no hablamos como

antes es solo porque… —Busqué las palabras adecuadas para zanjar el tema definitivamente—, en algún momento me di cuenta de que íbamos por caminos distintos.

Mi respuesta pareció convencerla de algún modo, porque a partir de ese momento no dijo nada más.

El silencio nos acompañó durante el resto del viaje. Seguí conduciendo para subir cada vez a más altitud a través de una serie de curvas que despertaron quejas en Sam, que seguía tumbada en los asientos posteriores. Cuando llegamos a nuestro destino, la claridad del día estaba dejando paso a las primeras sombras de la tarde.

—Deberíamos haber llegado —afirmé cuando me adentraba en un largo camino de grava.

Conduje durante unos doscientos metros por el sendero que indicaba el navegador y llegamos hasta una cabaña de madera preciosa, de aspecto elegante y confortable, rodeada por completo de pinos y grandes claros salpicados de matorrales. Justo detrás de la casa vislumbré un río, las montañas que había alrededor que daban nombre a aquel lugar estaban surcadas por grandes cascadas.

—¿Estamos en el sitio correcto? —pregunté a Madison, que se puso a trastear con el teléfono.

—Sí, es el sitio correcto.

Sam se despertó justo en ese momento, puntual. Se incorporó lentamente, con cara soñolienta, el pelo verde enmarañado y el rostro pálido.

—Bienvenida al mundo de los vivos. —Le sonreí—. ¿Qué tal la cabeza?

—He tenido días mejores —farfulló mientras se estiraba—. ¿Dónde estamos?

Madison no respondió, buscó un contacto en su agenda y se llevó el teléfono al oído. Yo me encogí de hombros. Nunca había estado en ese lugar. Después de varios tonos sin respuesta, Madison colgó irritada, con una mueca en los labios.

—¿Tu hermano no lo coge?

Miró a su alrededor y luego decidió bajar del coche.

—Voy a buscarlo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté, pero ella negó con la cabeza.

Antes de que pudiera decir nada más, vi que caminaba hacia la puerta de entrada. Llamó como una loca. Las luces estaban encendidas, pero nadie abrió la puerta.

Sam y yo nos miramos extrañadas.

—¿Tú estás bien? No tienes muy buena cara —comenté.

—Qué va, tengo el estómago revuelto.

—Quizá deberías tomar un poco el aire.

—No creo que tenga fuerzas para sostenerme en pie.

Decidí bajarme del coche para ayudarla. Sam se apoyó con la espalda en un lateral y respiró la intensa brisa de montaña que soplaba entre las ramas de los árboles.

—Recuérdame que no vuelva a probar una gota de alcohol —me suplicó, desesperada.

—Lo que debes recordar es que no debes volver a mezclar alcohol —la reprendí yo con afecto.

De repente, oímos voces, risas y silbidos procedentes de la parte trasera de la casa.

Sam intentó acercarse a la casa, pero vi que le dolía el estómago y volvía a apoyarse contra el coche, con las manos en las rodillas. Por ese motivo, fui hacia el lugar desde donde llegaban los gritos, seguida de Madison.

Detrás de la cabaña, el terreno descendía una decena de metros de forma gradual. Proseguimos por la pendiente hasta que llegamos junto al río. En la orilla opuesta, vimos dos coches aparcados y, a lo lejos, un grupo de chicos a punto de saltar desde la pared más alta de una cascada.

En cuanto me di cuenta de quiénes eran, casi se me cae la mandíbula al suelo.

Vince, Jackson, Blake y Zac estaban de pie sobre un espolón. Nate y Ethan, empapados de la cabeza a los pies, subían por un sendero rocoso para volver con ellos.

Me giré hacia Madison y la fulminé con la mirada.

¿Era una broma?

—Necesitaba que me trajeras, no lo habrías hecho si te hubiera dicho la verdad —se justificó sin mirarme a la cara, como la cobarde que era—. Tenía que verlo antes de que hiciera una tontería.

Me reí, una risa de pura burla, luego negué con la cabeza y levanté las manos.

—Yo me marcho, búscate a otro conductor para volver.

Antes de dar la espalda al río, vi a Vince lanzarse al agua con un grito lleno de adrenalina. El corazón se me disparó en el pecho mientras sus amigos lo animaban con gritos y silbidos goliardescos.

El instinto hizo que corriera hasta la orilla del río; llamé la atención de los chicos, que me miraron confusos mientras yo solo sentía la imperiosa necesidad de darle una sarta de guantazos por

haber puesto en peligro su propia vida con ese salto. En el mejor de los casos, pillaría una pulmonía. En el peor, podría romperse todos los huesos del cuerpo.

Desde luego, no era la primera vez que los chicos se divertían desafiando a la suerte; al contrario, era su pasatiempo favorito después de las mujeres. Pero presenciar semejante temeridad en directo me enfureció. Cuando Vince salió a la superficie, con el pelo disparado en todas direcciones, se dispuso a nadar hasta la orilla, pero Blake, con un gesto de la cabeza, le hizo ver que ya no estaban solos y lo invitó a girarse en nuestra dirección.

En cuanto se percató de nuestra presencia, su expresión se ensombreció. Vince clavó la mirada en mí con una furia que me golpeó de lleno en el pecho.

No quería que estuviera allí.

Y yo no pensaba quedarme ni un segundo más. Me di la vuelta y me alejé.

Me sentía frustrada, herida e impotente.

Había conseguido que me odiara la única persona en el mundo incapaz de guardar rencor.

Y todo por culpa de aquel maldito beso que había visto entre Ethan y yo.

—Nos vamos —le ordené a Sam cuando la alcancé frente a la cabaña.

—¿Nos vamos? —preguntó, confundida—. ¿Y el hermano de Madison?

—No hay ningún hermano, solo una niñata paranoica con manía de control —le expliqué a toda prisa mientras me subía al coche.

—¿De qué habl…? —Antes de que Sam pudiera sentarse en el coche, vi que se llevaba una mano a la boca, se inclinaba hacia delante y devolvía sobre el sendero todo lo que había bebido la noche anterior. Las arcadas fueron tan violentas que cayó de rodillas.

—¡Dios mío, Sam! —Corrí hacia ella y le sostuve el pelo. Saqué unos pañuelos del bolsillo de la chaqueta y le ofrecí unos cuantos. Madison caminó hacia nosotras con una mueca de asco y nos preguntó si necesitábamos un poco de agua. Me limité a asentir sin siquiera mirarla.

Sacó una botellita de una de sus bolsas del maletero y yo le humedecí las mejillas y la frente a Sam.

—¿Estás un poco mejor? —le pregunté mientras le acariciaba la espalda cuando las arcadas parecieron cesar. Por desgracia, no tardaron en volver a hacer acto de presencia, esta vez más fuertes que antes.

Seguía agachada junto a Sam cuando el rugido de motores de gran cilindrada me advirtió de la llegada de dos coches, que se detuvieron detrás del mío levantando polvo y grava.

De un deportivo rojo brillante salió Ethan. Del Camaro negro de Vince bajaron los demás. Aunque llevaban ropa, seguían empapados.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Blake, que se acercó a nosotras.

—¿Cómo habéis llegado? —añadió Nate.

Por sus expresiones intuí que no se alegraban de vernos. No podía culparlos: en el fondo, les acabábamos de arruinar la fiesta.

El único que parecía encontrar la situación divertida era Ethan, que se sentó en los escalones de la cabaña y, con una sonrisa ladeada, empezó a disfrutar del espectáculo mordisqueando un trozo de regaliz.

—Preguntádselo a ella. —Señalé a Madison, que tenía los brazos cruzados y la boca apretada en una fina línea.

Vince fue directo hacia ella. Aunque se apartaron un poco, los oí discutir acaloradamente: Vince le exigía saber cómo se le había ocurrido aparecer sin avisar. Y ella respondió que quería aclarar las cosas.

Los demás entraron en la casa, con los labios amoratados por el frío, murmurando que les habíamos arruinado la diversión. Bueno, no tenían ni idea de lo mucho que habría querido teletransportarme a cualquier otro lugar.

Blake también entró, pero volvió enseguida con nosotras y trajo un cubo y un rollo de papel absorbente. Sam le hizo un gesto para que se marchara.

—Déjate ayudar —la reprendió él.

—Preferiría ahogarme en mi propio vómito —dijo mi amiga.

Blake me miró exasperado, pero se hizo a un lado.

—No podéis quedaros aquí —dijo al final.

—Tranquilo, no tenemos la intención de hacerlo —aclaré, le arrebaté el rollo de papel y ayudé a Sam a limpiarse la boca.

—Tranquilo, guapo, le estás hablando a mi chica —intervino Ethan, que aprovechó aquella situación horrible en su beneficio—. Cuando Sam deje de vomitar, podrán volver a casa —concluyó, y se acercó a mí. Le lancé una mirada de soslayo; seguía agachada sobre la tierra húmeda. Él no se dio por aludido—: Entiendo que me

echaras de menos, pero conducir hasta aquí solo para verme ha sido un poco arriesgado, ¿no te parece?

No tuve tiempo de soltarle una bordería porque un chillido agudo rasgó el aire. Todos nos giramos en la dirección de la que procedía.

—¡Llevas dos días ignorándome! —Era Madison. La respuesta de Vince apenas se escuchó. Solo alcancé a oír un «Te estás pasando» y «No tengo nada más que decirte aparte de lo que ya sabes».

Madison no parecía de la misma opinión.

—No me marcho de aquí hasta que me des las respuestas que busco.

En ese momento, vi que Vince negaba con la cabeza y se marchaba de allí para volver a entrar en la cabaña.

—¡No me des la espalda! —le gritó ella.

—¡Todo este teatro es ridículo, Mads! —replicó Vince, igual de enfadado—. Cuando decidas volver a comportarte como una persona normal, quizá podamos hablar. Hasta ese momento, por lo que a mí respecta, puedes irte a casa.

Madison se quedó boquiabierta al ver que Vince se marchaba sin miramientos. Miró a su alrededor con nerviosismo y dijo:

—Bien, ¡tú lo has querido!

A partir de ahí, todo sucedió demasiado rápido como para reaccionar a tiempo.

Madison se dirigió a mi coche, hasta el lado del conductor, sacó las llaves que había dejado en el salpicadero y se adueñó de ellas.

—Madison, ¿qué vas a hacer…? —murmuré. Solté a Sam y me incorporé.

Vi que caminaba hacia la parte trasera de la cabaña, en dirección al río, y la sangre se me heló.

No iría a…

—¡Madison! —la llamé con un grito mientras empezaba a sentir los latidos de mi corazón acelerarse, y corrí tras ella.

Mi chillido llamó la atención de Vince, que nos alcanzó en la pendiente, pero Madison no se detuvo. Avanzaba con decisión.

Vi que se acercaba a la orilla del río con mis llaves en la mano.

—¡Madison, no te atrevas! —grité fuera de mí. Corrí todo lo rápido que pude para detenerla, pero ella se me adelantó y, con rabia, lanzó mis llaves al agua—. ¡Madison, no!

Abrí los ojos de par en par y me precipité hasta la orilla.

Blake, Ethan y Vince llegaron a mi lado, tan atónitos como yo.

Mis llaves.

Se habían hundido.

En el fondo de un río helado.

Me quedé en *shock,* incapaz de decir nada. Tenía la respiración agitada y la boca entreabierta. Por el salto que había dado Vince antes, sabía que era muy profundo.

—Ahora no puedes echarme. Estás obligado a hablar conmigo. —Madison se dirigió a Vince con una mano en la cadera.

Me giré hacia ella y, lo juro por Dios, lo único que pensé fue en destrozarla con mis propias manos.

Capítulo 16



Leila

Una pesadilla.

Eso estaba viviendo: una pesadilla con los ojos abiertos.

Las llaves de mi coche se habían perdido para siempre, y yo me encontraba atrapada en una cabaña en pleno bosque a más de doscientos kilómetros de Corvallis, obligada a compartir el espacio con mi falso novio, el tipo por el que me sentía atraída y la chica con la que se acostaba.

Estaba al borde de una crisis nerviosa.

Dejé de caminar de un lado a otro y me detuve frente a la chimenea encendida mientras pensaba en alguna solución.

Blake nos había invitado a entrar en la cabaña, que al parecer era de los abuelos de Nate. En el exterior ya había caído la noche y los chicos necesitaban darse una ducha caliente antes de congelarse, mientras que nosotras teníamos que resolver aquel asunto. Sam no se había recuperado del todo aún, pero desde que habíamos entrado en la casa no había dejado de despotricar contra Madison.

—¿Esta es la forma que tienes de pagar el favor que te hemos hecho? —estaba chillando.

—Ya he pedido perdón, ¡no sé qué más podría hacer! —respondió Madison.

—¡Has tirado sus llaves al río! ¡Da gracias de que no te haya empujado a ti para que las recuperaras!

—¡No quería hacerlo, ha sido un impulso incontrolable!

—¿Incontrolable? —A Sam se le escapó una risita histérica—. Lo que voy a hacerte yo como no cierres esa boca sí que será incontrolable.

Me di la vuelta porque temía la reacción de mi mejor amiga, pero Blake se me adelantó. Ya se había cambiado y vestía ropa cómoda y seca.

—Muy bien, ahora basta —intervino con la intención de calmar los ánimos—. Gritaros no os ayudará a encontrar una solución.

—¡No me parece que vosotros os estéis esforzando mucho para encontrar una! —le recriminó Sam; no le faltaba razón.

Zac, Ethan y Jackson, que ya habían salido de la ducha, estaban tirados en el sofá con el móvil en la mano y parecían aburridos ante todo aquel asunto.

Vince, en cambio… bueno, todavía no había abierto la boca.

Estaba de pie junto a la ventana del fondo de la sala, dándonos la espalda, con los brazos cruzados, la mirada sombría clavada en algún punto al otro lado del cristal y la mandíbula apretada.

—¡No me parece que seamos nosotros quienes os hemos metido en esta situación! —farfulló Blake, dirigiéndose a Sam. Me giré para mirarlo—. Y no es fácil encontrar una solución, tal y como están las cosas —continuó.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque solo tenemos dos coches disponibles —explicó. Tardé unos segundos en intuir lo que no había dicho: los coches en cuestión eran los de Ethan y Vince.

Dios santo, habría preferido volver andando antes que dejar que me llevara cualquiera de los dos. A pesar de todo, solo quería volver a casa, así que clavé los ojos en Vince casi por instinto. Sam siguió mi mirada.

Vince debió de sentirse observado porque se giró hacia nosotras. En cuanto intuyó nuestras intenciones, reaccionó resoplando.

—La respuesta es no. —Me miró a los ojos y añadió—: Ya se encargará tu novio de llevarte a casa.

Me quedé sin palabras.

¿Hablaba en serio?

—Sí, bueno, no nos vamos a quedar aquí. Ni siquiera tengo cepillo de dientes —protestó Madison, que fue alternando la mirada entre todos los presentes.

—Oh, ¿ahora quieres irte? —replicó Sam, mientras yo mandaba a Vince a tomar viento con la fuerza del pensamiento. Y estaba segura de que captó mi invitación silenciosa, porque me devolvió una mirada afilada.

—No contéis conmigo —dijo Ethan—. Es tarde, tengo hambre y no me apetece conducir seis horas entre ir y volver. ¿Me equivoco o estoy de vacaciones? —Se guardó el móvil en el bolsillo, se levantó del sofá y anunció que subiría a dejar sus cosas en la habitación que le habían asignado con una desenvoltura que me dejó boquiabierta.

Antes de pasar junto a mí, se detuvo a mi lado y me pellizcó la barbilla.

—Pásate a verme más tarde, me encontrarás en la habitación que hay al fondo del pasillo. —Lo dijo lo bastante alto para que lo oyeran todos; me estremecí ante la idea de pasar tiempo a solas con él.

Lo fulminé con la mirada antes de verlo desfilar por las escaleras hacia el piso de arriba. Aparté los ojos de Ethan y, sin querer, los posé en Vince, pero me arrepentí de inmediato.

Tenía una expresión fría, el rostro contraído por el desprecio. La rabia que irradiaba su cuerpo me cerró la garganta.

Madre mía, no sobreviviría mucho tiempo en aquella casa.

—Esta noche dormiréis aquí, las tres. Mañana buscaremos un modo para que volváis a casa —sentenció Blake, que le echó un vistazo a Nate para pedir su aprobación. Reticente, él se encogió de hombros—. Os cederé mi habitación —prosiguió Blake, que nos señaló a Sam y a mí—. En cuanto a ti… —suspiró; se dirigía a Madison—. Buscaremos algo.

—¿Algo? —repitió ella, irritada—. ¿No puedo dormir contigo? —le preguntó a Vince.

—En esta casa no faltan habitaciones —respondió él—. La mía está ocupada.

Se retiró de la ventana, cogió la chaqueta que había en el respaldo de un sillón y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—¿Adónde vas? —le preguntó Blake.

—A comprar tabaco —soltó antes de cerrar de un portazo.

Oímos que el motor de su coche se encendía con un rugido y, por la ventana, lo vimos desaparecer a toda velocidad en la oscuridad de la montaña.

Blake se rascó la frente y suspiró hondo.

—Este retiro para el equipo no es más que un intento de recuperar los viejos equilibrios. Así que sería mejor que ninguna de vosotras durmiera con su respectiva pareja. —Blake nos miró a Madison y a mí para que el mensaje nos llegara alto y claro.

Ignoraba el hecho de que, para mí, aquello era un alivio infinito.

—Si tengo que pasar la noche aquí, espero que al menos haya un champú suave para mi pelo. —Madison se enrolló un mechón rubio alrededor del dedo y lo examinó con atención—. He tardado años en conseguir este resultado, no lo voy a echar a perder por una noche.

Sam estuvo a punto de matarla, estaba convencida. Blake, en cambio, volvió a suspirar y se pellizcó el puente de la nariz a la vez que negaba con la cabeza. Ignoró por completo la petición de Madison; junto con Nate, nos invitó a subir al piso de arriba para enseñarnos nuestras habitaciones. Subí las escaleras sosteniendo a Sam, que seguía débil y pálida. Yo me sentía igual de agotada, por lo que acepté a regañadientes: dormiríamos allí y, al día siguiente, huiría de aquella pesadilla.

Junto a la habitación destinada a Sam y a mí, Nate abrió la puerta de un cuarto vacío que le asignaron a Madison. Luego nos indicó las habitaciones de todos los chicos, y descubrí que la de Vince estaba justo enfrente de la nuestra.

Genial.

—Hay dos baños, uno en la planta de abajo y otro justo ahí —explicó Nate mientras mostraba una puerta que había allí cerca, a nuestra derecha, de la que se filtraba un hilo de luz—. En menos de una hora, Blake y yo empezaremos a preparar la cena; si queréis acompañarnos, sois bienvenidas.

Dimos las gracias a los chicos, pero en cuanto Sam y yo cerramos la puerta, decidimos quedarnos allí el resto de la noche. Ella seguía mareada, y yo no tenía ninguna intención de asomarme por la puerta.

No quería ser el motivo de más discusiones.

Sam, agotada y con dolor de cabeza, cayó rendida en cuanto se tumbó en la cama, abandonada en una postura antinatural que me arrancó una sonrisa.

En cambio, yo no conseguía pegar ojo. Me quedé tumbada en la cama, con las manos entrelazadas sobre el vientre, mirando el techo oscuro no sé cuánto tiempo antes de que Ethan me mandara un mensaje.

Ethan: Tenemos que hablar de tu presencia aquí, te espero en mi habitación.

Al principio pensé en ignorarlo, pero luego preferí dejar las cosas claras.

Leila: No hay nada de lo que hablar. Se trata solo de un contratiempo temporal.

Ethan: Un contratiempo que llega justo en el momento oportuno.

Leila: No sé qué tienes en mente, pero no pienso provocar más encontronazos, así que déjame en paz. Estoy cansada.

Ethan: Un trato es un trato, jovencita.

Reprimiendo un suspiro cargado de frustración, dejé de responderle. Luego vino a llamar una vez a mi puerta, para invitarme a bajar a cenar con ellos, en una interpretación del papel de novio atento. No respondí; fingí que estaba dormida. Por suerte no insistió.

En un momento dado, mi estómago empezó a rugir, pero no le hice caso. Se me daba bien aguantar el hambre. De pequeña tenía que hacerlo a menudo, aunque por motivos muy distintos.

Esperé hasta que estuve segura de que ya habían terminado de cenar y se habían ido a sus habitaciones.

Miré la hora en mi reloj; era poco más de la medianoche. La casa por fin estaba sumida en el silencio. Bajé al piso de abajo. Dejé atrás el comedor y me dirigí a la cocina.

Intenté hacer el menor ruido posible. Busqué algo para comer en la despensa y en la nevera, pero las sobras que encontré no tenían buena pinta.

Suspiré. Cogí resignada la garrafa de leche, serví una cantidad abundante en un cuenco y lo llené de cereales.

Fui a sentarme a la mesa. Doblé una rodilla contra el pecho y me llevé una cucharada a la boca.

Volví a pensar en mis llaves y en el hecho de que, una vez volviera a Corvallis, tendría que buscar la copia, porque no recordaba dónde estaba. Esperaba, eso sí, que no la tuviera Thomas.

Pensé en la ropa que llevaba puesta y en el frío que hacía en la cabaña, ahora que la chimenea se había apagado.

Pensé en el giro absurdo que había tomado el día, en las clases y el trabajo en la redacción que perdería al día siguiente, y luego pensé en…

Vince.

Delante de mí.

No era una visión. Era él, en carne y hueso.

Más carne que hueso, dado que en ese momento solo llevaba puestos los pantalones del pijama.

Lo miré incómoda, con la cuchara suspendida en el aire.

Pasó por delante de mí ignorándome, igual que se ignoran las cosas que no nos importan.

Fue hasta la nevera, cogió una botella de agua y se llenó un vaso bastante grande, que se bebió en unos pocos tragos.

Me pregunté qué debería hacer.

¿Irme?

¿O aprovechar la ocasión?

Sería un buen momento para hablar con él y decirle todo lo que había querido decirle en la llamada de la noche anterior. No podía colgarme en ese momento, tendría que escucharme.

Así pues, me levanté de la mesa, cogí mi cuenco de cereales con leche, lo llevé al fregadero y me coloqué a su lado.

—Hola —me atreví a decir, titubeante, al cabo de un instante de indecisión.

Hacía un año que no hablábamos, me pareció patético volver a hacerlo en una circunstancia como esa.

Vince no dijo ni una palabra; se limitó a endurecer la mirada y a meter el vaso en el lavavajillas.

—Espero no haberte despertado —seguí, empeñada en no permitir que me ignorara—. Los suelos de esta casa crujen un montón.

Impasible como nunca, me dio la espalda y se dispuso a marcharse, pero lo detuve agarrándolo del brazo.

—Vince… —lo llamé casi en una súplica para que me mirara. Él, sin embargo, se quedó inmóvil, con los puños apretados a los lados; los hombros subían y bajaban al ritmo de la respiración.

Cuando por fin se giró, tenía una mirada tan fría en sus ojos azules que me vi obligada a dar un paso atrás. Él, en cambio, avanzó con decisión. Se acercó tanto que sentí su aliento y, aunque yo era alta, tuve que levantar la barbilla para mirarlo a la cara.

—¿Has decidido arruinarme la vida? —me preguntó en un susurro letal.

—¿Qué? —pronuncié con un hilo de voz—. No, solo… solo quiero hablar contigo.

Resopló.

—Después de alejarme de ti durante un año, ¿ahora quieres que hablemos?

Fruncí los labios en una línea dura. Era injusto atacarme por ese frente.

Yo había tenido mis buenos motivos para alejarlo, y él debería saberlo.

Al parecer, todavía no los había entendido del todo.

Tal vez fuera mejor así.

Desvié la mirada hacia la ventana frente a nosotros, donde la luna llena iluminaba los árboles mecidos por el viento. Me aclaré la garganta.

—No quiero hablar de eso —dejé claro cuando volví a mirarlo—. Me he enterado de que tu padre se casa. —Cambié de tema porque no tenía ganas de recordar la noche en la que me humilló. Pareció funcionar, porque su expresión se tiñó de un velo de confusión—. Enhorabuena —concluí.

—¿Cómo te has enterado?

Miré hacia el piso de arriba.

—Tu chica.

—No es mi chica, lo sabes.

—Pues quizá también deberías decírselo a ella: ya se ha comprado el vestido para la cena de compromiso.

Vince frunció el ceño; luego negó con la cabeza y se masajeó los párpados, exasperado, como si en aquel momento no tuviera fuerzas para ocuparse además de ese problema.

—Sí, mi padre se casa con la niñera de Sierra.

—Oh… —Me quedé de piedra, no quise ni imaginar cómo se sentiría él al respecto—. ¿Y a ti te parece bien?

—Me enteré hace dos días. Todavía tengo que averiguar si me parece bien o no.

Dos días.

Era una noticia de última hora, aún tenía que digerirla. Puede que, entonces, no fuera buena idea contarle lo de la llamada que había oído el viernes, durante el partido.

—¿Quieres… quieres hablar de ello?

—Contigo no.

—Vince, no me rechaces así, solo quiero…

—¿Qué? —silbó.

Inspiré y solté el aire despacio. La conversación estaba resultando más difícil de lo previsto.

—Tú siempre has estado ahí cuando te he necesitado. Aunque ahora las cosas entre nosotros hayan cambiado… —Me percaté de que mis palabras desprendían tristeza—, quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

—Te he necesitado varias veces durante este último año, pero tú no estabas ahí para mí. —Una risa amarga se le escapó de los labios mientras se rascaba una ceja—. Pero lo tendré en cuenta. Si alguna vez te necesito, solo tengo que llamar a tu puerta. Aunque necesitaré andarme con cuidado para no encontrarme a Ethan ahí dentro.

Una puñalada en el pecho me habría dolido menos.

Habría querido contestarle, decirle la verdad, pero no podía correr ese riesgo.

Tragué saliva e hice como si nada.

Se me daba bien no mostrar mis sentimientos.

—Estás enfadado y herido, lo entiendo. Pero, lo creas o no, todavía me importas.

Esperé que mis palabras le ofrecieran algún tipo de consuelo, pero, en lugar de eso, Vince resopló con sarcasmo.

—Solo te importas tú misma.

Entorné los labios, incapaz de creer que hubiera dicho algo tan cruel.

—No hace falta que seas un capullo, solo intento ayudarte —respondí.

—¿Ayudarme? —repitió con dureza—. ¿De verdad quieres ayudarme, Leila? —Acercó la cara a la mía todavía más y, de

repente, el aire entre nosotros se volvió más pesado. Durante un instante fugaz, Vince bajó la mirada a mis labios y el aliento se me quedó atrapado en la garganta. Cuando volvió a mirarme a los ojos, en su mirada vi tanta rabia y sufrimiento que me quedé petrificada.

—Aléjate de mí —dijo.

Me dio la espalda y se fue.

Capítulo 17



Leila

Me despertó la melodía de llamada de mi teléfono.

Me ardían los ojos por la noche que había pasado en vela. Cuando reuní fuerzas para abrirlos, alargué la mano hacia la mesita y, en la pantalla, encontré una serie de notificaciones del grupo del periódico. Mi ausencia había provocado el caos; todos me preguntaban dónde me había metido.

Me incorporé de golpe en la cama y me aparté los mechones que se me pegaban a la boca. Eran las once pasadas. A mi lado, Sam seguía durmiendo.

Eché un vistazo por la habitación. La esperanza de que lo que había ocurrido el día anterior hubiera sido una pesadilla se resquebrajó en cuanto comprendí que no, que todo era real.

Volví a centrarme en la pantalla del teléfono y escribí a toda prisa un mensaje para disculparme. Aseguré a mis compañeros que al día siguiente me pondría al corriente con el trabajo pendiente.

Había pasado la noche pensando en una solución para volver a Corvallis en el menor tiempo posible; al final, encontré una opción tan banal como perfecta: el autobús. Pasaba uno cada hora y la

parada más cercana estaba a solo diez minutos en coche de la cabaña; podríamos llegar hasta allí sin demasiados problemas, incluso a pie. Tardaríamos una eternidad en volver, pero al menos huiría de aquella situación absurda.

Mientras tanto, intenté ser útil asignando a todos los redactores una tarea para que la llevaran a cabo. Luego me puse en pie y traté de ordenar mi mente, todavía ofuscada por el sueño y el pánico.

Llamé a Sam para despertarla, pero no reaccionó. Rodeé la cama, me acerqué y lo intenté de nuevo. Nada.

—Sam, despierta —dije con más decisión, mientras la sacudía suavemente por el costado.

Murmuró algo que me pareció un «déjame en paz»; apartó mi mano y se giró para darme la espalda.

—Por favor, Sam, tenemos que irnos. —Volví a rodear la cama. Cuando quise apartarle un mechón que le cubría la cara, me di cuenta de que tenía la frente muy caliente.

Abrí los ojos de par en par.

No.

No, no, no.

No podía ser verdad.

—¡Sam, estás… ardiendo! Tienes fiebre —exclamé, alterada.

—No tengo fiebre —masculló con los ojos cerrados y el ceño fruncido por la molestia—. Solo necesito un analgésico, luego me sentiré mejor.

—¿Mejor? ¡Podría asar un filete ahí encima de lo caliente que estás! —Me pasé una mano por el pelo para intentar mantener la calma, pero fue imposible—. Sam, yo… tengo que volver a casa hoy mismo, tengo clases, debo sacar adelante el periódico… ¡Por no

mencionar que no me ducho desde ayer, llevo la ropa sucia y ni siquiera tengo un cepillo de dientes aquí conmigo! —Estaba nerviosa; empecé a caminar de un lado a otro por la habitación.

—Vale, vale, ya lo he pillado —murmuró—. Ahora me levanto y nos vamos —me tranquilizó. Intentó hacerlo, de verdad, pero estaba tan débil que volvió a desplomarse sobre el colchón—. Muy bien, tal vez no vayamos a marcharnos tan pronto.

La miré con los ojos como platos y la respiración jadeante.

Podía olvidarse de eso.

Sin decir nada, bajé al piso de abajo, donde encontré a los chicos desayunando en el comedor. Estaban riéndose y charlaban entre ellos con la boca llena. Nate, Zac y Jackson fueron los primeros en verme, y llamaron la atención de Blake y Vince, que, sentados en los extremos de la mesa, estaban a punto de lanzarse un pedazo de pan. Cuando Blake interceptó mi mirada, enmudeció.

Vince, en cambio, me observó un instante, pero luego frunció el ceño y apartó la vista.

—Buenos días —dije, lo que también llamó la atención de Ethan, que se giró para observarme. Ignoré la fuerte sensación de incomodidad que sentí y fui directa al grano—. Sam no se encuentra bien, tiene fiebre, necesita paracetamol.

—Buenos días a ti también, princesa —habló Ethan, que me invitó a sentarme a su lado con una sonrisa avispada.

—No tengo hambre, gracias. —Crucé los brazos, impasible—. Solo quiero paracetamol.

—Puedo darte un poco de hierba, si quieres —propuso Zac, que hincó el diente en una loncha de beicon crujiente.

—¡Cállate, Zac! —lo reprendió Nate.

—Eh, lo decía por decir… Es un buen sustituto —se justificó, luego siguió engullendo su desayuno.

Nate negó con la cabeza y volvió a mirarme.

—Echa un vistazo en ese cajón. —Señaló una alacena a mi espalda—. No te aseguro que encuentres nada, mis abuelos se lo llevaron casi todo.

Le di las gracias y empecé a rebuscar en el cajón. Al cabo de unos segundos, Blake se acercó a mi lado.

—Eh, ¿cómo estás esta mañana? ¿Has podido descansar?

—No tanto como me habría gustado —respondí mientras seguía rebuscando entre blísteres y frascos algo que fuera lo bastante fuerte para dárselo a Sam y a ser posible que no estuviera caducado.

Antes de que Blake contestara, oímos el chirrido de una silla en el suelo. Nos giramos y vimos que Vince se levantaba y se dirigía a la cocina, que estaba junto al comedor, para dejar su plato en el fregadero.

—Me han dicho que anoche hablasteis —murmuró Blake en voz baja.

Solté una risa seca.

—No lo definiría exactamente como «hablar».

—¿Y cómo lo definirías?

Lo miré sin pestañear.

—Hacer el capullo, así lo definiría.

Blake resopló como si le restara importancia.

—Solo está nervioso.

—Lo estamos todos —admití y retomé la búsqueda entre los medicamentos.

—Está pasando por una mala racha. Su padre se casa con la niñera de Sierra, los patrocinadores lo presionan, han suspendido las visitas con su madre y ahora… tú e Ethan bajo el mismo techo. En fin, es mucho que digerir, incluso para alguien como él, ¿no crees?

Por un momento dejé de rebuscar en el cajón.

¿Habían suspendido las visitas con su madre?

Aquella noticia me descolocó más que la inminente boda de su padre.

Ser consciente de cuántas cosas habían cambiado en su vida durante mi ausencia me dolió profundamente.

—¿Sabes qué, Blake? No tengo tiempo para estas historias, todos tenemos nuestros problemas. Yo, en este momento, necesito que Sam pueda levantarse y volver a casa. —Blake me miró unos segundos sin decir nada, quizá sorprendido por mi reacción brusca —. ¡Joder, aquí no hay nada! —estallé y cerré el cajón en un impulso cargado de frustración.

—Tranquila, Ley, hay una farmacia no muy lejos de aquí, podemos conseguir los medicamentos sin problema —sugirió, y me apoyó una mano en el hombro—. También puedo pasar por Walmart y te buscaré algo de ropa interior nueva, así puedes darte una ducha caliente.

Era amable.

Eso me hizo sentir peor.

Suspiré agotada y lo miré.

—Perdona, es que estoy…

—Nerviosa —concluyó él con una sonrisa afectuosa.

Le ofrecí una sonrisa débil y asentí.

Blake fue al recibidor, cogió su chaqueta de cuero del colgador y las llaves del Camaro del bolsillo del abrigo de Vince.

—¿Qué haces? —le preguntó él desde el umbral de la cocina con una nota de pánico en la voz.

Quería a su coche más que a su propia vida.

Solo Blake y mi hermano habían tenido el honor de conducirlo en el pasado.

—Voy a buscar medicinas y una muda de ropa para las chicas.

—Puedo ir yo —se ofreció Vince.

—No, voy yo —afirmó Blake—. Tú tienes algo que resolver en la planta de arriba —lo reprendió antes de abrir la puerta y marcharse.

—Sí, capitán, ve con tu novia —añadió Ethan, que masticaba un trozo de pan tostado con la boca abierta y el codo apoyado en el respaldo de la silla—. La has dejado sola en la habitación, no es muy bonito.

Vince lo fulminó con la mirada y dejó en la encimera de la cocina el trapo con el que se estaba secando las manos.

—Todavía me pregunto cómo averiguó dónde estaba —dijo sin apartar la mirada de Ethan.

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé, la gente habla.

Vince no insistió; se dirigió a las escaleras para subir al piso de arriba siguiendo el consejo de Blake.

Cuando pasó junto a mí, por un momento me pregunté si se arrepentía de las palabras que me había dicho la noche anterior o si seguía convencido de todo lo que había afirmado.

Sacudí la cabeza para apartar mis reflexiones. Cuando Vince se hubo alejado, yo también me dirigí hacia las escaleras para ir con

Sam, aunque la voz de Nate me detuvo.

—Siéntate con nosotros y come algo, hoy Jacky se lo ha currado un montón. —Me fijé en la cantidad de comida que había en la mesa y le sonreí a Jackson.

—Gracias, pero prefiero ir a ver cómo está Sam.

—Entonces llévale algo. —Cogió un plato vacío y lo llenó con un poco de todo.

—Qué considerado —se burló Ethan antes de beber un poco de zumo.

—Debería servirte de ejemplo —replicó Nate, cortante.

La tensión en aquella cabaña se podía cortar con un cuchillo.

—Ya soy lo bastante considerado. —Ethan se levantó de la silla y se acercó a mí. El instinto me llevó a ponerme rígida. Un irrefrenable deseo de salir corriendo de allí, una sensación que empezaba a resultarme familiar, se abrió paso en mi interior. Ethan me levantó la barbilla con un dedo y me besó—. Considerado lo necesario, ¿no te parece?

Me obligué a asentir mientras él me ofrecía una sonrisa complacida. Luego entrelazó su mano con la mía para que fuera con él al piso de arriba. Me pilló por sorpresa, subí las escaleras sin mediar palabra. No tenía ni idea de qué había urdido.

Una vez estuvimos solos en el pasillo, frente a la puerta de su habitación, me separé de él.

—No hacía falta que me acompañaras, sabía llegar yo sola.

—Tenemos que hablar. —Me agarró del brazo y me metió en su habitación antes de cerrar la puerta a mi espalda.

—¿Qué demonios haces? —protesté zafándome de su agarre.

—Retomar la conversación que dejaste a medias ayer. Si tu amiga se encuentra mal, significa que no volveréis a Corvallis muy pronto, lo cual, si lo piensas, no es ninguna tragedia. —Caminó arriba y abajo por la habitación, con una mano en la barbilla y el semblante concentrado.

—Blake ha ido a buscar medicinas; en cuanto Sam se encuentre mejor, nos iremos —dejé claro.

—Sí, pero mientras tanto estarás aquí —insistió, con la mirada clavada en la mía—. Hoy con los chicos tenemos planeada una excursión por el bosque y, adivina, tú también vienes.

Se me escapó una risita nerviosa.

—Sam está enferma, Ethan. La redacción del periódico está patas arriba, las llaves de mi coche están en el fondo de un río y ¡yo estoy a más de doscientos kilómetros de casa! ¡No tengo ganas de pasear por el bosque!

—Pues lo harás —me dijo con un tono de voz que no admitía réplica—. Y te prometo que, en cuanto Sam se encuentre mejor, yo mismo os llevaré a casa —terminó e intentó sonar más conciliador.

Claro, el autobús era una opción, pero tardaríamos el triple.

Entrecerré los ojos y lo observé con atención.

—Estás mintiendo.

—No tengo motivo para mentir. ¿Recuerdas? Si tú me ayudas, yo te ayudo.

Crucé los brazos.

—Alyssa no está, no necesitas mi ayuda. Y Blake ha sido claro: esto es un retiro para vosotros, compañeros de equipo, los asuntos personales se quedan fuera.

—Es verdad, Alyssa no está; aun así tenemos que resultar creíbles a ojos de los chicos, si no te llevara conmigo sería raro. Estoy seguro de que Blake no tendrá nada que decir por un simple paseo.

Negué con desaprobación.

—No voy a dejar a Sam aquí sola para jugar a la parejita feliz contigo.

—Sam no es una niña y tú no eres su madre. Cuando Blake le traiga las medicinas, será capaz de cuidar de sí misma durante unas horas.

Qué falta de sensibilidad.

—No me mires como si fuera la peor persona del mundo, esta situación podría volverse ventajosa para los dos —afirmó.

—¿Para los dos? —exclamé, anonadada—. ¿Y qué ventajas habría para mí?

—No finjas que no lo entiendes. —Me lanzó una mirada astuta—. He visto cómo os miráis. —Cogió un paquete de chicles de menta del escritorio y se metió uno en la boca—. A lo mejor, si te ve conmigo, por fin espabila.

Hablaba de Vince.

—No necesito recurrir a jueguecitos de ese tipo —respondí tajante.

—Las mayores victorias se consiguen jugando sucio.

—En eso tú eres un maestro —repliqué.

—En mi deporte, si quieres destacar, tienes que abrirte paso a codazos. —Jugueteó con el paquete de chicles entre los dedos mientras mascaba haciendo ruido—. Es ley de vida, Leila. Aplasta si no quieres que te aplasten.

Suspiré frustrada, cerré los ojos mientras me pellizcaba el puente de la nariz.

Me sacaba de quicio todo lo que decía.

«Ochenta y cinco días. Solo ochenta y cinco días», me repetí como un mantra para infundirme valor.

—¿Has terminado de repartir píldoras de sabiduría? Porque, en ese caso, me gustaría irme. —Señalé la puerta a mi espalda con el pulgar.

—En realidad, hay otra cosa… —Me estudió desde debajo de sus pestañas espesas con aire precavido—. Esta cosa entre Vince y tú… —Se sentó al pie de la cama y apoyó los codos en el colchón, listo para meter las narices en mi vida—, ¿qué pasó exactamente? ¿Le diste puerta? —conjeturó—. O tal vez, espera… —Se presionó los labios con el índice—, ¿fue él quien te dio puerta a ti?

Rechiné los dientes por los nervios y me dispuse a salir de su habitación, pero mi movimiento no hizo más que confirmar sus sospechas.

—Fue eso, ¿verdad? Déjame adivinar, ¿su sentido de la lealtad hacia tu hermano fue más fuerte que las ganas de follarte? —se mofó—. Un duro golpe para alguien que nunca ha sido la primera opción de nadie, sino más bien el segundo plato.

Una oleada ardiente de humillación me arrasó de lleno.

Ethan había dado en el clavo: con aquella alusión pretendía sacar a flote mi experiencia con Travis Baker. Pasé semanas sin salir de casa de lo mortificada que me sentía. Y no volví a mirar a un chico a la cara durante meses por su culpa. Usar esa carta contra mí era mezquino.

Solté el pomo y, cuando me volví para mirarlo, advertí una expresión complacida en su rostro. Eso me enfureció incluso más. Di unos pasos para alcanzarlo y me planté ante él, a pocos centímetros de su cara.

—Te divierte muchísimo encontrar los puntos débiles de las personas y usarlos para tu beneficio, ¿verdad? ¿Lo haces porque te aburres? ¿Porque sientes un sádico placer al hacer sufrir a los demás? ¿O porque, tal vez, crees que eres intocable? Te voy a contar un secreto: no lo eres. Solo eres un niño mimado, convencido de que tiene el mundo en la mano porque tu padre te lo ha hecho creer —solté, imparable. Y ante la palabra «padre», capté una sombra que le oscureció la mirada—. ¿Qué pasa, no te gusta hablar de él? —Ethan no respondió, pero vi que se tensaba. Bajé la cabeza y resoplé. Patético y previsible—. ¿Sabes lo que me decía el mío, mi padre? Que se me daba bien leer los ojos de la gente. ¿Y quieres saber qué leo en los tuyos cuando te hablo de tu padre, Ethan? Rabia. —Toda la arrogancia que solía exhibir dio paso a un estado de ánimo más inquieto—. Miedo —continué, despiadada, estudiándolo con tanta intensidad que acabó inclinando la cabeza—. Vergüenza.

—Déjalo ya. —Ethan me empujó con desprecio. Se levantó de la cama y me dio la espalda.

Bingo.

—Todos guardamos esqueletos en el armario —continué, dirigiéndome a su espalda, que subía y bajaba al ritmo de su respiración agitada—. Pero si no quieres que yo saque los tuyos, entonces tú deja los míos en paz. —Ignoré la reacción que mis palabras habían despertado en él, lo dejé atrás y salí de la habitación con los nervios a flor de piel.

En cuanto puse un pie en el pasillo, Vince y Madison, que estaban hablando en el umbral de la habitación de ella, se volvieron en mi dirección.

Advertí que Vince desviaba la mirada hacia la puerta de la habitación de Ethan. En un instante, su expresión mutó, se volvió más oscura y los músculos de la mandíbula se le contrajeron.

De repente, el aire se llenó de un silencio pesado, nadie volvió a hablar, al menos hasta que Madison intentó romper el hielo y dijo, con una sonrisa forzada:

—He oído que Sam se ha puesto enferma, lo lamento mucho.

Parecía sincera, pero yo estaba demasiado nerviosa como para aceptar una tregua.

—Haces bien en lamentarlo: si no nos hubieras traído aquí engañadas y si no hubieras tirado mis llaves al río, a estas horas Sam no estaría obligada a pasar la gripe en una cabaña perdida en el bosque, sin medicinas ni ropa adecuada para la montaña. —Madison enmudeció. Fue Vince quien tomó la palabra.

—Mads ya está lo bastante abatida, no hace falta que le eches leña al fuego. Ve a ver cómo está Sam, aquí no necesitamos tus sermones. —La furia le incendiaba la mirada. Me quedé sin palabras.

¿De verdad la estaba defendiendo a ella y echándome a mí de allí?

Lo miré a los ojos, incrédula, porque desde la noche anterior me estaba mostrando un lado de su carácter que yo desconocía.

Nunca lo había visto tan enfadado, al menos… nunca conmigo.

Nunca me había mirado con tanta dureza.

Nunca me había tratado con semejante indiferencia o crueldad.

¿Había sido yo la que había sacado su peor versión?

«Somos como una enfermedad. Infectamos todo lo que tocamos».

Aparté ese pensamiento, porque no era cierto.

Yo no era como mi padre. Su oscuridad no me había tocado. No era culpa mía.

Vince solo estaba comportándose como un imbécil. Al contrario de lo que siempre había creído, era capaz de ello.

—Vete a la mierda —le dije desde lo más profundo de mi corazón antes de llegar a mi puerta y cerrarla tras de mí. El portazo que di sobresaltó a Sam.

—Pero bueno, ¿es que te has vuelto loca? —Sacó la cabeza de debajo de la almohada, el somier crujió cuando se giró hacia mí. A juzgar por la palidez de su rostro y por las ojeras oscuras, estaba incluso peor que antes.

—Perdona, es solo que… yo… —Empecé a caminar nerviosa por la habitación, farfullando—. ¡Dios mío, le daría una sarta de bofetadas! Es la segunda vez en doce horas que me echa, ¡y ahora encima defiende a Dolly-Dolly!

—Espera, estamos hablando de Vince, ¿verdad? ¿Habéis hablado? ¿Cuándo? ¿Y quién es Dolly-Dolly? —preguntó Sam con un hilo de voz.

—¡Madison!

—Oh… —Mi amiga frunció el ceño, como si estuviera uniendo los puntos de un dibujo misterioso—. Ya veo… Por favor, ahora para o me van a entrar ganas de vomitar solo de verte dando tantas vueltas.

Le hice caso y me senté en su cama. La miré, sentí pena por ella. Parecía un zombi.

—Pronto te sentirás mejor, Blake ha ido a comprar paracetamol. —Le aparté unos mechones de la cara ardiendo.

Sam se colocó sobre un costado y soltó un suspiro profundo.

—El karma me está castigando por no haberte hecho caso.

—Si te refieres a las mil advertencias que te hice sobre no beber tanto con Milo, tranquila, no oirás de mi boca un «ya te lo dije».

—Lo acabas de decir.

—Ya lo sé —repliqué con una sonrisa indulgente.

A Sam le entraron ganas de reír, pero esa risa se transformó en una serie de toses que daban miedo.

Cogí la botella de agua de su mesita, la destapé y la ayudé a beber a sorbitos.

Cuando la cerré, vi que Sam tiritaba mientras se acomodaba mejor la almohada bajo la mejilla; la arropé con la manta y me levanté a correr las cortinas. Miré por la ventana; el viento soplaba con una fuerza inaudita, sacudía las ramas de los árboles, silbaba y envolvía toda la casa. A pesar de la mañana neblinosa, incluso la luz tenue parecía molestarle.

—Deberías descansar un poco más —le dije cuando regresé a su lado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No lo sé. Los chicos han planeado una caminata por el bosque; Ethan quiere que vaya con él, pero no voy a dejarte aquí sola.

—Jolín, ese chico no deja pasar ni una oportunidad.

Suspiré, abatida.

—Dice que tenemos que parecer creíbles ante sus amigos, incluso aunque Alyssa no esté.

—Sus amigos, claro… —repitió con sarcasmo—. En cualquier caso, creo que deberías ir con ellos.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Te das cuenta de que, si algo saliera mal, lo que iba a ser una simple caminata entre amigos podría convertirse en un velatorio?

—Estoy segura de que no pasará nada de eso.

La miré, atónita.

—Estás muy mal si de verdad piensas eso.

—Sí, estoy mal, pero no tienes alternativa. No quiero que te quedes aquí, acabaría contagiándote. Y tampoco tiene sentido pasar el resto del día aislada en esta casa, dándole vueltas a todo lo que ha salido mal entre ayer y hoy.

Fruncí el ceño.

—¿Qué te hace pensar que me pasaría el día dándole vueltas?

—Te conozco, guapa. —Me sonrió con dulzura.

No repliqué, Sam tenía razón: me pasaría el resto de la mañana dándole vueltas a todo lo que había pasado con Vince y a sus palabras cargadas de veneno.

Me quedé un rato sentada a los pies de la cama de Sam, leyendo los mensajes que llegaban de la redacción mientras ella dormitaba. Poco después, oí un coche aparcando en el jardín de la propiedad. Supe que era el de Vince solo por el rugido del motor. Avisé a Sam para decirle que Blake había vuelto de la farmacia y bajé para recoger las medicinas.

Lo recibí yo sola. No había ni rastro de Ethan, Zac, Nate y Jackson, y Vince y Madison… oh, a la mierda, no quería saber qué estaban haciendo.

Cuando Blake entró, cerró la puerta con un golpe seco del pie. Se quitó la chaqueta gruesa y se estremeció.

—Joder, menudo viento hace.

Vi que llevaba algunas bolsas con ropa.

Me acerqué y vi que no solo había ropa interior: había comprado sudaderas, camisetas térmicas y pantalones.

No me dio tiempo a comentarle nada sobre eso porque se me adelantó.

—Acaban de anunciar una alerta meteorológica en esta zona para los próximos tres días —dijo, y apoyó las bolsas en el suelo—. Se acerca un temporal fuerte, están cerrando todas las carreteras principales, así que he pensado en traeros ropa de abrigo para que estéis cómodas mientras permanezcáis atrapadas aquí.

Del bolsillo trasero de los vaqueros sacó tres cajas de medicinas y me las lanzó mientras me repetía las indicaciones del farmacéutico. Pero no oí ni una sola palabra.

Estaba en *shock* por lo que acababa de decir.

¿Alerta meteorológica?

¿Un temporal?

¿Atrapadas aquí?

Temí que fuera a desmayarme.

Capítulo 18



Vince

Estaba tumbado en mi cama con los brazos cruzados bajo la cabeza mirando el techo y reprochándome cómo la había tratado. No solo antes, en el pasillo, sino desde nuestro encuentro nocturno en la cocina. Cuando regresé a mi cuarto, no pegué ojo; me pasé toda la noche reprimiendo las ganas de volver con ella y pedirle perdón, tragarme cada palabra que le había dicho. Lástima que mi orgullo herido me lo impidiera.

Aquel retiro, que debía ser la oportunidad para recuperar la armonía del equipo, había empezado con mal pie: Ethan ya había digerido mal mi presencia; con la llegada de Leila y Madison, supe que todo se iría de madre.

Por el bien común, me propuse no morder el anzuelo de las provocaciones constantes de Ethan, incluso haría el esfuerzo de aceptar la historia que había entre él y Leila, que mencionaba a la mínima ocasión. Lo que fuera, con tal de recuperar ese clima de paz y unión que habíamos perdido hacía tiempo.

En el fondo, estábamos en Mount Hood justo por eso.

Para recuperar el equilibrio.

Se lo había prometido a los chicos y siempre cumplía mi palabra.

Pero encontrármela allí, de repente, a pocos pasos de mí, había hecho resurgir la misma tortura que había sentido tres días antes, cuando la vi entre los brazos de Ethan en el Marsy.

No dejaba de repetirme que, en el fondo, esa relación no debería molestarme tanto. Pero lo cierto era que lo hacía.

Me molestaba muchísimo, joder.

Una cosa era aceptar que estuvieran juntos, y otra, verlos juntos.

Lo peor había llegado hacía unas horas, cuando la había pillado saliendo de la habitación de Ethan con las mejillas encendidas, la respiración acelerada y un sentimiento de culpa tan grande como una casa estampado en la cara en cuanto se percató de mi presencia.

Era evidente lo que acababan de hacer, tan evidente que no pude evitar volcar toda mi frustración sobre ella, hasta llegué a defender a Madison. Sin embargo, después de herirla, me sentí más vacío y derrotado.

Suspiré y me senté en el borde de la cama, donde había pasado toda la tarde. Mientras, el viento soplaba cada vez más fuerte: la antesala de una tormenta. Apoyé los codos en las rodillas y me masajeé los párpados.

De todas las personas que formaban parte de mi vida, Leila había sido la única que nunca me había hecho sentir mal.

Podía ser fría y desconfiada, sobre todo cuando se sentía juzgada o arrinconada, pero jamás me había hecho sentir como si no fuera digno de su presencia.

Yo, al contrario, desde que había llegado a la cabaña, la había tratado como si fuera una invitada indeseada.

De forma pasiva, con una mirada, una palabra, incluso con silencio.

Quería castigarla porque me sentía traicionado por ella y herido por sus decisiones; en vez de hablar con ella, había decidido comportarme como un crío estúpido, cobarde e inmaduro.

Imbécil.

Me levanté de la cama y salí de la habitación porque, si me hubiera quedado a solas con mis pensamientos un rato más, habría acabado dándome bofetadas.

Cuando bajé, ya era la hora de cenar. Ethan, Blake y Zac estaban tirados en el sofá comentando un partido viejo de *hockey* que echaban en la tele de pantalla plana. En la mesita había algunos aperitivos esparcidos y varias latas de cerveza vacías. Me fui con Nate y Jackson, que estaban en la cocina, de donde emanaba un aroma delicioso. Jackson estaba cortando verduras con una destreza asombrosa, mientras que Nate, a su lado, removía un puré de patata en una olla grande. La encimera estaba llena de ingredientes y, aun así, parecía que ellos dos habían encontrado una sintonía perfecta, se movían con una coordinación que me dejó alucinado.

Me senté en la barra de la isla, robé un trozo de zanahoria de la tabla de cortar de Jackson y me lo llevé a la boca.

—Jacky, ¿se puede saber por qué no nos has contado nunca que te gusta cocinar?

—Porque, si lo hubiera hecho, vosotros, cabrones, os habríais aprovechado.

—Nah… —También birlé una cucharada de una salsa agridulce. Estaba buenísima. Me vi obligado a rectificar—: Bueno… tal vez solo un poco. Esto está brutal, ¿quién te ha enseñado a cocinar tan bien?

—Mis abuelos tienen un restaurante.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Miré a Nate, perplejo.

—¿Tú lo sabías?

Nate se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Por fin has salido de la cueva —dijo Blake cuando se unió a nosotros en la cocina. Él también se sentó en la barra—. ¿Dónde has dejado a tu chica? —se burló y me arrebató la cucharilla de la mano para mojarla en la salsa agridulce.

—Te arranco la mano y la aso para cenar —lo amenazó Jackson, que le dio un manotazo en el dorso.

—Creo que ha ido a entrenar al gimnasio. Y no empieces, ya sabes que no es mi chica —añadí, aunque mis amigos tenían muy claro cuál era mi situación con Madison.

—La única que tiene las ideas confundidas al respecto es ella —comentó Nate, que soltó una risita junto con los otros dos mientras sacaba del horno dos bandejas de alitas de pollo.

—La tía ya tiene listo el vestido de novia —añadió Blake, pero yo me limité a sonreír. En realidad, la mayoría de las veces no me gustaba la ironía con la que hablaban de las mujeres con las que se liaban; no iba a reprochárselo, porque sabía que no era más que eso, ironía. Madison y yo no éramos pareja, yo lo sabía y ella lo sabía. El numerito del día anterior, presentándose en la cabaña a mis espaldas, confirmó todavía más la idea que tenía de ella: estaba fuera de control.

Llevaba unas semanas con esa sospecha: mil llamadas al día, memorizaba cada uno de mis movimientos de forma casi obsesiva,

se había entrometido en mi vida. Incluso había llamado a mi padre a escondidas, después de encontrar su número, y se había presentado como mi futura prometida, joder.

Era demasiado. Me había convencido de que salir corriendo y dejar de responder a sus llamadas y mensajes era la solución adecuada, al menos hasta encontrar la manera de poner límites.

No quería ser insensible con ella, Madison también tenía cualidades positivas. Era una chica guapa e inteligente, y podía ser simpática cuando no sacrificaba esa parte de sí misma por una fachada más tonta y frívola.

Y en la cama era una locura.

Sí, decirlo no me honraba, pero era la verdad.

La última vez que había estado tan a gusto en la cama con una chica había sido con Janelle.

Al menos Janelle no era morbosa conmigo ni se hacía ilusiones con un futuro juntos. Nos usábamos mutuamente para escapar de lo que nos rodeaba, nos iba bien así.

¿Madison pensaría lo mismo?

Aquella mañana había ido a hablar con ella a su habitación para disculparme y explicarle que, en ese momento de mi vida, no podía darle nada más que simple diversión ocasional. Ella aseguró que le valía y que intentaría ser menos invasiva. Pero no sabía si de verdad sería capaz.

—Y la otra novia, ¿dónde está? —me preguntó Jackson, que me sacó de mis pensamientos.

La mirada que le lancé bastó para hacerlo callar.

—Un momento, ¿quién diablos es la otra novia? —quiso saber Nate, confuso.

—¿No lo sabes? —metió baza Blake, burlón—. Nuestro rompecorazones favorito tiene a todas las que quiere, solo debe elegir. Veamos, ¿quién será la siguiente? ¿La profesora Kendra? ¿La «muñequita» de cuarto, con ojos de cervatillo y el pelo cobrizo? ¿O tal vez nuestra camarera favorita?

Mi respuesta consistió en enseñarle el dedo corazón; eso le hizo reír. Me echó un brazo por encima de los hombros y me susurró al oído:

—En ese caso, yo quiero participar… como en los viejos tiempos.

Me giré para mirarlo y sonreí.

Ese era nuestro secreto. En el pasado, se había dado el caso de compartir a la misma mujer, o a varias a la vez, en la misma cama.

—¿Me equivoco o en este momento tienes un voto de castidad que te impide follar? —le susurré yo.

—No te preocupes, tengo mis ases bajo la manga.

«Por supuesto».

—¿De qué habláis vosotros dos? —nos interrumpió Nate, intrigado.

—De nada. —Blake me dio un golpecito en el hombro y se apartó. Fue a por una cerveza a la nevera—. ¿Decíamos? Ah, sí, la pequeña Collins… ¿qué ha sido de ella? —Clavó los ojos en mí y bebió dando grandes tragos con una sonrisita de auténtico cabrón.

Me bastó con oír su nombre para notar cómo regresaba la misma sensación de desaliento.

Desde que Blake nos había dicho que por culpa de la alerta meteorológica estarían obligadas a quedarse aquí al menos los tres días siguientes, Leila se había puesto como loca. Solo se calmó un poco cuando encontró la manera de organizar el trabajo de la

redacción del periódico a distancia. Se dio un baño caliente y se cambió de ropa para ponerse la que había comprado Blake. Luego se encerró en su habitación y no volvió a salir, ni siquiera para comer. Sabía que Ethan había hecho una breve incursión en su cuarto para asegurarse de que ella y Sam estuvieran bien y tuvieran lo que necesitaban, pero tampoco le había dado mucha comba a su «novio».

La noche anterior también se había negado a cenar con nosotros, hasta que la pillé devorando un tazón enorme de cereales con leche en mitad de la noche. Convencido de que mi cercanía la turbaba, una idea que yo detestaba, aquel día opté por comer deprisa y subir a mi cuarto, donde me quedé atrincherado toda la tarde. Quería darle la oportunidad de comer sin miedo a encontrarse conmigo. Según lo que me contaron, no se había dejado ver por nadie. A diferencia de su mejor amiga, que justo en ese instante estaba bajando las escaleras.

—Oh-oh, mirad a quién tenemos aquí —fue Zac quien habló desde el sofá que había junto a la escalera, con la cabeza algo inclinada hacia atrás—. ¿Cómo te encuentras?

Me asomé a la puerta y vi que Sam bajaba el último escalón con una mano en la cabeza y los dedos hundidos entre el pelo revuelto.

—He tenido días mejores. ¿Qué estáis viendo? —Apoyó las manos en el respaldo del sofá y se concentró en la pantalla del televisor.

—Montreal Canadiens contra Toronto Maple Leafs —le informó Zac—. ¿Te apetece acompañarnos? —le preguntó.

—Gracias, pero la cabeza todavía me duele demasiado como para estar delante de una pantalla —la oí responder.

Caminó hasta la cocina, se sentó en un taburete a mi lado y apoyó los codos en la isla antes de sujetarse la cabeza entre las manos. Al igual que Leila, ella tampoco había recibido con entusiasmo la noticia de la tormenta, pero se encontraba demasiado mal como para protestar; se limitó a tomarse las medicinas que le había comprado Blake y había caído redonda hasta prácticamente ese momento.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Jackson mientras servía alitas de pollo y verduras de guarnición.

—Me comería una vaca —respondió ella, que levantó la cabeza a duras penas.

—Es buena señal, significa que tu cuerpo está empezando a curarse —le indiqué. Robé otro trozo de zanahoria de la tabla de cortar de Jackson y se lo ofrecí.

Sam se quedó mirando la zanahoria unos segundos y me pareció ver cómo se le suavizaba la expresión, pero, en cuanto le sonreí, me fulminó con la mirada y me la arrancó de la mano.

—Entonces todavía te queda un poquito de humanidad —dijo con rencor, poniendo énfasis en sus palabras. Al principio me quedé descolocado, pero luego intuí que Leila debía de haberle contado cómo me había comportado.

Claro, ellas eran así.

Se lo contaban todo y actuaban como un equipo.

No había nada en el mundo que me asustara más que dos mujeres unidas contra un solo hombre.

Me froté la sien porque a ese paso la migraña se instalaría en mi cabeza también. Me aparté de la barra y ayudé a Jackson a servir los platos de todo el mundo. Blake empezó a poner la mesa en el

comedor y colocó vasos y cubiertos de forma espartana. De vez en cuando se detenía para echar un vistazo al televisor, mientras Zac e Ethan seguían viendo el partido y criticaban a los jugadores. Oí a Nate charlando con Sam, le preguntaba qué había hecho para acabar en ese estado. También le preguntó por Leila, pero Sam no dijo mucho, solo que quería estar a su aire. Y la mirada cortante que me lanzó de reojo me hizo captar el mensaje. Luego todos se pusieron a charlar de esto y aquello mientras yo me quedaba un poco al margen. Entre la cocina y el comedor se creó un ambiente de alboroto general. En un momento en el que nadie reparaba en mí, cogí un plato vacío y puse dos alitas de pollo. Les quité la piel, porque sabía que a ella no le gustaba. Añadí un poco de la salsa agridulce que había preparado Jackson y, al lado, coloqué un poco de verdura aderezada y una cucharada de puré de patata. Tapé el plato con otro y, sin que nadie me viera, subí al piso de arriba y me detuve frente a su habitación.

Antes de llamar, pegué el oído a la puerta.

Al otro lado reinaba un silencio sepulcral.

Quizá dormía, pensé.

Era poco probable.

Leila sufría de insomnio.

A lo mejor solo fingía que estaba durmiendo porque no quería que la molestaran.

Y mucho menos si era yo.

Estaba casi seguro de eso.

Aunque había subido con una gran determinación, ahora me desanimé. En lugar de llamar, pensé que dejaría el plato en el suelo, delante de la puerta. Si no salía antes, Sam se lo llevaría cuando

entrara en la habitación; al menos, eso le evitaría el tentempié de medianoche a base de sobras o de leche con cereales.

Dejé el plato en el suelo, pero no me dio tiempo a encaminarme hacia la escalera para regresar abajo porque, en ese momento, vi que Ethan subía. Se detuvo a unos peldaños de mí, y noté que echaba un vistazo por encima de mi hombro. Una sonrisa despectiva le curvó una comisura de la boca.

—Me estaba preguntando qué habías venido a hacer aquí arriba.

Suspiré; no tenía ganas de discutir. Él parecía querer lo contrario.

—No ha comido en todo el día y no saldrá de ahí hasta que nos hayamos ido todos a dormir.

—¿Y eso es problema tuyo?

—No, debería ser problema tuyo, pero estabas demasiado atareado viendo el partido como para preocuparte por tu chica.

—Has dicho bien, «mi chica». Así que gracias por traerle la cena, pero ahora ya me encargo yo de alimentarla. —Pasó por mi lado y me dio un empujón con el hombro, dispuesto a llegar hasta la puerta de la habitación donde se encontraba Leila.

Tuve que apretar los puños y respirar hondo para no echar a perder toda aquella payasada del retiro y volverme a mi residencia de la universidad.

—No tiene por qué ser siempre así entre nosotros, Ethan. —Se giró para mirarme.

—¿Y cómo tiene que ser?

—No lo sé; estamos aquí para descubrirlo, para dar un paso adelante, no cien hacia atrás. Si no…

—Se resentirá el equipo, ¿verdad? —acabó por mí.

Asentí.

—¿Acaso crees que me importa?

Fruncí el ceño.

—Espero que sí. Hasta donde yo sé, también es tu equipo y, si se hunde, tú también te hundes.

—¿Estás seguro de eso? —me preguntó con una mezcla de desafío y desprecio en los ojos que me hizo tomarme en serio su pregunta.

Sin añadir nada más, Ethan alzó una ceja y me dio la espalda. Satisfecho consigo mismo, fue hasta el cuarto de Leila, recogió mi plato y llamó a la puerta.

Capítulo 19



Vince

—Eso que he visto en el piso de abajo, a través del suelo transparente del gimnasio, ¿es una piscina climatizada? —preguntó Mads en cuanto volvió de la zona *fitness.* Tenía el pelo mojado de la ducha y también vestía la ropa que había comprado Blake. Le quedaba bastante grande, de lo que ya se había quejado alto y claro.

—Sí, fue un pequeño regalo que nuestros abuelos nos hicieron a mí y a mis primos —respondió Nate mientras tomaba asiento a la mesa.

Yo también acababa de volver; por desgracia, solo estábamos esperando a Ethan para empezar a cenar. Bajó unos minutos más tarde, solo y con las manos vacías; deduje que Leila había aceptado el plato que le había preparado. Aunque Ethan seguramente se habría atribuido el mérito, me alegré de que por fin pudiera comer algo. Nos sentamos para cenar. Nate y Jackson ocuparon las cabeceras; yo me encontré entre Madison y Sam, que parecía haber depuesto las armas conmigo. Después se sentaron los demás. Ethan pidió que dejaran un sitio libre a su lado, por si Leila quería cenar con nosotros.

—¿Una piscina climatizada la consideras un «pequeño regalo»? Jolín, qué dura es la vida de los ricos —ironizó Sam cuando empezábamos a servirnos.

—Eso lo dices porque no has visto el *spa* —intervino Zac, frente a nosotros.

Sam arqueó las cejas.

—¿Hay un *spa?* ¡¿Por qué no lo dijisteis en cuanto llegamos?!

—Bueno, también hay una sala de juegos —intervino Nate, masticando un bocado de pollo.

—Y una bolera —añadí, señalándolo con el tenedor.

Madison parecía incrédula. Sam no dejaba de parpadear, desconcertada.

—¿Dónde está todo eso? —preguntó Madison.

—En el sótano —expliqué antes de llevarme un poco de puré a la boca.

—¡Quiero probarlo todo! —exclamó Madison—. O sea, si voy a estar obligada a pasar aquí los próximos días, más vale que los disfrute al máximo, quién sabe cuándo se repetirá algo así.

—Sí, bueno, intentemos que no se repita nunca más, ¿vale? —bromeó Nate, lo que arrancó una carcajada en toda la mesa.

La cena transcurrió con tranquilidad mientras charlábamos. Incluso Ethan parecía haber bajado la guardia en una especie de tregua. Una vez terminamos de comer, Madison propuso que nos diéramos un chapuzón en la piscina. Como la alerta meteorológica no nos permitía salir de casa y ninguno de nosotros quería acostarse pronto, todos aceptamos encantados. O casi todos: Sam prefirió acurrucarse en el sofá y ver una película bajo una manta, mientras que Ethan subió al piso de arriba para irse con Leila.

Nos encaminamos a nuestras habitaciones para ponernos los bañadores y unos albornoces. Nate y Blake habían organizado el retiro a lo grande y estábamos bien equipados: las chicas encontrarían bikinis y bañadores en el armario de la hermana de Nate.

Antes de ir a cambiarse, Madison me llamó y me susurró al oído:

—¿Todo bien entre nosotros? —Eso me pilló desprevenido y no estaba del todo seguro de la respuesta, así que me limité a sonreír. Entonces, me tomó de la mano y me besó en los labios, contenta.

Cuando nos cambiamos, bajamos al sótano para entrar en la sala de la enorme piscina, donde nos perdimos entre chapuzones y risas. Nate había encendido los altavoces, empotrados en la pared de piedra, y la música retumbaba en el espacio. Para demostrar que no faltaba nada, había hasta un minibar, y la sala estaba iluminada por unas luces led sumergidas en el agua que creaban un juego de reflejos de tonos verdes y azules.

A pesar del ambiente distendido y alegre —me sorprendió ver a Madison charlando y riendo con los demás—, yo no estaba de humor; me sentía atenazado por mil pensamientos que no había podido procesar. Decidí irme a la zona del *jacuzzi* para relajarme y concederme un momento de soledad. Apoyé la espalda en el borde y extendí los brazos por encima, a los lados. Eché la cabeza hacia atrás y observé el techo transparente, empañado por el vapor del agua caliente que nos envolvía. Incapaz de controlar la mente, empecé a darle vueltas a todo lo que me preocupaba. Sierra, el *hockey,* mi madre… Sí, mi madre. La echaba de menos. No la veía desde hacía dos meses, antes de que suspendieran las visitas a la

clínica privada tras una crisis nerviosa que sufrió durante el último encuentro con mi padre.

No sabía por qué motivo mi padre había ido a verla después de tantos años, ni cuál había sido el detonante de aquella nueva crisis, pero no dejaba de preguntármelo. Mi padre se negaba a hablar del tema, y Janelle tampoco lo sabía. Por supuesto, estaba descartado hablar de ello con Sierra u Olga. Incluso la prensa, que no dejaba escapar ningún cotilleo sobre los políticos de nuestro país, guardaba silencio al respecto. Los médicos de la clínica se mostraban herméticos cada vez que intentaba averiguar algo.

Pero no me rendiría; tarde o temprano descubriría qué le había pasado.

Cerré los ojos, perdido entre mil conjeturas, cuando de repente Madison se sentó sobre mis piernas. Hundió los dedos de ambas manos en mi pelo.

—¿Qué haces aquí, tan solo?

Abrí los ojos y la miré. Por un instante, pensé en decirle la verdad, pero cambié de idea enseguida. Jamás entendería lo que significaba fingir una felicidad que no acababa de sentir del todo.

Por ese motivo, volví a ponerme la máscara e hice lo que mejor se me daba.

Busqué una distracción.

Le besé el cuello, succionando su piel suave, y con una sonrisita en la comisura de los labios le dije:

—Te estaba esperando.

No resultaba para nada creíble, tal vez ni siquiera quería parecerlo. Mads se rio y, un instante antes de que posara los labios sobre los míos, por el rabillo del ojo vi una sombra en la entrada de

la sala. Ethan y Leila aparecieron cogidos de la mano, con chanclas y albornoz; avanzaron hasta las tumbonas que había alrededor de la piscina.

El corazón se me subió a la garganta.

Madison empezó a besarme, pero yo fui incapaz de corresponderle. Me quedé embobado, con los labios apoyados en los suyos y los ojos fijos en Leila, mientras seguía cada uno de sus movimientos. Vi que Ethan se quitaba el albornoz y lo dejaba en una tumbona libre; Leila se sacó una pinza del bolsillo con la que se recogió el pelo. Le caían algunos mechones sobre la cara.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Madison, acunándome el rostro con las manos para obligarme a mirarla. Tuve que sacudir la cabeza para disipar cualquier atisbo de pensamiento que estuviera tomando forma en mi mente.

—Nada, es solo que…

—Los novios han decidido interrumpir su luna de miel para unirse a nosotros —bromeó Zac, que nadó junto con Blake hasta el *jacuzzi* para colocarse a mi lado, mientras Jackson y Nate se iban a la sauna, que estaba allí al lado. En cuanto Madison se percató de la presencia de Leila e Ethan, frunció los labios en un gesto apenas perceptible, pero que me llevó a intuir sus celos.

Se bajó de mis piernas, ofendida o tal vez molesta, y yo no hice nada por impedirlo. Estaba demasiado inquieto para pensar con claridad. Mi estado de ánimo empeoró cuando Ethan se lanzó a la piscina y nadó hasta alcanzarnos; a continuación, se sentó delante de mí con la sombra de una sonrisa sádica en los labios.

—No nos parecía justo abandonaros de esta manera.

—Nadie se habría ofendido —respondí seco. Pero él sonrió todavía con más diversión.

—Ethan, aún no nos has confirmado si vendrás a la próxima cena —intervino Zac, en un intento claro de cambiar de tema y rebajar la tensión.

—¿Qué cena? —preguntó él, confuso.

—La que organiza la universidad para los jugadores de todos los equipos —explicó—. Habrá muchos patrocinadores. Del grupo de *hockey* hemos confirmado todos, solo faltas tú.

Ethan se frotó una ceja y luego se llevó el pelo mojado hacia atrás.

—Se me habrá pasado.

Mientras Zac lo ponía al día sobre la cena, yo dejé vagar la mirada hasta Leila. Seguía en el borde de la piscina; la vi de espaldas mientras se desataba el nudo del cinturón del albornoz y se lo quitaba, descubriendo su cuerpo poco a poco. Llevaba un bikini negro diminuto que dejaba poco lugar a la imaginación. Mi atención quedó capturada por el tatuaje hipnótico de una serpiente negra, sinuosa y elegante, que le envolvía el muslo y se deslizaba por la parte alta de la cadera. La lengua bífida, bajo la goma del bikini, rozaba su piel en un punto peligrosamente cercano a la ingle mientras la cola se enroscaba más abajo. Tragué saliva.

Estaba *sexy* de cojones.

Cuando se giró, me obligué a contemplar el agua con tal de no mirarla a ella. Sin embargo, mi autocontrol no estuvo a la altura de las expectativas. Incapaz de evitarlo, dejé que mis ojos recorrieran sus hombros, el pecho firme y armonioso, como su culo, con el que

me había regodeado poco antes. El vientre plano, las caderas estrechas, las piernas largas y tonificadas.

Una punzada me golpeó el bajo vientre.

La miré a la cara y ella me miró a mí; por un instante tuve la sensación de que el agua del *jacuzzi* de repente hervía.

Tragué saliva y tuve que sentarme mejor. Mientras tanto, a mi izquierda, Blake me lanzó una mirada de advertencia: me pedía sin palabras que no hiciera estupideces; que se me cayera la baba por la novia de un compañero de equipo, con él ahí delante… bueno, no era una decisión sabia. Leila bajó los escalones para entrar en la piscina y se sumergió hasta el pecho; luego avanzó hasta Ethan, que todavía hacía gala de esa sonrisa pretenciosa.

—Pensábamos que no ibas a salir de esa habitación durante los próximos tres días —bromeó Blake en cuanto se acercó a nosotros.

—Sí, bueno, esa era la intención —respondió ella a la vez que se mojaba el cuello con las manos.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de idea? —preguntó Madison.

Antes de responder, Leila me observó, enlazó su mirada con la mía y entrecerró los ojos con desprecio.

Desde luego, el cabreo conmigo no se le había pasado.

—¿No es evidente? —Se volvió con una sonrisa hacia Ethan, que la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Apreté la mandíbula y respiré hondo.

—Vais en serio, vosotros dos —comentó Zac.

—¿Por qué no deberíamos ir en serio? —replicó Ethan, extrañado.

—Yo qué sé, porque eres… tú. —Zac lo señaló con ambas manos —. No me malinterpretes, me alegro por vosotros, pero ha sido del todo inesperado. Bueno, ¿cuándo pasó?

Ethan se encogió de hombros en un gesto distendido.

—Todo empezó hace unos meses, en el Marsy —empezó a relatar; lo escuché con toda mi atención—. Una noche la encontré allí sola, la invité a tomar algo, jugamos unas partidas al billar, charlamos un poco y surgió algo. Al principio pensamos en mantenerlo en secreto para no crear problemas. —Ethan me miró un instante y, por más que intentara que no se notara, ardía por la rabia—. Pero llegó un momento en que ya no pudimos más.

—A veces las cosas más inesperadas acaban siendo las mejores —comentó Madison, a mi lado—. Cuéntanos, ¿qué te atrajo de él? —le preguntó a Leila, que se aclaró la garganta y se apoyó contra la pared de la piscina y enderezó la espalda.

—Oh, eh… ya sabes, él… bueno, sí, él… supo cortejarme.

Fue más fuerte que yo; no pude contener una carcajada mientras me rascaba la punta de la nariz.

—¿Que supo cortejarte? ¿Y cómo, a base de insultos y payasadas?

Blake y Zac estallaron en carcajadas; era de dominio público que Ethan solo conocía una forma de cortejar a las mujeres: haciéndolas sentir insignificantes.

La respuesta de Leila fue tajante.

—No, me ofreció mucho más —precisó, lo que aniquiló mis ganas de reír—. Para responder a tu pregunta —prosiguió, dirigiéndose a Madison—, siempre he tenido debilidad por los chicos decididos que saben lo que quieren y no tienen miedo de ir a por ello. —Me lanzó una mirada afilada—. E Ethan se mostró muy decidido.

Tragué aquel bocado amargo en silencio y me pregunté si ese era el precio a pagar por haber puesto la amistad con su hermano por

delante de mis propios deseos.

Ethan le tomó el mentón entre los dedos y la besó. Ella correspondió al beso, pero antes de apartar la mirada de ellos —para ahorrarme más malestar— advertí que los ojos de Leila estaban clavados en mi boca mientras deslizaba su lengua para entrelazarla con la de Ethan. Percibí vagamente los comentarios y silbidos de los demás. Aunque sabía que lo mejor habría sido marcharme de allí, me quedé inmóvil, como bloqueado por una fuerza mayor contra la que no podía luchar.

Incliné la cabeza y la observé.

¿Qué hacía?

¿Me estaba desafiando?

¿Provocando?

¿O acaso era su manera retorcida de castigarme?

No tenía la menor idea, pero por algún motivo sentí que la polla se me tensaba entre las piernas y la adrenalina empezó a correrme por las venas.

Me vi obligado a rodear con un brazo a Madison y sentarla sobre mi regazo para evitar montar un espectáculo.

Mads interpretó mi gesto como una invitación a retomar lo que habíamos empezado antes de que llegaran. Entonces, me rodeó los hombros con los brazos y acercó los labios a mi oído:

—¿Sabes? Esta noche me gustaría dormir contigo en tu habitación —susurró antes de besarme el cuello—. Puede que Blake tenga algo que decir al respecto, pero qué más da —añadió, riendo contra mi piel.

Oí de fondo que Zac y Blake nos animaban a todos a irnos a hacerlo a nuestras respectivas habitaciones, y luego se levantaron

para ir con Nate y Jackson, que estaban en la sauna.

Sonreí y me humedecí los labios secos antes de que Madison empezara a morderlos y besarlos. Involuntariamente, mis ojos volvieron a posarse en los de Leila. Vi que seguía observándome; su mirada ardía con un sentimiento imposible de descifrar. Rabia, sí, pero había algo más. Algo oscuro. Un deseo profundo que trataba de reprimir con todas sus fuerzas.

Ethan le mordió el lóbulo de la oreja y ella le clavó los dientes en el labio sin apartar la mirada de mí.

A nuestro alrededor, el aire olía a cloro, «Renegade» de Aaryan Shah sonaba por los altavoces, las luces led de la piscina se reflejaban en la penumbra de la sala y brillaban en nuestros rostros.

Fuera lo que fuera lo que Leila se había metido en la cabeza, estaba funcionando, porque los dedos me empezaron a hormiguear por el nerviosismo. Apreté las nalgas de Mads, que se movió despacio sobre mí.

Me estaba empalmando debajo de ella, pero no por ella, joder.

Justo cuando empecé a besarla, un relámpago iluminó la sala a través del suelo de cristal del primer piso y, al cabo de un instante, un trueno retumbó entre las paredes. Las dos chicas se sobresaltaron. Algo en la mirada de Leila cambió profundamente.

Vi que se apoyaba contra el borde de la piscina y me percaté de que se había puesto pálida.

Ethan le preguntó si todo iba bien, pero ella apenas pudo asentir.

Otro trueno la llevó a contener la respiración. Ahora parecía asustada.

Toda la tensión que nos había animado hasta ese momento desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Bajé a Madison de mis piernas, pero antes de que pudiera acercarme a Leila, otro trueno ensordecedor hizo saltar la corriente y las luces de emergencia se encendieron e iluminaron parte de la sala.

La lluvia empezó a caer con intensidad; se oía incluso desde el sótano en el que nos encontrábamos.

Los chicos salieron de la sauna y se acercaron al mismo tiempo que Sam llegó con la linterna del móvil encendida frente a ella.

—Creo que ha habido un apagón —anunció asustada. Todos empezaron a hablar sobre qué hacer.

Madison e Ethan salieron de la piscina, mientras que Leila se quedó allí, paralizada.

Con la respiración jadeante y la mirada perdida en el vacío.

—Leila —me limité a decir. Intenté cogerle la mano, pero ella se apartó ante mi gesto, como si hubiera roto el hechizo que la había inmovilizado; salió de la piscina. Se puso el albornoz y caminó deprisa hacia las escaleras.

—¡Ley, espera! —la llamó Sam, pero la ignoró y se marchó.

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Sam mientras salía del agua.

—Le dan miedo las tormentas —se limitó a decir ella, pero, por cómo frunció los labios, supe que había algo más.

Ethan soltó una carcajada.

—¿Qué tiene, cinco años?

—Dime una cosa, por curiosidad: ¿naciste gilipollas o te has convertido en uno con el paso del tiempo? —lo acusó Sam, que me quitó las palabras de la boca y lo dejó mudo antes de ir tras su amiga.

Sentí la necesidad física de hacer lo mismo, pero mi maldito orgullo me mantenía clavado al suelo.

Nate fue a buscar todas las velas que pudo a la despensa.

Zac, Jackson y Blake fueron a por sus móviles para usar las linternas.

Ethan no me perdía de vista mientras se secaba el pelo con el gorro del albornoz, como si quisiera estudiar mi próximo movimiento.

Madison hacía lo mismo: esperaba mi reacción.

«Ve con ella».

«No te necesita, ya tiene a Sam».

«Deja de ser un cobarde».

«No quiere verte».

«A la mierda».

Me até una toalla alrededor de la cintura y seguí a Sam por las escaleras.

—¿Adónde vas? —me gritó Madison.

No respondí.

En unas pocas zancadas alcancé a Sam, que ya estaba en la planta baja de la cabaña y se dirigía hacia los dormitorios, pero la detuve a tiempo.

—Espera, deja que vaya yo.

Me miró como si hubiera perdido la razón.

—Eres la última persona a la que quiere ver en este momento, te lo garantizo.

Un puñal clavado en el pecho habría dolido menos.

—Sam. —La detuve sujetándola del brazo—. Por favor.

Me miró profundamente unos segundos, con el haz de luz de la linterna entre los dos, como si intentara leerme los pensamientos. Luego se encogió de hombros, puso los ojos en blanco y dio un paso atrás.

—Como quieras, pero te lo he advertido.

Se lo agradecí con una leve sonrisa y subí al piso de arriba. Avancé a tientas por las escaleras y el pasillo, procurando no resbalar con las gotas de agua que marcaban el camino hasta su habitación.

Cuando llegué a la puerta, llamé con decisión, pero ella no respondió.

Volví a llamar con insistencia.

Solo quería asegurarme de que estaba bien.

No obtuve respuesta y, desesperado, hice un último intento miserable.

—Ley, abre la puerta, por favor…

En ese momento, oí un ligero crujido en el parqué y un débil sonido al otro lado de la puerta.

El corazón me latía con fuerza.

En lugar de que la puerta se abriera, oí el clic de la cerradura y supe que Leila se había encerrado con llave.

Apoyé la cabeza contra la madera de la puerta, derrotado.

Sam tenía razón: Leila no me quería allí.

Capítulo 20



Leila

El corazón me latía en el pecho con tanta violencia que pensé que estaba a punto de asfixiarme.

En la penumbra de la habitación, me llevé una mano temblorosa al cuello, como si quisiera librarme de unas enormes cadenas invisibles.

El estruendo de la lluvia. El desgarro de los relámpagos en el cielo. El fragor de los truenos. Una vieja farola alcanzada por un rayo. El timbre de la puerta.

Cerré los ojos e intenté ahuyentar las imágenes aterradoras que se sucedían vertiginosamente como *flashbacks.*

La pérdida, el dolor, el horror estaban allí delante; podía verlos y tocarlos; todavía oía los gritos de mi madre. Veía a médicos y enfermeros correr por los pasillos. A mi hermano entre una maraña de cables, atrapado por las máquinas. Y Nathan, mi otro hermano…

«No estás allí, Leila. No estás allí».

Pero las sienes me palpitaban, los ojos se me habían nublado de lágrimas y mi mente empezaba a desvariar.

Me pareció volver a sentir el hedor estéril de la morgue, el frío despiadado de los pasillos, los sollozos de los familiares.

La cabeza me daba vueltas, me zumbaban los oídos, las piernas ya no me sostenían. Me puse en cuclillas, con la espalda apoyada contra la puerta de mi habitación. Las rodillas encogidas contra el pecho, el cuerpo empapado de agua y sudor frío.

«Es la tormenta, Leila. El evento que desencadena estos episodios de pánico. Pero si eres capaz de anticiparlo, también serás capaz de gestionarlo».

Recordé las palabras de la psicoterapeuta que me había tratado años atrás y me llamé estúpida, porque esa noche me había dejado distraer.

Si hubiera estado más atenta, me habría dado cuenta de que la tormenta era inminente; habría sabido que ya se había declarado la alerta y habría podido actuar como siempre.

«Concéntrate en algo que te haya hecho feliz, lo que sea», me había dicho la doctora, pero no tenía ningún recuerdo feliz al que aferrarme.

Ninguna excursión al campo con la familia.

Ningún primer beso arrollador.

Ningún abrazo cálido.

Nunca había saboreado la felicidad porque durante toda mi vida no había hecho otra cosa que intentar sobrevivir, intentando arreglar los desastres de mi familia.

Apoyé las palmas de las manos en el parqué; necesitaba tocar algo real. Intenté recuperar el control de los latidos de mi corazón. Inspiré por la nariz, despacio, contando hasta cuatro. Como me había enseñado a hacer la doctora. Contuve el aire siete segundos,

luego lo solté por la boca y conté hasta ocho. Repetí el mismo ejercicio un par de veces, hasta que sentí que la tensión se aflojaba en mis hombros y los pensamientos estaban un poco menos enredados.

Miré a mi alrededor para retomar el contacto con la realidad. La tormenta arreciaba, pero los truenos empezaban a parecerme menos amenazadores, hasta que alguien llamó a la puerta con insistencia.

Abrí los ojos de par en par y tragué saliva.

No quería que nadie me viera en esas condiciones.

Me sentía demasiado vulnerable.

Así que no respondí.

Entonces, la persona al otro lado habló.

Aquella voz, su voz…

Fue capaz de provocarme alivio y desequilibrio al mismo tiempo.

—Ley, abre la puerta, por favor… —Su voz suplicante no bastó para convencerme.

¿Qué quería ahora?

Durante dos días no había hecho más que tratarme con frialdad y evitarme, ¿y ahora estaba preocupado por mí?

No necesitaba su compasión.

Ni tampoco quería que se interesara por mí.

Podía arreglármelas sola, como siempre había hecho.

Como seguiría haciéndolo.

Reuní fuerzas para ponerme en pie, a pesar de que todavía temblaba.

Me ajusté el albornoz y me levanté para cerrar la puerta con llave.

Me sentía cansada y afectada, vacía por dentro. Me quité el albornoz húmedo, me puse un chándal que Blake había comprado, de tejido técnico cálido y suave, y luego me metí en la cama.

Deseé con todas mis fuerzas descansar al menos un poco; lo necesitaba. Me obligué a cerrar los ojos y relajarme, conté de nuevo las respiraciones y traté de controlar los pensamientos.



El cielo estaba cubierto de nubes grises que dejaban pasar una luz tenue; el aire era húmedo y estaba impregnado del olor a lluvia. Había basura acumulada en las esquinas de las calles, las ventanas de las casas que nos rodeaban estaban casi todas rotas o bien cubiertas con plásticos negros.

Thomas lanzó un tiro, pero la pelota rebotó en el aro oxidado de la canasta y acabó lejos.

Nathan, nuestro hermano pequeño, corrió a buscarla. Mientras tanto, yo me encendí un cigarrillo y me acomodé mejor sobre el asfalto irregular y lleno de grietas de la pista en la que estaba entrenando Thomas.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Fuera.

—¿Fuera, dónde?

Mi hermano me miró mal. No soportaba los interrogatorios, pero me daba igual. Se acercó a mí, me arrancó el cigarrillo de los labios y lo tiró lejos de allí.

—No fumes.

—No bebas —repliqué, consciente de que había pasado la noche emborrachándose. Una risita burlona escapó de sus labios, negó con la cabeza. Nathan volvió y le dio la pelota, Thomas encestó de un salto.

—Mamá no ha pegado ojo en toda la noche, estaba esperando a que volvieras —seguí hablando. Aunque fingía ignorarme, sabía que en realidad escuchaba cada palabra.

—Confirmo. —Nathan se tumbó en el suelo a mi lado, apoyó la cabeza en mis piernas y siguió admirando a nuestro hermano.

Yo no sabía mucho de baloncesto, pero a Nathan le brillaban los ojos cada vez que veía jugar a Thomas.

—Mamá no ha pegado ojo porque tenía miedo de que Joe se despertara —rectificó Thomas.

Sí, en parte era cierto.

—En cualquier caso, deberías dejar de pasar tanto tiempo fuera de casa, metiéndote en quién sabe qué líos. La gente habla.

—Que se joda la gente, ¿no tiene nada mejor que hacer? —Botó la pelota un par de veces y volvió a encestar con una precisión envidiable.

—Thomas, cuando papá se entere de que robaste en aquella tienda, se pondrá como loco.

—Que se joda él también —me interrumpió, sin dejar de tirar—. No necesita un motivo para ponerse como loco, ya lo hace todos los días.

—Estoy de acuerdo —intervino Nathan, siempre dispuesto a defender a nuestro hermano—. Por cierto, me debes diez dólares —anunció, de repente, mientras se incorporaba y alargaba la mano hacia Thomas.

—¿Qué? —dijo él con el ceño fruncido.

—Cinco dólares por cada palabrota, ¿recuerdas? —le refrescó la memoria con una gran sonrisa estampada en la boca.

—No he dicho ninguna palabrota —se defendió Thomas.

—Has dicho dos —le hizo ver Nathan—. Solo porque no seas consciente no significa que no las hayas dicho.

Thomas lo miró unos segundos, no estaba nada convencido. Luego me observó a mí; con una mirada divertida asentí, poniéndome de parte de Nathan.

—Que os den por culo a los dos, no es verdad —ladró Thomas.

—Quince dólares —replicó Nathan, y me arrancó una risa.

Mi hermano frunció los labios y respiró hondo por la nariz mientras Nathan le hacía un gesto con los dedos para pedirle que soltara la guita. Gracias a esa pequeña regla había llenado su hucha en pocas semanas.

A regañadientes, Thomas sacó quince dólares de su cartera y se agachó para ponérselos en la mano abierta.

—Encontraré el modo de recuperarlos.

—Eso dices siempre —se mofó Nathan, que con extrema satisfacción abrió los billetes en abanico, como si fueran las cartas de una baraja. Por mucho que se esforzara, Thomas no pudo contener una sonrisa.

Le revolvió el pelo a Nathan. Cuando retiró la mano, vi que la tenía manchada de sangre.

El pánico me invadió; parecía que mis hermanos no se habían dado cuenta de nada. Tomé la mano de Thomas, pero se desvaneció ante mis ojos.

Miré hacia abajo y vi que una mancha de sangre se extendía por mis pantalones, justo donde Nathan había vuelto a apoyar la cabeza. Lo llamé, pero no respondió; seguía ocupado mientras jugueteaba con los billetes, con una sonrisa deslumbrante en los labios.

—¡Nathan, Nathan! —grité su nombre varias veces. Luego intenté levantarlo de mi regazo; en cuanto lo toqué también desapareció.

Miré a mi alrededor horrorizada: ya no quedaba nadie, solo yo, en aquella pista vacía y descolorida, engullida por un torbellino de terror y desesperación.



Me desperté sobresaltada, empapada en sudor y con el corazón golpeándome el pecho.

No sabía cuánto había dormido. Fuera seguía oscuro, llovía a cántaros y yo estaba muerta de miedo.

Me senté en el borde de la cama. Cogí el teléfono para mandarle un mensaje a mi hermano y asegurarme de que estaba bien.

A menudo me ponía en contacto con él en plena noche por culpa de mis pesadillas. Thomas lo sabía y siempre me tranquilizaba.

Como siempre, respondió enseguida:

Thomas: Duerme, C. J., estoy bien.

Solté un suspiro de alivio. Dejé el móvil sobre mis piernas y me agarré la cabeza entre las manos, a la espera de que los latidos de mi corazón recuperaran un ritmo más regular. Tenía la garganta seca y una sed terrible. Iba a dejar el teléfono en la mesita de noche y

bajar al piso de abajo cuando me di cuenta de que tenía un mensaje sin leer de parte de Sam.

¿Por qué me había escrito?

Me giré y comprobé que su lado de la cama estaba vacío. Fruncí el ceño. ¿Dónde estaba?

Abrí su chat y tuve que leer el mensaje dos veces antes de creer lo que veían mis ojos.

> **Sam:** Te quiero, amiga, pero, joder, me has dejado encerrada fuera. Dolly-Dolly me ha cedido su habitación, que sepas que me debes una.

Pero ¿qué decía…?

De repente, recordé que Vince había llamado a la puerta; en lugar de abrirle, había cerrado con llave y me había metido en la cama.

Cerré los ojos, avergonzada.

No podía creerlo.

Al día siguiente me disculparía; tal vez podría prepararle su desayuno favorito.

Antes de dejar el teléfono, volví a leer el mensaje; había algo que no cuadraba. Madison le había cedido la habitación. Un gesto amable, pero eso significaba que ella… estaba compartiendo cama con Vince.

La punzada que sentí en el estómago al imaginarlos en la misma cama, a pocos metros de mí, me pilló desprevenida. La maldije, porque no quería sentir nada de eso por Vince, y mucho menos por Madison.

No quería seguir pensando en ello o me volvería loca. Aparté la manta y me levanté; necesitaba beber un poco de agua para

deshacer el nudo que tenía en la garganta. Intenté encender la lámpara de la mesita, pero no dio señales de vida, así que avancé a tientas por la habitación a oscuras.

Una vez en el pasillo, me di cuenta de que estaba iluminado por una pequeña luz de emergencia. La corriente no había vuelto todavía, qué mala pata.

Sujetándome a la barandilla, bajé con cuidado las escaleras y llegué al piso de abajo. Me maldije por no haber cogido el móvil.

Fui a la cocina, iluminada tan solo por una vela consumida a medias. Me llené un vaso de agua del grifo y me lo bebí de un trago. Luego respiré hondo y me puse el pelo detrás de las orejas.

Me acerqué a la ventana y miré más allá del cristal, contra el que la lluvia golpeaba con fuerza, mientras me frotaba los brazos con las manos.

—¿No puedes dormir? —La voz de Vince me sorprendió a mi espalda y di un respingo.

Me giré de golpe, pero no vi a nadie en la cocina. Caminé hasta el umbral que daba al salón, agucé la vista para entrever algo en aquella oscuridad absoluta y solo entonces me pareció distinguir a alguien tumbado en el sofá.

—¿Vince? —Intenté controlar el temblor de mi voz, pero fracasé.

—Perdona, no quería asustarte —dijo en un susurro.

¿Qué hacía allí? Creía que estaba en su habitación con Madison.

—¿Por qué duermes en el sofá?

No respondió.

Oí el leve crujido del sofá, después unos pasos, al principio titubeantes, como si no supiera si acercarse. Otro crujido más cerca, esta vez del parqué. Cuando llegó ante mí percibí su respiración

tranquila y profunda. Una ráfaga de su perfume me envolvió y me encogió el estómago.

—Prefiero dormir solo, tengo el sueño ligero.

Ahora, a pocos centímetros de mí, la luz de la vela se reflejaba en su rostro y por fin pude verlo.

El corazón empezó a latirme con más fuerza, pero intenté que no se notara.

—Entiendo, pues buenas noches.

Pasé junto a él, dispuesta a subir las escaleras, pero me sujetó con delicadeza por la muñeca y me lo impidió.

—Espera, Ley.

Me solté de su agarre y di medio paso atrás: tenerlo tan cerca podía hacer que bajara la guardia. Era bueno en eso, siempre conseguía ser justo lo que necesitaba. Lo que buscaba.

No podía permitirme correr semejante riesgo.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? Antes, cuando te has ido, parecías alterada. —En sus ojos azules vi un velo de preocupación.

—Oh, ¿entonces por eso vuelves a hablarme? —Se me escapó una risa amarga—. ¿Porque te doy pena?

—¿Qué? No, solo estoy preocupado.

—Creía que tu única preocupación era perderme de vista lo antes posible.

Vince soltó un suspiro pesado, cerró los ojos y se pasó una mano por el pelo. Cuando volvió a abrirlos, en ellos advertí la sombra del arrepentimiento.

—No es así —admitió tenso en voz baja.

—¿Y entonces? —lo desafié mientras el sonido de la lluvia llenaba el silencio.

Antes de que pudiera abrir la boca para responder, un trueno estalló en el cielo y lo hizo con tanta fuerza que las paredes de la casa temblaron. Me estremecí, pero intenté mantener la calma. Me rodeé el cuerpo con los brazos. Mi reacción no pasó desapercibida a ojos de Vince porque inclinó ligeramente la cabeza y me estudió con atención.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Sam dice que te dan miedo las tormentas. ¿Es verdad?

Me había limitado a decirle que me aterraban los relámpagos y los truenos, sí. Pero lo mío no era una mera fobia, sino que tenía sus raíces en algo mucho más complicado que, desde luego, no iba a explicarle en ese momento. Y menos a él.

—No has respondido a mi pregunta —le señalé.

—Tú tampoco —replicó con una sonrisita insolente visible en la comisura de su boca.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué haces, Vince?

O sea, ¿adónde quería llegar? ¿Por qué, de pronto, se comportaba como si entre nosotros no hubiera pasado nada?

Vince parecía inseguro.

—No lo sé, solo quiero… —farfulló y se interrumpió, como si buscara las palabras adecuadas—. Sé que me he comportado mal y que no he sabido gestionar de la mejor manera la historia entre tú e… Ethan. —Pronunció su nombre como si le costara—. Pero no puedo ignorar el hecho de que estés tan alterada como para no

poder dormir, no puedo quedarme de brazos cruzados. —La aflicción sincera que percibí en sus palabras me golpeó de lleno en el pecho.

Aun así, no había nada que pudiera hacer para evitarme ese sufrimiento.

Nadie podría hacerlo jamás.

—Te agradezco que te preocupes, Vince, pero no quiero tu ayuda, no la necesito. —Me apresuré a erigir de nuevo esa maldita barrera de hielo que, al parecer, Vince se había empeñado en derribar. Pero él no parecía dispuesto a rendirse: dio un paso hacia mí para anular la distancia que nos separaba.

La respiración se me quedó atascada en la garganta. Me posó un dedo bajo el mentón y lo alzó para que encontrara su mirada penetrante incluso bajo la tenue luz de la vela. Un gesto simple y delicado, pero capaz de conseguir que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Si pudieras dejar a un lado el odio que sientes por mí solo esta noche, ¿me permitirías hacer algo por ti?

Fruncí el ceño, preocupada, pero debía admitirlo: también estaba un poco intrigada.

Me habría gustado decirle que no lo odiaba en absoluto. Que sí, estaba enfadada y herida, pero jamás podría odiarlo, de hecho, tenía miedo de que fuera él quien me odiara a mí. Sin embargo, me limité a tragar saliva y me humedecí los labios secos. Durante una fracción de segundo, sus ojos se posaron en mi boca.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté, titubeante.

Sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa y luego, sin decir nada más, me rodeó y entró en la cocina. Se sacó el móvil del bolsillo y usó la linterna para abrir una puerta del aparador. Rebuscó

en el interior. Sacó una lata. Cuando vi lo que sostenía, arqueé las cejas. Vince volvió a cerrar la lata y la dejó en su sitio. Cogió el mechero que había junto a la vela y lo puso sobre la isla.

Me acerqué a la encimera y apoyé los codos mientras observaba con atención lo que me ofrecía.

—¿Así es como piensas ayudarme? ¿Colocándome con un poco de hierba? —Casi me entró la risa.

—Una excepción, solo por hoy.

Lo miré a los ojos y valoré su propuesta.

Podía permitírmelo.

Solo esta noche.

Una forma espontánea de alejar los pensamientos oscuros.

Mañana todo volvería a la normalidad y nadie se enteraría.

Sí, podía funcionar.

Vince debió de intuir que me había convencido, porque empezó a extender la mezcla de hierba y tabaco sobre el papel y lo enrolló con destreza. Levantó la mirada hacia mí y pasó la punta de la lengua con cuidado para humedecer el borde y sellarlo.

Una punzada me recorrió el vientre.

—Solo unas caladas —susurró y se volvió a colocar a mi lado—. Para aliviar la tensión.

Volvíamos a estar cerca, demasiado cerca, el corazón me latía muy rápido. Vince me tendió el porro y, cuando me lo llevé a los labios, fue él quien lo encendió. Retuve el humo, sabiendo que así haría efecto antes, luego lo solté despacio hacia Vince.

—¿Qué tipo de tensión?

Él sonrió, me quitó el porro de los labios y se lo llevó a los suyos.

—Cualquier tipo.

Capítulo 21



Leila

Media hora más tarde, estábamos sentados en el suelo con la espalda apoyada en el mueble de la cocina. Habíamos dado dos caladas, tres como mucho, antes de que una sensación de ligera euforia nos envolviera por completo. En el exterior la lluvia seguía cayendo, dentro la vela se iba consumiendo y, sin la luz del móvil, el ambiente a nuestro alrededor era sombrío. Sin embargo, al fin notaba el cuerpo relajado y la cabeza más ligera. Tenía la impresión de estar dentro de una burbuja tan delicada como impenetrable. Como una nube de algodón de azúcar flotando en el aire.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —admití.

—Bien, al menos mi derrota habrá merecido la pena.

—¿Tu derrota?

—Cuando Zac descubra que me he fumado la hierba de su reserva, querrá patearme el culo.

Con una ceja arqueada, incliné la cabeza a un lado y observé el mueble de la cocina del que Vince había sacado la hierba.

—Debería haberla escondido mejor, si no quería que la usarais. Además, no era tan difícil de encontrar.

—Zac está convencido de lo contrario.

Empecé a reír, primero bajito, pero luego ya no pude parar, como si Vince hubiera dicho la cosa más graciosa del mundo.

—Una vez, Thomas trajo a casa una bolsa de hierba triturada tan fina que se confundía con las especias que mi madre usaba para cocinar; le encantaban —empecé a contar entre risas—. Thomas se la olvidó en la cocina por error; cuando ella la encontró, pensó que era un detalle de su parte para disculparse porque esa mañana habían discutido. —Me reí tanto que me dolía el estómago, Vince tampoco podía parar de reír—. Cuando se sentaron a la mesa, con un plato de *risotto* delante, mi madre le dio las gracias y le dijo que las había usado para aliñar la cena. Dijo que eran las mejores hierbas aromáticas que había probado en su vida. Yo tenía doce años, pero recuerdo como si fuera ayer la cara que puso mi hermano cuando entendió a qué se refería.

—¿Y luego? —me preguntó Vince, temblando por las carcajadas.

—Se puso como loco, cogió los platos y lo tiró todo a la basura. A mi madre casi le da un telele cuando al final, mientras despotricaba, mi hermano le explicó lo que había pasado. Por suerte, mi padre no estaba en casa aquella noche.

Nos reímos tanto que casi acabamos uno encima del otro. Cuando por fin recuperamos el aliento, me sequé los ojos húmedos, apoyé la cabeza contra el mueble de la cocina y miré a Vince. Su risa, más baja y ronca, llenaba el espacio oscuro entre nosotros. Me gustaba. Me gustaba hacerle reír, porque normalmente era él quien me hacía

reír a mí, aunque ya no recordaba cuándo había pasado por última vez.

De repente, pensar que aquel instante efímero, en el que todo parecía haber vuelto a la normalidad, terminaría y al día siguiente volveríamos a ignorarnos arrasó con toda la alegría.

—¿En qué piensas? —me preguntó Vince.

—En nada. —Negué con la cabeza y di otra calada antes de pasarle el porro—. Cuéntame algo.

—No hay nada interesante que contar. —Percibí un matiz amargo en su tono—. ¿Qué quieres saber?

Vince siempre intentaba mantener ese aspecto despreocupado de alguien que no tiene grandes problemas en la vida. Sin embargo, la noche anterior se le había escapado que durante el último año había tenido algunos problemas, Blake me lo había confirmado esa misma mañana. Así que le hice la pregunta más banal que se me ocurrió:

—¿Estás bien?

—Yo siempre estoy bien —respondió Vince, que apoyó un brazo en la rodilla.

—Mentiroso. —Me giré con el torso hacia él—. ¿Qué me dices de la novia de tu padre? ¿Te cae bien? —No conocía a la niñera de su hermana, tampoco había visto nunca a Sierra, con la excepción de algunas fotos en el móvil de Vince cuando todavía pasábamos tiempo juntos. Esperaba que aquella mujer fuera inteligente, atenta y cariñosa con la pequeña.

Vince se aclaró la garganta, parecía incómodo.

—Es buena gente.

—Y tu madre, ¿cómo está? —Lo oí suspirar, casi me arrepentí de habérselo preguntado. Desde que lo conocía, no había sabido

muchas cosas sobre la familia de Vince: de su madre solo sabía que llevaba unos años ingresada en una clínica, pero el motivo era un misterio y el tema, un tabú.

—Sinceramente, no lo sé —confesó. Apagó el porro en el cenicero que había entre nosotros.

¿Cómo era posible que no lo supiera?

Recordé la frase de Blake: «Han suspendido las visitas a su madre…».

—¿No hablas con ella? —me atreví a preguntar.

—Desde hace dos meses —admitió Vince. No pude evitar abrir mucho los ojos.

Era muchísimo tiempo.

—¿Qué ha pasado?

—Tuvo una crisis nerviosa después de ver a mi padre. Desde ese momento los médicos suspendieron las visitas.

—¿Pueden tomar esa decisión?

—Ellos no, pero mi padre sí.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que él está detrás?

—Según él, no. Pero no pondría la mano en el fuego —se limitó a decir, resentido.

Me supo muy mal. Sabía lo que significaba tener un padre incompetente. El mío lo había sido toda la vida; el de Vince, en cambio, había empezado a decepcionarlo y a hacerle daño con el tiempo.

El senador Callum Rise era un hombre poderoso; como tantos hombres poderosos, no tenía escrúpulos. Aunque la prensa solía hablar de él como un político de comportamiento ejemplar —si

dejamos de lado algún que otro cotilleo sobre sus escarceos amorosos—, por lo que Vince me había contado parecía que la realidad era muy distinta.

—Ahora que lo pienso, hay algo que no te he contado —le dije, y volví a captar su atención—. El viernes, un poco antes de que terminara el partido, escuché sin querer una llamada entre tu padre y un hombre de negocios, creo. O tal vez fuera un ojeador. Hablaban de ti, de que no estabas jugando bien. Y luego, ese hombre dijo que, en cualquier caso, el partido estaba ganado. —Probablemente, si logré contárselo con tanta ligereza fue solo gracias a la hierba.

—¿Qué significa eso de que en cualquier caso el partido estaba ganado? —preguntó él con rencor.

Me encogí de hombros; no tenía ni idea.

—El hombre se dio cuenta de que yo estaba por allí cerca y no dijo nada más, colgó.

Vince suspiró a pocos centímetros de mí, en la cocina sumida en la penumbra.

—Estoy demasiado colocado para pensar en esto ahora.

Sí, lo entendía. Yo también me sentía demasiado colocada para plantear hipótesis.

Permanecimos en silencio unos minutos, hasta que empecé a sentir los párpados pesados. Pero todavía no estaba lista para volver a mi cuarto. Quería saber una cosa. Me acerqué un poco más, hasta que nuestros hombros estuvieron en contacto, y le pregunté:

—¿Jugaste mal por mi culpa?

Alcé la vista y vi que él ya me estaba mirando. Bajo la débil luz de la vela, capté su clásica sonrisa perezosa y *sexy.*

Maldita sea, era atractivo incluso cuando iba colocado.

¿Cómo era posible?

—¿Crees que tienes tanto poder?

—¿Lo tengo? —Mi voz fue poco más que un susurro.

Me miró. Sus ojos claros parecían querer decirme un millón de cosas, confesiones que tal vez no habría oído nunca.

—Llevaba un año sin verte en las gradas, solo estaba sorprendido.

—El delantero de los Huskies casi acaba contigo, deberías aprender a gestionar mejor las sorpresas —bromeé, aunque luego añadí, seria—: ¿Habrías preferido no verme?

Vince permaneció en silencio unos segundos que me parecieron interminables, hasta que respondió sin ningún tipo de duda en la voz:

—Habría preferido no saber que estabas allí por él.

Se me encogió el corazón en el pecho y tuve que hacer un esfuerzo inmenso para parecer impasible.

Habría querido decir algo, pero, en lugar de eso, me quedé clavada en el suelo, incapaz de hablar, mientras la intensidad de la mirada de Vince incrementaba el sentimiento de culpa que sentía. Bajé la mirada, me aclaré la garganta y luego hice lo que mejor se me daba: contraataqué.

—Estoy segura de que encontraste consuelo rápido, no te faltan admiradoras en las gradas. —Me maldije al instante por haber hablado de esa forma y permitirle pensar que estaba celosa.

Porque, bueno, sí, lo estaba, pero Vince no debía saberlo.

Él resopló, divertido.

—Es la mejor amiga de Vanessa, no hay nada entre nosotros, solo somos amigos.

Sonreí y le di una palmada afable en el hombro.

—Solo porque ella no quiere algo más.

«Cállate, idiota, estás empeorando la situación».

—No, es porque me importan mis pelotas, Ley. Si me atreviera a intentarlo en serio, me encontraría con una cría que mide lo mismo que mi hermana plantada en la puerta de mi dormitorio, lista para recordarme la fuerza de sus derechazos.

La imagen de Vanessa dándole una paliza por no haber sabido mantener sus partes en los pantalones me hizo sonreír. Pero su respuesta me dejó un sabor amargo. Acababa de admitir que la única razón por la que no lo intentaba con Tiffany era el miedo a perder los genitales.

Me ensombrecí y, sin darme cuenta, empecé a morderme nerviosa las pieles del labio inferior; cuando él intentó retirarme con delicadeza un mechón del rostro, me aparté. Vince se quedó inmóvil un instante, con el brazo suspendido en el aire, pero luego se atrincheró tras una expresión imperturbable.

—Bueno, se ha hecho tarde —dije—. Será mejor que vayamos a dormir. —Intenté sonar neutral, sin rencor, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

Sin añadir nada más, Vince se levantó del suelo. Yo hice lo mismo, pero la cabeza me dio vueltas y tuve que apoyarme en el borde de la encimera.

—Ups, aquí dentro todo está girando —me reí, señalándome la cabeza.

—Te acompaño. —Intentó sostenerme, pero retrocedí, cabezota como siempre.

—No hace falta, puedo yo sola. —Intenté dar un paso, pero fue como si caminara sobre arenas movedizas. Entonces, Vince me

rodeó la cintura con un gesto más firme e insistió:

—Te acompaño. —Esta vez, su tono no admitía réplica.

De algún modo, conseguimos subir, aunque ya no sabíamos quién sostenía a quién.

Cuando llegamos arriba, iba tan mal que estuve a punto de abrir la puerta equivocada.

—¡Eh, no, esa es la habitación de Blake! —susurró Vince, que me sujetó la muñeca justo a tiempo. Al llegar frente a mi puerta, el sonido de mis risas aún resonaba entre las paredes.

Un ruido procedente de una de las habitaciones nos dejó paralizados. Vince me puso una mano sobre la boca.

—Baja la voz o despertaremos a los demás.

—¿Tienes miedo de que Dolly-Dolly nos oiga? —lo provoqué a la vez que apoyaba la espalda en el marco de mi puerta.

Él arqueó una ceja, confuso.

—¿Dolly-Dolly?

Hice un gesto con la cabeza para señalar la habitación a su espalda.

—Tu novia.

Vi que contenía una risa.

—No es mi novia, ya te lo he dicho.

—Cierto. —Me separé de la puerta, me acerqué a su oído y le rodeé el cuello con los brazos—. Solo te la tiras —murmuré.

Vince afiló la mirada y ladeó la cabeza para observarme con atención bajo el molesto brillo de la luz de emergencia. Sus manos se deslizaron por mis caderas, y acercó la boca a mi oído.

—Ese que te tiras tú, en cambio, duerme en la habitación al fondo del pasillo. ¿Hacemos una orgía? —Su aliento cálido me estremeció.

Elevé la comisura de la boca y empecé a caminar hacia atrás para entrar en mi cuarto, trayéndolo conmigo.

—Prefiero la exclusividad.

—Entonces has elegido a la persona equivocada. ¿No sabes que no es precisamente famoso por su monogamia? —Parecía muy calmado, pero me percaté de que tenía la respiración más agitada.

—Hasta ahora no me ha decepcionado —repliqué, punzante.

No sabía cómo habíamos pasado de reír como unos locos a desafiarnos de ese modo. Solo que me encantaba la reacción de su cuerpo ante mis mentiras y que quería ir más allá.

—No lo creía posible, pero es bueno conmigo. —Retrocedí más ya dentro de la habitación—. Dulce de día y exigente de noche.

Sus ojos me atravesaron.

—Ya basta.

—¿Qué te pasa? —Parpadeé fingiendo una inocencia que no era propia de mí.

—No quiero oírte hablar de eso.

—¿No quieres oír hablar de mi novio?

—Leila. —Inspiró hondo y sus dedos se hundieron en mis caderas —. Ya basta, ¿vale?

Había vuelto a llamarme Leila, lo que significaba que se estaba poniendo nervioso.

Un punto para mí.

—Pareces un poco celoso, Rise —lo provoqué.

Resopló.

—¿De él? Nunca.

Sonreí y di otro paso atrás, cada vez más cerca de la cama.

—En la piscina lo parecías.

—¿Ah, sí? —El tono de su voz era desafiante—. ¿Mientras él te besaba y tú me mirabas a mí?

Solté una risita baja que parecía más un bufido.

—¿Te gustó?

—¿Y a ti?

Sin darme cuenta, pisé una zapatilla que Sam habría dejado en medio de la habitación, y tropecé hacia atrás. En un gesto instintivo, me agarré a la sudadera de Vince y lo arrastré conmigo. Aterrizamos en mi cama con un golpe suave. Su cuerpo firme presionado contra el mío me incendió la piel.

—Mierda, perdona. —Sentí que se tensaba. Puso las manos a los lados de mi cabeza e intentó incorporarse. Sin embargo, agarré la placa que llevaba al cuello y lo atraje de nuevo hacia mí. Nuestras narices se tocaron y nuestras bocas se rozaron. El aire a nuestro alrededor se volvió abrasador, igual que su mirada al recorrer mi rostro, que me clavaba en el colchón.

—Me gustó muchísimo —susurré, con los labios muy cerca de los suyos.

Incluso en la oscuridad de la habitación vislumbré la chispa de excitación que brilló en sus ojos mientras su boca se curvaba con malicia.

—No deberías haber dicho eso.

Sonreí, sardónica. Apreté su sudadera con más fuerza y doblé una rodilla junto a su cadera. Lo tenía atrapado involuntariamente sobre mí, una sensación de calor me recorrió por dentro y me hizo temblar.

—Para. —Me puso una mano en el muslo, supuse que para apartarlo, pero yo solo pensé en la sensación de sus dedos presionados sobre la tela de mis pantalones.

En lugar de hacerle caso, también doblé la otra pierna.

—Ley… —Quería advertirme, lo sabía, pero pronunció mi nombre en un suspiro jadeante que traicionaba sus intenciones.

Sus ojos se cerraron, vi que su nuez se movía con dificultad en el cuello. Empecé a notar *algo* que presionaba contra mí. Ser consciente del efecto que despertaba en él me estremeció, tuve que luchar contra el impulso de seguir provocándolo.

Una batalla perdida.

Necesitaba desesperadamente aliviar el dolor y la tensión que también crecían en mí, así que empecé a moverme bajo su cuerpo, elevando las caderas despacio y fundiendo mi respiración con la suya. Sus ojos me atravesaron en la oscuridad. En ellos leí la necesidad desesperada de ceder a un impulso primario, pero también la certeza de que nunca podría cruzar esa línea. Para él, se había convertido en una cuestión de honor.

Con un gruñido, apoyó la cabeza en mi hombro e inspiró hondo.

—No puedo, Ley. —Volvió a mirarme—. Por favor, no me odies más de lo que ya lo haces —suplicó a la vez que me rechazaba otra vez.

Lo miré parpadeando, aturdida por las sensaciones que había experimentado hasta ese momento, mientras la prueba tangible de su excitación presionaba contra la parte baja de mi vientre.

No sabía cómo había sido capaz de encontrar la fuerza para detenerse.

Yo no habría podido.

En el silencio de la habitación, solo oía la lluvia golpeando cada vez más suave contra la ventana cerrada y la respiración agitada de Vince. Estaba tenso y frustrado. Me dio un beso en la frente, me

acarició la mejilla y se apartó. Bajó de la cama y se alejó. Me dejó sola, envuelta en esa sensación de frío, vergüenza y abandono que me había prometido no volver a sentir nunca más.

Capítulo 22



Vince

—¿No os parece que en esta casa huele a hierba? —Zac, sentado a la mesa mientras desayunaba, olfateó el aire como un perro trufero y luego nos miró a cada uno de nosotros con recelo en los ojos, pero lo ignoramos.

Durante la noche había dejado de llover y ahora la cabaña estaba iluminada por la luz de la mañana de un día despejado por fin sin nubes. Los chicos nos habíamos despertado temprano y nos habíamos reunido en la cocina para comer antes de decidir cómo pasaríamos la jornada.

Nate y Jackson hablaban entre ellos de las tácticas que debían poner en práctica en el partido del sábado contra los Bulldogs de Yale. Ethan seguía en su habitación y Blake estaba sentado a mi lado y me enseñaba fotos de una mujer en una *app* de citas.

—Intuyo que con esa boca me haría soñar.

—¿No es un poco mayor para ti? —Di un mordisco a mi tostada francesa y observé las arrugas en las comisuras de los ojos de la mujer, que sonreía a la cámara.

—Cuanto más maduras, más expertas —murmuró Blake, que me dio un codazo cómplice. Reí y negué con la cabeza.

—Bueno, ¿alguien me escucha aquí dentro? —estalló Zac.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Nate, que interrumpió la conversación con Jackson. Blake dejó el teléfono sobre la mesa y lo miró.

—Huelo a hierba, a *mi* hierba, en toda la cabaña —explicó.

Los chicos se encogieron de hombros.

—Yo creo que lo has soñado —respondió Jackson.

—Yo no huelo nada —afirmó Blake. Pero Zac no parecía convencido; se levantó de golpe de la silla, fue hasta el mueble de la cocina donde guardaba su reserva y abrió la puerta.

—¡Lo sabía! —Nos enseñó la lata vacía—. Os la habéis fumado.

—Amigo, ¿por qué demonios escondiste la hierba en el aparador de mis abuelos? —Nate lo miró, perplejo.

—Esa no es la cuestión. —Zac cerró la lata y la dejó sobre el mueble a su espalda—. Ahí dentro estaba el último trozo bueno, lo estaba guardando para disfrutarlo en los próximos días, pero a alguien le ha parecido buena idea servirse sin mí. Quiero saber quién ha sido.

—¿Acaso te parecemos los tipos que te roban la hierba y se la fuman sin ti? —protestó Jackson. Todos asintieron.

—Seríais unos infames si hicierais algo así.

Mientras tanto, seguí desayunando como si nada.

—Nadie se ha fumado tu hierba —lo tranquilizó Blake—. Además, ¿cuándo se supone que lo habríamos hecho? Hemos estado juntos todo el rato.

—Ayer por la tarde aún estaba toda y esta mañana, por arte de magia, ha desaparecido. —Zac volvió con nosotros, apoyó las palmas

en la mesa y nos miró—. Sea quien sea el culpable, se la ha fumado esta noche pensando que se iría de rositas.

—Somos nueve aquí dentro, ¿vas a interrogarnos a todos, detective? —se burló Jackson.

—Estás montando un drama, solo es un poco de hierba, seguro que tienes más —intervino Nate.

—Pero esa era la mejor, por eso la escondí —replicó él, irritado.

Con la esperanza de pasar desapercibido, me levanté y fui a buscar un poco de zumo a la nevera. Tragué un montón de vitaminas, un par de pastillas para el dolor de cabeza que sentía que estaba a punto de llegar y, cuando enjuagué el vaso bajo el chorro del fregadero, noté un silencio repentino y extraño a mis espaldas.

Me giré y vi que todos tenían los ojos clavados en mí.

—¿Qué pasa?

—Has sido tú, ¿verdad? —me acusó Zac—. No has dicho ni una sola palabra al respecto, eso no es propio de ti.

No habría tenido ningún problema en decir la verdad si no existiera el riesgo de meter a Leila en el asunto, porque entonces la pregunta ya no sería «¿Has sido tú?», sino «¿Por qué la estabais fumando juntos?».

Me encogí de hombros y fingí indiferencia.

—No he dicho nada porque estoy de acuerdo con Nate, estás montando un drama por nada. —Esperé que mis palabras lo convencieran, pero provocaron el efecto contrario, porque Zac enderezó la espalda, se cruzó de brazos y entornó los ojos.

—Has hecho esa cosa con los hombros —me dijo.

Arqueé una ceja.

—¿Qué cosa con los hombros?

—Ese movimiento casi imperceptible que haces cada vez que mientes.

Joder, yo no hacía ningún movimiento con los hombros cuando mentía.

¿Verdad?

Blake también empezó a mirarme con el ceño fruncido, como si estuviera dándole vueltas a algo.

—Amigo, si hubiera sido yo me habría despertado con una sonrisa en la cara, y no como si alguien me hubiera metido un palo por el culo —dije para intentar escabullirme. Era una verdad a medias: aquella mañana me había levantado con el pie izquierdo. El origen de mi mal humor estaba encerrado en una habitación en el piso de arriba—. Voy a darme una ducha. —Me marché y, al pasar a su lado, Blake me lanzó otra mirada recelosa.

En realidad, era otra verdad a medias: no iba a meterme en la ducha de inmediato; antes quería hablar con Leila.

Después de lo que había pasado la noche anterior, quería asegurarme de que las cosas entre nosotros estaban bien, o, al menos, de que no habían empeorado. Tenía mis dudas al respecto.

Me había dejado llevar con ella y la había cagado.

No solo porque cada vez que cedía a mis deseos la voz de su hermano resonaba en mi oído para recordarme la promesa que le había hecho, sino sobre todo porque no podía permitirme distracciones de ningún tipo.

Mi sueño de jugar en la NHL se volvía cada vez más real, el campeonato terminaría en unos meses, llegarían las eliminatorias de la Frozen Four, me graduaría y me marcharía de Corvallis para siempre.

No echaría raíces allí, con nadie.

Aquella ciudad solo representaba un lugar de paso antes del destino final: Míchigan y los Detroit Red Wings. Uno de los equipos más prestigiosos de la liga profesional.

Cada entrenamiento, cada sacrificio que había hecho, era un paso hacia ese objetivo. Un objetivo que me había marcado desde niño, cuando vi a los Red Wings deslizarse sobre el hielo como si bailaran y decidí que algún día yo también estaría entre ellos. Jugaría en el Joe Louis Arena vistiendo los colores de su equipación y levantaría la Copa Stanley ante una multitud de aficionados que correaría mi nombre.

Era un futuro que quería ganarme por mérito propio, sin la injerencia de mi padre: él podría meterme en cualquier equipo con sus contactos; pero no, lo conseguiría gracias a mi esfuerzo, con el sudor de mi frente.

Así que no había espacio para nada ni nadie en mi vida: solo el *hockey,* mi hermana y algún polvo ocasional.

Leila no sería esa persona con la que me divertiría de vez en cuando; la respetaba demasiado y quería que lo entendiera.

Cuando llegué arriba, fui a llamar a su puerta, pero Blake me agarró del hombro y me sorprendió. Estaba tan inmerso en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que me había seguido.

—¿Qué haces? —susurró y me fulminó con la mirada en cuanto me volví.

—Nada… Solo quiero asegurarme de que está bien, ya sabes, después de anoche —intenté justificarme, pero él me lanzó otra mirada afilada—. ¿Qué pasa?

—He oído voces esta noche —me dijo—. Sinceramente, esperaba que fuera una alucinación, pero erais vosotros dos, ¿verdad?

Inspiré y me pasé una mano por el pelo y luego por la nuca. La expresión con la que me miraba me hizo desistir de la tentación de volver a mentirle.

—No podía dormir y, por lo visto, ella tampoco.

Blake abrió los ojos; parecía incrédulo.

—¿Y pensasteis que colocaros era una solución?

—La única que se me ocurrió. —Me encogí de hombros.

—¿Y luego qué hicisteis, eh? ¿Follasteis con Ethan y Madison a un paso de vosotros? ¿Se te ha frito el cerebro?

Me golpeé el pecho con la mano.

—¡No! Nosotros no… no hicimos nada —dije en voz baja, porque tanto Ethan como Madison seguían en sus habitaciones.

Blake negó con la cabeza y se le escapó una risita. No me creía, lo que no era una sorpresa.

—Lleváis dos días bajo el mismo techo y ya habéis estado a punto de mandar a la mierda este retiro. Sabes que estamos aquí para entrenar y recuperar la sintonía entre nosotros seis.

—No ha pasado nada —insistí con un tono de voz más firme—. Paré antes de que…

—¿De verdad esperas que te crea? —me interrumpió.

—No, pero es que tú no me crees nunca. —Gesticulé con los brazos pegados al cuerpo, nervioso—. Ninguno de vosotros confía lo más mínimo en mí, joder.

Seguían viéndome como un idiota incapaz de valorar las consecuencias de sus acciones. Por más que me esforzara en

demostrar que era maduro y alguien en quien se podía confiar, nunca me tomaban en serio.

Era frustrante.

La expresión de Blake se oscureció.

—Perdona, tío, solo intento evitar una catástrofe.

—Créeme, yo también lo intento.

Blake se pasó una mano por la cara, me agarró del brazo y me arrastró un poco más cerca de las escaleras.

—Escucha, sabes que la quiero y odio tener que decirlo, pero no puede quedarse aquí.

—No es culpa suya; insistí yo y no debería haber…

—No importa —me interrumpió—. Estamos caminando por el borde del precipicio, Vince. No podemos permitirnos que pasen cosas de ese tipo aquí dentro, mucho menos fuera de aquí. Ahora es la novia de Ethan, te guste o no, y no puedes, joder… —Suspiró y me miró a los ojos—. No puedes permitírtelo.

—Lo sé —dije entre dientes.

—La alerta meteorológica ha remitido, la tormenta de esta noche ha causado menos daños de los previstos, así que las chicas pueden volver a casa.

Me pellizqué el puente de la nariz y suspiré con exasperación.

—Vale —me limité a responder.

No quería echarla, tampoco que se sintiera indeseada. Ya lo había hecho bastante. Pero mantener las distancias era la decisión más sensata para todos.

De pronto, la puerta del baño frente a nosotros se abrió lentamente. Salió una columna de vapor que reveló a Leila, envuelta en una toalla blanca enrollada con fuerza contra su pecho. Sus ojos,

dos charcos de esmeralda, nos miraban mortificados, el pelo mojado le caía sobre los hombros.

Blake y yo nos quedamos atónitos.

Mierda… ¿nos habría oído?

Caminó hasta nosotros y se detuvo a nuestro lado. Primero me miró a mí y luego a Blake. No parecía enfadada, quizá más bien herida. No supe descifrar qué le pasaba por la cabeza, pero me entraron ganas de estrecharla entre los brazos ante su evidente vulnerabilidad.

—No quería arruinaros las vacaciones —dijo con voz firme. A pesar de su compostura, percibí un velo de remordimiento—. Lo siento si te he despertado esta noche —continuó, dirigiéndose a Blake, que no dijo nada—. Pero no os preocupéis: Milo, el representante de Sam, está de camino para venir a recogernos. Nos marchamos hoy mismo. —Vi que tragaba saliva, incómoda—. Gracias por habernos comprado la ropa. Ha sido muy amable por tu parte —concluyó, observando a Blake. Alzó ligeramente la barbilla y supe que la conversación terminaba allí.

Me miró durante un segundo, luego apartó la vista y frunció los labios. Con un sabor amargo en la boca, la vi entrar en su habitación. Aunque sentía la tentación, no intenté detenerla, porque la conocía lo bastante como para saber que quería estar sola.

El resto del día transcurrió con el ambiente propio de un funeral. Por la mañana fuimos con los chicos al palacio de hielo para el primer

entrenamiento del retiro. Por suerte, parecía que Ethan no se había dado cuenta de nada.

Después almorzamos en un silencio relativo, con Sam y Leila encerradas de nuevo en su habitación.

Por la tarde llegó Milo, que también había conseguido la llave de repuesto del coche de Leila. Se marcharon todos juntos: Milo y Sam en un coche y, en el otro, Leila y Madison, que daban la sensación de que habían adoptado una actitud distante pero civilizada entre ellas. Antes de irse, Leila le había dado las gracias a Nate por la hospitalidad y, una vez más, a Blake por la ropa que le había comprado, pero se cuidó muy bien de no dirigirme siquiera un saludo. Nuestras miradas no se cruzaron ni por casualidad.

Una vez nos quedamos solos, los chicos hicimos todo lo posible por cumplir el propósito de Blake y aprovechar aquellos pocos días como una oportunidad para trabajar en el juego de equipo.

Nate y Jackson se adueñaron de la cocina, en cada comida se divertían preparando recetas que estaban para chuparse los dedos siguiendo los consejos de Martha Stewart; todos nos dejamos arrastrar por su entusiasmo, con la excepción de Ethan, que prefirió mantenerse al margen para juzgarnos. Su mayor aportación fueron algunos comentarios esporádicos mientras veíamos los partidos de *hockey* que emitían en la tele.

Entrenamos en el palacio de hielo todas las tardes que nos quedaban. Sin rivalidades ni rencores, solo *hockey.*

Nos esforzamos al máximo para estudiar pases y jugadas eficaces; por primera vez en mucho tiempo, nos divertimos de verdad. Allí, en Mount Hood, Blake había reunido a los titulares del equipo —a nosotros seis nos consideraban los veteranos—, mientras

que en Corvallis el entrenador Turner continuaba los entrenamientos regulares con los otros dieciséis jugadores del *roster,* los que solían sustituirnos en los cambios de línea. Habíamos mantenido el contacto con el entrenador en todo momento para ponerlo al día sobre los esquemas que estábamos probando.

El jueves, durante el último entrenamiento antes de regresar a Corvallis, Jackson y Nate pulieron una serie de pases y, tras una jugada perfecta, los cinco chocaron sus torsos para celebrarlo. Lástima que, en la jugada siguiente, Ethan le entró a Jackson con tanta violencia que por su culpa se estrelló con fuerza contra el hielo.

A pesar de las protecciones que llevaba, se dio un golpe tan fuerte en la espalda que su rostro se contrajo en una mueca de dolor, mientras el disco se deslizaba para alejarse de ellos.

Preocupados, corrimos enseguida para ayudar a Jackson, que se retorcía mientras se sujetaba el hombro y ahogaba gemidos.

—Tío, ¿estás bien? —le preguntó Nate, agachado a su lado junto a Zac.

—No, para nada, no puedo moverlo —gimió Jackson. El sudor le perlaba la frente.

Blake y yo intentamos incorporarlo, pero, en cuanto lo rozamos, Jackson apretó los dientes por el dolor. Miré a Blake, preocupado por la gravedad de la lesión.

—Creo que será mejor que vayamos al hospital para que lo miren —dijo Nate.

—¿Al hospital? —exclamó Zac con un matiz de pánico en la voz—. ¿Crees que es tan grave?

—No lo sabemos, pero no podemos correr el riesgo —le respondió, y tenía razón.

Blake, Zac y yo hicimos lo posible por ayudar a Jackson a levantarse sin agravarle el dolor en el hombro. Nate, en cambio, se abalanzó contra Ethan, que había presenciado la escena desde la distancia, sin mostrar el menor interés.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le gritó a un suspiro de su cara.

—Nada, solo estábamos jugando, me parece obvio. —Ethan se ajustó el puño de la manga.

—¿A eso lo llamas jugar? —Nate señaló a Jackson, al que sosteníamos para llevarlo hacia la salida de la pista.

—El *hockey* es así, tío, no hace falta que te lo explique yo: si no puede aguantar un golpecito como ese, entonces quizá debería dedicarse al ajedrez.

Todavía estábamos lo bastante cerca como para oír las gilipolleces de Ethan. Cerré los ojos, resignado; me di cuenta de que había conseguido estropearlo todo otra vez.

Vi que Nate le lanzaba con fuerza su palo a los pies de Ethan y respiraba hondo por la nariz. La tensión en el aire era palpable. En ese momento, Zac se separó de nosotros y se acercó a ellos para intentar calmar los ánimos.

—Eres un capullo —continuó Nate—. ¡Dentro de dos días tenemos el partido contra Yale y es posible que hayas lesionado el hombro de uno de nuestros mejores defensas!

Fue un instante fugaz, pero en los ojos de Ethan me pareció ver un destello de remordimiento. Luego lo disimuló con una risa nerviosa y se pasó una mano por el pelo.

—Estoy seguro de que no será tan grave, apenas lo he rozado.

Nate cerró los puños junto a sus costados y redujo los ojos a dos rendijas.

—Déjalo, Nate. —Zac lo apartó de Ethan—. Ven, llevemos a Jackson al hospital.

Por suerte, Nate no se resistió y vino con nosotros. Tardamos mucho, pero conseguimos salir del pabellón y meter a Jackson en el coche. Tras una hora de carretera, llegamos a urgencias del Legacy Mount Hood Medical Center. Le hicieron una radiografía y una ecografía. La noticia que nos dieron tuvo el mismo impacto que un disco lanzado a toda velocidad contra los dientes.

—Señor Whitmore, tiene una lesión de segundo grado —dijo la doctora tras revisar los informes—. La buena noticia es que no será necesario realizar una intervención quirúrgica, la mala es que tendrá que mantenerse lejos del hielo entre cuatro y seis semanas.

Luego empezó a desgranar indicaciones sobre el periodo de reposo, los antiinflamatorios que debía tomar, el cabestrillo que tendría que llevar para el hombro, la fisioterapia y la rehabilitación. Sin embargo, ninguno de nosotros la estaba escuchando de verdad. Nos habíamos quedado clavados en aquellas ocho palabras: lejos del hielo entre cuatro y seis semanas.

En nuestro deporte no era raro sufrir lesiones, pero en pocos días nos enfrentaríamos a Yale, luego nos esperaban los North Dakota Fighting Hawks, el final de la temporada regular, el torneo de conferencia, el objetivo de alcanzar las eliminatorias de la Frozen Four… Tendríamos que afrontar el resto del campeonato sin un jugador titular, conscientes de que las tácticas que habíamos trabajado en Mount Hood entre los seis ya no servirían de nada.

No hacía falta decirlo en voz alta porque nuestras caras dejaban claro que todos pensábamos lo mismo: estábamos jodidos, muy jodidos.

Capítulo 23



Vince

Después de más de diez horas de viaje entre el trayecto de Mount Hood a Portland, el vuelo con escala, la recogida de equipaje y el traslado en lanzadera desde el aeropuerto de Hartford hasta el hotel, por fin conseguí apoyar la espalda en un colchón.

Al día siguiente jugaríamos el partido contra Yale, y no me sentía en forma, para nada. Aunque durante los partidos los cambios de línea son frecuentes, aquellos días habíamos entrenado para salir más rodados al hielo; como era de esperar, la sustitución de Jackson había trastocado todos los planes. Para colmo, el entrenador se había puesto histérico cuando se enteró de que había perdido un defensa.

Así que habíamos llegado a New Haven para que nos dieran por culo y lo sabíamos.

Como si toda esta situación no fuera ya lo bastante deprimente, en la habitación contigua a la mía se alojaba el cronista deportivo del *Daily Barometer,* el periódico de nuestra universidad, que había decidido traerse a Leila por algún motivo misterioso, y ella había querido que la acompañara Sam. Me parecía estar viviendo una

pesadilla con los ojos abiertos. Yo intentaba mantenerme lejos de ella y me la acababa encontrando por todas partes.

No sabía cuál era su habitación, pero sí sabía que perdería la cordura si la volvía a ver en las gradas animando a Ethan.

Me pasé las manos por la cara. Necesitaba darme una ducha y comer algo, porque tenía el estómago vacío. Me levanté de la cama, coloqué las bolsas y puse algo de música. Opté por la única lista de reproducción que sabía que me ayudaría a relajarme y vaciar la mente: Sierra la había creado expresamente para mí con una selección de sus canciones favoritas de Olivia Rodrigo.

Cuando se enteraron, los chicos del equipo no se ahorraron las burlas previsibles, pero me daba igual; podía ser el capitán del equipo de *hockey* y también apreciar la voz y las letras de esa cantante sin que mi virilidad se resintiera lo más mínimo.

Puse «Happier» y me metí en la ducha. Cuando salí, al fin me sentía un poco mejor. Me até una toalla a la cintura y vi en el espejo empañado que el moratón de la costilla se había atenuado un poco. El dolor también había desaparecido por completo, así que no tenía excusas: mañana tendría que dar lo mejor de mí en el hielo.

Cogí otra toalla para frotarme el pelo, pero en ese momento me sonó el móvil en la habitación. Lo dejé todo y fui hacia la mesita de noche.

Cuando vi el nombre de Thomas parpadeando en la pantalla, no pude evitar esbozar una sonrisa sincera.

Ese cabrón nunca daba señales de vida; en realidad, no hacía falta: sabíamos que podíamos contar el uno con el otro en cualquier momento.

Sentado en la cama, estaba a punto de responder cuando una sospecha resquebrajó mi sonrisa: quizá Thomas se había enterado de lo que había pasado entre su hermana y yo y quería hacérmelo pagar. Me tranquilizó la certeza de que, en ese caso, no habría perdido el tiempo y me lo habría dicho cara a cara, sin usar el teléfono.

Relajé los hombros, que seguían húmedos, y contesté.

—No me digas que te han echado de casa y necesitas un sitio donde quedarte, porque estoy en Connecticut y no puedo ayudarte —bromeé.

—Que te jodan. —Percibí el tono divertido detrás de su respuesta seca y familiar.

—Siempre es un placer oír tu voz, tío, ¿a qué debo el honor?

—Hace tiempo que no hablamos, ¿cómo te van las cosas?

Arqueé una ceja, escéptico.

—¿Has llamado para preguntarme cómo me van las cosas?

—¿Tan raro es?

—Bueno, teniendo en cuenta que eres la persona más antisocial que he conocido y que preferirías que te cortaran la lengua antes que mantener una conversación, diría que sí.

—Ser antisocial tiene sus ventajas, créeme. —Hizo una pausa—. ¿Qué estás escuchando? —La pregunta llegó poco después de la primera estrofa de «Favorite Crime».

—Olivia Rodrigo —dije sin vergüenza. Hubo otra pausa, así que añadí—: Me relaja, ya sabes.

—¿Follar ha pasado de moda?

Apoyé la cabeza en la almohada y estiré las piernas sobre el colchón.

—Me temo que ni siquiera un polvo ayudaría.

—Joder, entonces es serio… ¿Mal día?

Mal año, habría querido responder, pero entonces tendría que explicarle el motivo, y no iba a ponerlo al corriente de las vicisitudes entre su hermana y yo.

No iba a hacerlo para proteger mi integridad física, claro.

—Mala semana. —Puse la mano libre bajo la nuca y alcé la vista al techo blanco de la habitación—. Ayer, en un entrenamiento, Ethan golpeó a Jackson, que se lesionó el hombro y está descartado durante las próximas semanas. Mañana tenemos que jugar sin un titular contra los Bulldogs, que se mueren de ganas de darnos una paliza. El entrenador Turner ha perdido los nervios y el equipo es… un caos total.

—Estáis en la mierda —confirmó Thomas, como si necesitara que empeorara mi estado de ánimo.

—En una montaña de mierda, diría.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no pensarás quedarte ahí quejándote y dejar que esos capullos de Yale os jodan, ¿no?

—En cualquier otra situación te diría que no, pero esta vez es distinto. «La unión hace la fuerza» es su lema. Nosotros, en cambio, estamos a la deriva. Lo único que nos mantiene unidos son las ganas de mandarnos a la mierda unos a otros.

—Que se jodan ellos y su eslogan buenista de mierda. Si su punto fuerte es la unión, significa que individualmente no son tan fuertes. Así que ganarles no será imposible.

De entrada, pensé que estaba diciendo una estupidez enorme: el *hockey,* como el baloncesto, se basaba en el juego en equipo. La sintonía era esencial para aspirar a la victoria; sin embargo, la astucia también desempeñaba un papel importante.

Los Bulldogs eran fuertes y lo sabían; encima jugaban en casa, con el apoyo de su afición, y eso no era algo menor. Además, eran unos malditos creídos: al llegar al hotel, no se nos había escapado que habían decorado las calles y los alrededores de su campus con carteles en los que ya daban por sentada su victoria.

Pero tal vez Thomas no iba tan desencaminado.

Demasiada seguridad es un arma de doble filo: puede llevarte muy alto o hacerte caer con estrépito.

—Puede que tengas razón —admití, tras pensarlo—. Solo espero que Ethan no haga más tonterías.

—Yo no contaría con eso. Por cierto, ¿cuándo pensabas decirme que ese capullo se está tirando a mi hermana?

Me quedé en silencio.

La pregunta me dejó mudo.

Parpadeé un par de veces y me incorporé de golpe de la almohada para ponerme sentado.

—¿Tenía que decírtelo yo?

—Mejor que enterarme por la mejor amiga de Vanessa, durante una de sus llamadas, ¿no te parece?

—Creía que tu hermana ya te lo habría dicho.

—C. J. nunca me cuenta nada —se quejó, y justo cuando mascullaba un «Me pregunto por qué», Thomas me interrumpió—: Espera un segundo. —Tuvo que apartarse el móvil del oído, porque

oí la voz amortiguada de Vanessa, que reconocería entre otras mil voces—. Ya está. ¿Qué decías? —dijo justo después.

—Nada, nada… Oye, ¿cómo está mi chica favorita? ¿Ya se le ha pasado el flechazo que tuvo conmigo? —Necesitaba ganar algo de tiempo porque no quería hablar de Leila con él: no se me daba bien mentir y, sobre todo, no quería hacerlo con Thomas. Recurrí al único tema capaz de distraerlo. Funcionó, porque Thomas dejó escapar un suspiro pesado; me imaginé sus ojos reducidos a dos rendijas, como cuando en el pasado me había amenazado con arrancarme la cabeza cada vez que bromeaba con su novia.

Tomarle el pelo era mi pasatiempo favorito desde que lo conocía. Echaba de menos poder hacerlo a diario.

—Ese flechazo nunca existió —precisó Thomas.

—Tío, es preocupante que, después de todo este tiempo, aún necesites decirlo en voz alta para creértelo —seguí bromeando y una risa baja se le escapó de la garganta.

—Bueno, está bien, más o menos. En realidad, no estoy seguro. En unos minutos tenemos que ir a recoger a su madre al aeropuerto y parece que está al borde de un ataque de nervios. Ya ha cambiado cuatro veces el mantel de la mesa, ha escondido todos los ceniceros de la casa y no para de ir de un lado a otro con una varilla de incienso que apesta un huevo.

Sabía que llevaban unas semanas viviendo juntos, desde que se marcharon del apartamento de Ryan. Deduje que la temible Esther White iba a visitarlos por primera vez a la casa nueva. Era un acontecimiento importante, al menos las chicas solían darle importancia a ese tipo de cosas.

—Yo también estaría aterrorizado; esa mujer da miedo. —Los dos nos reímos y, de fondo, oí la voz de Vanessa preguntando si por casualidad nos estábamos riendo de su madre. Thomas lo negó, pero sonó poco convincente—. Dile que la echo de menos y que debería volver a casa un poco más a menudo —añadí con sinceridad.

—Vince dice que no te echa nada de menos —le soltó Thomas, lo que me arrancó otra risa.

Oí que ella también se reía, y luego su voz sonó alta y clara en mi oído.

—Me echas mucho de menos, lo sé —anunció después de arrebatarle el móvil a Thomas.

—No lo digas en voz alta o tu novio podría ponerse celoso —respondí con ironía, mientras ella reía por lo bajo.

—Oye, te estás comportando, ¿verdad? —Su tono inquisitivo me puso en alerta.

¿Por qué me lo preguntaba? ¿Se había enterado de algo sobre Leila y sobre mí?

Dios, toda esa historia acabaría por hacerme perder la cordura.

—Claro, como siempre. —Me levanté de la cama y empecé a caminar para relajarme un poco; sentía cómo la tensión se expandía dentro de mí.

—Mmm, he oído que invitaste a Tiffany al partido del viernes pasado.

Ah, se refería a eso. Era una situación que podía gestionar.

—Veo que las noticias vuelan —respondí y me pasé una mano por la nuca.

—Ya, pero más te vale que guardes cierta parte de tu anatomía dentro de los pantalones, porque si me entero de que tienes determinadas intenciones, iré en persona hasta allí para hacerte cambiar de idea.

—Juro solemnemente que no tengo malas intenciones —bromeé —. En serio, puedes estar tranquila, Joyita.

Era verdad: Tiffany me gustaba, sí, pero no quería que acabara desnuda en mi cama. No es que tuviera nada en contra; simplemente, me limitaba a disfrutar de su compañía.

Era agradable tenerla cerca, las pocas veces que dejaba a un lado la aversión que mostraba hacia mí por puro principio.

Vanessa le devolvió el móvil a Thomas. Si por un instante había pensado que me había librado del tema Ethan y Leila, me equivocaba.

—No has respondido a mi pregunta —dijo—. ¿Por qué no me dijiste lo de Grant y mi hermana?

—No creí que fuera tan relevante —solté.

—Hablamos del hijo de papá estirado de Ethan, claro que es relevante. No me gusta saber que está con mi hermana. Además, ¿desde cuándo dura lo suyo?

—Desde hace unos meses, creo; a decir verdad… —Suspiré y me pasé otra vez la mano por el pelo, exasperado—. No lo sé.

—Joder, pero ¿cómo es posible?

—Tío, no vivo con ella, no puedo saber lo que hace las veinticuatro horas del día —repliqué con más brusquedad de la que pretendía, pero empezaba a sentirme muy incómodo.

—Me refiero a cómo es posible que haya pasado, no a cómo es posible que tú no lo supieras. —Entre nosotros se instauró un

silencio que duró varios segundos; me maldije por haber sido tan idiota—. ¿Qué te pasa? Suenas raro —añadió Thomas.

—No, nada… Es solo que a mí también me sorprendió, o sea, habría preferido que saliera con alguien mejor, pero si lo ha elegido a él, tendrá sus motivos. —Aquellas palabras me dejaron un regusto amargo en la boca, así que cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz en cuanto las pronuncié.

Thomas soltó una risa burlona que no me sorprendió.

—¿Sabes lo que me importan a mí sus motivos? Cero, igual que mi tolerancia hacia ese idiota.

—No lo dudaba. —Me volví a sentar y miré resignado la puerta del baño abierta frente a mí.

—Hay algo que no me cuadra —añadió luego con tono reflexivo —. Ya averiguaré qué es, pero ahora no; ha llegado el momento de ir a recoger al mastín. Tengo que colgar. —Ese apodo me arrancó una risa. Se lo había puesto a Esther cuando la conoció, no había dejado de usarlo desde entonces.

—¡Thomas, te he oído! —Fueron las últimas palabras que escuché de parte de Vanessa antes de que mi amigo colgara.

Solté el aire y me dejé caer otra vez sobre el colchón, exhausto.

Una parte de mí pensó que si conseguía salir de todo aquel asunto sin provocar daños, sería capaz de afrontar cualquier cosa.

Capítulo 24



Vince

En el vestuario reinaba el caos.

Como antes de cada partido, cada uno de los veintidós jugadores del equipo —los seis que empezaríamos sobre el hielo y los demás, listos para sustituirnos cuando fuera necesario— se preparaba a su manera: había quien escuchaba música, quien hacía estiramientos, algunos comprobaban el estado de los *sticks* y otros, el filo de los patines.

Era una atmósfera muy distinta a la que se respiraba al final del partido, cuando el aire estaba impregnado de una mezcla de sudor y gel de ducha. Las puertas de las taquillas se abrían y cerraban con frenesí. Los bancos estaban llenos de toallas húmedas tiradas de cualquier manera y los móviles sonaban sin cesar.

Había una única cosa que esos dos momentos tenían en común: la tensión y la adrenalina que se mezclaban con los cánticos de los aficionados en las gradas, que creaban un ambiente de pura excitación.

En ese momento estábamos casi listos para saltar al hielo. Con los uniformes y las protecciones puestos, y los palos de *hockey* sujetos

con firmeza entre las manos, nos reunimos alrededor del entrenador, frente a la pizarra en la que había dibujado un gran rectángulo.

—Lo repito: así es como suelen colocarse. —Su voz tronó en el vestuario del equipo visitante mientras trazaba flechas para indicar los movimientos de nuestros adversarios—. Estos son sus delanteros. Se moverán muy rápido hacia nuestra zona en cuanto se hagan con la posesión del disco, así que espero un ataque muy agresivo desde el principio. Seguid el esquema en el que habéis trabajado, por favor. Pero antes de salir ahí fuera, vuestro capitán tiene algo que deciros.

El entrenador, con quien había charlado aquella misma mañana durante el desayuno, me pasó su rotulador. Con un suspiro, intenté liberar parte de la tensión. Luego me acerqué a la pizarra y observé a cada uno de mis compañeros.

—Anoche, antes de acostarme, volví a ver el partido de Yale contra Princeton y me fijé en un detalle que se me había escapado antes. Su línea de defensa es más débil cuando reciben un ataque a gran velocidad. —Señalé un punto de la pizarra y expliqué—: Sus extremos tienden a dejar espacios en las bandas, sobre todo cuando los defensas se incorporan al ataque. Si conseguimos movernos muy rápido y con determinación, podemos hacerles daño por los laterales.

—Pero ellos son muy fuertes en la zona ofensiva —replicó Ethan.

—Por eso nuestra defensa tiene que ser más sólida que nunca. —Marqué las posiciones de los defensas y seguí hablando—: Cuando perdamos el disco, quiero que volváis inmediatamente a la línea de defensa, y tenéis que hacerlo cubriendo las bandas y el centro. Aquí —tracé otro círculo— es donde debemos concentrarnos más. —

Levanté la vista hacia ellos y añadí—: No podemos dejar ni un solo espacio descubierto, tenemos que ser la jodida Muralla China.

Mis compañeros respondieron con murmullos de aprobación. Tapé el rotulador y se lo devolví al entrenador. Regresé junto al equipo e inspiré hondo.

Aquella sería la última temporada regular para muchos de nosotros y estábamos bajo presión. Además, sentía sobre mis hombros la responsabilidad de mantener la armonía del equipo. Si fracasaba, el entrenador, nuestra universidad y toda la ciudad no me lo perdonarían. Porque así funcionaban las cosas: si ganabas, ganaban todos. Pero si fracasabas, la culpa era solo tuya.

—Tenemos nuestros problemas, lo sé —dije—, pero si queremos llegar al torneo del Frozen Four —y queremos lograrlo—, «tenemos» que ganar este partido, y la única forma de conseguirlo es manteniéndonos unidos. Debemos comunicarnos, jugar en equipo. —Miré a Ethan, que se limitó a apretar los dientes. Pensé que nos tocaría dejar a un lado el resentimiento hasta que terminara el encuentro—. Hasta ahora no hemos perdido ni un solo partido fuera de casa, así que hagamos todo lo necesario para que hoy no sea la primera vez.

Extendí el brazo hacia el centro del grupo y cerré el puño mientras dedicaba una mirada de ánimo a mis compañeros. Uno tras otro, todos los chicos acercaron su puño al mío; luego se unieron Zac, Nate, Blake y, por último, Ethan, que, sin apartar sus ojos resueltos de los míos, dijo:

—Me niego a perder contra esos pardillos.

En un solo movimiento, todos nuestros nudillos chocaron.

Cuando salimos del vestuario visitante, los cánticos de los aficionados que llenaban el pabellón hacían vibrar las paredes del túnel que nos conduciría a la pista. Joder, no había nada más electrizante que el chute de adrenalina que nos arrolló. Una vez que llegamos a la entrada, los focos se atenuaron y el humo artificial se elevó para invadir toda la pista de hielo.

El pabellón estaba abarrotado de seguidores de los Bulldogs, que agitaban banderas y bufandas azules y blancas, mientras «Run this town» sonaba por encima del estruendo de las gradas. Sonreí orgulloso en cuanto distinguí una pancarta con la mascota de los Beavers, que ocupaba dos filas enteras. Jugar fuera de casa era una desventaja considerable, pero el apoyo de nuestros hinchas estaba incluso ahí, y sobre todo, en los desplazamientos más difíciles.

El locutor anunció por los altavoces al primer jugador de los Bulldogs y el entrenador Turner aprovechó la ocasión para acercarse y darnos las últimas instrucciones. Nos animó a que les pateáramos el culo a nuestros rivales, que evitáramos faltas innecesarias y que no lo avergonzáramos por nada en el mundo.

—Y recordad: tenéis que ir siempre al lugar donde estará el disco, no donde está en ese momento —concluyó con esa cita de Wayne Gretzky, el mejor jugador y entrenador de la NHL.

Cuando oí mi nombre, aferré el collar con mi número grabado, un regalo de Sierra, y presioné los labios contra la superficie, como hacía siempre antes de cada partido.

Los aplausos y los vítores de nuestros seguidores nos acompañaron mientras entrábamos en la pista uno tras otro. Dejé vagar la mirada entre las más de cinco mil personas que llenaban el

pabellón y me sentí más vivo que nunca. Era una sensación difícil de describir, se te subía a la cabeza y te hacía querer cada vez más.

No importaba si entre aquellos gritos también había pitidos, o si durante el partido corrías el riesgo de romperte los huesos más veces de las que habrías podido imaginar. No era sano que esas cosas te dieran placer, lo sabía, pero ningún jugador de *hockey* podía definirse como una persona cuerda al cien por cien.

Tanto nosotros como el equipo rival comenzamos a calentar dando unas vueltas alrededor de la pista. Los ojos se me fueron al reportero del periódico universitario, que ya estaba tomando notas sentado en primera fila. A su lado vi que había dos asientos vacíos y supuse que serían para Leila y Sam. Por un momento me pregunté por qué Leila no había llegado todavía. Luego pensé en cómo me hacía sentir su ausencia.

Ser consciente de que estaba allí por Ethan me cabreaba muchísimo.

Pero la idea de no verla en absoluto quizá me enervaba todavía más.

Aparté la mirada para tratar de alejar aquellos pensamientos, pero cuando volví a concentrarme en los ejercicios de calentamiento con los demás chicos, lo que vi en las gradas fue casi peor: mi padre estaba sentado en primera fila junto con un hombre vestido de traje y corbata al que no había visto nunca.

Fruncí el ceño, desconcertado. No tenía ni idea de que fuera a venir; saber que estaba allí presente, listo para criticar y juzgar cada uno de mis movimientos, me inquietó muchísimo.

Era una de las razones por las que hace años decidí que no quería que viniera a mis partidos o entrenamientos. Ya no era el chaval

ingenuo del principio, había comprendido que no venía para apoyarme, sino para juzgarme, y sus comentarios siempre me hacían sentir un inútil.

Hizo un gesto con la cabeza para saludarme y luego siguió hablando con el hombre que tenía al lado. Le devolví el saludo justo antes de que el silbato del árbitro sonara para convocar a ambos equipos. Para aquel partido le había pedido al entrenador que me enviara a mí al saque inicial.

Tenía una estrategia en mente, aunque no estaba seguro de que fuera a funcionar, pero debía hacer todo lo posible para que las cosas salieran como quería.

Después de situarnos en nuestras posiciones, el árbitro colocó el disco en el círculo central.

Me miró primero a mí, luego levantó la cabeza y lanzó un vistazo fugaz a Kyle Trent, el rival con el que me disputaría el *puck,* que me estudió con una expresión burlona.

—Buena suerte —me dijo—. Vas a necesitarla.

Yo tenía la espalda inclinada hacia delante, las piernas ligeramente flexionadas, el palo sujeto entre las manos enguantadas y las cuchillas de los patines bien clavadas en el hielo, listo para moverme en cuanto sonara el silbato del árbitro.

—La suerte es para los incapaces, Trent.

Soltó una risita y bajó la mirada hacia el disco, preparado para pelear igual que yo.

Había sacrificado demasiado como para dejar el resultado de nuestros partidos en manos de la suerte.

El *hockey* era todo lo que me mantenía en pie, lo único sobre lo que podía ejercer algún control. Estaba seguro de que, tarde o

temprano, todas las tardes agotadoras que había pasado en el gimnasio, los entrenamientos interminables sobre el hielo perfeccionando hasta el mínimo movimiento, las noches sin dormir por culpa de dolores atroces para estudiar nuevos esquemas de juego y estrategias y la distancia de las personas que quería valdrían la pena.

«Si quieres ser el mejor, tienes que estar dispuesto a sacrificar todo lo que tienes o alguien te robará tu lugar». Mi padre me había repetido esas palabras tantas veces desde que era niño que, al final, yo también había empezado a creerlo.

El silbato del árbitro rasgó el aire para dar inicio al partido. Nuestros palos se precipitaron hacia el disco, pero fui yo quien se hizo con la posesión gracias a un movimiento rápido y decidido.

¡Sí!

Taché mentalmente el primer punto de mi plan. Apreté el *stick* con más fuerza y salí como una flecha hacia el área rival. Los defensas de Yale intentaron frenarme, eran rápidos, pero yo estaba tan concentrado en el objetivo que conseguí desmarcarme enseguida.

Uno de los defensas volvió a la carga y se pegó a mí. De reojo vi que se trataba de un tal Rowen. Un tipo duro, famoso por dejarse llevar más por el instinto que por la razón.

Justo lo que necesitaba para llevar a cabo también el segundo punto de mi lista.

Me impulsé con las piernas para aumentar la velocidad, con la vista clavada en la portería, que estaba cada vez más cerca. Tenía a Rowen pegado al cogote: en aquel momento, la única manera que

tenía para impedirme marcar era cometer una falta, lo que nos llevaría al tercer punto de mi plan.

Me desplacé a la zona derecha de la pista mientras intentaba abrirme paso hacia el centro y, cuando me encontré a un paso de marcar, Rowen estiró el palo y enganchó la pala a la cuchilla de mis patines, lo que provocó una caída violenta sobre el hielo.

Me golpeé las rodillas bastante fuerte, pero sentí una satisfacción inmensa al ver que el árbitro levantaba el brazo y pitaba la falta.

Rowen acabó en el banquillo con una penalización de cinco minutos por juego peligroso, mientras que nuestro equipo se ganó un *power play* cuando tan solo llevábamos unos pocos minutos de partido.

Los aficionados de Yale no se lo tomaron nada bien, los jugadores rivales también protestaron y despotricaron contra nosotros y contra Rowen por haberse ganado la penalización.

Me puse en pie de un salto, pero Kyle Trent me empujó contra el plexiglás de la mampara y me presionó el pecho con el *stick.*

—¡Qué hijo de puta, lo has hecho adrede!

Me lo quité de encima con un empujón rudo y, por el rabillo del ojo, vi que mis compañeros llegaban para echarme una mano, mientras los Bulldogs intentaban calmar a su delantero.

—Sois una fuente de inspiración. —Mi pulla lo dejó sin palabras.

Sin duda, eran buenos, pero también hay que reconocer que jugaban sucio. Podían meterse por el culo esa falsa superioridad moral.

—Me parece que ahora la suerte os hace más falta a vosotros que a nosotros —lo provoqué de nuevo. La respuesta de Kyle fue una

especie de mueca de desprecio; estaba hecho un manojo de nervios y en la cara se le notaban las ganas de arrancarme la cabeza.

—Chúpame la polla, Rise.

Hice un gesto con la cabeza y miré por encima de su hombro antes de responder:

—Estoy seguro de que Adam lo sabe hacer mejor que yo.

Kyle tenía los ojos inyectados en sangre.

Unas semanas atrás, había corrido un rumor absurdo por un grupo de Telegram; al parecer los habían pillado a los dos follando en las duchas. En realidad, me daba igual, pero en aquel momento tan solo pensé en aprovechar aquel cotilleo a mi favor. Además, no estaría nada mal neutralizar a dos jugadores en cuestión de segundos.

El puñetazo de Kyle me golpeó en la barbilla antes de que pudiera evitarlo. El impacto fue tan fuerte que el casco salió despedido y el dolor irradió por toda mi cara. El segundo derechazo lo frenó a tiempo Blake, que se abalanzó sobre él por detrás y lo derribó.

Los jugadores de Yale atacaron a Blake y se le echaron encima. Los nuestros respondieron de la misma manera.

En un abrir y cerrar de ojos, se había desatado el infierno.

Volaron guantes, palos y cascos. Yo me convertí en objetivo de otro jugador al que no conocía. No me gustaba la violencia y nunca era el primero en lanzar un golpe, pero, si la situación lo requería, sabía defenderme.

El público estaba fuera de sí, no podía distinguir si protestaba contra nosotros o si estaba alentando la pelea.

El silbato del árbitro, tan agudo como para estar a punto de perforarme los tímpanos, restauró el orden entre los jugadores; de

forma gradual dejamos de pegarnos y nos separamos los unos de los otros. El árbitro se abrió paso a gritos. Ni siquiera hizo falta que lo dijera: por supuesto, la trifulca tenía que acabar.

Uno a uno, nos levantamos para ponernos en pie. Estaba jadeando, pero intenté recomponerme y volví a ponerme el casco. La cara me palpitaba de dolor y, cuando me limpié la boca con el guante, descubrí que el labio inferior me sangraba.

Vi que el entrenador Turner nos observaba desde la distancia con tanta rabia que tragué saliva con dificultad. Se sujetaba con fuerza a la barandilla de acceso al hielo y me di cuenta de que le temblaban los dedos.

«Mierda».

Nos había pedido que no lo pusiéramos en un aprieto y habíamos fracasado en ello.

A mi pesar, en ese momento no pude contenerme y eché un vistazo a las gradas. Vi a mi padre, sentado con la espalda tiesa como el palo de una escoba, el rostro tenso y los ojos clavados en mí con una indignación capaz de helarme la sangre. No era un hombre de muchas palabras; bastaba una mirada para saber lo que pensaba.

Pero no tenía tiempo para preocuparme por eso porque a mi espalda el árbitro ya estaba estudiando las consecuencias de nuestras acciones y recibiríamos sanciones.

No abrí la boca porque sabía que me lo había buscado. Me preparé para que me expulsaran por conducta violenta, soportar los gritos del entrenador durante lo que quedaba de temporada y los reproches de mi padre por haberlo humillado delante de toda aquella gente.

El árbitro se dirigió hacia Kyle y hacia mí. Nos examinó con una mirada que dio a entender que nos consideraba los únicos responsables de la pelea.

—¡Expulsión por conducta violenta! —gritó, pero lo hizo mirando solo a Kyle.

Un momento. Parpadeé.

¿Y yo?

—¿Qué? —protestó Kyle, secundado por sus compañeros de equipo—. ¡Me ha provocado!

—Después de que lo estamparas contra la mampara —intervino Blake.

Por la mirada que le lanzó Kyle, estaba claro que tenía ganas de hacerle lo mismo.

Otro largo pitido del árbitro nos hizo callar a todos.

—Tú has sido el primero en golpear. —El árbitro miró a Kyle—. Dos veces.

—Sí, porque él… —intentó decir, pero se detuvo y apretó los labios en una línea dura cuando otro silbatazo rasgó el aire. El delantero partió el *stick* en dos y nos mandó a la mierda al árbitro, a mí y a cualquiera que se atreviera a mirarlo. Salió de la pista mientras seguía despotricando.

Gracias a la superioridad numérica consecuencia de la expulsión de Kyle y a la penalización inicial de Rowen, logramos colocarnos tres tantos arriba al final del segundo tiempo, pero Yale había demostrado que era un equipo agresivo, y los ataques de sus jugadores, como habíamos previsto, no nos daban tregua.

A mitad del tercer periodo, como era de esperar, los Bulldogs empataron el partido y desataron la locura entre sus seguidores. La

presión empezaba a aplastarnos.

Estábamos cerca de la portería rival cuando Blake se deslizó por el lado derecho de la pista junto a Ethan, que, con un disparo con efecto, envió el *puck* hacia Nate en la zona de ataque; un rival interceptó el disco. Fui tras él, bajé para defender y luché por hacerme con la posesión. Con un movimiento rápido de muñeca, se lo pasé a Blake, que lo dirigió hacia la portería. Falló por un pelo.

—¡Joder! —Un grito cargado de frustración salió de mi boca y, sin querer, mis ojos fueron a parar a mi padre, que, por supuesto, me devolvió una mueca de desaprobación. Me di cuenta de que la persona sentada a su lado le susurraba algo al oído mientras me señalaba a mí y a la pista.

Suspiré, aparté la mirada e intenté mantener la concentración. El partido estaba llegando a su fin y no tenía tiempo que perder. Seguimos así, en ese duelo entre los Beavers y los Bulldogs marcado por cambios de línea, pocas penalizaciones y una tensión que aumentaba con cada segundo que pasaba.

Cuando faltaban pocos minutos para el final, nuestros adversarios nos regalaron una oportunidad de oro. Tenía en mente un tiro arriesgado, difícil porque me encontraba en nuestra zona defensiva y la portería rival estaba demasiado lejos. Eché un vistazo al marcador y decidí jugármela.

Aproveché la distracción de uno de sus defensas en la banda, una jugada que habíamos preparado en el vestuario, intercepté un pase y, desde la distancia, realicé un disparo largo y potente hacia la portería.

Con el corazón en un puño, observé el disco volar por el aire. Con aquel tiro, tal vez acababa de mandar a la mierda el partido o quizá

podría ser nuestra salvación.

Mis compañeros empezaron a gritarme, temían lo peor. Los rivales siguieron la trayectoria del *puck* con la tensión reflejada en los ojos, y entonces… *Boom.* Con un golpe seco, el disco se coló en la red justo en el preciso instante en que la sirena anunciaba el final del partido.

No tenía ni idea de qué coño acababa de hacer, pero, joder, ¡acabábamos de ganar a Yale!

La mayoría de los seguidores de los Bulldogs se lamentaron; vi que algunos se marchaban del pabellón con el rostro teñido de decepción y otros incluso me aplaudieron para reconocer el mérito de aquella jugada. Mis compañeros se quedaron pasmados durante unos segundos.

Ethan me observaba con los dientes apretados y una mirada cargada de desprecio.

Me pregunté por qué me tenía manía, pero enseguida me distraje con los gritos eufóricos de los pocos aficionados de nuestro equipo que habían acudido a ver el partido: gritaban mi nombre a pleno pulmón para reclamar mi atención.

La imagen del entrenador Turner saltando con los puños en alto fue lo último que vi antes de que mis compañeros se me echaran encima gritando con todas las fuerzas que les quedaban.

Tras romper el abrazo colectivo, saludamos a los aficionados. Poco a poco, las gradas empezaron a vaciarse. Cuando los técnicos apagaron los focos, patinamos hacia la salida con los cascos bajo el brazo. Nos dirigimos al vestuario, donde continuamos con una alborotada celebración.

—Esos capullos pensaban que iban a machacar al «equipito de pueblo», pero los hemos mandado a sus casas con el rabo entre las piernas —exultó Blake, que me dio una palmada en el hombro tan fuerte que me desplazó un par de pasos adelante. Volví con él, le rodeé el cuello con un brazo y respondí:

—Mucha Ivy League, pero nos los hemos comido con patatas.

Cuando nos calmamos un poco, cogí el teléfono para comprobar si tenía alguna llamada o mensaje de Sierra. Aunque no me sorprendió no encontrar ninguno, porque ya eran casi las nueve de la noche, tuve que reprimir una punzada de decepción. La echaba mucho de menos.

—Por un momento la cosa se ha puesto muy negra. —Nate se dejó caer en un banco, agotado.

Zac, nuestro portero mágico, se estaba quitando las protecciones y le respondió con la frase que el entrenador nos repetía siempre:

—Lo único que cuenta es el resultado.

Ethan pasó por nuestro lado sin decir nada; tenía los hombros tensos y el rostro ensombrecido con una expresión hostil. Con el ceño fruncido, se sentó para quitarse la equipación, sacó una toalla de su bolsa y luego se dirigió a las duchas.

Ni siquiera una victoria como aquella bastaba para que dejara de estar cabreado con todo el mundo durante un segundo. Vi que Nate lo observaba desaparecer en los baños y negaba con la cabeza; parecía tan resignado como yo.

—¿Se puede saber por qué cojones nadie ha puesto todavía nuestro himno? —se quejó Sebastian, el segundo portero, desde el medio del vestuario con las cejas arqueadas y los brazos abiertos—.

Tenemos que celebrarlo, capitán. Ya sabes lo que toca hacer. —Me guiñó un ojo y yo respondí con una enorme sonrisa.

Puse a todo volumen «Gimme! Gimme! Gimme! (A Man After Midnight)» de ABBA en mi móvil. Aquella canción se había convertido en una especie de ritual para las victorias que conseguíamos fuera de casa, una forma de compensar la ausencia del calor de nuestros aficionados de Corvallis.

Cada jugador cantó una estrofa. Yo aproveché el momento para quitarme la equipación imitando un estriptis. Cuando llegó mi turno, los chicos me señalaron a la espera de que comenzara el espectáculo.

Cogí la primera cantimplora que encontré y la utilicé como micrófono. Por encima de la voz de Agnetha Fältskog, canté:

—«There's not a soul out there…» —Me subí a un banco vacío y la destapé—. «No one to hear my praaayer…».

Cuando llegó el estribillo, todas nuestras voces estallaron dentro del vestuario mientras yo me echaba el agua por encima. Luego me dediqué a mojar a mis compañeros con las demás cantimploras que encontré mientras ellos realizaban una torpe coreografía con pasos descoordinados.

Antes de que la canción llegara a su fin, Nate cogió su móvil y grabó unos segundos del caos que estábamos montando para subirlo a las redes con el *hashtag* #ByeBulldogs.

No me cabía ninguna duda de que, si algún jugador de Yale veía aquel vídeo, intentaría partirnos las rodillas *ipso facto,* pero estábamos demasiado revolucionados como para comportarnos como personas maduras.

Después de darnos una ducha, nos pusimos la ropa elegante que estábamos obligados a llevar en los desplazamientos. Blake odiaba ir con chaqueta y corbata. A mí, en cambio, no me desagradaba aquel aspecto más formal. En realidad, pensaba que me quedaba la mar de bien.

El autobús que tenía que llevarnos de vuelta al hotel ya nos esperaba a la salida del pabellón, no muy lejos del campus de Yale. Antes de subir, sin embargo, distinguí a mi padre entre la multitud de amigos y familiares que se agolpaba en la salida. Vi que estaba rodeado por un par de periodistas deportivos con los micrófonos apuntados hacia él mientras respondía a sus preguntas con su típica seguridad arrogante, como si el partido lo hubiera ganado él.

No pude evitar entristecerme. A mi alrededor, los padres y los familiares de los jugadores de Yale, a pesar de la derrota, los abrazaban y los animaban con unas sonrisas llenas de un orgullo que yo jamás había visto en el semblante de mi padre.

Pensé que aquella noche ellos habían perdido, pero poseían algo que ningún trofeo podría darme jamás.

Hubo una época en la que veneraba hasta el suelo que pisaba Callum; me habría arrancado el corazón del pecho con tal de que me mirara con tanto orgullo y amor. Pero luego empecé a ver al hombre que era realmente: alguien sediento de dinero y poder a quien se le daba muy bien mostrar una fachada de perfección, pero que era incapaz de amar y, en el fondo, era un corrupto.

Cuando los periodistas se marcharon y se percató de mi presencia, se recolocó la bufanda alrededor del cuello y caminó en mi dirección. Apreté la bolsa de *hockey* que llevaba colgada al

hombro e inspiré hondo mientras mis compañeros empezaban a subir al autobús, junto con el entrenador Turner.

—Hijo. —Forzó una sonrisa que no llegó a sus ojos y que no le devolví. Era un maestro fingiendo complicidad entre padre e hijo cuando sabía que la gente o la prensa nos prestaba atención.

Por mi parte, no soportaba que ahora se mostrara agradable conmigo solo porque había ganado.

—¿A qué debo el honor de contar con la presencia del senador esta noche? —Ni siquiera hice un esfuerzo por sonar entusiasmado. Hacía años que nuestras conversaciones habían adquirido un matiz impersonal.

—He venido a ver jugar a mi hijo en un partido importante fuera de casa, ¿acaso es un crimen?

—¿Y para hacerlo has tenido que traerte a uno de tus lacayos? —Eché un vistazo por encima de su hombro, hacia el hombre que lo esperaba frente a un coche negro, el mismo con quien lo había visto cuchichear durante el partido.

—Bueno, no puedo desentenderme de mi trabajo —explicó con un gesto distraído de la mano.

«Como siempre», pensé. No se lo dije porque no me apetecía mantener aquella conversación con él. En realidad, no quería tener ninguna conversación con él.

—Muy bien, ¿y ahora ha llegado el momento en que me felicitas o vas a hacer una lista detallada de todos los errores que he cometido durante el partido?

Él se irguió y tensó la mandíbula.

—Las críticas son lo que te permite mejorar, hijo. —Su tono distaba mucho de ser afectuoso o alentador—. En el segundo

periodo, por ejemplo, te has encerrado demasiado y no has podido marcar ni un solo gol.

Suspiré profundamente. Era el momento de los reproches.

—Por no hablar de la pelea. —Hizo una pausa, como si quisiera medir mi reacción—. Has montado una trifulca innecesaria y con ello has corrido el riesgo de perjudicar a todo el equipo. Un capitán jamás debería permitir que pasen ese tipo de cosas, mucho menos provocarlas.

Cuanto más lo escuchaba, más ganas tenía de marcharme y dejarlo allí solo con sus tonterías.

Era consciente de todos los errores que había cometido, pero, joder, también había hecho unas jugadas increíbles y gracias a mi astucia habíamos ganado. Sin embargo, para él era más importante destacar mis errores.

Siempre había sido así: ignoraba mis méritos o, en el mejor de los casos, les restaba importancia.

Negué con la cabeza y reprimí una risita amarga.

—Gracias, papá. Me alegro de contar con tu apoyo.

—Oh, vamos, no se llega a la NHL a base de estúpidos halagos y zalamerías.

Por más que la rabia me consumiera por dentro, evité responder. Cuando oí que el motor del autobús a mi espalda se ponía en marcha y los chicos me llamaron para que subiera, me despedí de él con un gesto desganado de cabeza y me dispuse a marcharme. En ese momento, mi padre me agarró del brazo.

—Espera un momento.

—¿Qué más quieres?

—He visto que no has confirmado tu asistencia a la boda. Quedan menos de dos meses. Te pedí que fueras mi padrino, así que necesito una respuesta.

—¿Acaso tengo elección?

Mi padre arqueó las cejas; tenía el rostro desencajado.

—¿Por qué? ¿Rechazarías la propuesta?

En ese momento fui yo quien alzó las cejas.

—¿Te sorprende?

A juzgar por su expresión, la respuesta era un «sí».

—Escúchame bien. —Se pasó una mano por los labios con un gesto nervioso, como si intentara encontrar las palabras adecuadas —. Ese día toda la atención mediática estará puesta sobre nosotros. Así que no importa si preferirías quemarte a lo bonzo antes que hacer de padrino: tú estarás allí, a mi lado. Harás todo lo que te pida con una sonrisa estampada en la cara y fingirás que eres la persona más feliz del mundo al ver que tu padre se casa. ¿Te ha quedado claro?

Me señaló con el dedo y el asco que sentí al oírlo hablar de esa forma me llevó a prometerme que ardería en llamas antes que convertirme en alguien como él.

—No es un favor que me haces a mí —continuó en voz baja—. Esta boda tendrá un gran impacto en mi imagen pública y repercutirá en mi campaña electoral. Eso significa que, si las cosas salen como digo, ganaré votos, confianza y alianzas. Es una gran oportunidad no solo para mi carrera, sino también para tu futuro en el *hockey,* para el de tu madre cuando le den el alta y, sobre todo, para el de tu hermana.

La sangre me hirvió cuando oí cómo se aprovechaba de ellas dos. Nos quedamos mirándonos en silencio durante un larguísimo momento mientras intentaba reprimir las ganas de arrancarle la cabeza y utilizarla como disco en un partido de *hockey.*

—Iré a la boda y seré tu padrino —afirmé entre dientes—. Pero no pienses ni por un segundo que me trago las tonterías que dices. No lo haces por mí, ni por mamá ni por Sierra. Lo haces por ti mismo, porque eres un cabrón egoísta.

No le di la oportunidad de responder: me di la vuelta y subí al autobús para marcharme lejos de él.

Capítulo 25



Vince

El breve trayecto en autobús estuvo amenizado por cánticos y comentarios jocosos y, cuando regresamos al hotel, los chicos seguían eufóricos por la victoria. Antes de dirigirnos a nuestras habitaciones, Blake propuso que nos tomáramos algo en el bar del vestíbulo; todos estuvimos de acuerdo. Incluso el entrenador Turner hizo una excepción y nos permitió celebrar la victoria, si bien nos hizo prometer que no íbamos a beber en exceso. Me uní a mis compañeros, pero tenía la cabeza en otra parte desde que nos habíamos marchado de la pista de hielo.

A pesar de que la conversación con mi padre me había aniquilado por completo el entusiasmo, estaba decidido a que no se notara. No quería estropearle la noche a nadie; los chicos se merecían celebrarlo.

—¿Sabéis? Echaba de menos un poco de competición de verdad. —Zac se acomodó en uno de los sofás dispuestos en forma de herradura en un rincón tranquilo de la sala—. Esa excitación que te empuja a dejarte la piel y dar el máximo para marcar un mísero gol o detener cualquier bólido.

—Esa excitación de la que hablas también se conoce como «miedo a que te den por culo». —Blake levantó su Bud Light, dio varios tragos y volvió a dejarla sobre la mesa situada entre los sofás antes de hincar el diente en el bocadillo que había pedido.

—Llámala como quieras, pero cuando ganamos a Connecticut fue demasiado fácil; no me divertí. ¿Entiendes a qué me refiero?

—¿Hoy te has divertido? —le pregunté.

—¡Joder, sí! ¿Por qué, tú no?

Asentí con una sonrisa enorme.

—No veas si me he divertido. —Comprendía a la perfección su punto de vista. Cuanto más difícil era un partido, más excitante resultaba el juego. No estaba muy de acuerdo con que los Huskies hubieran sido fáciles de vencer, pero, respecto a los Bulldogs de Yale, no había ni punto de comparación.

Ethan emitió un sonoro bufido cargado de desprecio mientras se llevaba la botella a la boca y clavaba sus ojos afilados en mí.

—Yo también me habría divertido en tu lugar.

Arqueé una ceja.

—¿Qué insinúas?

Con una sonrisa burlona, negó con la cabeza y respondió:

—Déjalo, no arruinemos la noche.

—Tú preocupado por hacer lo correcto —se mofó Blake—. Eso sí que es una novedad.

La acusación de Blake le hizo tensar los hombros. Luego, Ethan dejó su cerveza sobre la mesa con tanta brusquedad que Nate exclamó:

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—La actitud de nuestro *capitán* me ha parecido extraña, solo eso. —El tono cortante con el que pronunció aquella palabra me hizo intuir por dónde iban los tiros—. O sea, primero nos llena la cabeza con estupideces sobre la importancia de la cohesión, del juego en equipo y bla, bla, bla, pero, en cuanto se le presenta la oportunidad de marcar el gol decisivo, no duda ni un puto segundo en dejarnos de lado en uno de los partidos más importantes de toda la temporada para llevarse el mérito de una victoria que, a partir de ahora, solo se asociará a él.

Fruncí el ceño y me incorporé; no podía ni quería creer lo que estaba oyendo.

—¿En serio me estás acusando de ser tan egoísta? —troné. Podía aceptar cualquier comentario por su parte, pero no que dijera que había aprovechado una jugada para lucirme a costa de mis compañeros—. El tiempo se estaba acabando; tenía el *puck* y solo he pensado en marcar. Si le hubiera dado demasiadas vueltas, lo más probable es que ahora no estuviéramos celebrando la victoria.

—Podíamos haber marcado siguiendo una de las jugadas que hemos entrenado día y noche durante las últimas semanas, pero la idea ni siquiera se te ha pasado por la cabeza. —Ethan observó a los demás chicos, pero tenían la mirada clavada en el suelo de mármol del hotel. Después bufó de nuevo—. No soy el único que lo piensa; simplemente, soy el único que se atreve a decirlo en voz alta.

Yo también observé a mis compañeros, atónito, pero ellos, en lugar de corregirlo, se limitaron a permanecer en silencio.

Fue como recibir veinte puñaladas por la espalda.

—¿Me estáis tomando el pelo? —Me puse en pie, decepcionado.

—Tío, venga, siéntate —dijo Nate, que también se levantó—. Nadie tiene nada contra ti, en serio. Sabemos que has salvado el partido y te lo agradecemos. Ese gol ha sido algo…

—Inesperado —añadió el segundo portero—. Nada más.

Ethan sonrió con desprecio.

—¿Ahora se llama así? ¿Inesperado?

—Cierra la puta boca —le gritó Nate—. Últimamente parece que tu pasatiempo favorito sea meter cizaña en el equipo.

Ethan lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada más. Se limitó a negar con la cabeza y volvió a dar un trago a su cerveza.

Nate intentó darme un tirón del brazo para que me sentara, pero me zafé de su agarre. Ya no tenía ganas de estar con ellos.

—Me voy a dormir, estoy cansado.

Advertí decepción en los ojos de Blake y del resto de mis compañeros, excepto en los de Ethan, por supuesto, pero no bastó para detenerme.

Me dolía saber que me veían como un capitán egoísta. Había sido una jugada arriesgada, era cierto, pero a veces en el deporte hay que correr riesgos. Saber aprovechar las oportunidades. Actuar siguiendo el instinto. Sorprender al contrincante.

Y, a diferencia de lo que creían, no me importaba una mierda la gloria personal. Lo había hecho porque sabía lo importante que era para «todos nosotros» ganar a Yale.

Me dirigí al ascensor que ya se encontraba en la planta baja. Me sentí aliviado al ver que estaba vacío. Pulsé el botón de la séptima planta, apoyé la cabeza contra la pared de espejo que tenía a la espalda y cerré los ojos.

Hacía una hora era la persona más feliz del mundo; ahora me sentía como si un camión me hubiera pasado por encima repetidamente. Me bajé la cremallera de la chaqueta y me desabroché dos botones de la camisa. Hacía calor en la cabina y estaba nervioso.

El ascensor subió dos pisos antes de detenerse porque alguien lo había llamado. Levanté la cabeza justo cuando las puertas se abrieron; lo que vi me dejó sin aliento.

Leila. Sujetaba una bolsa de comida para llevar.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, dejó de mascar el chicle y abrió sus grandes ojos verde agua de par en par.

Tenía el pelo recogido en una coleta algo despeinada. Vestía su cazadora de cuero, unos vaqueros y unas botas militares.

Siempre me había gustado el contraste entre un estilo punk ligero y la delicadeza de sus facciones. No quería llamar la atención, nunca, pero era imposible no fijarse en ella.

Mientras permanecía inmóvil ante las puertas abiertas del ascensor durante una décima de segundo, vi que sus ojos descendían hasta mi labio partido. Entonces, apartó la mirada y volvió a mascar el chicle. Entró, pulsó el botón que la llevaría hasta la última planta y me dio la espalda.

El ascensor subió de nuevo. Ninguno de los dos dijo una palabra. En la cabina se instauró un silencio pesadísimo; era como si los dos hubiéramos dejado incluso de respirar.

—¿Has ido a buscar algo de comer? —Fue la primera pregunta que se me ocurrió; solo quería rebajar la tensión del momento.

Leila se limitó a asentir y me ofreció una de esas sonrisas que se dedican a los desconocidos por pura educación.

Porque volvíamos a ser dos perfectos desconocidos.

El silencio se instauró de nuevo entre nosotros. Estaba tenso. De repente, tenía la sensación de que me faltaba el aire. Me aclaré la garganta.

—Blink-182, fantástica elección —dije mientras observaba el parche que llevaba cosido en la chaqueta. Sabía que era uno de sus grupos favoritos y necesitaba un pretexto para mantener viva la conversación.

Pero lo único que recibí fue, una vez más, aquella maldita media sonrisa cuando se giró en mi dirección. Luego volvió a mirar al frente.

Había decidido mostrarse fría conmigo y no podía culparla por ello. La última vez que nos habíamos visto, Leila nos había oído a Blake y a mí comentando que su presencia en la cabaña de los abuelos de Nate se había convertido en un problema, sobre todo después de que la noche anterior hubiera estado a punto de acabar en la cama con ella, a pocos metros de la habitación de su novio.

Miré la flecha roja del ascensor que señalaba hacia arriba: todavía faltaban cuatro plantas para llegar a la mía. Algo se activó dentro de mí. Había sido una noche de mierda y, aun así, me había bastado tenerla cerca —durante cuánto, ¿cinco o seis segundos?— para sentirme mejor.

No quería que aquella sensación se evaporase. Quería tenerla cerca de mí, y también que me hablara. Pero me quedaba muy poco tiempo para conseguir romper el hielo de verdad.

—Solo para que lo sepas, tu novio está en el bar del vestíbulo —la provoqué. Creí que así sería más fácil obtener una reacción por su parte.

Me miró de reojo y yo incliné la cabeza a un lado.

—Ya lo sé, hemos quedado en la azotea para celebrar la victoria. —Levantó la bolsa de comida para llevar y me la mostró—. Subirá dentro de nada.

Al oír aquellas palabras, apreté los dientes y cerré los puños a ambos lados del cuerpo.

Iban a celebrar la maldita victoria juntos.

En la azotea del hotel.

Ellos dos solos.

Esa idea desató una llamarada en mi pecho, junto con una absurda necesidad de reclamar algo que ni siquiera era mío. Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no decir ni cometer ninguna estupidez.

Seguimos subiendo, ahora solo faltaban tres plantas. Tenía que olvidarme cuanto antes de aquellos ridículos celos y aprovechar el poco tiempo que me quedaba.

En un gesto impulsivo, di un paso hacia ella.

Una oleada de su perfume me arrolló y se me encogió el estómago. Hypnotic Poison de Dior, el único que usaba desde que la había conocido: una fragancia que hizo aflorar los recuerdos de la noche en la que acabamos rodando por su cama y yo apoyé las manos a ambos lados de su cabeza mientras mi excitación presionaba contra su vientre. De cuando sus labios se acercaron a los míos y mis manos descendieron por sus muslos. Estuve a punto, por fin, de poder hacerle todo lo que llevaba años fantaseando, pero en aquel momento cometí el error de clavar la mirada en la suya, en aquellos estanques verdes y profundos, y la imagen de su hermano

se materializó en mi mente. Volver a pensar en él bastó para apagar cualquier pulsión que sintiera en aquel instante.

—Vas a celebrar la victoria de un partido que ni siquiera has visto. —La voz me salió más ronca de lo que pretendía; pensé que debía de parecer un pervertido o alguien desesperado. En realidad, estaba del todo desesperado.

—No era importante —se limitó a responder ella.

Arqueé las cejas.

—¿No te parece importante apoyar a tu novio cuando se enfrenta a uno de los mejores equipos del campeonato?

Si hubiera sido mi novia, habría querido verla sentada en primera fila y animándome vestida con la camiseta con mi dorsal.

Leila se giró por completo hacia mí. Vi destellar algo en sus ojos, pero no sabría decir qué era.

—Pensé que era mejor evitarlo. No quería…

—¿Crear problemas?

Asintió lentamente.

—A nadie.

Levanté la vista hacia la pantalla del ascensor: todavía quedaban dos pisos.

Pensé rápidamente en algo más que decir. Quería pasar más segundos, o minutos si fuera posible, en aquel ascensor ella y yo solos, antes de que se fuera con Ethan a hacer vete a saber qué. Pero estaba demasiado confundido y permanecí en silencio.

Un solo piso.

«Mierda».

El instinto tomó el control; extendí la mano hacia el panel de los botones y pulsé el rojo antes de que llegáramos a la séptima planta.

El ascensor se detuvo de golpe y la pequeña sacudida que se produjo en ese momento hizo que nos tambaleáramos.

Sin esperárselo, Leila perdió el equilibrio y la bolsa de comida se le escapó de la mano. Le rodeé la cintura con firmeza; no sabía si lo había hecho para evitar que se cayera al suelo o si solo necesitaba tenerla cerca.

Su cuerpo se tensó bajo mis dedos y Leila alzó los ojos hacia mí, desconcertada. Entreabrió los labios con un pequeño jadeo. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar la mirada de su boca.

—¿Estás bien? —pregunté; intenté sonar lo más neutro posible.

Asintió y se zafó de mi agarre.

—¿Qué haces?

Pues sí, buena pregunta.

«¿Qué coño estaba haciendo?».

—Yo, nada, es que… —Parpadeé un par de veces mientras trataba de formar una frase sensata, pero lo que acababa de hacer no tenía nada de sensato—. No hemos vuelto a hablar desde la noche en la cabaña.

Me di cuenta de que, de nuevo, la había pillado a contrapié, porque Leila parpadeó un par de veces antes de disimular la sorpresa con un encogimiento de hombros.

—No hay mucho que decir —respondió.

Fruncí el ceño.

—¿Ah, no?

Se colocó tras la oreja algunos mechones de pelo que se habían escapado de la coleta y retrocedió un poco.

—No pasó nada.

—Estoy bastante seguro de que lo que hicimos no puede definirse como «nada» —repliqué mientras me rascaba la nuca.

Leila suspiró. No sabía si no quería hablar de ello porque se ponía nerviosa o porque en realidad consideraba que lo que había ocurrido entre nosotros había sido insignificante.

—Fumamos un poco y estuvimos a punto de ir más allá. Pero no pasó; no tienes nada por lo que preocuparte. A no ser que sientas la necesidad de hablar con todas las chicas con las que estás a punto de acabar en la cama.

Mi expresión se ensombreció todavía más.

—No, pero, Ley…

—¿Lo ves? —me interrumpió, resuelta; no me dio la ocasión de decirle que, para mí, ella no era como las demás—. Créeme, no tiene sentido seguir hablando del tema.

Algo en sus palabras, en el modo en que las había pronunciado, me irritó especialmente.

Yo también di un paso atrás y me pasé una mano por la cara mientras me preguntaba por qué coño había empezado aquella conversación. Volví a mirarla, pero fue inútil. Era un libro cerrado, casi tanto como su hermano. Eso no jugaba a mi favor. Odiaba no saber qué se le pasaba por la cabeza, no saber cómo comportarme con ella.

—¿De verdad prefieres fingir que no pasó nada? —probé de nuevo. Entrecerré los ojos para estudiarla con atención.

Ella asintió. Extendió el brazo para volver a poner en marcha el ascensor, pero se lo impedí.

—No te creo.

Leila reprimió una carcajada sarcástica. Me puso una mano en el hombro y me dio unas palmaditas amistosas.

—Es tu ego el que habla, ya se te pasará.

¿Creía que ese era el problema? A la mierda, sabía encajar un rechazo y, desde luego, no necesitaba creer que todas las chicas con las que me acostaba se enamoraban de mí para sentirme más hombre. No se trataba de ego ni de orgullo. Se trataba de nosotros dos. No podía creer que lo que había pasado entre nosotros no tuviera ninguna importancia para ella.

La conocía; no era una chica que se dejara llevar con facilidad. Aquella noche, sin embargo, si no me hubiera echado atrás, ella lo habría hecho. Encima con su novio a pocos metros de nosotros. ¿Y ahora quería hacerme creer que estaba todo bien?

Decidido a conseguir la verdad, me acerqué y volví a apoyarle una mano en la cintura. Ante mi contacto, vi que tragaba saliva y exhalaba un suspiro tembloroso.

Aquella reacción bastó para confirmarme que mentía.

No era un idiota; sabía muy bien cuál era la causa de su actitud distante. Cualquier hombre se habría arrancado un brazo con tal de tenerla en su cama, mientras que yo había tenido la oportunidad y la había rechazado.

Dos veces.

Leila podía ser incluso más testaruda y orgullosa que yo. Ya era mucho que no me hubiera dado una buena bofetada. En especial, porque los motivos de mi rechazo no habían cambiado. Solo que… Dios mío, ni siquiera sabía qué quería de ella en aquel momento, ni por qué no dejaba de tocarla. Lo único que sabía era que no podía parar.

—Lamento lo que oíste en el pasillo la mañana en que os marchasteis. —Si quería tener una conversación constructiva, primero necesitaba disculparme—. Nadie, ni yo ni mucho menos Blake, quería echarte; solo intentábamos evitar que la situación empeorara.

—Lo sé. —Lo decía con sinceridad y me sentí aliviado al ver que no me había malinterpretado.

—Respecto a lo que pasó entre nosotros dos… —continué hablando.

—Vince —volvió a interrumpirme. Desde luego, no quería escucharme.

—Me gustó, Ley. —Le acaricié la cadera. Sus ojos saltaron hasta los míos, inseguros, casi hasta sorprendidos—. Me gustó cada segundo. Pero…

—Le debes lealtad a mi hermano —concluyó en mi lugar con un deje de frustración en la voz.

—No es solo eso. Dentro de unos meses me graduaré y me marcharé para siempre de Corvallis. Tengo que pensar en el *hockey,* en mi hermana y en mi madre.

Y luego estaba Ethan, aunque, la verdad, había algo en toda aquella historia que no me cuadraba. Leila era una persona fiel y detestaba a los que ponían los cuernos; aun así, aquella noche se dejó llevar. Íbamos un poco colocados, es cierto, pero sabíamos lo que estábamos haciendo.

—¿Habría valido la pena? —Llevé dos dedos a su barbilla para invitarla a levantar la cabeza—. ¿Mandarlo todo al traste para pasar una noche juntos? ¿Y luego qué? Ya me conoces, en mi vida no hay espacio para una mujer.

A mis palabras les siguió un silencio denso y pesado. Vi a Leila afligida y una oleada de culpa me golpeó de lleno.

Sin embargo, al cabo de un segundo me di cuenta de que no estaba tan dolida como había temido. Solo parecía concentrada, como si estuviera pensando en algo extremadamente complejo. La forma en que se mordió el labio, sin su habitual carmín bermellón, tuvo el poder de revolucionarme el estómago.

Cuando alzó el rostro hacia mí, distinguí una chispa de determinación en sus ojos. Leila se inclinó hacia delante y se puso de puntillas. Levantó una mano y me acarició la mandíbula con su pulgar vacilante.

—No quiero espacio en tu vida —murmuró en voz baja, tan baja que por un momento pensé que me lo había imaginado—. Lo que quiero es un momento. —Se acercó a mi boca hasta rozarla. En un acto reflejo, apreté la mano sobre su cintura y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo hasta la ingle—. Solo un momento —susurró, clavando sus ojos en los míos—. En este ascensor. Tú y yo. —El aroma del chicle de menta me embriagó—. Y después nada más, nunca más.

Lo que sucedió a continuación fue del todo inesperado.

Leila deslizó la mano entre mi pelo y presionó los labios contra los míos. Estaba tan desconcertado que ni siquiera fui capaz de devolverle el beso.

Me limité a parpadear, con el ceño fruncido. No estaba desconcertado por el beso, mejor dicho, no solo por eso. Me desconcertó el calor que me estalló en el pecho ante el contacto con su boca. Suave, carnosa, irresistible.

Había besado a muchas chicas en mi vida y siempre me había gustado, pero con ella no era solo bonito, era… joder, era como si me hubiera arrollado un tren de mercancías.

Al ver que no reaccionaba, Leila hizo ademán de apartarse, pero la agarré por la cintura antes de que fuera demasiado tarde y la atraje hacia mí. Con la lengua entreabrí sus labios y la deslicé en su interior.

El sabor a menta se abrió paso en mi boca y el pequeño gemido que vibró en su garganta me cortocircuitó el cerebro para reducir a cenizas cualquier pensamiento racional. El labio herido me ardía como el infierno, pero me dio igual: aquel beso merecía cualquier tipo de sufrimiento.

La empujé contra la pared del ascensor, que seguía bloqueado, y la besé con más ímpetu. Más fuerte. Apoyé el antebrazo sobre su cabeza y llevé la otra mano a sus nalgas. En ese momento me habría esperado una cierta resistencia mientras la estrechaba contra mi pelvis para dejarle sentir lo mucho que me gustaba tener su lengua en mi boca y su culo entre mis dedos. Leila reaccionó arañándome la nuca con las uñas antes de hundir los dientes en mi labio herido.

La punzada de dolor se vio reemplazada enseguida por una oleada de excitación. Se me puso todavía más dura.

Me incliné para lamerle el cuello, justo debajo de la oreja, y sentí sus latidos frenéticos bajo la yugular. Le recorrí aquella zona sensible con la lengua y la rocé con los dientes. Leila jadeó. Atrajo mi rostro hacia el suyo y volvió a besarme. Nuestras lenguas se entrelazaron, nuestros dientes chocaron. Había perdido el control. No podía parar. No «quería» parar. Y eso era un problema.

Dejé de agarrarle el culo y llevé la mano, ávida, hasta su pecho. Fue entonces cuando Leila se apartó de mí y puso fin al beso.

Retrocedí tambaleándome como si hubiera bebido. Me sentía ebrio. Ebrio de ella.

Dejé escapar el aire que se me había quedado atrapado en la garganta. En un momento de confusión total, me pregunté qué diantres acababa de pasar.

Cómo era posible que hubiera pasado.

Ella se tocó los labios, hinchados y húmedos. Tenía las pupilas dilatadas, las mejillas sonrojadas y una expresión incrédula pero muy *sexy* estampada en el rostro.

Nuestras respiraciones jadeantes resonaban en la sofocante cabina del ascensor. Estábamos trastornados. Pero, a diferencia de mí, Leila tuvo el valor de hablar.

—Tenías razón. —La voz le temblaba mientras intentaba recuperar el control. Recogió la bolsa de comida para llevar que iba a compartir con Ethan, pulsó el botón para que el ascensor volviera a ponerse en marcha y añadió—: No habría valido la pena.

Me quedé mirándola sin decir nada; estaba demasiado descolocado para responder.

Leila no dijo nada más. Ni siquiera me miró.

Se refugió en una esquina y volvió a erigir entre nosotros aquella barrera de hielo que me cerró el estómago.

Cuando el ascensor se abrió en mi planta, tras un momento de desconcierto no tuve más remedio que salir. Me moví confuso, casi por inercia, con la cabeza hecha un lío.

Una vez fuera, me volví para establecer un último contacto visual con ella, algo que me permitiera intuir en qué estaba pensando,

pero vi que tenía los ojos clavados en el suelo y el ceño fruncido.

Un atisbo de arrepentimiento emanaba del modo en que se mordía el labio. A continuación, las puertas se cerraron y la decepción me golpeó con una fuerza inaudita.

Se arrepentía de haberme besado.

Capítulo 26



Leila

—Bueno, ¿vas a decirme por qué estás aquí? —Ethan y yo estábamos sentados en el muro con las piernas colgando en el vacío. Acababa de empezar el mes de febrero y el aire nocturno era cortante; por suerte, la azotea del hotel contaba con algunas estufas de exterior repartidas aquí y allá.

—Ya te lo he dicho, tenía hambre. —Hincó el diente en la hamburguesa con la mirada puesta en el perfil de la ciudad. La bolsa de comida que me había obligado a llevarle estaba situada entre nosotros. Desde el primer momento supe que no había sido idea de Ethan que me subieran la cena en una bandeja cuando estuvimos en la cabaña de los abuelos de Nate, porque, además, había oído a Vince hablando con él al otro lado de la puerta, pero aun así había decidido hacerle caso y devolverle el favor; por ese motivo, esta noche había ido a buscar algo de comida con la esperanza de que, si prodigaba un poco de amabilidad, los siguientes «ochenta» días resultaran menos complicados.

—Podías haber cenado con tus amigos —objeté.

—No tengo amigos. —Lo dijo con tranquilidad, sin ningún rastro de tristeza o arrepentimiento en la voz.

Lo miré inclinando la cabeza.

—Es lo que tiene ser un capullo hasta con las piedras.

Me fulminó con la mirada y se metió en la boca un puñado de aros de cebolla.

—No necesito amigos. Si alguien cree que tenerlos te mejora la vida, te garantizo que es un iluso.

—¿Ah, sí?

—Sí, nadie se queda el tiempo suficiente como para que merezca la pena. —Volvió a contemplar el horizonte de New Haven—. El tiempo y las circunstancias separan a todo el mundo; es inevitable: al final, solo quedas tú.

Me habría gustado contradecir ese argumento tan solo para llevarle la contraria, pero por primera vez me di cuenta de que estaba de acuerdo con él.

Tenía razón.

Al menos en mi caso las cosas habían sido así: cada vez que creía que había encontrado a alguien con quien podía contar, esa persona se había ido, me había traicionado o me había dado la espalda. Daba igual cuánto me hubiera esforzado por cuidar la relación o cuántas cosas hubiéramos compartido; nadie se había quedado a mi lado cuando lo había necesitado.

Con el tiempo, al crecer, había aprendido a no esperar nada de nadie. Por eso seguía sorprendida por el vínculo que había creado con Sam.

—¿Esa es la razón de que tengas tan mal genio con todos? —pregunté, con curiosidad—. ¿Alguien importante para ti se marchó

de tu vida?

—No te he pedido que vinieras para hacerme de psicóloga —respondió con brusquedad. En ese momento supe que me había equivocado de lleno al pensar que podría mantener una conversación amistosa con Ethan—. Puedes irte, ahora —sentenció y siguió comiéndose la hamburguesa.

Por supuesto, ya podía irme. Le había llevado la cena, había cumplido con mi parte fingiendo que era una novia presente, pero la verdad era que… no quería marcharme.

Después de lo que había pasado con Vince en el ascensor, estar sentada con las piernas colgando en la azotea era un alivio.

Allí fuera, lejos de todo y con el aire frío de la noche acariciándome el rostro, tuve la sensación de que volvía a respirar. Había dejado de hacerlo en el instante en que me había encontrado a Vince delante, con toda su espectacular belleza, con el pelo rubio oscuro que resaltaba todavía más el azul de sus ojos. Los pantalones elegantes le ceñían las piernas como un guante, mientras que la camisa blanca se ajustaba a sus hombros anchos y musculados. El corazón había empezado a latirme muy fuerte, pero había conseguido aparentar indiferencia. Al menos hasta que decidió arruinar toda mi farsa eliminando la distancia que nos separaba. Su cercanía me había vuelto vulnerable y sus manos sobre mí me habían llevado a perder el control. Cuando después había admitido que seguía pensando en aquella noche en la cabaña, en lo mucho que le había gustado sentirme bajo su cuerpo, todas mis defensas se habían derrumbado.

Había pasado los últimos días intentando olvidar cada instante de lo sucedido en la cabaña, convencida de que Vince no había sentido

las mismas emociones que yo. En el fondo, se había echado atrás, otra vez.

Sin embargo, para él también había sido un momento importante.

Y cuando me había hecho la fatídica pregunta: «¿Habría merecido la pena?», lo único que había podido pensar fue que quería descubrirlo.

Pensaba que intentarlo sería la única forma de descubrir si la atracción que sentía por él era un mero capricho, un mecanismo psicológico que me hacía desear aquello que no podía tener, o si esa atracción estaba alimentada por un sentimiento más profundo.

Por ese motivo, reuní valor y lo besé.

La sensación de sus labios sobre los míos había sido agradable, pero nada que ver con lo que sentí cuando me empujó contra la pared del ascensor y me devolvió el beso, introduciendo la lengua en mi boca.

Pensé que iba a morir.

Sabía que las cosas entre nosotros no cambiarían, pero, aun así, me permití el lujo de perderme, solo aquella vez, sin pensar en el momento en que todo terminaría. Sentir que él estaba implicado, encendido por nuestro beso, compensó todos los años que había pasado fantaseando con él en secreto mientras yo permanecía al margen y lo veía ligando con otras mujeres.

Besando a otras mujeres.

Tocando a otras mujeres.

A todas menos a mí.

Para mí, el beso que acabábamos de darnos había sido una confirmación; para él, tal vez un descubrimiento.

Marcharme había sido más difícil de lo previsto, pero no iba a darle la oportunidad de disfrutarlo hasta el final. En especial, ahora que por fin había comprendido lo que se había perdido y cuánto deseaba repetirlo. Lo dejaría con las ganas y fingiría que para mí no había merecido la pena. Si había algo que había aprendido de mi experiencia con Travis Baker era que, ante una novedad, los chicos se encendían como una llama ardiente, pero ese interés se desvanecía con la misma rapidez en cuanto conseguían lo que deseaban.

No repetiría el mismo patrón nunca más.

—En realidad, prefiero quedarme aquí —respondí a Ethan cuando regresé a la realidad—. Sam se ha perdido por alguna parte del hotel, es probable que esté ocupada sobornando al camarero para que le sirva una copa, y no me apetece estar sola.

—Tiene que haber pasado algo trascendental para que prefieras mi compañía a la soledad.

Suspiré.

—Sí, exacto. Es grave.

Me lanzó una mirada poco convencida, pero luego se encogió de hombros y siguió comiendo la hamburguesa.

—No creas que el asunto me interesa, no tengo la más mínima intención de quedarme aquí escuchándote.

Lo miré estupefacta ante su absoluta falta de empatía: claro, no era ninguna novedad, pero no dejaba de sorprenderme para mal.

—Oye, Ethan, ¿de pequeño te acosaba algún matón? ¿Tus compañeros de clase te pegaban chicles en el pelo o te tiraban tus cosas por el váter? Es que tuvo que pasarte algo terrible para que te hayas convertido en el chico insensible e insoportable que eres. —Di

rienda suelta a toda mi frustración, pero mis palabras no parecieron afectarle en lo más mínimo.

—No me pasó nada de eso. Si te soy sincero, el matón era yo —dijo como si estuviera orgulloso de ello.

—Claro, tendría que haberlo imaginado —respondí, todavía más disgustada.

Ethan negó con la cabeza entre risas.

—No estás en condiciones de darme lecciones. He perdido la cuenta de cuántas narices rompió tu hermano cuando estaba en la OSU.

—Ni se te ocurra hablar mal de él —le advertí con tono severo.

Yo podía criticar a mi hermano y decirle de todo, pero no toleraba que los demás se tomaran la libertad de hacer lo mismo.

—¿O qué? —me desafió Ethan con una mueca burlona impresa en el rostro—. ¿Vas a correr a contárselo al rector? Ups, no te conviene, porque es mi padre —se mofó. Entrecerré los ojos hasta convertirlos en dos finas hendiduras. Tuve que contar hasta diez para no propinarle una bofetada en toda la cara o, peor aún, empujarlo desde la azotea.

—Pensándolo mejor, tengo la clara sensación de que la próxima nariz rota será la tuya. —Me giré y bajé del muro, dispuesta a marcharme—. A Thomas no le gustan las amenazas; cuando descubra que un niñato hijo de papá me obligó a fingir una relación con él, se sentirá con todo el derecho del mundo a solucionar el asunto a su manera. —Curvé los labios en una sonrisa maliciosa y me marché.

Mis palabras eran un farol: Thomas jamás debía enterarse del chantaje, eso estaba claro, pero ver a Ethan preocupado y tragando

saliva resultaba muy satisfactorio. Se lo merecía.

—No ha sido solo cosa mía —gritó antes de que saliera por la puerta de la azotea—. Nada de esto habría pasado si no me hubieras destrozado la consola.

«Dios mío, otra vez la maldita consola».

—Echaste por tierra mi entrevista para unas prácticas en uno de los periódicos más prestigiosos del país; era mi única oportunidad —dije, mirándolo—. Ya estábamos en una situación de empate, pero no te bastó, quisiste ir más allá.

Vi que me observaba con la mandíbula apretada. Y con un destello de arrogancia en los ojos, respondió:

—No te habrían cogido, ya te lo dije. No tienes madera para eso.

Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas. Habría querido fingir que sus palabras no me afectaban, pero me habían golpeado de lleno. Odié aquella sensación.

—Tú tampoco tienes madera para triunfar en el *hockey.* Y, sin embargo, sigues convenciéndote de lo contrario.

Fue todo lo que le dije antes de abrir la puerta y cerrarla de un portazo a mis espaldas para dejar a Ethan allí, solo sobre el muro de la azotea.



Febrero avanzaba con días grises y húmedos que lo único que conseguían era acrecentar mi mal humor. Había pasado más de una semana desde aquel beso en el ascensor y, durante el viaje de New Haven a Corvallis, fui con mucho cuidado para no cruzarme con la

mirada de Vince. Una vez de vuelta en el campus, solo nos habíamos visto en una ocasión, a la salida de la biblioteca.

Él entraba justo en el momento en que yo salía al terminar una sesión de estudio. Los dos reaccionamos con torpeza, balbuceamos algunas palabras inconexas como «perdona» o «pasa tú primero», «no, tú».

Había sido un encuentro de lo más embarazoso; la tensión se podía cortar con un cuchillo. No era esa clase de tensión de «me gustaría empotrarte contra la pared y devorarte». Era algo más parecido a «mierda, eras la última persona a la que quería ver».

Porque esa era la verdad.

Nos estábamos evitando el uno al otro. Sabía que mi comportamiento no era propio de una persona madura y racional, pero una parte de mí se había convencido de que era Vince quien debía dar el primer paso. Yo ya me había expuesto demasiadas veces.

Vince apenas me prestaba atención. En las pocas ocasiones en que nuestras miradas se encontraban, en sus ojos siempre veía rencor y una ira contenida.

Quería creer que estaba enfadado conmigo porque lo había rechazado y su ego había resultado herido, pero la vocecita de mi cabeza no dejaba de repetir que tal vez, simplemente, el beso que nos habíamos dado no lo había afectado tanto como para buscarme de nuevo.

El lunes siguiente, la redacción estaba sumida en el silencio y medio vacía mientras la luz tenue de la tarde invernal se filtraba por las ventanas.

Seguía dándole vueltas a la situación con Vince cuando llegó un correo electrónico que interrumpió el flujo de mis pensamientos. No me fijé en el remitente, porque fue el asunto lo que captó mi atención: «Invitación para participar en el National College Journalism Contest».

Abrí el correo enseguida.

> Estimada redactora jefa:
> Nos complace comunicarle que su redacción ha sido seleccionada para participar en el National College Journalism Contest. Se trata de una iniciativa que nace con el objetivo de dar visibilidad y apoyo a los medios de comunicación universitarios que contribuyen de forma significativa al panorama informativo de nuestro país.
>
> Cada medio participante recibirá un tema sobre el que trabajar durante las próximas semanas. El artículo que más destaque por su calidad, innovación e impacto mediático tendrá la oportunidad de ser publicado en periódicos de difusión nacional como The Boston Globe, Los Angeles Times y USA Today.
>
> Además, el artículo elegido por el jurado será premiado con una dotación económica que podrá destinarse a la mejora de los dispositivos con los que cuenta el centro.
>
> Para confirmar su interés, le rogamos que responda a este correo en los próximos cinco días.
>
> Quedamos a su disposición y le deseamos mucha suerte en esta aventura.
>
> Un saludo cordial,
> Comité organizador del National College Journalism Contest

Leí el correo una segunda vez. No había participado nunca en una competición de este tipo y, desde luego, dirigir un proyecto tan importante sería exigente, sobre todo teniendo en cuenta que la

confianza que tenía en mis propias capacidades no pasaba por su mejor momento, pero no podía negarles a mis compañeros una oportunidad como esa.

Si jugábamos bien nuestras cartas, daríamos un salto de calidad considerable. Así pues, reenvié el correo a todos los redactores y convoqué una reunión urgente. Media hora más tarde lo habíamos comentado entre todos. Tras obtener el consenso unánime para el proyecto, respondí al correo para confirmar nuestra participación.

Después de eso, volvimos al trabajo. Permanecí pegada a mi escritorio hasta que el estómago empezó a rugirme; mientras, los demás redactores regresaban a casa poco a poco. Aquella noche, a pesar de que ya estaba tensa por el proyecto que teníamos por delante, decidí quedarme en el campus. Cogí el bolso y me fui a la cafetería.

El comedor era un hervidero, en parte por el jaleo que armaban los equipos deportivos que lo abarrotaban: los jugadores de fútbol siempre eran los más escandalosos, incapaces de mantener una conversación entre ellos con un volumen de voz normal.

Me puse a hacer cola. Cuando llegó mi turno, coloqué los platos en la bandeja y miré alrededor en busca de una mesa libre. Por suerte, había una al fondo del comedor que se estaba quedando vacía justo en ese momento.

Me apresuré a llegar antes de que alguien más se me adelantara. Me di cuenta demasiado tarde de que tendría que pasar junto a Madison y sus amigas.

Esperaba que no me vieran, pero la voz de Madison resonó en mis oídos en cuanto estuve a su lado.

—¡Lola! ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí?

«No lo sé, ¿qué podría hacer en el comedor de nuestro campus con una bandeja llena de comida entre las manos?».

—Controlar la calidad de la comida. Ya sabes cómo funciona esto: alguien tiene que hacerlo —respondí con ironía, aunque no estaba segura de que Madison pudiera captar el sarcasmo—. Y, por favor, me llamo Leila —la corregí con educación mientras sus amigas se cubrían la boca con las manos, entre risitas.

Dios mío, no soportaba aquellos comportamientos típicos de una adolescente.

—Claro, ya sé que te llamas Leila. —Madison me apoyó una mano en el brazo con gesto amistoso—. Pero creo que Lola es más bonito, te pega. —Me dedicó una sonrisa aparentemente cordial, pero en su expresión percibí algo pasivo-agresivo que me puso en alerta.

¿Tal vez Vince le había contado lo que había pasado entre nosotros dos?

Había besado a su novio, o lo que fuera, por no hablar de que antes de eso, mientras ella dormía, nos habíamos colocado en mitad de la noche y por poco no habíamos acabado foll…

—¿Por qué no te sientas con nosotras? —El tono agudo de su voz borró la imagen que estaba visualizando de Vince y de mí enredados —. La cafetería siempre está llena a estas horas. —A juzgar por las miradas que le lanzaron sus amigas, la propuesta les había sorprendido más a ellas que a mí.

—Te lo agradezco, pero acaba de quedarse libre una mesa allí al fondo. —Señalé con la bandeja hacia la mesa que seguía vacía, rezando para que nadie la ocupara.

—No puedo permitir que cenes sola en ese rincón apartado. Insisto. —Parpadeó varias veces mientras daba un sorbo a su vaso

de agua mirándome a los ojos.

Madre mía. Lo sabía.

No estaba segura de «qué» sabía, pero sabía «algo».

Probablemente estaba desplegando toda aquella amabilidad solo para amargarme la cena y vengarse.

Uf, no podía creer que Vince me hubiera arrojado a los pies de aquella psicópata.

Él y su maldita sinceridad.

—No te preocupes, me gusta estar sola —respondí con convicción —. Además, será mejor que vaya o alguien me quitará el sitio.

Solo entonces Madison suspiró y cedió ante su insistencia.

—Vale, como quieras, pero si cambias de idea, no lo dudes y ven con nosotras. —Asentí y me dispuse a marcharme—. Ah, por cierto, ¿tú también irás esta noche? —añadió.

La miré, desconcertada.

—¿Esta noche?

—Sí, al ClubSeven. Yo iré con Vince y Blake con Daphne. —Señaló a la chica pelirroja que había frente a ella—. Creía que, como formas parte del grupo, también te habrían invitado. —Hizo gala una vez más de aquel aleteo de pestañas, seguido de la sonrisa demasiado angelical impresa en su rostro.

Yo no formaba parte de ningún grupo.

Quizá tiempo atrás, pero las cosas habían cambiado. Aun así, darme cuenta de que el idiota de Vince no solo se había lavado la conciencia poniéndome en peligro, sino que además se iría a bailar como si nada con la chica que planeaba en secreto mi muerte hizo que todos los nervios de mi cuerpo se tensaran.

—No, no iré con vosotros —me limité a decir. No supe intuir si la pequeña arruga que se le formó en la comisura de la boca era de alivio o de decepción, pero tampoco le di mucha importancia.

Las saludé a todas sin demasiado entusiasmo y fui a sentarme a la mesa libre. Como si el día no hubiera sido ya lo bastante desastroso, al cabo de unos minutos mi soledad se vio interrumpida por la llegada de Ethan. Durante la última semana, desde que habíamos vuelto a Corvallis tras el partido fuera de casa, nos habíamos limitado a seguir nuestro ridículo guion: de vez en cuando aparecíamos juntos por los pasillos, en la cafetería o en alguna de las salas comunes del Memorial Union. No habíamos vuelto a mencionar nuestra discusión en la azotea del hotel; ninguno de los dos había pedido disculpas y tampoco habíamos vuelto a discutir. A ojos de los demás, quizá parecíamos una pareja poco unida, pero lo importante era que nos vieran juntos, sobre todo ahora que Vince debía de haberle contado a Madison lo que había pasado entre nosotros.

—¿Hasta tu compañera de piso te ha dejado sola? —se burló mientras soltaba su bolsa de deporte en el suelo.

Por el rabillo del ojo miré hacia la mesa de Madison y vi que algunos jugadores del equipo tomaban asiento. Me contuve para no suspirar aliviada cuando comprobé que Vince no se había sentado a su lado, sino entre Blake y Zac.

Volví a concentrarme en mi plato e ignoré el comentario venenoso de Ethan. Los lunes Sam siempre cenaba en su casa; su padre tenía el día libre y toda la familia aprovechaba la ocasión para cenar juntos. Aunque Sam no adoraba ese plan, yo envidiaba un poquito ese pequeño ritual familiar.

—Me gustaría comer en paz —corté.

—¿Y quién te lo impide? —Se sentó frente a mí como si nada.

—¿No es evidente? —Él siguió ignorándome y se echó mostaza y kétchup en el bocadillo. Lo observé durante unos segundos; luego crucé los brazos sobre el pecho y me apoyé en el respaldo de la silla.

—Déjame adivinar: has venido aquí para pedirme que esta noche vaya contigo al ClubSeven, ¿verdad?

Ethan arqueó una ceja.

—¿Qué? No. Paso de ir a ese sitio lleno de inadaptados.

—Ah… —Aliviada, sentí que la tensión abandonaba mi rostro—. Sé que irán algunos chicos del equipo.

—¿Y? —Dio un mordisco a la hamburguesa—. Cuanto menos tiempo pase con ellos, mejor para mí.

—Creía que el objetivo de esto… —enderecé la espalda y me incliné hacia él por encima de la mesa— era hacer creíble nuestra «relación» también ante sus ojos.

—Estoy aquí sentado, ¿no? Además, no tendría sentido ir. Alyssa no va a ese local. —Se limpió la boca con una servilleta y dio un sorbo de agua. Lo observé sin decir nada, tratando de analizar aquella vaga sensación de frustración que crecía dentro de mí y que no lograba explicarme.

¿Por qué me sentía como si acabaran de privarme de algo que ni siquiera sabía que quería?

—Deja de mirarme de esa forma, es inquietante —protestó Ethan, que seguía engullendo su cena.

¿Por qué? ¿Cómo lo estaba mirando? No entendía qué me pasaba.

Volví a concentrarme en mi plato, pero de repente me sentía inquieta. No paraba de agitar las piernas bajo la mesa y tamborileaba con los dedos sobre la superficie sin parar.

—Quiero ir —solté de repente, lo que me sorprendió incluso a mí misma.

La expresión de Ethan traicionó su asombro solo por un instante, porque se recompuso en tiempo récord.

—Haz lo que quieras, Leila, no soy tu novio de verdad. No es asunto mío.

—No, quiero decir que… —suspiré y fruncí los labios porque no era capaz de admitir la verdad— Sam ya tiene planes esta noche y no tengo a nadie más con quien ir.

Ethan dejó de masticar y me observó durante un instante con una ceja arqueada.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo?

«Sí».

Quizá.

Dios, jamás lo diría en voz alta.

Ethan esperaba una respuesta; luego, miró por encima del hombro en dirección a la mesa de Vince. Una sonrisa astuta se formó en sus labios en cuanto se giró para mirarme de nuevo. Se recostó en el respaldo de la silla y entrelazó las manos sobre su abdomen.

—Esta historia empieza a ponerse interesante.

Suspiré frustrada y me removí nerviosa en la silla.

—Quiero aclarar una cosa que tiene que ver con él y conmigo, solo eso —me limité a decir.

Ethan se lo pensó unos segundos y después negó con la cabeza, divertido. Cogió una servilleta y se limpió las manos.

—De acuerdo, pasaré a buscarte a las nueve. No me hagas esperar; de lo contrario, será mejor que te busques a otro con quien dar celos a nuestro apuesto querido capitán.

Se levantó, cogió su bolsa de deporte y se marchó sin añadir nada más, dejando la bandeja sucia en la mesa, mientras a mí me invadía la aterradora certeza de que acababa de meterme en otro lío.

Capítulo 27



Leila

—¿Es que te has vuelto loca? —La voz potente de Sam resonó por el altavoz de mi móvil, apoyado en el borde del lavabo mientras me daba la última pasada de pintalabios rojo—. ¿Se puede saber qué demonios se te ha metido en la cabeza? —Mi compañera de piso parecía estar en contra de la decisión que había tomado; no podía culparla por ello.

—No lo sé, ha sido una propuesta… ¡instintiva! —Gesticulé desesperada antes de acomodarme las mangas largas del *crop top* de encaje negro que me había puesto sobre un sujetador del mismo color y que creaba un efecto de mostrar sin mostrar—. Cuando Madison me ha dicho que irían allí he sentido la necesidad de…

—¿Marcar territorio?

—¡No! —negué con decisión, aunque me daba cuenta de que no resultaba del todo convincente. Me llevé un mechón de pelo detrás de la oreja y suspiré—. Solo quiero hablar con él, averiguar si de verdad se lo ha contado todo a Madison.

—¿Y no podías llamarlo? ¿Mandarle un mensaje? ¿O hablar con él en la cafetería?

Enmudecí. Podía mentirme a mí misma todo lo que quisiera, pero Sam no se dejaba engatusar: las dos sabíamos que todo aquello no era más que un pretexto para verlo y, quizá, un ataque de celos por Madison de forma inconsciente.

Cogí el teléfono, le di la espalda al espejo y me apoyé en el lavabo. Me avergonzaba tanto de mí misma que incluso contemplar mi reflejo en el espejo me resultaba difícil.

—No sé por qué lo he hecho —me limité a decir, y era la verdad.

—Es muy sencillo: te ha dado un ataque de celos. —Fruncí el ceño de inmediato y estuve a punto de replicar, pero las palabras murieron en mis labios—. Es decir, os besasteis y, por lo que me contaste, fue intenso, aparte de traumático para una servidora —insistió Sam, como si no me lo hubiera repetido ya un millón de veces desde que se lo había confesado—. Cuando te has enterado de que iba a salir a pasárselo bien con otra, la parte más instintiva de ti ha sentido la necesidad de reivindicar que Vince te pertenece a ti.

—No quiero reivindicarlo —discrepé, contrariada ante aquella posibilidad—. Solo quiero…

—¿Hacer que te desee y recordarle a qué está renunciando? —Sam había dado en el clavo, como siempre; ser consciente de ello fue todavía más humillante—. Cariño, has cogido toda su virilidad y su autoestima y las has hecho pedacitos al hacerle creer que aquel beso no significó nada. No necesitas llamar su atención; tú ya vives en sus peores pesadillas recurrentes. —Rió con malicia, pero a mí no me hacía ninguna gracia.

Menudo lío había montado.

Una notificación me informó de que Ethan había llegado. Con un suspiro derrotado se lo dije a Sam y me despedí de ella. Terminé de vestirme: me puse unas medias, una falda de cuero de cintura alta y mis botas militares de siempre. Había optado por un conjunto discreto, pero *sexy.* Me abrigué con la cazadora de cuero, guardé el teléfono y la cartera en un bolsito de bandolera y me solté el pelo de la cola, que me arreglé como pude con las manos.

Durante el trayecto en coche, que resultó ser el más largo de toda mi vida, entre Ethan y yo se instauró un silencio sepulcral. Yo iba en el asiento del copiloto mordiéndome la uña del pulgar y suspirando. Cuanto más nos acercábamos al ClubSeven, más notaba una molesta presión en el centro del pecho.

—¿Vas a calmarte o qué? —Ethan cerró por tercera vez la ventanilla de mi lado, que yo no dejaba de bajar obstinadamente.

—Aquí dentro hace calor —protesté, y la volví a abrir unos centímetros.

—Estamos a dieciséis grados —sentenció entre dientes antes de volver a cerrarla una vez más y bloquearla.

Lo miré atónita.

—¿De verdad acabas de activar el seguro para niños?

—Sí, porque te estás comportando como una cría.

Muy divertido, dicho por alguien que había tenido una rabieta por una consola estropeada. No lo dije en voz alta para no empeorar la situación, pero no pude evitar esbozar una mueca de rencor. Lo dejé estar. Ethan también volvió a concentrarse en la carretera.

Para distraerme, saqué el móvil del bolso y le escribí a Sam.

Leila: ¿Por qué me has dejado hacer semejante estupidez?

Su respuesta no tardó en llegar.

Sam: ¿De qué hablas?

Leila: ¡De Ethan!

Sam: Un momento, ¿ahora resulta que es culpa mía?

Leila: ¡Deberías habérmelo impedido! Eso hacen las amigas, te impiden cometer estupideces.

Sam: ¡Lo he intentado!

Leila: ¡No lo suficiente!

Sam: ¿Y qué más tenía que hacer?

Leila: ¡Decirme que no fuera!

Vi que los tres puntitos desaparecían y reaparecían en la pantalla una y otra vez, señal de que Sam estaba escribiendo y borrando la respuesta constantemente.

Dejé de mirar el móvil, eché la cabeza hacia atrás y suspiré por enésima vez. Me sentía frustrada. Mi amiga no tenía la culpa, por supuesto, pero necesitaba desahogarme con alguien, enfadarme solo conmigo misma no me bastaba.

Dejé de torturarme el labio inferior y rectifiqué.

Leila: Perdona, no es culpa tuya. Nos vemos mañana, te quiero.

Como única respuesta me envió un *sticker* de una peineta dentro de un corazón. Era nuestra forma de mandarnos cariñosamente a la mierda cada vez que resolvíamos nuestras pequeñas trifulcas. Sonreí y guardé el teléfono en el bolso.

—Parece que esto está a tope —exclamó Ethan al ver la cola que se había formado en la entrada.

Desde la plaza donde había aparcado el coche se veía a la perfección la entrada del local. Se había formado una cola muy larga; eso era raro, teniendo en cuenta que era un simple lunes por la noche.

—Vince ya ha llegado, su coche está ahí. —Ethan hizo un gesto con la barbilla para indicar un punto en el aparcamiento de enfrente, que también estaba abarrotado de vehículos.

El Camaro negro destacaba entre todos; con su carrocería reluciente y su morro agresivo, era imposible no fijarse en él.

Ethan se desabrochó el cinturón de seguridad y yo permanecí inmóvil. Tenía los ojos clavados en la multitud; el eco de la música resonaba incluso fuera del local. Todo aquello estaba mal.

—Ya no estoy tan segura de que sea buena idea.

—¿Qué quieres decir? —Cuando me giré hacia él, Ethan ya tenía una mano en la manilla, listo para bajar.

—Ha sido una estupidez venir aquí, sobre todo contigo. Quiero volver a la residencia.

Sus cejas salieron disparadas hacia arriba mientras resoplaba por la nariz.

—Es un poco tarde para cambiar de idea. —Sacó las llaves del contacto y acabó de quitarse el cinturón—. Sea cual sea tu problema, supéralo. —Bajó del coche y cerró de un portazo.

Lo miré durante unos segundos, atónita, y lo mandé a la mierda mentalmente antes de salir del coche yo también.

Dejamos atrás el aparcamiento. Gracias a mi amistad con Marcus, el portero, nos saltamos la cola y el control de acceso. Dejamos los abrigos en el guardarropa, atravesamos la oscura galería que conectaba la entrada con las salas y, una vez que llegamos al final del pasillo, tomamos la puerta de la izquierda, que conducía a la discoteca. La larga fila de la derecha, frente a una cortina roja, permitía acceder al Velvet Nights, uno de los clubes de estriptis más famosos de la zona. Yo no había entrado nunca, pero sabía que los hombres estaban dispuestos a dejarse muchos billetes para disfrutar del espectáculo.

Tras cruzar la puerta de la discoteca, descubrí que aquella noche pinchaba un DJ muy conocido de la zona. Eso explicaba por qué estaba tan lleno de gente, pensé. Los graves de la música hacían vibrar incluso el suelo, mientras las luces estroboscópicas proyectaban haces azules y rojos sobre la pista, donde la multitud ya se había desencadenado.

—Una vez vi un documental sobre focas y dijeron que, para protegerse del frío, se amontonaban así —grité junto al oído de Ethan para que me oyera por encima de la música—. Ellas, al menos, no iban colocadas de *crack.*

Me miró del todo desconcertado mientras reprimía una mueca burlona.

—¿Ves documentales sobre focas?

Un poco ofendida, me encogí y bajé la vista para ocultar la punzada de incomodidad que me atenazaba el estómago. Por algún motivo, cada vez que le contaba una anécdota un poco más personal o extravagante a un chico, la reacción era siempre la misma: se burlaban de mí o no me entendían, en el mejor de los casos.

El único que jamás había ridiculizado todas mis rarezas, y al que incluso le parecían interesantes, estaba allí dentro, perdido en algún recoveco del local, enrollándose con una chica que probablemente había decidido hacerme la vida imposible.

Ethan se aclaró la garganta y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Vamos a buscar algo de beber? —propuso mientras observaba al camarero, que se divertía sirviendo bebidas con pequeñas acrobacias a unos metros de nosotros.

Asentí y nos acomodamos en los dos únicos taburetes que habían quedado libres en un extremo de la barra.

Ethan pidió una cerveza para él, mientras que yo opté por una cerveza de raíz. Aproveché para preguntarle al camarero dónde estaba Zane, el barman de toda la vida del ClubSeven. Nos conocía bien a mi hermano, a sus amigos y a mí: gracias a él siempre había conseguido gorronear algo de beber, a pesar de que todavía no había cumplido los veintiuno.

—En Hawái, guapa. Vuelve la semana que viene —gritó su compañero mientras preparaba nuestras bebidas. Sonrió cuando silbé, impresionado.

Nos entregó los vasos y siguió atendiendo a otros clientes.

—Bueno… —Ethan se llevó la jarra a los labios y dio un trago—. ¿Cuál es tu plan?

—¿Qué, eh… de qué plan hablas? —pregunté, genuinamente confundida.

Ethan puso los ojos en blanco.

—El plan que supongo que ideaste cuando me pediste que te acompañara aquí.

Parpadeé un par de veces. No había trazado ningún plan.

Ese era el plan: ir al ClubSeven.

—Prefiero dejarme llevar por el instinto —respondí antes de dar un sorbo por la pajita.

—Eso no funciona nunca.

—¿Tienes alguna sugerencia? —aventuré.

—No necesitas mis sugerencias. —Su mirada recorrió todo mi cuerpo y me pareció distinguir un destello de aprobación—. Eres capaz de arreglártelas sola.

Tal vez me equivocara, pero ¿eso había sido un cumplido?

Me sorprendió comprobar que era capaz de hacer comentarios amables. Bebió otro trago de cerveza y empezó a mirar a su alrededor distraídamente. Yo hice lo mismo: desde donde me encontraba, si estiraba el cuello podía ver la mesa que normalmente ocupaban Vince, Blake y los demás chicos. Sin embargo, aquella noche estaba vacía. Pero había visto el coche de Vince, así que tenía que estar por allí en alguna parte.

¿Qué haría si me lo encontraba? ¿Fingiría sorpresa? ¿Lo ignoraría? ¿Le cantaría las cuarenta? Por Dios, parecían los pensamientos de una acosadora. En realidad, tampoco es que encontrarlo fuera tan fácil. El ClubSeven no era pequeño; la enorme pista de baile estaba abarrotada y había otras tres salas más apartadas: la zona VIP, la *lounge* y la *chill-out.*

Pensándolo bien, quizá sería mejor no verlo.

El DJ puso una mezcla de Flo Rida que hizo enloquecer a la multitud y me animó a mí también. Me entraron unas ganas alucinantes de bailar. Odié no estar con Sam.

¿Ethan se prestaría a algo así? Decidí preguntárselo, pero cuando me giré vi que tenía la mirada clavada en un chico que no estaba muy lejos de nosotros, sentado en una mesa con sus amigos. Ese chico también le dirigía miradas curiosas de vez en cuando.

—¿Lo conoces?

Yo no lo había visto nunca y, desde luego, no estudiaba en la OSU. A simple vista, parecía unos años mayor que nosotros.

—¿A quién? —Ethan se volvió de golpe hacia mí; estaba tenso y fruncía el ceño. Parecía un niño al que acababan de pillar robando caramelos.

Eché un vistazo hacia el chico.

—Te he preguntado si lo conoces. Ve a saludarlo si es así, no necesito una niñera —bromeé.

—No sé de quién coño hablas, pero no conozco a nadie en este antro —afirmó con brusquedad. Se acabó la cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Voy al baño. —Sin añadir nada más, se levantó y se marchó.

Me quedé allí, con el vaso medio vacío y el ritmo de la música ahogándolo todo. No entendía qué acababa de pasar ni por qué se había puesto así. Me di cuenta de que aquel chico seguía a Ethan con la mirada hasta que desapareció entre la multitud; en ese momento, el desconocido me lanzó una mirada que parecía… ¿de incomodidad?, ¿de vergüenza? No lograba descifrarla, pero aun así

le dediqué una sonrisa de circunstancias a modo de saludo. Luego aparté la vista. «¿Qué demonios estaba pasando?».

Confundida y con una extraña sensación en el cuerpo que no sabía definir, me bajé del taburete y empecé a moverme entre la gente mientras seguía bebiendo mi cerveza. Aún tenía ganas de bailar; encontraría a alguien con quien divertirme un poco.

Vislumbré los rostros a mi alrededor mientras caminaba despacio entre las personas que me rodeaban y que no dejaban de moverse. Algunas me rozaban, otras me empujaban. El aire estaba caldeado, cargado de humo y sudor. Las luces mareaban más que el alcohol. Un chico se acercó a mí e intentó ligar dedicándome una sonrisa que pretendía ser *sexy,* pero que resultaba más bien inquietante.

Llevaba una cresta al estilo mohicano. Se presentó tendiéndome una mano sudada; preferí ocupar la mía sujetando la pajita. Intentó decirme algo al oído, pero de repente el corazón me dio un vuelco y me quedé paralizada.

A unos metros de mí divisé a Blake, y no estaba solo.

Me vio por encima del hombro de Vince: primero me miró confundido, y luego una especie de sonrisa incierta se abrió paso en su rostro. Me saludó y Vince se giró en mi dirección.

El pánico se apoderó de mí y terminé haciendo la cosa más estúpida que podía hacer.

En un visto y no visto, me agaché en el suelo y me escondí detrás de un amasijo de piernas que saltaban al ritmo de la música.

Cerré los ojos con fuerza y lo primero que pensé fue que era una imbécil por haber reaccionado de aquella forma tan infantil.

Seguro que Vince y Blake creían que era una chica loca, celosa y desequilibrada. Pensándolo bien, no podría culparlos.

Sujeté el vaso de cerveza con fuerza e intenté mirar a mi alrededor; si me escabullía entre las piernas de la gente, tendría una oportunidad para escapar de allí sin problemas.

—Me encantan las chicas lanzadas —gritó el chico que se había acercado a mí mientras se llevaba una mano a la entrepierna de los pantalones, que, por pura coincidencia, se encontraba a la altura de mi cara—. Pero esto es un poco excesivo —se carcajeó como un idiota.

Una mueca de asco me crispó los labios. Levanté la vista hacia él y pensé que los hombres no dejaban de darme asco. Tenía que marcharme de allí, pero no sin antes ajustar cuentas con «el señor Cresta».

En cuanto reuní el valor para ponerme en pie, distinguí entre la multitud los rostros de Vince y Blake. Venían hacia mí, caminaban deprisa. Joder. Blake me estrangularía si descubría que había ido al ClubSeven con Ethan.

Miré al señor Cresta y le sonreí.

—Me encantan los hombres refinados. Lástima que cada vez queden menos. —Di un último sorbo a mi cerveza de raíz y el resto acabó en su cara.

—¡¿Qué coño haces?! —gritó él mientras intentaba secarse con las manos. Tuve la impresión de que estaba a punto de darme un empujón, pero Vince le puso una mano en el hombro y lo apartó de mí.

—¿Qué le has hecho? —lo acusó, alzando la voz por encima de las vibraciones de la música.

—¡Esta imbécil me ha tirado la bebida en toda la cara! —lamentó el tipo, que me fulminó con la mirada.

Vince me observó durante unos segundos. Su mirada fue tan demoledora que un escalofrío me recorrió la espalda. Blake los separó, se acercó al oído del señor Cresta y le dijo algo que lo convenció de marcharse.

Movida por el instinto, aproveché la oportunidad y yo también salí corriendo antes de que Vince y Blake se dieran cuenta.

Me escabullí entre los cuerpos que bailaban, haciendo zigzag. Cuando unos segundos después miré hacia atrás, vi que me perseguían, pero había conseguido poner cierta distancia de por medio. Continué avanzando todo lo rápido que pude mientras evaluaba las alternativas que tenía a mi disposición: si pedía un Uber, tendrían tiempo de sobra para alcanzarme y pedirme explicaciones. Las colas de los baños eran demasiado largas, así que encerrarme allí tampoco era una opción. Ethan jamás me ayudaría, más bien todo lo contrario.

Me giré una vez más. Las luces estroboscópicas lo confundían todo, pero estaba casi segura de que los había despistado. Suspiré y me llevé una mano a la frente. Al diablo, aquella situación era surrealista. Vi el cartel de «Salida» unos metros más adelante y decidí que me marcharía, con o sin Ethan.

Anduve un poco más, pero, en cuanto me metí en el corto pasillo que conducía al guardarropa, sentí que una mano me sujetaba por el brazo y otra se posaba en mi cintura. Me arrastraron detrás de una columna de carga y, antes de que pudiera volverme para descubrir quién me había acorralado, mi espalda chocó contra el cemento.

Me quedé sin aliento. No por el impacto, sino por la forma en que los ojos de Vince me clavaron en el sitio.

—¿Vas a alguna parte? —Empleó un tono de voz bajo que reverberó por todo mi ser.

—Me marcho —balbuceé, con el corazón martilleando en mi pecho—. Me voy.

—¿Tan pronto? —Se acercó todavía más; su cuerpo era imponente.

Mi mirada descendió hasta el punto donde su mano me rodeaba la cintura y después la volví a subir lentamente a su rostro. Llevaba el cuello de la camisa azul desabrochado y las mangas remangadas hasta los codos. El pelo le caía sobre los ojos de una forma que me provocaba una extraña presión en el estómago.

—No hay nada por lo que merezca la pena quedarse.

Una expresión de falsa decepción apareció en su rostro mientras se llevaba una mano al corazón para fingir una punzada de dolor.

—Joder, qué cruel eres.

Me estaba haciendo la difícil, cierto, pero solo porque su presencia ponía a prueba mi lucidez y no podía permitirme volver a ceder.

En especial, no me lo podía permitir cuando él estaba acompañado por otra chica. Una chica que lo estaría buscando con toda probabilidad. Y pensar que yo solita me había metido en aquella situación, convencida de que venir al ClubSeven era una buena idea… Qué ingenua.

Pero Vince también parecía incómodo: levantó la vista un instante y lanzó una mirada furtiva a su alrededor antes de volver a estudiarme.

—Si yo fuera tú, no la haría esperar demasiado —se me escapó, cortante, antes de apartar la mirada e intentar liberarme de su

agarre.

Él, sin embargo, me retuvo donde estaba: se cernía sobre mí y anuló cualquier atisbo de distancia. Apoyé las palmas de las manos contra la columna y sostuve su mirada tormentosa.

—¿Lo dices en serio? —exclamó; por cómo frunció el ceño comprendí que mi comentario no le había gustado en absoluto—. Primero me besas, luego te arrepientes. Me ignoras durante días. Vienes aquí, pero en cuanto me ves sales corriendo. Y ahora… ¿te pones celosa?

Aquello me dolió y reaccioné a la defensiva.

—No se trata de celos.

Estaba mintiendo descaradamente.

No era tan estúpida como para pensar que Vince iba a mantenerse alejado de las chicas después de nuestro beso, pero saber que estaba con Madison despertaba en mí emociones demasiado intensas como para manejarlas de la forma correcta: tenía celos, claro que sí, pero también sentía una sensación de rivalidad y rabia.

—Entonces ¿de qué se trata? —Mantuvo un tono bajo, pero firme.

—No puedo creer que se lo hayas dicho. —Intenté apartarlo aunque solo fuera un poco con un ligero empujón en el pecho, porque apenas podía respirar tan cerca de él, pero no sirvió de nada. Era como una estatua de mármol.

—¿Dicho el qué?

—Lo que pasó en la cabaña. Y en el ascensor.

—No sé de qué hablas —respondió, confundido.

—¡Estoy hablando de que le contaste a Madison lo nuestro! —exclamé, irritada.

—No le he dicho nada.

Lo miré sorprendida.

—¿No?

Vince negó con la cabeza lentamente.

—No.

Oh… Bien.

Sentí cómo el peso que se había instalado en mi pecho se volvía un poco más ligero.

—Bueno, pues ella sospecha algo. Te lo garantizo.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó. No parecía nada preocupado.

—Porque cuando me la he encontrado esta tarde en la cafetería, antes de venir aquí, me ha mirado de «esa» forma.

Vince arqueó la ceja derecha.

—¿Cómo?

—Con la típica mirada que le diriges a la chica que ha puesto las manos sobre algo que es tuyo —expliqué, con un resentimiento evidente en la voz.

Vince sofocó una risita, lo que no hizo más que empeorar mi estado de humor, que ya era pésimo.

—¿Te parece divertido? —Entrecerré los ojos y lo fulminé con la mirada—. Madison tiró las llaves de mi coche a un río helado cuando no me consideraba un problema, imagínate lo que podría hacer ahora.

—Te estás preocupando por nada. Mads no hará nada porque no sabe nada, te lo juro. Y no se va a enterar.

Apreté los dientes y reprimí la punzada de fastidio que sentí al oír que Vince se refería a ella con un apodo tan familiar y cariñoso.

—Y, para que quede claro… —continuó y retiró la mano de mi cintura para ponerla por encima de mi cabeza. Apoyó el antebrazo desnudo contra la columna y se inclinó sobre mí—. Yo no soy suyo —me susurró al oído.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

No era suyo, pero estaba allí con ella.

Le apoyé las manos en el pecho en un nuevo intento de apartarlo, pero justo cuando lo toqué sentí la misma descarga eléctrica fuerte e intensa que había experimentado las únicas dos veces que habíamos estado tan cerca.

Me di cuenta de que para Vince tampoco debía de ser una sensación indiferente, porque bajó la vista hasta mi boca. Vi que inspiraba profundamente. Como si estuviera luchando contra el deseo de besarme.

¿Lo haría? ¿Allí, en aquel pasillo oscuro, con la música retumbando contra las paredes y el riesgo de que nos descubrieran? Solo de pensarlo se me secó la garganta, aunque sabía que no tendría el valor de posar sus labios sobre los míos. Sobre todo, después de lo que le había dicho en el ascensor.

—Tengo… tengo que irme. —No quería ni imaginar qué pasaría si Ethan me buscaba y me encontraba allí.

Presioné el pecho de Vince con las manos, pero él volvió a oponer resistencia. Me sujetó ambas muñecas, las llevó hacia abajo y volvió a acercarse a mi oído. Y cuando habló, sentí su aliento cosquillearme el lóbulo.

—He pasado una semana torturándome, compadeciéndome como un imbécil. —Una de sus manos se deslizó por mi clavícula y después por mi cuello. La piel empezó a hormiguearme bajo su

contacto—. Puede que me lo mereciera o puede que no. Lo mínimo que puedes hacer ahora es decirme por qué has venido aquí.

Su pregunta me pilló desprevenida. No esperaba que fuera tan directo; a pesar de mis esfuerzos, dudé bastante hasta que respondí:

—Por el mismo motivo que tú. Para divertirme. —Intenté esbozar una sonrisa convincente, pero no coló.

—Los lunes Sam no está y tú no eres tan imprudente como para entrar sola en un sitio como este. Eso significa que has venido con Ethan —dedujo—. Pero estás aquí conmigo. Y me permites tocarte como si él no te importara lo más mínimo. Y no es la primera vez. Así que te lo pregunto de nuevo: ¿por qué estás aquí?

Lo miré, atrapada por la incertidumbre. No sabía cómo salir del apuro, qué excusa inventarme.

Su móvil sonó en ese momento y me salvó. Vince lo sacó del bolsillo y se quedó mirando la pantalla unos instantes, preocupado.

Contestó enseguida, se apartó de la columna y me dio la espalda. Oí que murmuraba frases en voz baja, pero aun así se percibía inquietud en su tono. Cuando colgó, se pasó una mano por la frente y maldijo entre dientes.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

No obtuve respuesta. Vince volvió a darme la espalda y echó a correr por el pasillo en dirección a la salida.

—¡Vince, espera! —Lo seguí sin pensarlo dos veces.

Me desvié hacia el guardarropa para recoger la chaqueta que había dejado al llegar al local. Para mi desgracia, me encontré a Ethan jadeante e inquieto, que me cortaba el paso.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Te he buscado por todas partes! —Me agarró por un hombro y, santo cielo, parecía preocupado.

—Oh, yo… eh… me he encontrado a Vince —confesé. En el fondo, él ya sabía que había ido al ClubSeven para vigilarlo.

Ethan suspiró de alivio y después se pasó una mano por el pelo.

—Joder, podrías haberme avisado, este sitio está lleno de chiflados. Lo último que necesito es cargar con el destino de una chica en la conciencia.

Ah, por eso estaba tan preocupado. Temía acabar metiéndose en problemas.

Imbécil.

—¿Adónde vas tan rápido? —preguntó al ver que me ponía la cazadora a toda prisa.

—Salgo un momento a tomar el aire.

—Te acompaño.

Ethan hizo ademán de escoltarme hacia la puerta, pero lo detuve.

—No, mejor no.

—¿Vince está ahí fuera? ¿Tienes miedo de que se caliente al verme? —En su rostro apareció una expresión burlona.

—Hablo en serio. —Pensé que, por una vez, merecía la pena ser sincera—. Le ha pasado algo. No sé qué, pero no quiero empeorar la situación.

Lo miré a los ojos y, aunque intuí cierta resistencia, al final me hizo el favor de desistir. Levantó las manos en señal de rendición y dio un paso atrás.

—Iré a por otra cerveza. Después, salgo a buscarte. —Dios mío, jamás toleraría aquella actitud déspota si Ethan fuera mi novio de

verdad.

Asentí con la cabeza y me dirigí a la salida. Una vez fuera, distinguí a Vince en el aparcamiento; se dirigía hacia su coche. Suspiré aliviada porque temía que la charla con Ethan me hubiera costado cara.

—¡Vince! —Corrí para alcanzarlo y lo sujeté por un brazo antes de que abriera la puerta. Tenía la respiración agitada, el rostro pálido y estaba temblando—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan alterado?

—No estoy seguro, era mi hermana, me ha llamado desde el teléfono de su niñera… —balbuceó mientras se pasaba una mano por la frente—. Me ha dicho que unos agentes han entrado en casa y lo han puesto todo patas arriba. —Tenía la voz rota por la angustia —. El FBI.

—¡¿Qué?! —lo interrumpí, incrédula—. ¿El FBI ha entrado en tu casa? ¿Por qué?

—No… no lo sé. —Le faltaba el aire y estaba sudando—. Pero necesito ir ahora mismo a Olympia para averiguarlo. He llamado a mi padre y no contesta al teléfono, ¡joder! —Agarró la manilla de la puerta, pero lo detuve una vez más.

—Espera, voy contigo.

No iba a permitir que condujera hasta Olympia a esas horas de la noche y en aquel estado de alteración. Por nada del mundo.

Parpadeó un par de veces antes de decir:

—¿Qué? No, Ley, vuelve dentro. Por favor, no necesito que…

No le di tiempo a terminar la frase. Me acerqué y le sujeté el rostro entre las manos.

—He dicho que voy contigo —repetí.

—Olympia está a tres horas de aquí.

—No importa.

—Es tarde.

—No importa. —Lo repetí con tanta determinación que Vince exhaló un largo suspiro tembloroso y cerró los ojos: sabía que no iba a cambiar de idea. Le acaricié una mejilla; mi mano parecía diminuta sobre aquel rostro de facciones esculpidas. Él me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que me dejó sin aliento, pero no me quejé. No se me daban bien las demostraciones de afecto, no las ofrecía nunca. Sin embargo, en aquel momento, no di marcha atrás: quería que entendiera que no estaba solo y que todo saldría bien.

Capítulo 28



Leila

Conduje el Camaro de Vince hasta Olympia, en el estado de Washington. A aquella hora de la noche, la carretera estaba casi desierta. Vince iba sentado a mi lado. Estaba tenso, tamborileaba frenéticamente con los dedos sobre la rodilla y tenía la mirada fija más allá del parabrisas. No abrió la boca, salvo para indicarme qué camino debía seguir. Tres horas después, crucé la verja de su casa.

Era la primera vez que visitaba aquel lugar y me quedé impresionada ante la imponente mansión que se presentó ante mí. La sensación de sentirme inadecuada y fuera de lugar se instaló en mi estómago, pero no dije nada.

Avancé despacio, rodeada de jardines tan cuidados que daba la impresión de que uno se encontraba en un parque privado. En medio del camino de grava se alzaba una gran fuente de la que brotaba agua. En cuanto apagué el motor en una explanada, Vince dejó de agitar la rodilla, abrió la puerta de golpe y salió a toda prisa del coche.

Fue directo a la entrada. En ese momento, una joven de rasgos latinos abrió la puerta de madera maciza, decorada con vidrieras

historiadas. Ojos oscuros y profundos, piel ambarina y una larga melena ondulada que le llegaba hasta la cintura.

Abrazó a Vince con fuerza en el umbral y le dijo algo al oído. Parecía tan alterada y angustiada como él. Según me había contado Vince, en la casa solo estaban Sierra, Janelle y la asistenta.

Deduje, por tanto, que aquella chica era Janelle. La niñera de Sierra y futura esposa del padre de Vince. Había oído hablar de ella, sabía que era más joven que el senador Callum, pero no imaginaba… Dios mío, no imaginaba que tuviera nuestra edad ni que fuera tan guapa.

Me aclaré la garganta. Aunque me sentía incómoda, me acerqué a ellos para entregarle las llaves del coche a Vince. En cuanto me vio llegar, Janelle se apartó del abrazo y su frente reflejó desconcierto. No se presentó ni me invitó a entrar: agarró a Vince por un brazo y lo arrastró hacia el interior.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él, nervioso. Se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que lo siguiera adentro.

En aquella situación, me sentía fuera de lugar y como un estorbo, pero no tenía alternativa y entré. Una vez en el vestíbulo, observé que algunos cuadros colgados en las paredes estaban torcidos y otros se encontraban tirados por el suelo. En una enorme vitrina, trofeos, medallas y reconocimientos relacionados con el *hockey* estaban puestos de cualquier manera, como si alguien los hubiera movido y luego los hubiera recolocado sin orden ni concierto.

—No lo sé. Sierra, Olga y yo ya estábamos acostadas en la cama cuando nos hemos encontrado a los federales en la puerta con una orden de registro. —Entramos en el salón, que, evidentemente, habían puesto patas arriba.

Muebles volcados, los cojines de los sofás de cuero recolocados a toda prisa, alfombras amontonadas en las esquinas de la estancia.

—También han entrado en el despacho de tu padre —añadió Janelle, preocupada—. Pero se han ido sin llevarse nada, al menos eso me ha parecido.

—¿Qué esperaban encontrar? ¿Y por qué coño los federales están investigando a Callum? —estalló Vince.

Me acerqué y le apoyé una mano en el hombro con la esperanza de calmarlo. Su espalda se elevó y descendió lentamente mientras inspiraba hondo. Sentía la tensión de sus músculos incluso a través de la camisa. Habría querido hacer algo más, pero tenía la sensación de que nada serviría en aquel momento.

—No tengo ni idea. No nos han dicho nada. Solo han rebuscado en el vestíbulo, el salón y el despacho —le explicó Janelle, que se colocó a su lado mientras yo daba un paso atrás—. No sé qué estaban buscando, todo ha sido frenético —terminó.

—¿Dónde está ahora? ¿Por qué no contesta al teléfono? —preguntó él.

—Está en Washington D. C. por una reunión del Senado. He podido hablar con él justo antes de que Sierra te llamara. Le he contado todo lo que había pasado. Estará aquí mañana; hará todo lo posible por llegar cuanto antes.

Vince resopló y se frotó la frente, pero Janelle le tomó una mano y se la apretó.

—Estoy segura de que tu padre resolverá todo esto. No tenemos nada que temer. —Con la mano libre le acarició una mejilla.

Vince no se apartó de su contacto; de hecho, la miré a los ojos. Y aunque no debía ni quería sentir celos en semejante situación, noté

cómo se me encogía el estómago. Tenía la impresión de que la complicidad entre ellos iba mucho más allá del simple afecto familiar.

Antes de que pudiera dar marcha atrás para no seguir presenciando aquel espectáculo, Vince se liberó de su mano y retrocedió medio paso.

—¿Dónde está Sierra? ¿Y cómo se encuentra?

—En su habitación, durmiendo —lo tranquilizó Janelle, que dejó caer los brazos a los costados—. Se ha despertado sobresaltada por todo el alboroto. Olga y yo hemos tardado más de una hora en tranquilizarla y conseguir que volviera a acostarse. Me ha hecho prometerle que, cuando llegaras, la despertarías para darle las buenas noches.

Vince asintió y miró a su alrededor.

—Deberíamos ordenar esto antes de…

—No —lo interrumpió ella—. Tu padre me ha pedido expresamente que lo dejemos todo tal y como está, creo que quiere ver con sus propios ojos dónde han metido las manos.

Vince suspiró de nuevo antes de asentir.

—Vale, de acuerdo. ¿Tú estás bien? ¿Y Olga?

—Estoy bien, ahora. Olga está en la cocina, ya piensa en el desayuno, así que supongo que ella también está bien. Siento haberte preocupado y haberte hecho conducir hasta aquí en mitad de la noche.

—No te preocupes, estaba en buena compañía. —Lanzó una mirada fugaz hacia mí y la expresión de gratitud que vi en su rostro me infundió cierta tranquilidad—. Voy a despertar a Sierra para decirle que estoy aquí.

Janelle lo acompañó hasta las escaleras que conducían a la planta superior sin prestarme la menor atención. Caminaba a su lado y seguían murmurando; apenas distinguí las palabras «escándalo» y «susto».

Yo los seguí porque no sabía qué otra cosa hacer, pero me detuve al pie de la escalera; me sentía perdida en aquella villa de techos altos y suelos de mármol. Allí dentro era una intrusa y la situación no era la mejor. No quería invadir su espacio; pensé que lo correcto era dejar que Vince pasara un rato con su hermana sin nadie más alrededor. Sierra ya debía de estar lo bastante alterada.

—¿No vienes? —me preguntó Vince, que me sacó de mi ensoñación cuando ya había llegado a mitad de la escalera.

Janelle, a su lado, me observaba con una sombra de recelo o tal vez de fastidio. No entendía el motivo, pero estaba claro que no le hacía ninguna gracia tenerme en su casa.

Me rasqué la cabeza bajo la mirada ceñuda de Vince y dije:

—Creo que será mejor que me quede aquí.

Frunció el ceño todavía más.

—No digas tonterías, ven con nosotros.

Me crucé de brazos y miré a mi alrededor, incómoda. Más allá del distribuidor en el que me encontraba, oí los sonidos de alguien trajinando en la cocina. Pensé que podría ayudar a la asistenta a preparar el desayuno; al menos así mi presencia tendría algún sentido.

—No te preocupes —lo tranquilicé con una pequeña sonrisa—. Haz lo que tengas que hacer, yo me quedo aquí abajo.

Vince no dijo nada y se limitó a mirarme confundido. En ese momento, Janelle enlazó su brazo con el de él y lo animó a subir.

Tras un instante de vacilación, le hice un gesto apenas perceptible con la cabeza, como si le diera permiso. Sin decir una palabra, volvió a darme la espalda.

Cuando me quedé sola, suspiré y me dirigí a la cocina, guiada por el aroma del café que empezaba a flotar por la casa.

La asistenta se percató de mi presencia antes incluso de que tuviera tiempo de saludarla; estaba amasando junto a la encimera. Levantó la vista de golpe.

—Disculpe, no quería asustarla. —Le tendí la mano—. Soy una amiga de Vince.

Aunque parecía desconcertada, se limpió las manos con un paño de cocina y me estrechó la mano.

—Encantada, yo soy Olga. No se preocupe, no me ha asustado. Es que ha sido una noche muy movida.

Asentí despacio.

—Lamento mucho lo que ha pasado. Si puedo ayudarla en algo, lo haré encantada.

Me miró atónita.

—No permitimos que los invitados colaboren en las tareas domésticas —respondió con una sonrisa cansada y agotada.

—Para mí no supone ningún problema, de verdad. —Me enjuagué las manos con rapidez y me coloqué a su lado, porque no pensaba quedarme allí mirando sin hacer nada—. Se me da bien la cocina, se lo aseguro. —Olga permaneció en silencio unos segundos mientras me observaba con perplejidad.

—Dígame una cosa, «amiga de Vince»: ¿por casualidad tiene nombre?

Su comentario me arrancó una suave carcajada: tenía razón, ni siquiera me había presentado.

—Me llamo Leila, Leila Collins.

Vi cómo sus cejas se alzaban un instante antes de que su expresión volviera a relajarse.

—Oh… —Una sonrisita le curvó los labios—. Es un placer conocerla, señorita Collins.

—El placer es mío, y puedes tutearme. —Apoyé las palmas sobre la encimera—. Bueno, ¿cómo puedo ayudar?

—Vaya a descansar y nada más, señorita —dijo, recalcando la última palabra. Comprendí que jamás abandonaría las formalidades —. Si el señor Rise descubriera que una invitada me ha ayudado, me temo que me despediría en el acto.

—Bueno, pero… él no está aquí, ¿verdad? —dije con una sonrisa traviesa y un tono que pretendía resultar persuasivo—. No hay motivo de preocupación.

En ese momento, al ver que Olga formaba pequeñas hogazas con la masa, empecé a hacer lo mismo.

—Prometo que no convertiré tu cocina en un campo de batalla —bromeé. Al final, aunque negó con la cabeza, Olga no opuso más resistencia.

—Es verdad todo lo que dicen de usted.

—¿Qué dicen de mí? —pregunté sorprendida, pero también curiosa.

—Que es muy testaruda. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, es imposible hacer que cambie de opinión.

Olga volvió al trabajo con movimientos rápidos y precisos mientras yo la observaba con atención.

—¿Y quién dice eso?

Levantó la vista hacia mí y una chispa de diversión le iluminó los ojos.

—Secreto profesional. —Me guiñó un ojo con discreción y volvió a concentrarse en su tarea.

Me quedé quieta un instante, con las manos cubiertas de harina suspendidas en el aire. ¿Era posible que Vince le hubiera hablado de mí?

Aquel descubrimiento inesperado despertó algo en mi vientre y una comisura de mis labios se elevó sin que pudiera contener una sonrisa.

—¿Y qué más dicen de mí?

—Oh, muchas cosas. —Hizo una pausa y luego añadió con complicidad—: Pero, como ya he dicho, debo mantener la boca cerrada.

Negué con la cabeza y me reí por lo bajo. No insistí. La ayudé a marcar cruces sobre las hogazas con los dientes de un tenedor, en silencio, hasta que oí el inconfundible golpeteo de la lluvia contra los cristales.

Olga y yo levantamos la vista al mismo tiempo hacia el gran ventanal de la cocina. Una ligera brisa agitaba las ramas desnudas de los árboles del jardín. El corazón me dio un vuelco.

—Ah, solo faltaba la lluvia —se lamentó Olga con un profundo suspiro. Se lavó las manos bajo el chorro de agua del grifo—. Regreso enseguida, señorita; voy a comprobar que todas las ventanas estén bien cerradas.

Asentí y volví a quedarme sola y cohibida. Así, mientras esperaba a que Olga o Vince entraran de nuevo en la cocina, me enjuagué las

manos y yo también salí de allí.

Esperaría en el gran vestíbulo que conducía a las escaleras de la planta superior. Mientras tanto, empecé a deambular por el largo pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de fotografías familiares.

Un primer plano de Callum mirando al objetivo con una expresión que transmitía toda su autoridad e imponencia. Seguí avanzando y me detuve ante un retrato de Vince vestido con el uniforme de *hockey.* En la foto todavía tenía unas facciones casi de niño y llevaba ortodoncia, un pequeño detalle que me enterneció.

La imagen que había al lado parecía sacada de alguna revista de lujo. Su padre estaba sentado en un sillón en el centro, con sus dos hijos de pie a ambos lados. Vince ya se había convertido en el chico que era ahora, quizá un poco más joven, y Sierra debía de tener cinco o seis años. Los tres sonreían; con la ropa a juego parecían el retrato de la típica familia estadounidense.

Noté, sin embargo, que su madre no aparecía en ninguna de aquellas fotos; pensé que era una coincidencia extraña. Seguí caminando; el silencio que reinaba en aquella casa parecía irreal. Había cámaras de seguridad por todas partes. Los suelos brillaban como espejos y las lámparas de araña de cristal difundían una suave luz.

Me pregunté cómo sería crecer en un entorno como aquel.

A decir verdad, siempre me lo había preguntado. Cada vez que de niña me invitaban a casa de alguna compañera del colegio y comparaba sus casas y sus familias perfectas y su realidad con la mía, no podía evitar sentir cierta envidia y preguntarme cómo habría sido mi vida si yo hubiera sido esa niña.

Me preguntaba si, en una casa como la suya, y con una familia como la suya, habría tenido una vida más tranquila, normal y quizá feliz. Porque en mi casa no había nada que fuera digno de ver ni de envidiar. No había nada normal. Nada acogedor ni cariñoso. Siempre me había avergonzado de ello; por este motivo, desde pequeña no había dejado entrar a nadie.

Cada vez que cruzaba la puerta de entrada, nunca sabía qué iba a encontrarme: a mi padre completamente borracho, a mi madre cubierta de moratones o a mi hermano furioso.

Mi casa nunca había sido un refugio, sino más bien un campo de minas. Por ese motivo, cuatro años antes, me había marchado con Thomas a Corvallis en cuanto se había presentado la oportunidad adecuada.

Entré en otro pasillo y me encontré ante una puerta entreabierta desde la que se divisaba una sala de billar. En cuanto me asomé, un aroma a cuero y madera invadió mis fosas nasales.

Vi una enorme librería repleta de volúmenes encuadernados en piel que ocupaba toda la pared del fondo de la sala, con dos elegantes sillones colocados delante. Un disco de *hockey* con el logotipo rojo de una rueda alada grabado destacaba en una de las estanterías de madera oscura.

Junto a la entrada también había un pequeño mueble bar. Movida por la curiosidad, comprobé que estaba abastecido a la perfección. Encendí una de las lámparas suspendidas sobre la mesa, que proyectó un cálido resplandor sobre el tapete verde.

Pasé los dedos por el borde, fascinada, y observé las bolas colocadas con precisión en forma de triángulo. Los tacos estaban

expuestos a la vista, alineados en la pared de enfrente, y me entraron muchas ganas de jugar una partida.

No pude reprimir aquel deseo: me quité la cazadora de cuero y la dejé sobre uno de los sillones; luego cogí un taco y lo impregné de tiza. Coloqué la bola blanca detrás de la línea de fondo y, con un golpe seco, la lancé contra las demás bolas, que se esparcieron en todas direcciones. Un par de ellas entraron directamente en las troneras. Me felicité para mis adentros.

Estudié bien la posición de la número cuatro y también la emboqué.

—Buen tiro. —La voz áspera de Vince me tomó por sorpresa.

Me giré y lo encontré apoyado en el umbral. Con los brazos cruzados, un hombro recostado contra el marco de la puerta y los tobillos entrelazados.

Ni siquiera lo había oído llegar.

Me incorporé con tranquilidad y apoyé el taco sobre la mesa mientras intentaba sondear su estado de ánimo. No parecía molesto por mi incursión en aquella sala. Es más, la tensión que lo había acompañado durante las últimas horas parecía haberse relajado un poco. Supuse que ver a su hermana había ayudado.

—Gracias. Como todos mis tiros, por otra parte —presumí con orgullo. Una sonrisa fugaz asomó en sus labios—. ¿Estás bien? —le pregunté.

Se frotó el rostro antes de asentir.

—Sierra se ha despertado en cuanto me ha oído abrir la puerta de su habitación. Seguía muy alterada. Me ha preguntado quiénes eran las personas que ha visto entrar en casa y qué querían, pero he

podido tranquilizarla. Hemos tenido que leerle un par de cuentos antes de que volviera a dormirse.

Asentí con la cabeza e ignoré la punzada de celos irracionales que me atravesó al imaginar a Vince y a Janelle unidos y cómplices mientras intentaban tranquilizar a la niña. Janelle había sido la niñera de Sierra durante años y ahora era la futura esposa de Callum, por lo que era normal que fuera una figura de referencia tanto para ella como para Vince. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la mirada que me había lanzado en cuanto me había visto.

—¿Dónde está Janelle ahora? —pregunté, echando un vistazo por encima de los hombros de Vince.

—Quería intentar descansar un poco, estaba bastante afectada.

Asentí y murmuré un «Comprensible» mientras bajaba la vista y fingía que me recolocaba los anillos que llevaba en los dedos.

Vince se apartó del marco de la puerta y se dirigió hacia el mueble bar. Cogió dos vasos cuadrados de cristal, les echó unos cubitos de hielo y dos dedos de brandi. Se acercó a mí y me tendió uno.

—Son casi las tres de la mañana. Los dos estamos cansados y ha empezado a llover. Quédate aquí e intenta descansar un poco tú también, no tiene sentido volver a Corvallis ahora —me dijo. No podía llevarle la contraria—. Janelle te ha dejado una muda en el cuarto de invitados.

—Muy amable por su parte. —No logré disimular el tono punzante. Me humedecí los labios con el licor y añadí—: Me ha dado la impresión de que no le ha hecho mucha gracia verme aquí.

Apoyé el vaso en el borde de la mesa y miré a Vince, que no apartó los ojos de mí ni siquiera cuando dio un sorbo a su brandi. Mi

atención, en cambio, quedó atrapada por el movimiento de su nuez al tragar y por los poderosos músculos de su antebrazo al flexionarse.

Parecía esculpido en mármol.

—Imagino que no esperaba verme llegar acompañado de otra persona. —Se limpió los labios con el dorso de la mano y dejó el vaso junto al mío. Algo en su respuesta me hizo pensar que no era del todo sincero.

—¿Y por qué iba a afectarle tanto verte acompañado de otra persona?

Una sombra de incertidumbre cruzó su rostro. Parecía a punto de decirme algo, pero se contuvo. En lugar de eso, se acercó tanto que me atrapó entre su cuerpo y el borde de la mesa, lo que me dejó sin aliento.

—No quiero hablar de ella —me susurró al oído—. Y tú tampoco quieres.

Con un movimiento lento y medido, se inclinó hacia delante para coger el taco que estaba a mi espalda y luego se apartó, lo que me permitió volver a respirar. Tenía que haberse dado cuenta de la reacción de mi cuerpo al contacto con el suyo porque me ofreció una sonrisa ladeada antes de dirigirse al lado opuesto de la mesa.

«Capullo».

—¿Cuándo fue la última vez que jugamos una partida? —Se inclinó sobre el billar, apuntó y, con un golpe seco, embocó la bola número siete.

Salí de mi aturdimiento y me volví por completo hacia él.

—¿Te refieres a la última vez que te gané? —Fingí que lo pensaba unos segundos—. No lo sé, el año pasado, creo. En el Marsy,

después de uno de vuestros partidos.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó; su voz tenía un leve matiz de aflicción.

Asentí y le robé el taco de las manos. Me incliné, estirando los brazos, y el *crop top* de encaje que llevaba se me subió un poco y dejó al descubierto parte de la espalda. Golpeé la bola blanca y la número dos acabó en la tronera de la esquina izquierda.

—¿No has encontrado a ningún rival a tu altura con quien enfrentarte desde entonces?

—Nadie que haya sabido plantarme cara como tú.

Todavía estaba inclinada cuando se me escapó una sonrisita de satisfacción. Apunté a la bola roja, pero se detuvo a pocos milímetros de la tronera. Me incorporé y me volví hacia Vince.

—¿Intentas decirme que soy insustituible? —Incliné la cabeza mientras acariciaba el taco.

Una risa baja y aterciopelada brotó de su garganta mientras se frotaba el cuello con la punta de los dedos.

—En una mesa de billar, sí, eres insustituible, sin duda. —Luego se acercó y me robó el taco—. Es una pena que te hayas oxidado.

Fruncí el ceño.

—¿Y tú qué sabes?

—Te vi jugar en el Marsy con aquellos chicos hace un par de semanas. —Rodeó la mesa y se preparó para su siguiente tiro. Entonces, alzó los ojos hacia mí—. Antes de que apareciera Ethan.

«Y de que nos besáramos delante de él».

Golpeó la bola blanca, que rebotó, salió despedida de la mesa y aterrizó con un golpe seco sobre el parqué reluciente. Comprendí al instante que verme con Ethan seguía siendo una herida que aún le

escocía. Vince, con la mandíbula tensa y los ojos reducidos a dos rendijas, permaneció mirando el punto donde se había detenido la bola.

No dije nada. Un silencio sombrío había calado en la sala. Me aclaré la garganta y di otro sorbo a mi brandi.

Un sorbo mucho más largo.

—Aquella noche estaba fingiendo. —Por un instante, me asaltó el deseo de contarle toda la verdad, pero bastó pensar en las posibles repercusiones para hacerme cambiar de idea. Así que añadí—: Quiero decir, con aquellos chicos. Eran dos retrógrados blandengues y quise darles una pequeña lección. —Fui a recoger la bola blanca y se la pasé deslizándola por la mesa—. Tal vez a ti también te vendría bien una demostración —lo amenacé en tono juguetón para intentar rebajar la tensión del ambiente.

Vince se incorporó y dejó el taco sobre la mesa.

—¿Crees que puedes ganarme?

—Siempre lo he hecho —afirmé mientras me acercaba.

Me lanzó una mirada desafiante. Agarró la bola y empezó a jugar con ella entre los dedos.

—Siempre te he dejado ganar.

Casi resoplé.

Afilé la mirada para que admitiera el farol, pero su seriedad me desorientó.

—¿Y por qué harías algo así?

Se encogió de hombros.

—Porque si te hubiera ganado todas las veces, habrías acabado perdiendo el interés. —Avanzó a su vez y nos quedamos a pocos pasos el uno del otro—. Pero no me malinterpretes, eres buena.

—¿Perder el interés en…? —empecé a preguntar, perpleja.

—En jugar conmigo —terminó Vince, lo que me dejó sin palabras.

Lo miré en silencio, sorprendida ante aquella confesión.

Vince se acercó un poco más y se detuvo justo delante de mí. Me puso la bola blanca en la mano, pero yo solo presté atención a su perfume, que me envolvía, a la forma en que sus ojos, del azul más fascinante que había visto en toda mi vida, recorrieron mi cuerpo con un descarado interés para volver a subir después y detenerse en mi rostro. Me ruboricé y cometí el grandísimo error de dejar que mi mirada descendiera hasta sus labios. El recuerdo del sabor de nuestro beso me contrajo el estómago.

—Parece algo demasiado bonito para confesárselo a una chica a la que detestas. —La voz me salió tan baja que no sabía si me habría oído.

Una sonrisa insolente curvó las comisuras de su boca mientras, con un gesto demasiado natural, tomó un mechón de mi cabello y se lo enrolló en los dedos índice y corazón.

—Mira a tu alrededor, Ley. Estás en mi casa. Si te detestara tanto como crees, ahora mismo no estarías aquí.

Deslizó la mano desde mi pelo hasta mi cuello y me acarició con suavidad el contorno de la mandíbula con el pulgar. Sentí que mi corazón latía cada vez más fuerte, tanto que temí que pudiera notarlo bajo la piel fina de mi garganta.

—No sé por qué has venido al ClubSeven esta noche ni por qué has preferido acompañarme, en lugar de quedarte allí con tu novio… —dijo en voz baja, arañando cada sílaba, haciéndome pensar que le gustaría hacer lo mismo conmigo—. Lo que sí sé es que tengo muchísimas ganas de besarte, Ley. —Se acercó hasta rozar mis

labios con los suyos y susurró—: Pero no lo haré. No ahora. Porque te arrepentirías, de nuevo. —Dejó de acariciarme y me observó con tanta intensidad que sentía su mirada arder dentro de mí—. No quiero volver a ver nunca más esa expresión en tu cara cuando te bese —sentenció.

Se apartó realizando un esfuerzo evidente y rompió nuestro contacto visual.

Yo, en cambio, me quedé mirándolo aturdida, con el corazón desbocado y el cuerpo en llamas.

Todas las palabras que podría haber dicho se quedaron atrapadas en mi garganta.

«Cuando te bese».

¿Significaba eso que, tarde o temprano, volvería a hacerlo?

—Vamos, tienes que descansar un poco, te acompaño a tu habitación. —Contemplé la mano que me tendía, pero no la tomé. Tenía los dedos temblorosos y sudorosos, y no quería que lo descubriera. Tragué saliva y dejé la bola sobre la mesa.

Di unos pasos con intención de dejarlo atrás, pero terminé deteniéndome a su lado. Abrí la boca para decir algo que tuviera un mínimo de sentido, pero luego la cerré. Vince arqueó las cejas, a la espera.

—Creo que voy a necesitar un cepillo de dientes. —Fue lo primero que se me ocurrió; eso lo pilló por sorpresa. Una carcajada escapó de sus labios mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. ¿De qué te ríes? —fingí que me había ofendido.

—¿Acabo de confesar que me muero de ganas de besarte y lo único que se te ocurre decirme es que necesitas un cepillo de dientes? ¡Tú sí que sabes aniquilar la autoestima de un hombre!

—La higiene es fundamental —me mantuve firme, porque era mucho más fácil que responder a lo que acababa de decirme—. Bueno, ¿dónde está el cuarto de invitados?

Vince se pasó la lengua por una comisura de la boca y negó con la cabeza.

—En el piso de arriba. Cuenta con un kit de baño e incluye un cepillo desechable, para tu felicidad.

—Genial, pues vamos allá. —Me adelanté y salí de la sala de billar todavía acalorada y con la respiración acelerada. Vince se situó detrás de mí, pero tuve que dejarlo pasar para que me guiara.

Subimos las escaleras hasta la planta superior, donde me señaló fugazmente la habitación de Sierra y la de Janelle; después la suya: estaba situada al otro extremo del larguísimo pasillo. Al lado, se encontraba la habitación de invitados, que esa noche usaría yo.

Cuando entramos, me enseñó el baño privado y cómo bajar las persianas mediante el botón que había junto a la mesilla.

—En cuanto llegue mi padre y aclare con él todo este asunto, podremos irnos. Si tenemos suerte, mañana estaremos de vuelta en Corvallis a última hora de la tarde. Siento que vayas a perder un día de clase.

—No hay problema, pediré los apuntes y me pondré al día con el trabajo —lo tranquilicé, pero justo en ese instante el ruido de la lluvia aumentó de intensidad, lo que me inquietó todavía más.

Él debió de darse cuenta de que algo había cambiado en mí porque me observó con preocupación.

—¿Todo bien?

Asentí, forzando una sonrisa.

—No soy la mayor fan del mal tiempo, ¿recuerdas?

Vince no insistió, pero por cómo me miraba supe que no estaba convencido. Jamás le confesaría a nadie el motivo por el que las tormentas me aterraban. Eso significaría traer a la superficie el recuerdo más doloroso de mi vida. De «nuestras» vidas: mi hermano Thomas también evitaba hablar del tema. Él había optado por enterrarlo bajo un cúmulo de silencios y yo respetaba su decisión haciendo lo mismo. Al menos esa era la excusa que yo misma me contaba. En el fondo sabía que la verdadera razón por la que nunca habíamos hablado de aquella noche —la noche del accidente— era la vergüenza que sentíamos.

Nos avergonzábamos de nuestras vidas, de todo lo que habíamos sufrido por culpa de nuestro padre y el ciclo de toxicidad que habíamos terminado alimentando sin ser conscientes. Aunque mi hermano había tenido la suerte de encontrar a una persona que lo quería a pesar de todo, estaba convencida de que eso nunca me pasaría a mí. Si me abría con alguien, dejaría de verme igual. La imagen que tenía de mí desaparecería, borrada por el peso de mi historia. Dejaría de apreciarme y, por supuesto, no me amaría por quien era de verdad. En el mejor de los casos, sentiría lástima. Y yo no quería la compasión de nadie.

Parpadeé para cortar aquellos pensamientos y me di cuenta de que Vince estaba mirando alrededor mientras se pasaba una mano por la nuca. Cuando se dio cuenta de que lo observaba, volvió a concentrarse en mí.

—¿Quieres… no sé, quieres que me quede un rato contigo hasta que amaine la lluvia?

La ternura con la que me habló me llegó directa al corazón, pero no iba a aceptar su oferta. Las cosas entre nosotros seguían siendo

demasiado raras y no estaban resueltas, así que prefería estar sola.

—No te preocupes. Necesitas descansar igual que yo. Solo es un poco de lluvia.

Aunque con un velo de reticencia, al final cedió.

—Vale, de acuerdo. Si necesitas cualquier cosa, estaré en la habitación de al lado.

—Claro. Lo mismo digo. —Al cabo de un segundo, me di cuenta de que había hablado sin pensar.

Vince frunció el ceño mientras contenía una sonrisa provocadora en la comisura de la boca.

—¿Crees que podría necesitarte?

—¡No! Claro que no —me apresuré a negar, pero la voz me tembló de forma casi imperceptible, traicionando la vergüenza que intentaba camuflar.

Él sonrió divertido y yo deseé que la tierra me tragara. Por suerte, no siguió insistiendo y se despidió con un:

—Descansa.

Antes de salir de la habitación, con una mano apoyada en la puerta, añadió:

—Todavía no te lo he dicho, pero gracias.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

Guardé silencio, aunque sonreí débilmente mientras notaba cómo se me encendían las mejillas.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —respondí sin vacilar.

Él asintió con aire pensativo.

—Sí, lo habría hecho.

Al instante siguiente, desapareció y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 29



Vince

No sabía qué era peor: si el desastre que se había abatido sobre mi familia hacía apenas unas horas o pensar que Leila se encontraba en la habitación de al lado, con el pijama de la chica a la que me había tirado el verano pasado y que dentro de unos meses se casaría con mi padre, lo que me devolvía al desastre que se había abatido sobre mi familia esta noche.

Me froté la cara y me giré para ponerme de lado, con la cara orientada hacia la ventana. Seguía lloviendo. En la mesita de noche, mi teléfono parpadeaba sin parar por las notificaciones de los mensajes de Madison, a los que no tenía ninguna intención de responder: no estaba en condiciones de pensar también en ella.

Durante el viaje en coche desde el ClubSeven hasta Olympia, cuando Leila se había adueñado del volante del Camaro, había avisado a Blake y le había mencionado por encima que había ocurrido algo grave en casa y que había tenido que marcharme a toda prisa.

Le había pedido que se lo contara a Madison, porque si le escribía yo no me dejaría en paz hasta conocer todos los detalles. Eso habría implicado reconocer que no me había ido solo. Saber que estaba con

Leila la habría vuelto loca; no quería correr el riesgo de que montara otra escenita como la de la cabaña de los abuelos de Nate.

Leila también había avisado a Ethan, que, sorprendentemente, no había puesto pegas a que viniera conmigo. Me había parecido raro, «muy» raro, igual que también me había parecido raro que en New Haven, con Ethan esperándola, Leila me hubiera besado en el ascensor. Seguía sin entender casi nada de todo aquello, pero en ese momento tenía otro quebradero de cabeza en el que pensar.

Suspiré y volví a mirar el techo. Tenía el cerebro lleno de miles de cosas. Todavía me costaba creer que el FBI hubiera entrado en mi casa.

Llevaba un tiempo sospechando que mi padre escondía algún asunto turbio. Había demasiadas cosas que no me cuadraban. Era extraño que hubiera ido a visitar a mi madre a la clínica después de tanto tiempo y que ella hubiera sufrido una recaída justo entonces. Más raro incluso que hubieran suspendido sus visitas tras aquel encuentro.

Por no mencionar la conversación telefónica de la que me habló Leila. Aquel fragmento en el que decía que «en cualquier caso, el partido estaba ganado». ¿Era posible que mi padre estuviera implicado en algo ilegal? Me costaba creerlo.

En suma, nadie llegaba adonde había llegado él sin algún que otro secreto oscuro, pero el FBI era demasiado incluso para un hombre como mi padre.

Por no mencionar que todo había sucedido delante de los ojos aterrorizados de Sierra. No había forma de que pudiera olvidar una escena como esa.

Me giré de nuevo para ponerme del otro lado, cerré los ojos, pero sin éxito. Estaba demasiado inquieto para dormir. Sentí la necesidad de actuar, tenía que hacer algo que me permitiera ver las cosas con claridad. Se me pasó por la cabeza la idea de colarme en el despacho de mi padre y rebuscar entre sus documentos.

El problema era que, si descubría algo comprometedor, ya no podría dar marcha atrás.

Me incorporé, apoyé la espalda contra el cabecero de la cama y me quité la camiseta del pijama. Siempre hacía demasiado calor en aquella casa.

Cogí el móvil de la mesita y escribí un mensaje.

Vince: ¿Estás dormida?

No había pasado mucho rato desde que me había despedido de Leila, así que era probable que siguiera despierta. Su respuesta inmediata me lo confirmó.

Leila: Tú, por lo visto, no.

Vince: No consigo pegar ojo.

Leila: Ha sido una noche difícil, es comprensible.

Y yo estaba pensando en empeorar la situación.

Alargué el brazo para coger el paquete de cigarrillos que guardaba en el cajón de la mesita, junto con el mechero. Saqué uno y me lo coloqué entre los dientes sin encenderlo.

Vince: ¿Y tú por qué no duermes?

Leila: Porque un tío muy insistente me manda mensajes a estas horas de la noche.

Me reí por lo bajo y escribí la respuesta.

Vince: Vaya, mándalo al infierno.

Leila: Hasta el diablo lo devolvería.

Vince: Entonces es un tipo duro, me gusta.

Dejé el teléfono sobre las piernas y me encendí el cigarrillo.

Leila: «Duro» no es uno de los primeros adjetivos que me vienen a la cabeza cuando pienso en él.

Cogí el móvil de nuevo.

Vince: ¿Y qué se te pasa por la cabeza cuando piensas en él?

Leila: La mayoría de las veces, que es un auténtico idiota.

Su respuesta me arrancó otra carcajada.

Di unas cuantas caladas y me quedé mirando un punto vacío de la habitación mientras valoraba si escribirle o no lo que tenía en mente.

Al final, decidí correr el riesgo.

Vince: Ley…

Leila: ¿Sí?

Vince: ¿Sabes manipular una caja fuerte?

Me quedé mirando el teléfono, apretado en la mano, a la espera de ver aparecer los tres puntitos en la pantalla. Nada.

Vince: ¿Sigues ahí?

Seguía sin responder. Ni siquiera lo había leído, maldita sea.

Aparté la colcha, apagué el cigarrillo en el cenicero de la mesita y me levanté de la cama.

Ley no era el tipo de persona que se escandalizaría por una pregunta como esa. No sabía mucho sobre su pasado, pero sí sabía a ciencia cierta que Thomas se había metido en un montón de problemas cuando vivía en Portland. Y Leila me había dado la impresión en algunas ocasiones de que le había cubierto las espaldas y de que había aprendido de él muchas más cosas de las que estaba dispuesta a admitir. Además, sabía que era capaz de forzar cerraduras y abrir puertas cerradas con llave: lo había visto con mis propios ojos en el pasado.

Dejé el teléfono en la cama y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, di un respingo hacia atrás y solté un grito de miedo, un grito del que seguro que me avergonzaría el resto de mi vida.

—¡Shhh! —exclamó Leila plantada en el umbral. Me dio una palmada en el pecho—. ¿Quieres despertar a todo el mundo?

Entró en mi habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¡Joder, casi me da un infarto! —Me masajeé el punto donde me había golpeado, a ella no parecía importarle. Mi corazón seguía latiendo a toda velocidad.

—¿Se puede saber qué demonios se te ha ocurrido? —La habitación estaba a oscuras, pero algunas luces del jardín se filtraban a través de las ventanas mojadas, y vi que Leila me observaba con el brazo apoyado con firmeza sobre la cadera izquierda.

El pijama de seda que le había prestado Janelle le iba como un guante. Cuando cometí el error de bajar la vista hacia el escote, me di cuenta de que probablemente no llevaba sujetador.

La garganta se me secó al instante y el dolor en el pecho se transformó en una oleada de calor que me obligó a apartar la mirada.

Ya había sido bastante difícil contener el impulso de besarla cuando la había aprisionado contra la columna del ClubSeven. O cuando la había visto inclinada sobre mi mesa de billar, con esas piernas kilométricas tentándome y haciéndome desear que las cosas entre nosotros fueran distintas.

Pero tenerla a un paso de mí, en mi dormitorio, consciente de lo que «no» llevaba bajo aquella ropa, acabaría destrozando mi ya de por sí frágil autocontrol.

Me acerqué al escritorio, cogí la botella de agua que había traído conmigo y bebí un par de tragos mientras intentaba ordenar mis pensamientos.

—¿Y bien? —insistió.

—Justo iba a buscarte para hablarte de ello —dije al fin, y dejé la botella.

Cuando volví a mirarla, cruzó los brazos y entrecerró los ojos.

—Te escucho.

—Bueno, he pensado que, como mi padre no está, podría aprovechar y echar un vistazo por ahí.

—Estoy segura de que manipular una caja fuerte es mucho más que «echar un vistazo por ahí» —puntualizó.

Suspiré y me pasé una mano por la frente.

—Quizá así consiga algunas respuestas.

—¿Qué tipo de respuestas?

—Cualquier cosa que explique el registro del FBI en plena madrugada en mi casa, en la casa de un senador.

Permaneció en silencio unos segundos mientras sopesaba mis palabras. Entonces añadí:

—Tengo que saber qué está pasando. Si el FBI está metido en esto, significa que hay algo gordo. Podrían estar investigándolo por corrupción, fraude, blanqueo de dinero o quién sabe qué más. Callum hará todo lo posible por taparlo, y no puedo volver a Corvallis dejando a Sierra a merced de una situación tan grave de la que no sé nada.

Leila bajó la mirada un momento para reflexionar, luego volvió a levantar la cabeza para observarme.

—¿Estás seguro al cien por cien de que quieres hacerlo?

No tuve que pensarlo ni un segundo. Asentí.

—Segurísimo.

—De acuerdo, entonces —susurró—. Te ayudaré.

—¿En serio? —Intenté disimular mi sorpresa, pero la voz me traicionó.

Se encogió de hombros.

—No sé si lo conseguiré, depende del tipo de caja fuerte. Pero puedo intentarlo.

El mero hecho de que estuviera dispuesta a ayudarme en semejante locura ya era suficiente.

Acorté la distancia entre nosotros y me detuve a un paso de ella. Tuve que contener el impulso de hacer algo estúpido, como colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias.

Ella negó con la cabeza.

—Lo hago solo porque, si te dejara solo, tardarías menos de cinco segundos en meterte en problemas.

—Debería sentirme ofendido —protesté, aunque no podía decir que estuviera equivocada.

—Tal vez… —El destello de diversión que vi en sus ojos me arrancó una pequeña sonrisa. Fui hasta mi cama y cogí el móvil para encender la linterna—. Tenemos que ir con cuidado, porque mi padre no puede darse cuenta de nada —le advertí.

—Las infinitas cámaras que hay en esta casa podrían ser un problema, ¿no te parece?

—De eso me encargo yo.

Me lanzó una mirada escéptica, como diciendo: «Más te vale que sepas lo que haces». Sin añadir nada más, volví junto a ella y la conduje hacia la puerta. Antes de llegar al despacho, me aseguré de bajar el interruptor general desde el cuadro eléctrico para desactivar el sistema de vigilancia.

—¿No crees que tu padre podría sospechar por esta interrupción repentina de las cámaras? —susurró a mi espalda.

—Con la tormenta de esta noche no será difícil hacerlo pasar por un simple apagón.

Leila inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera valorando mi respuesta, luego asintió.

—Claro.

—Ahora sígueme. —Con el dorso de la mano le rocé el brazo y avanzamos juntos hacia el despacho de mi padre.

Capítulo 30



Vince

La habitación estaba en penumbra y todo seguía revuelto, tal y como la habían dejado los hombres del FBI después del registro. Cerré la puerta y me aseguré de no tocar nada. Si no habían encontrado nada comprometedor entre todo aquel papeleo, significaba que lo que buscaban estaba muy bien escondido. Estaba convencido de que las respuestas estaban encerradas en la caja fuerte.

—¿Dónde está? —preguntó Leila; su voz era apenas audible.

—Ahí detrás. —Hice un gesto con la cabeza y señalé un panel de la estantería que había al fondo de la habitación.

Leila frunció el ceño, confundida, mientras yo me acercaba a los libros colocados en un estante inferior. Metí los dedos detrás de un tomo de economía y pulsé un pequeño interruptor oculto.

Oí el ligero zumbido de los engranajes al ponerse en marcha. El panel de la estantería se desplazó hacia delante unos milímetros y luego se deslizó hacia la izquierda para revelar un nicho secreto del que emergía una caja fuerte empotrada de forma perfecta en la pared. Todavía recordaba la sensación de asombro que había

experimentado de niño cuando vi cómo mi madre movía los libros para revelar aquel escondite inesperado.

—Aquí está —dije; retrocedí un paso para que pudiera verla mejor.

Leila permaneció un instante en silencio, con las cejas un poco arqueadas y la boca entreabierta.

—¿Ya no se esconden detrás de los cuadros?

—A Callum no le gustan los cuadros —respondí. Observé la caja fuerte junto a ella—. ¿Crees que podrás abrirla?

La examinó con atención, luego inspiró hondo y negó con la cabeza.

—Es una caja fuerte de última generación, lo que significa que tendrá varios dispositivos de cierre para asegurar la puerta en caso de que alguien intente forzarla. —Me miró y supe cuál sería su respuesta antes de que la dijera en voz alta—. Básicamente, es imposible abrirla sin dejar rastro.

Suponía que sería una tarea complicada, pero aun así me sentí decepcionado.

—Lo siento —dijo—. Podemos hacer algunas pruebas e intentar adivinar la combinación, pero, suponiendo que sea una secuencia de seis cifras, sin conocer los números exactos tendríamos al menos un millón de combinaciones posibles.

—Que son demasiadas —murmuré, desanimado.

—Puede que tu padre haya escondido el código por aquí, en alguna parte. —Los ojos de Leila recorrieron cada rincón del despacho hasta que se detuvieron en la enorme estantería que teníamos frente a nosotros—. Las personas con una adicción tienden a esconder las sustancias de las que abusan en los lugares más

insospechados. A veces, por miedo a que alguien las descubra, y otras, simplemente porque no quieren compartirlas. —Habló en voz baja, como si reflexionara para sí misma. Luego volvió en sí, parpadeó y se aclaró la garganta—. La clave es averiguar cuál es el único lugar donde, según él, nadie buscaría jamás.

Volvió a mirarme; parecía que esperaba que me pusiera manos a la obra.

Vacilé un instante, luego me acerqué al escritorio y abrí el primer cajón: solo encontré algunos bolígrafos, tarjetas de visita y una calculadora. Probé con el segundo, pero allí tampoco había nada útil.

—¿Los cajones del escritorio? ¿En serio? —Leila trató de sofocar una carcajada—. Y pensar que te consideraba el más brillante de los dos.

Resoplé y cerré el cajón de golpe.

—Lo he intentado.

—Habría sido una opción demasiado obvia —replicó, divertida—. ¿Alguna vez has oído hablar de Richard Feynman? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Era físico. Premio Nobel en 1965. Durante el Proyecto Manhattan se divertía abriendo cajas fuertes y cámaras acorazadas, aunque no conociera la combinación. —Hizo una pausa, como si esperara una reacción por mi parte. Yo la observaba e intentaba averiguar adónde quería llegar, pero la verdad era que no tenía ni idea de lo que hablaba. Lo único que sabía era que me parecía muy *sexy* mientras desgranaba información y su mente trazaba quién sabía qué plan—. Según Feynman, las personas tienden a elegir combinaciones con un significado personal: cumpleaños, aniversarios, números repetidos o fechas fáciles de recordar. —Se

movió lentamente hacia delante y deslizó los dedos por los lomos de los libros que había frente a ella—. También decía que, a menudo, esos números acaban escritos en un papelito escondido cerca de allí. Normalmente, muy cerca de la caja fuerte. —Extrajo un libro y lo hojeó antes de sacudirlo ligeramente. No cayó nada. Lo devolvió a su sitio y cogió otro.

Me acerqué a ella.

—O sea… ¿crees que mi padre podría haber escondido el código de la caja fuerte dentro de alguno de estos libros?

Leila se encogió de hombros sin dejar de hojear los ejemplares.

—No sería ni el primero ni el último en hacerlo.

Suspiré, escéptico. Pero al final la imité. Aunque no creía que eso fuera a llevarnos a ninguna parte, empezamos a revisar libro tras libro.

Pasaron varios minutos en un silencio cargado de expectación hasta que, de uno de los libros que había en el centro, un viejo ejemplar encuadernado en tapa dura desgastada, se deslizó un trocito de papel doblado en cuatro; tenía los bordes amarillentos por el paso del tiempo.

Mi mirada se cruzó con la de Leila; ella tenía los ojos tan abiertos como yo.

—¿Será lo que creo que es? —pregunté, incrédulo.

Leila parpadeó; parecía tan sorprendida como yo. Se inclinó para recogerlo. Lo abrió con cuidado y sus ojos se hicieron todavía más grandes al leerlo.

Asentí. Y el corazón me empezó a martillear en el pecho.

Se incorporó y me tendió el papelito.

—Uno, uno, cero, tres, dos, cero. ¿Te dice algo?

Entrecerré los ojos mientras intentaba relacionar aquellos números con algo familiar. Luego, de repente, se me encendió la bombilla.

—Espera… el 3 de noviembre de 2020. Es el día en que lo eligieron senador.

—¿Lo ves? —Leila sonrió, satisfecha—. Feynman tenía razón. La gente siempre elige fechas importantes.

Apunté la linterna del móvil hacia el teclado de la caja fuerte para iluminarlo y pulsé los números de la combinación.

Un clic seco rompió el silencio y ambos nos tensamos. Luego sonó otro ruido. La cerradura se desbloqueó y la puerta de la caja fuerte se entreabrió.

—Hostia, se ha abierto —exclamé incrédulo.

—Hostia, ha funcionado —exclamó ella.

No perdí ni un segundo y me dispuse a descubrir qué guardaba mi padre allí dentro. La luz de mi teléfono reveló una pila de expedientes, papeles enrollados, un par de sobres sellados y… billetes. Había tantos fajos ordenados a la perfección y sujetos con gomas elásticas que ni siquiera sabría por dónde empezar a contarlos.

—Guau. Mira aquí, ¿tu padre está preparando una huida a un paraíso fiscal o son los ahorros para la compra de la semana? —intervino Leila con su típica ironía mordaz.

Tomó uno de los fajos de la caja fuerte y pasó el pulgar por los bordes para hojearlo rápidamente, con lo que se produjo un leve frufrú. A continuación, se lo acercó a la cara e inhaló profundamente.

—Ah, el inconfundible olor de la supremacía. Ahora que lo pienso, me merecería una recompensa semejante por haberte ayudado a infringir la ley, ¿sabes?

Bufé con una leve sonrisa.

—Encontraré la forma de recompensarte cuando hayamos terminado. ¿De acuerdo, Bonnie?

«Bonnie», en honor a los viejos tiempos. Por cómo me miró, comprendí que Leila había pillado la referencia.

—¿Todavía te acuerdas? —me preguntó con la voz teñida de nostalgia.

Jamás olvidaría aquella noche. Durante una fiesta en la fraternidad de Matthew Ford, Leila se había encerrado en la habitación de su hermano para ver *Bonnie y Clyde* mientras Thomas había salido corriendo a la otra punta de la ciudad cuando se enteró de que Vanessa lo había ido a buscar a la residencia universitaria.

Yo había ido a hacerle compañía a Leila. Pero cuando habíamos visto casi media película, me di cuenta de que estar a su lado era un suplicio, porque había bebido unas copas de más, ella estaba guapísima y yo apenas podía contenerme para no cometer alguna estupidez. Así que le propuse que le diéramos un giro a la noche, solo para distraerme.

La convencí y acabamos colándonos en el Memorial Union, el edificio más grande del campus, que a aquellas horas estaba desierto. Leila burló las cámaras de vigilancia y consiguió forzar la cerradura de una entrada secundaria con una facilidad que me dejó pasmado.

—Si Bonnie te viera ahora mismo, estaría orgullosa de ti —le había dicho entre la sorpresa y la admiración.

—Recuerda que toda Bonnie necesita a su Clyde… Veamos si estás a la altura. —Con una risa traviesa me tendió una horquilla; fui yo quien forzó la siguiente puerta siguiendo sus instrucciones.

Una vez dentro, nos comportamos de la peor forma posible. Gritamos por los pasillos, dibujamos unos bigotes ridículos en los retratos de los fundadores colgados en las paredes. Luego nos colamos en la cafetería, saqueamos los helados del congelador como dos niños rebeldes y dejamos una nota sobre el mostrador de la cocina antes de marcharnos que decía: «Bonnie y Clyde os dan las gracias por el banquete».

Nos lo habíamos pasado en grande. Me divertí mucho con ella, pero, por encima de todo, deseé con todas mis fuerzas que fuera ella quien se divirtiera.

—No ha pasado tanto tiempo —respondí, mientras el recuerdo de aquella noche se desvanecía en mi mente.

—¿Eso crees? Si no recuerdo mal, hacía poco que había empezado primero.

—Bueno, eso significa que aún tengo una memoria excelente, lo que demuestra que, de los dos, el más brillante sigo siendo yo. —Le quité el fajo de billetes de la mano y lo devolví a su sitio.

—Claro, cómo no —replicó con una media sonrisa divertida—. Vamos, Clyde, manos a la obra.

Volvió a concentrarse en la caja fuerte y yo hice lo mismo. Saqué una carpeta amarilla y empecé a hojear el contenido. A mi lado, Leila había cogido otra.

—Parecen documentos legales —dijo tras echar un primer vistazo.

Empecé a leer las hojas que tenía entre las manos y enseguida distinguí el justificante de una transferencia realizada a un tal

Quentin Lorenz: era una cantidad exorbitante, pero aquel nombre no me decía nada. Al pie del documento había una firma, la de mi padre. La fecha reciente encendió todas mis alarmas.

—Esto de aquí parecen… ¿proyectos?, ¿contratos? —Leila estaba pasando las páginas de un documento lleno de gráficos, números y firmas; parecía confundida—. Creo que tienen que ver con su campaña electoral. ¿Hay algo más ahí dentro? —Alargó la mano y sacó más carpetas de documentos, entre ellos los papeles del divorcio de mis padres y una pequeña agenda con una lista de números de teléfono sin nombres que los acompañaran.

Yo saqué otro expediente; contenía una hoja de tamaño A4 doblada en el interior. Cuando la abrí, lo primero que vieron mis ojos fue el nombre de la clínica donde estaba ingresada mi madre y todos sus datos personales. El corazón empezó a latirme cada vez más fuerte.

Mientras Leila estaba concentrada en otros documentos, me aparté hasta llegar junto a la ventana y revisé el contenido del dosier. Aparecían su diagnóstico —psicosis paranoide—, el tratamiento prescrito y la fecha de ingreso. Una frase en negrita me golpeó con tanta fuerza que mis piernas estuvieron a punto de ceder.

«Visitas no autorizadas por disposición del tutor legal».

Aunque ya se habían divorciado, Callum se había convertido en su tutor legal en el momento en que los médicos habían declarado clínica e injustamente que mi madre no estaba en pleno uso de sus facultades mentales.

Parpadeé; estaba en *shock.* Una parte de mí siempre había sospechado que él se encontraba detrás de aquella decisión, pero

ver la confirmación por escrito fue como recibir un puñetazo en el estómago.

La misma fecha volvía a aparecer, por lo que creer en las casualidades era muy difícil.

—¿Vince? —La voz suave de Leila resonó en mis oídos—. ¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo comprometedor?

No respondí. Era incapaz de hablar. Ella se acercó despacio, antes de que pudiera detenerla, me quitó el documento de las manos. Vi que lo leía atentamente. Cuando llegó al punto clave, se quedó petrificada.

—Su tutor legal…

—Mi padre.

Abrió los ojos de par en par y me miró.

—No puede ser verdad.

—Lo es. —Señalé el expediente que había revisado justo antes, el de la transferencia a Quentin Lorenz—. Mira las fechas. Coinciden.

Leila volvió a la caja fuerte para buscar el justificante e intentar darle un sentido a todo aquello.

—¿Conoces a este tipo? ¿Trabaja en la clínica?

—No, lo más probable es que solo sea un testaferro. El que cobra el dinero y luego se lo hace llegar a ellos para que la operación no pueda relacionarse con la clínica.

Leila permaneció en silencio durante unos segundos. Vi que se mordía el labio, como si buscara las palabras adecuadas. Al final, habló en voz baja.

—¿Por qué motivo tu padre pagaría a la clínica para impedirte ver a tu madre?

Me froté la cara con una mano y suspiré profundamente.

—No lo sé, pero si está dispuesto a pagar tanto dinero para mantenerla aislada, significa que mi madre sabe algo que podría destruirlo.

Bajó la mirada y apretó la hoja que aún tenía entre las manos.

—¿Crees que el FBI estaba buscando este documento?

Negué con la cabeza, abatido.

—¿Por qué el FBI tendría que preocuparse por mi madre? No, creo que hay algo más.

—¿Y qué harás ahora?

Tenía la respiración irregular; la rabia que sentía se mezclaba con una sensación de impotencia que me oprimía el pecho.

No podía hacer nada.

No tenía permiso para ver a mi madre y descubrir qué estaba pasando. Confesarle a mi padre que había encontrado estos documentos sería contraproducente, porque hallaría la manera de borrar cualquier rastro y salir limpio de todo esto. Nunca había podido ponerlo entre la espada y la pared. Podría denunciarlo, pero entonces Sierra lo descubriría todo. La idea de que pudiera verse arrastrada por un escándalo, cuyas dimensiones yo mismo ignoraba, me paralizaba.

Tal vez, lo mejor que podía hacer por ahora era guardarme aquella información para mí. Tenía una ventaja sobre él. Tan solo debía averiguar cómo utilizarla y esperar el momento adecuado para atacar.

—Irme a dormir, supongo —dije resignado.

—¿A… a dormir? —repitió, boquiabierta, mientras parpadeaba—. ¿Hablas en serio?

—Sí. Dejémoslo todo en su sitio y volvamos arriba. —La dejé atrás, me acerqué a la caja fuerte y empecé a guardar los documentos en su interior.

—Pero, Vince… —farfulló desconcertada—. Acabas de descubrir que tu padre…

Me giré hacia ella y la interrumpí antes de que terminara la frase.

—Lo sé, Ley. Sé perfectamente lo que he descubierto. —La voz me salió más brusca de lo que pretendía, así que respiré hondo y suavicé el tono. Leila no tenía la culpa; no quería usarla como una válvula de escape—. Pero tengo que pensar en hacer lo correcto. Si esta historia —sea lo que sea— estallara, mi hermana se vería involucrada. No puedo correr ese riesgo.

Mis palabras parecieron afectarla porque se quedó callada. Luego se mordió el labio y asintió lentamente.

—Eso lo entiendo. —Se acercó y me tendió la hoja—. Pero al menos hazles fotos, podrían serte útiles si estos documentos acabaran desapareciendo.

Sí, era una buena idea. Lo habría pensado yo mismo si la rabia no me hubiera ofuscado.

Después de sacar las fotos, me aseguré de dejarlo todo justo como lo habíamos encontrado y salimos del despacho. Cuando regresamos al primer piso y nos detuvimos frente a nuestras habitaciones, el silencio pareció volverse más espeso, casi opresivo.

Estaba a punto de darle las buenas noches, esta vez de verdad, cuando ella apoyó una mano en mi hombro desnudo. Me pareció sentir su contacto delicado hasta en los huesos. Tuve una necesidad casi incontrolable de abrazarla, pero me contuve.

Temía la reacción de mi propio cuerpo. La vulnerabilidad de mi mente. Me conocía demasiado bien. Después de todo lo que había pasado, perderme entre las piernas de una chica era el tipo de evasión que habría buscado. Pero con ella no podía hacer tonterías.

—No tenemos por qué despedirnos. Podemos hablar, si quieres. Escuchar un poco de esa música que tanto te gusta… o incluso no hacer nada, si lo prefieres —sugirió.

—¿Qué dices? —pregunté, confundido.

—Que no quiero dejarte solo.

—Todo va bien, no te preocupes.

—No mientas. Nunca se te ha dado bien hacerlo.

Bajé la cabeza y un pequeño suspiro escapó de mis labios.

—Vale, no estoy bien. Es evidente. Pero puedo apañármelas solo.

—Ya sé que puedes hacerlo. —Leila dio un paso hacia mí; su voz ahora era apenas un susurro—. Te estoy diciendo que no quiero que lo hagas. —Me acarició todo el brazo hasta tomarme la mano. La apretó con la suficiente fuerza para dejarme claro que no pensaba irse—. Tenemos nuestras diferencias, lo sé. Y mañana seguirán ahí, desde la primera hasta la última. Pero esta noche hagamos como si no existieran. Déjame ser para ti lo que tú siempre has sido para mí.

La miré e intenté descifrar cada matiz de su mirada.

—¿Qué he sido para ti?

—Alguien presente. —Su respuesta me dejó sin palabras. Pero lo que más me desconcertó fue el abrazo que me dio justo entonces.

Desde que la conocía, podía contar con los dedos de una mano las veces que se había permitido un gesto como ese. Pensé que debía de darle muchísima pena si en cuestión de unas pocas horas

ya me había concedido dos. Pero no importaba. Aceptaría aquel abrazo sin rechistar.

Le rodeé la cintura con los brazos y la estreché contra mí. Sentí cómo su cuerpo se adhería al mío con una naturalidad desarmante. Un calor familiar me atravesó el pecho y se extendió por todas partes. Por un momento tuve la certeza de que todo estaba en su lugar.

Cuando se apartó, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular la amargura que me provocó aquella separación. Pero no me soltó la mano. Abrió la puerta de mi habitación y me arrastró al interior sin ninguna prisa.

—Ley… —intenté decir, pero me calló con una mirada tranquilizadora.

Cerró la puerta a mi espalda. Cuando la cerradura hizo clic, inspiré bruscamente.

Era consciente de que tenerla en mi cama, aunque solo fuera para hablar, sería como echar gasolina sobre el fuego de los impulsos que intentaba mantener bajo control con desesperación.

Y, honestamente, no sabía cuánto podría resistir.

Diez minutos después, estábamos tumbados en mi cama con algunos cojines colocados entre nosotros formando una especie de barrera. Los había puesto yo para recordarme a mí mismo la línea que nunca debía cruzar, y ella no se había opuesto.

El ruido de la lluvia llenaba la habitación mientras estábamos tumbados sobre la colcha. Yo tenía un brazo detrás de la cabeza. Leila estaba de lado y me observaba mientras jugueteaba con el borde de la almohada.

A decir verdad, no habíamos hablado mucho. A pesar del resentimiento que había alimentado hacia ella después de nuestro beso en el ascensor y la decepción que había sentido durante los días siguientes al verla con Ethan como si no hubiera pasado nada, era innegable que su presencia conseguía aliviar un poco aquel peso que me oprimía el pecho.

—¿Cómo acabaste jugando al *hockey?* —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Me tomé un momento para reflexionar con la vista puesta en algún punto indefinido frente a mí.

—Empecé a los seis años. Mi padre jugó en los noventa, pero tuvo que dejarlo por una lesión. Antes que Callum, mi abuelo también formó parte de los Detroit Red Wings. Fue él quien me empujó por primera vez hacia ese camino.

—Parece que tu familia lo lleva en la sangre. —Me sonrió.

—Supongo que sí.

—¿Hay algún equipo de la NHL interesado en ti?

—Tal vez. Pero todo dependerá de cómo termine la temporada.

—Entonces, ¿quieres seguir los pasos de tu abuelo? ¿Con los Detroit Red Wings? —Inclinó la cabeza ligeramente y me dedicó una de las miradas más dulces que le había visto jamás—. El sueño de tu vida.

Asentí. Era mi sueño desde niño, cuando mi abuelo y yo veíamos juntos los partidos. Haría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo.

—Me parece increíble. Fuiste la primera persona de quien me hice amigo en Corvallis… —Su voz descendió un tono, como si estuviera

reflexionando sobre lo que iba a decir—. Será raro no verte por aquí cuando te marches, dentro de unos meses.

—No desapareceré —me apresuré a tranquilizarla, pero no estaba del todo seguro de que fuera a ser así. En el fondo, no había nada que me mantuviera atado a Corvallis. Mi familia no vivía allí. Mis amigos se acabarían marchando, igual que yo. Thomas ya se había trasladado hacía un par de años. Y Leila, cuando terminara la universidad, también se iría quién sabía adónde.

—Claro que desaparecerás. —Rio por lo bajo, pero en sus ojos me pareció entrever una sombra de melancolía—. Es el destino de todas las estrellas mundiales del deporte. Serás aclamado, venerado; la gente se volverá loca cuando te encuentre por la calle y se tirará de los pelos con tal de hacerse una foto contigo.

—Ese ascenso a la fama parece la hostia de divertido —comenté. Ella se rio y yo no pude evitar hacer lo mismo—. ¿Y tú qué harás? —pregunté con curiosidad.

Leila se puso boca arriba; tenía las manos entrelazadas sobre el vientre y la vista clavada en el techo.

—No lo sé. Podría intentar dedicarme al periodismo, pero… a veces pienso que no es para mí.

—¿Por qué no? Se te da bien.

—Es posible, aunque de vez en cuando tengo la sensación de que persigo ese objetivo solo porque parece la decisión correcta, no porque sea lo que quiero en realidad.

Me giré para ponerme de lado y apoyé la cabeza en la palma de la mano para verla mejor.

—Entonces, ¿qué querrías hacer de verdad?

Leila se volvió hacia mí y se mordió el labio.

—Recorrer la Ruta 66. Ver los pingüinos de la Antártida. La aurora boreal en Laponia y las pirámides de Egipto… Me gustaría explorar el mundo.

—Hazlo.

Ella resopló con suavidad y negó con la cabeza.

—No es tan fácil para gente como yo.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque, para empezar, la vida para quien no tiene medio millón de dólares en una caja fuerte es un poquito más complicada —ironizó—. Además, no lo sé, nunca lo he pensado en serio. No es más que una de esas listas de objetivos que haces a las dos de la madrugada cuando no puedes dormir. Te dices que algún día harás todo eso, pero en el fondo sabes que no sucederá jamás.

—No necesitas medio millón para ver pingüinos. Y tampoco tienes que hacerlo todo de golpe. Tienes toda la vida por delante y ningún obstáculo insalvable ante ti; poco a poco podrás conseguir todo lo que quieras.

Ella no respondió y volvió a mirar el techo. Aquella conversación quedó suspendida entre las paredes de mi habitación. Yo también me tumbé de nuevo boca arriba.

Fuera ya empezaba a amanecer; no habíamos pegado ojo en toda la noche. Había bajado las persianas para sumir la habitación en la oscuridad y el silencio, interrumpidos tan solo por la lluvia, que era cada vez más intensa. El estruendo lejano de un trueno hizo que Leila se tensara; lo hizo de forma casi imperceptible, pero aun así lo advertí.

—Será mejor que intentemos descansar al menos un par de horas antes de que llegue tu padre. Después nos espera otro viaje en

coche —dijo mientras se giraba hacia el otro lado y me daba la espalda.

Pensé en la reacción de Leila ante la tormenta cuando estuvimos en la cabaña de Nate y las palabras de Sam flotaron en mi mente.

—Ley, ¿por qué te asustan tanto las tormentas?

—No me gustan, ya lo sabes —respondió secamente, sin siquiera darse la vuelta.

Era mentira. Mejor dicho, no era toda la verdad. Había algo que se negaba a contarme, estaba seguro de ello. Del mismo modo que también estaba seguro de que se había girado adrede para ocultar cualquier rastro de lo que sentía en ese momento.

—Sí, lo sé, pero a veces no parece que…

—Vince —me interrumpió con un tono tan áspero que me callé al instante. Permanecí a la espera de que dijera algo más. Cuando habló, fue lapidaria—: Quiero dormir.

Capítulo 31



Leila

Me despertó un calor insólito pero agradable que me rodeaba la espalda y la cadera. Abrí los ojos lentamente y parpadeé un par de veces para acostumbrarme a la luz que inundaba la habitación.

Una habitación que tardé unos segundos en reconocer por estar aturdida. Poco a poco empecé a recordar: estaba en la habitación de Vince, ya era por la mañana y había dejado de llover. Aun así, recordaba las persianas bajadas y… Miré el espacio vacío a mi lado; me di cuenta de que ya no estaba en el mismo lado de la cama en el que me había quedado dormida.

Me había movido al otro extremo.

La barrera de cojines que Vince había colocado entre nosotros para delimitar nuestros espacios había desaparecido.

Cuando miré hacia abajo y vi su mano apoyada en mi cintura, contuve el aliento al comprender que el calor que sentía contra la espalda emanaba de su cuerpo.

El corazón empezó a martillearme contra el esternón. Presa del pánico, pensé en escabullirme a la habitación de al lado antes de que Vince se despertara y se diera cuenta de la situación.

Hice ademán de apartar su mano de mi cintura, pero un pequeño movimiento a los pies de la cama captó mi atención.

Cuando levanté la cabeza, me encontré con dos grandes ojos claros que me observaban abiertos de par en par, iguales que los de un pequeño tarsero.

Casi me da un infarto.

Me incorporé de golpe sujetando la manta contra el pecho, aunque no tenía nada que cubrir. En el suelo distinguí los cojines que, evidentemente, había tirado al suelo mientras dormía.

—Ey, hola… —balbuceé mientras me esforzaba por dedicar la sonrisa más cariñosa que pude a la niña. Sin duda, tenía que ser la hermana de Vince. Eran como dos gotas de agua.

—No te había visto nunca, ¿quién eres? —En su vocecita aguda había una pizca de recelo y curiosidad que la hacía adorable.

—Me llamo Leila. —Me coloqué el cabello despeinado detrás de las orejas con la absurda intención de estar presentable ante una niña de siete años, mientras Vince se movía aún dormido bajo la colcha.

Sierra me observó con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

—¿Por qué duermes con mi hermano?

De todas las preguntas posibles, aquella era la única que esperaba que no me hiciera, y tuvo el poder de sumirme en el bochorno más absoluto.

Me aclaré la garganta justo cuando Vince, en un gesto involuntario, me rodeó la cintura con más fuerza. Me tensé al percibir su contacto.

Con cierta torpeza, aparté su mano. Él masculló unas palabras ininteligibles, pero no le hice caso. Estaba más ocupada intentando

encontrar una respuesta adecuada, aunque mi cerebro se había quedado en blanco.

Por suerte, justo en ese momento Vince abrió los ojos. Se los frotó con toda la calma del mundo y luego nos echó un vistazo a mí y a su hermana, que seguía a los pies de la cama.

Casi podía ver los engranajes de su mente poniéndose en marcha mientras intentaba darle sentido a la escena que tenía delante.

—¡Por fin, dormilón! He subido las persianas para despertarte, pero has seguido roncando como un tractor. —Sierra se abalanzó sobre su hermano y empezó a saltar sobre el colchón mientras reía a carcajadas.

Su pelo, larguísimo y rubísimo, oscilaba sobre su espalda a cada salto entre los gemidos ahogados de Vince. Aquella escena me arrancó una sonrisa y me desplacé hacia el borde de la cama para dejarles un poco de espacio.

—Hola, Terremoto —murmuró él con la voz ronca por el sueño—. ¿Qué haces despierta tan pronto después de lo que pasó anoche?

—He oído a papá, ha vuelto, y me he despertado. ¿Quieres que te dé una buena noticia? Hoy puedo quedarme en casa y no ir al cole.

La expresión de Vince se volvió más seria.

—¿Papá ha vuelto?

Sierra asintió y luego se dejó caer entre nosotros con un suspiro teatral. Estiró las piernas sobre la colcha arrugada, cruzó los brazos sobre el pecho y me dedicó una sonrisa pícara.

—¿Eres su novia?

La garganta se me secó por segunda vez y sentí que las mejillas me ardían.

—Oh, no… no, yo… —tartamudeé como una tonta mientras Vince contenía una risita—. Solo soy una amiga —dije al fin con un esfuerzo descomunal.

La pequeña arrugó la nariz mientras reflexionaba sobre mis palabras.

—Pero si solo sois amigos, ¿por qué dormís abrazados?

Tierra, trágame.

—Muy bien, princesa —intervino Vince, que le revolvió el pelo antes de levantarse de la cama—. ¿Qué te parece si bajamos a desayunar ahora?

Sierra lo observó un instante; parecía como si estuviera valorando si hacerle caso o no. Al final, se encogió de hombros y saltó de la cama.

—¡Vale, pero solo si hacemos tortitas!

—¿Con chocolate? —le propuso su hermano y los ojos de Sierra se iluminaron como si volviera a ser Navidad.

—¡Sí! ¡Con chocolate!

—Entonces serán tortitas con chocolate. Espérame abajo, voy enseguida. —Le hizo un gesto hacia la puerta y Sierra trotó hasta allí a la vez que canturreaba una canción sobre el festín de tortitas que pensaba darse.

Antes de salir, se volvió hacia mí y, con una sonrisa radiante, me preguntó:

—¿Te gustan las tortitas con chocolate?

—Oh, eh, claro —respondí. Seguía un poco aturdida por aquel insólito despertar.

Su sonrisa se volvió incluso más luminosa y un gritito triunfal salió de su garganta.

—¡Voy corriendo abajo!

En cuanto desapareció por la puerta y el silencio cayó sobre nosotros, Vince se volvió para mirarme con una expresión avergonzada en el rostro.

—Buenos días. —Se pasó una mano por el pelo despeinado—. Bueno, ya has conocido a mi hermana.

—Así es. —Me rasqué la punta de la nariz; me sentía un poco torpe. No obstante, no podía esconder que una parte de mí se había divertido con aquella escena entre hermanos.

—Espero que no te hayas sentido incómoda. Sierra es… —Se mordió el labio, seguro que intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Es muy dulce —terminé por él—. Se parece a ti.

—Sí, eso dice todo el mundo.

Recogió los cojines del suelo mientras yo, en un gesto involuntario, me embobé observando su cuerpo cubierto tan solo por los pantalones del pijama.

Las horas de actividad física se reflejaban en sus pectorales definidos, en los músculos robustos del cuello y en sus abdominales esculpidos.

Pensé que poder admirar esa imagen nada más despertarme no estaba mal.

En absoluto.

—¿Todo bien por ahí? —me preguntó. Tenía un cojín bajo el brazo y su voz me devolvió a la realidad.

—Sí, ¿por qué? —lo miré confundida.

—Porque parecías un poco distraída. —Alzó una comisura de su boca.

Lo observé sin pestañear, pero en cuanto capté la indirecta me puse roja como un tomate y apreté los labios en una línea rígida que lo hizo sonreír todavía más.

—Solo estaba dándole vueltas al hecho de que tu hermana nos ha visto durmiendo juntos. Vete tú a saber lo que habrá pensado —balbuceé mientras me levantaba de la cama.

Él asintió y fingió que se tragaba mi excusa; aquel brillo descarado en sus ojos azules —todavía más intensos bajo la luz matutina— decía todo lo contrario.

—Pensará que somos muy buenos amigos —se rio.

—O pensará que, cuando sea mayor, ella también podrá dormir en la misma cama con sus «amigos» —dije enfatizando la última palabra para provocarlo.

La sonrisa se le borró al instante y aquella reacción tan previsible me arrancó una carcajada.

—Quizá debería hablar con ella luego.

—Tal vez sí, buena idea —confirmé.

Entonces añadió:

—No sé si te has dado cuenta, pero esta noche te has movido bastante mientras dormías. —Terminó de recoger los cojines y empezó a hacer la cama.

—¿De verdad? —Le eché una mano, necesitaba hacer cualquier cosa con tal de ocultar mi incomodidad.

—He estado a punto de despertarte, pero te he puesto una mano en el hombro y te has calmado. Luego… te has acurrucado contra mí.

Lo miré en silencio un instante; no abrí la boca.

¿Me había acurrucado contra él?

Dios mío, qué vergüenza.

Él se sonrió mientras yo entrecerraba los ojos.

—Esto te divierte, ¿verdad?

Terminó de doblar el borde de la sábana sobre la colcha y levantó la cabeza para mirarme.

—Podría seguir hablando de ello durante todo el día.

Le dediqué una mueca que lo hizo sonreír todavía más.

—Creo que ha llegado el momento de irme a mi habitación. A vestirme —declaré, roja como un tomate. Estaba descartado quedarme allí un segundo más.

Di unos pasos hacia la puerta, pero antes de llegar Vince vino tras de mí.

—Eh, espera. —Me giré y me encontré con su mirada; estaba serio.

—No te preocupes, ¿vale? —me tranquilizó con aquella dulzura que siempre lo había caracterizado—. No ha pasado nada grave. —Me mordí el labio; no sabía si responder o no. Al final, me limité a asentir y me escabullí de la habitación.

Me refugié en el cuarto de al lado y cerré la puerta con un suspiro antes de apoyarme contra la fría madera.

—Nada grave, claro —murmuré para mis adentros.

Unos quince minutos después, cuando bajé al piso de abajo, descubrí que el desorden había desaparecido y que la casa lucía tan bonita y majestuosa como siempre. Estaba en el vestíbulo y el aroma dulce a la mantequilla de las tortitas me envolvió, mezclado con el chisporroteo de las sartenes.

Al otro lado de la puerta abierta de la cocina, vi a Vince y a Sierra enfrascados en la preparación de las tortitas mientras vertían la

masa sobre la sartén entre risas. Olga, de pie junto a la encimera, estaba limpiando los cubiertos.

Me detuve un instante en el umbral para observar a Vince. A juzgar por el pelo húmedo, se había dado una ducha. Vestía unos vaqueros oscuros y un jersey negro de cuello alto que se ajustaba a sus hombros de una forma deliciosa. Como siempre, parecía ajeno a su atractivo mientras le manchaba la nariz a su hermana con un poco de masa, lo que despertó un chillido en ella.

Sierra no tardó en pagarle con la misma moneda. Cuando Olga se volvió para mirarlos, sacudió la cabeza como si estuviera acostumbrada a sus escaramuzas en la cocina.

Recordé los días en que de pequeña disfrutaba preparando dulces con mi familia.

El domingo era mi día favorito. Mi madre madrugaba y el aroma de las galletas recién horneadas llenaba toda la casa.

Mis hermanos y yo nos escabullíamos de la cama y bajábamos las escaleras a toda prisa. Nos poníamos a su lado y nos dejaba trastear en la cocina. Nos daba porciones de masa, nos enseñaba a cortar las galletas con moldes y canturreaba viejas canciones que ya nos sabíamos de memoria.

Era nuestro momento. El único momento de normalidad que se nos permitía tener.

Nunca duraba mucho.

Bastaba el sonido pesado de los pasos de nuestro padre para que nos tensáramos. Nuestras risas se apagaban, nadie se atrevía a seguir hablando o cantando.

Los dedos de nuestra madre empezaban a temblar, nosotros nos quedábamos inmóviles con la mirada clavada en el suelo, a la espera

de averiguar si pasaríamos aquel día sin problemas o si nuestro padre encontraría una excusa para explotar.

Siempre acababa estallando.

De repente, di un respingo cuando oí la voz de Callum a mi espalda: me volví y lo vi en el pasillo que conducía a la cocina, con el teléfono pegado a la oreja mientras se desgañitaba contra el pobre de turno al otro lado de la línea.

—¡No me interesa lo que digan los informes, Bobby! ¡El FBI no hace un registro de esta manera, sin llevarse nada, por casualidad!

Vi que Sierra, que estaba de espaldas, también se estremecía.

—¡Sabían que estaba en Washington D. C. y decidieron actuar en mi ausencia! —tronó mientras se anudaba la corbata.

Sierra, Vince y Olga se giraron hacia la puerta. En ese momento se percataron de mi presencia, pero todos teníamos puesta la atención en Callum, que pasó junto a mí y se dirigió a las escaleras para ir hasta su despacho.

—Olga, ¿te ocupas tú? —le pidió Vince haciendo un gesto hacia Sierra, que tenía los ojos al borde del llanto. La mujer asintió, dejó los cubiertos sobre la encimera y se acercó a Sierra para consolarla. Siguieron preparando juntas las tortitas.

Vince caminó hasta llegar junto a mí en el pasillo. Cerró la puerta de la cocina con una calma aparente, porque su mirada dejaba entrever el nerviosismo que se agitaba en su interior.

—No quiero que Sierra lo oiga. Puedes quedarte en la cocina con ellas, si quieres.

—No pasa nada, voy contigo —lo tranquilicé. Fui tras él por el pasillo y luego por las escaleras hasta el despacho de su padre, que ya estaba sentado en su butaca con gesto de exasperación.

Seguía hablando al teléfono y sostenía el aparato con tanta fuerza que temí que fuera a romperlo. Parecía que no se había percatado de nuestra presencia ni de que había dejado la puerta abierta.

—Es un mensaje. Quieren que sepa que pueden machacarme en cuanto quieran y que la próxima vez no dudarán en hacerlo. —Se pasó una mano por el rostro y presionó un dedo contra el escritorio —. Si los periodistas piden declaraciones, ¡mándalos a la mierda, Bobby! —estalló, y se levantó de golpe y se giró hacia la ventana—. ¡Quiero el nombre del traidor! Si el gobernador da un paso atrás, estamos jodidos, ¿lo entiendes? —Permaneció callado mientras escuchaba la respuesta tan solo un segundo, porque entonces colgó y lanzó el teléfono contra el escritorio en un arrebato.

Le dio la espalda a la puerta y se quedó inmóvil un momento con las manos en las caderas, bajo la chaqueta. Su espalda subía y bajaba debido a la respiración irregular.

—¿Se puede saber qué está pasando? —exclamó Vince en ese instante, cuando decidió entrar en el despacho. Yo me quedé en el umbral, dispuesta a ponerme a su lado si fuera necesario.

Callum se volvió en un movimiento repentino, tenía la cara roja por la ira.

—Ahora no, Vincent, no es el momento.

—¿Ahora no? ¿Lo dices en serio? —replicó; no aceptaba aquella respuesta—. ¿El FBI entra en nuestra casa en plena noche, lo deja todo patas arriba y lo único que me dices es que no es el momento?

Callum lo miró unos segundos y contrajo la mandíbula.

—Lo tengo todo bajo control, es lo único que necesitas saber —zanjó.

No fue hasta ese momento que sus ojos se posaron en mí. Su expresión mutó de nuevo y se volvió más recelosa.

—¿Y tú quién eres? —Miró a su hijo antes de volver a examinarme con frialdad.

Vince abrió la boca para responder, pero me adelanté.

—Me llamo Leila —dije, y mantuve la voz firme mientras me acercaba a Vince—. Estudio en la Oregon State con su hijo.

Callum me estudió de la cabeza a los pies y se detuvo un segundo más de lo necesario en mi indumentaria. Llevaba la misma ropa que anoche, lo que me había puesto para ir al ClubSeven; a la luz del día no era la mejor elección, era consciente de ello, pero no dejaría que eso me intimidara. Si había alguien que tenía motivos para avergonzarse era él, no yo.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó arqueando una ceja con soberbia.

—Ahora no deberíamos preocuparnos de eso, ¿no te parece? —intervino Vince.

Callum se volvió hacia él y, al fin, le concedió su atención.

—Escucha, hijo, me encantaría quedarme aquí para hablar contigo de todo este asunto, pero, como te imaginarás, hoy hay cosas más importantes que requieren de mi presencia en otra parte.

—¿Hoy? —estalló Vince—. ¿Eso significa que vuelves a marcharte? ¿Cuándo has llegado, hace una hora o dos?

Su padre levantó la vista al cielo; estaba perdiendo la paciencia.

—Es posible que el gobernador quiera verme. ¡No puedo quedarme de brazos cruzados mientras alguien intenta echarme!

Vince resopló y negó con la cabeza.

—Increíble, lo único que te importa es tu campaña electoral y tu trabajo —lo acusó—. Sierra está aterrorizada, papá. Necesita que alguien esté a su lado.

—¡Pues hazlo tú! —replicó Callum, harto.

—¿Y cómo lo hago? —Vince dio un paso al frente y alzó la voz—. ¿Cómo puedo permanecer al lado de mi hermana si resulta que no solo vivo a trescientos kilómetros de aquí, sino que ni siquiera sé qué coño pasa en nuestra familia? Lo único que sé es que el FBI ha puesto patas arriba toda la casa. ¿Sabes cuándo suele intervenir? Cuando alguien infringe las leyes federales, Callum.

Su padre apretó los labios hasta formar una línea fina.

—No he infringido una mierda. Estoy seguro de que se trata de juego sucio por parte de alguno de mis adversarios. Cuando lo haya solucionado todo, volveremos a hablar de ello, te lo prometo. Hasta entonces, Olga y Janelle se ocuparán de Sierra en nuestra ausencia.

Vince no respondió al momento. Bajó la cabeza y una risa amarga se le escapó de los labios.

—¿Sabes qué? No importa. Haz lo que te dé la gana; total, siempre acaba pasando lo mismo. —El desprecio y la decepción que transmitía su voz me golpearon más a mí que a su padre, que lo observó marcharse del despacho con expresión impasible.

Capítulo 32



Leila

Habían pasado unos cuarenta minutos desde que nos habíamos marchado de Olympia. Vince conducía sin decir una palabra, con los ojos fijos en la carretera y la mandíbula tensa, sacudiendo la cabeza de vez en cuando. Cargábamos sobre nuestros hombros con el peso de lo que había ocurrido sin necesidad de hablar de ello: sabía que estaba dándole vueltas a la discusión con su padre y a las sospechas relacionadas con la suspensión de las visitas en la clínica donde se encontraba su madre.

Antes de salir, no obstante, Vince había hecho un esfuerzo por dejar a un lado el mal humor y regalarle a Sierra el desayuno que le había prometido. También nos había acompañado Janelle, que me siguió pareciendo un poco recelosa conmigo.

—Esta es para ti —había dicho Sierra cuando, con la mirada muy concentrada, había dibujado un corazón con una «V» en su interior con sirope de arce y le había ofrecido la tortita a su hermano.

La ternura que encerraba aquel gesto me había golpeado de lleno en el pecho. A él se le había escapado una sonrisa débil y cansada

pero llena de amor; dibujó una carita sonriente sobre la pila de tortitas de su hermana para responder a su gesto.

Cuando llegó el momento de la despedida, Sierra se aferró a su cuello y él le acarició el pelo.

—Volveré pronto, te lo prometo —le susurró al oído y le dio un beso en la frente.

Después de subirnos al coche, Sierra se había quedado en el umbral de la puerta para seguir cada uno de nuestros movimientos con sus grandes ojos al borde del llanto. No se movió hasta que salimos por la verja y desaparecimos tras la última curva para incorporarnos a la carretera.

Si para mí había sido triste dejarla allí, no quería ni imaginar cuánto lo había sido para Vince.

Siempre había ignorado la realidad asfixiante en la que había crecido, una realidad de la que jamás había hablado con nadie.

Por primera vez pensé que en el fondo tal vez nos parecíamos más de lo que nunca habría imaginado. Nadie mejor que yo podía comprender cómo se sentía una persona al darse cuenta de que su propia familia, en lugar de ser un puerto seguro, era un lugar del que huir, poblado de secretos y vergüenza.

—¿Desde cuándo están así las cosas? —pregunté en voz baja, jugando con los anillos que me adornaban los dedos.

—¿A qué te refieres?

—A la situación en tu casa.

Él hinchó las mejillas mientras reflexionaba.

—Desde hace un tiempo, diría. Desde que hace dos años mi padre encerró a mi madre en aquel centro de rehabilitación. A partir de entonces, todo fue degenerando poco a poco. No es que antes

fuera un cuento de hadas, Callum nunca ha sido ningún santo, pero en algún momento el poder se le subió a la cabeza.

—¿Y tu madre? ¿Qué le pasó?

—Tuvo una crisis nerviosa. Vivir así durante años la destruyó. Los focos, la prensa, los rumores constantes sobre amantes jóvenes, los cotilleos… A ojos de la gente, el senador Callum Rise es la imagen de la perfección: un hombre íntegro con una familia envidiable. Tardé un tiempo en entenderlo, pero la verdad es que durante años nos exhibió solo para ganarse el favor de la opinión pública, a mi madre como si fuera un trofeo y a mí como el hijo ideal, la futura promesa del *hockey.* Pretendía que ella apareciera sonriente y devota bajo los focos, mientras en privado él se concedía todas las libertades con otras mujeres. —Hizo una pausa y frunció los labios; tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que aferraba el volante —. Con el tiempo, seguir interpretando el papel de esposa feliz en galas benéficas y apoyarlo con elogios en público se volvió agotador. Entonces pasó a ser un estorbo para su carrera. Poco después llegó el divorcio, seguido de otras crisis nerviosas más graves. Así que mi padre pensó que lo mejor era que se hicieran cargo de ella en una clínica fuera de la ciudad, para que pudiera encontrar algo de paz y tiempo para curarse. Al menos eso fue lo que nos dijo.

Permanecí en silencio unos segundos.

—¿Y fue así? ¿Le sirvió de algo?

Vince asintió.

—En cierto modo, sí. Mi padre me aseguró que la enviaría a uno de esos centros exclusivos con jardines perfectos y terapias de vanguardia para reequilibrar mente y cuerpo. Un sitio donde podría dedicarse a sus aficiones y recuperarse lejos de la presión del mundo

exterior. Lo cierto es que cuando fui a verla las primeras veces estaba mejor. Más tranquila, más serena. Pensé que una vez llegara a esa meta, podría volver a casa. Pero los médicos insistían en que aún no estaba preparada y que, por su bien, teníamos que prolongar el ingreso. —Inspiró hondo—. Cuando quise intervenir, tomar las riendas de la situación, de repente prohibieron las visitas. No entendía por qué la retenían allí, si ella estaba bien. Cada vez que pedía explicaciones, ya fuera a mi padre o a los médicos, me daban respuestas evasivas. Ahora sé que él estaba detrás de todo esto.

Bajé la mirada mientras le daba vueltas a lo que me había contado. No pude evitar sentirme culpable.

—Ahora entiendo a qué te referías.

Él me miró, confundido.

—¿De qué hablas?

—Aquella noche en Mount Hood. Cuando me acusaste de no haber estado ahí cuando me necesitabas.

Vince suspiró y negó con la cabeza.

—No te preocupes, Ley. —Me puso una mano en la pierna y la acarició suavemente. Estaba segura de que quería tranquilizarme, pero su contacto tan solo consiguió hacerme arder la piel. Cuando retiró la mano, el corazón me dio un vuelco al echar de menos ese contacto—. Estaba enfadado, en ningún momento pensé que tuvieras ninguna culpa.

—¿Por qué no me habías hablado de ello hasta ahora? Si lo hubiera sabido…

—¿Habría supuesto alguna diferencia?

No respondí. No sabía qué decir. Tal vez sí, tal vez no.

La noche en que me rechazó, un año atrás, había sido una de las más humillantes de mi vida. Estaba en segundo lugar de la lista, tan solo por detrás de la mañana en que me había despertado desnuda en mi cama, con una notita al lado en la que Travis me felicitaba por mis prestaciones. Me daba a entender que ya había conseguido su objetivo y que a partir de ese momento ya no tendríamos nada más que decirnos.

Aunque la situación no era la misma y la intención no se podía comparar ni de lejos, me había sentido rechazada del mismo modo, humillada e insuficiente.

Vince siempre había dicho que era fría como un iceberg porque nunca permitía que mis emociones me dominaran, pero eso no significaba que no las sintiera, solo que las tenía bajo control.

Desde aquella noche más que nunca había necesitado recordármelo.

Su pregunta quedó flotando entre nosotros, y mi silencio fue elocuente.

Vince volvió a concentrarse en la carretera mientras yo me aplastaba contra el asiento, perdida contemplando distraídamente el paisaje que se deslizaba al otro lado de la ventanilla. Pasó otra hora así, el silencio en el coche se volvió insoportable.

—¿Quieres que ponga algo de música? —propuse; quería intentar aligerar el ambiente.

Asintió. Pulsé el botón de encendido; tras unas interferencias, una melodía familiar empezó a sonar en el habitáculo.

Me sobresalté un poco porque reconocí la canción enseguida: «Every breath you take». Mi reacción no le pasó inadvertida a Vince,

que me miró de reojo. Contuve el impulso de dejarme llevar por el ritmo; no me parecía el mejor momento.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que noté sus dedos tamborileando al compás de la música contra el volante de cuero, casi sin darse cuenta.

—¿La conoces? —Lo miré, sorprendida.

—¿Quién no la conoce?

—Jolín, la cantaba siempre de pequeña. Cuando soñaba con convertirme en una estrella del pop de fama mundial, por supuesto.

Mi confesión lo pilló desprevenido; por primera vez desde que nos habíamos subido al coche lo oí reír. Fue un sonido bajo, casi apagado, pero muy reconfortante.

—Soy incapaz de imaginarte cantando una canción —respondió sin apartar la vista de la carretera.

Arqueé una ceja.

—¿Estás de broma? Tengo una voz estupenda.

—¿En serio?

Asentí con decisión.

—Canté en el coro de la iglesia durante años.

Me miró con escepticismo.

—¿Cantaste en el coro de la iglesia? —Cuando asentí a modo de respuesta, añadió—: Muy bien, veamos.

—¿Qué? Ni hablar, olvídalo. —Negué con la cabeza mientras me reía nerviosa.

Cantar delante de él sería mucho más embarazoso que el despertar de aquella mañana. Vale, quizá no tanto. Nada podía ser más embarazoso que ese momento.

—Venga, no puedes dejarme con la miel en los labios.

—Antes que cantar prefiero volver a pie.

Vince soltó una risita y la tensión de sus hombros pareció relajarse un poco.

—Entonces ya canto yo.

Antes de que pudiera decir nada más, Vince empezó a canturrear el estribillo. Su voz baja y ronca se mezclaba con el timbre de Sting en una combinación inesperada, agradable. No pude evitar sonreír.

—No se me da tan mal, ¿verdad? —comentó al advertir mi mirada de aprobación.

—Si no puedes ganarte la vida con el *hockey,* siempre podrías intentar triunfar en la industria musical.

—Es una opción —me siguió la corriente divertido. Al final yo también me solté y acabamos cantándola juntos.

La atmósfera ligera que se había creado se desvaneció justo cuando la melodía de mi teléfono sonó y el nombre de Ethan parpadeó en la pantalla.

Eché un vistazo a Vince, que en cuanto vio la pantalla dejó de cantar y volvió a ensombrecerse.

Durante un momento pensé en no contestar, pero habría sido raro, así que deslicé el dedo por la pantalla y me llevé el teléfono al oído.

—Hola.

—Hola, ¿estás bien? No he sabido nada de ti desde ayer. —Si no lo conociera, incluso me habría parecido que estaba preocupado por mí.

—Sí, todo bien, estamos volviendo a Corvallis.

—Mejor, porque no ha sido fácil explicarles a mis compañeros que mi novia ha preferido irse con su amiguito en lugar de pasar el

tiempo conmigo.

Fruncí los labios y luché contra el impulso de responderle con las mismas formas.

—Sí, lo entiendo.

—Espero que no hayas hecho nada tan imprudente como para mandar al traste nuestro plan. —Su voz sonó amortiguada, como si hubiera acercado una mano al móvil para que nadie más lo oyera.

Tragué saliva porque, probablemente, la verdad no le habría gustado ni un pelo.

—¿Cómo dices? Perdona, no te oigo bien, aquí casi no hay cobertura —improvisé con la esperanza de esquivar la pregunta.

Oí que inspiraba con fuerza.

—Leila, no me jodas.

—Jo, no te oigo —farfullé—. Te llamo cuando llegue, ¿vale? —Colgué a toda prisa y volví a guardar el teléfono en el bolso con un gesto nervioso.

Por el rabillo del ojo me di cuenta de que Vince había arqueado una ceja; desde luego, él tampoco se había tragado la mentira que le había soltado a Ethan. Decidí volver a mirar por la ventanilla con la esperanza de que no hiciera preguntas.

Una esperanza en vano, porque su voz llenó el espacio del Camaro, que de repente se me volvió demasiado angosto.

—No se lo has contado, ¿verdad?

—¿Eh? ¿De qué hablas?

—De lo que pasó en el ascensor, después del partido contra los Bulldogs.

Me volví para mirarlo.

—Tú tampoco… tú tampoco se lo has dicho a Madison.

—Madison no es mi novia. —El tono con que lo afirmó no dejaba lugar a dudas: estaba harto de tener que repetirlo.

—Es que no quería complicar las cosas —me justifiqué.

—Entonces, supongo que tampoco le dirás nada de lo de esta noche.

—Solo hemos dormido en la misma cama.

A Vince se le escapó una media sonrisa amarga.

—No digo lo contrario. Solo digo que ya son unos cuantos secretos para esconderle a tu novio. —Hizo una pausa y añadió—: En realidad, son unos cuantos secretos en general, teniendo en cuenta que tampoco le has dicho nada de Ethan a Thomas.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué tiene que ver mi hermano?

Vince se encogió de hombros.

—Me llamó la noche antes del partido en New Haven para preguntarme desde cuándo estabais juntos.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Espera, él… ¿lo sabe?

Vince asintió y yo empecé a notar un extraño zumbido en los oídos y la garganta cada vez más seca.

—¿Le dijiste algo? —me apresuré a preguntar, porque si Thomas descubría lo del pacto con Ethan, sería un desastre absoluto en todos los frentes.

—¿Qué se supone que tenía que decirle?

—No lo sé, ¡cualquier cosa!

Vince me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No le dije nada. Fingiré que esta reacción que acabas de tener es normal.

Suspiré. Me froté la cara y después el cuello porque, de pronto, me sentía envuelta por una asfixiante sensación de calor.

—Ley, ¿qué te pasa? —exclamó, preocupado.

Abrí la ventanilla, necesitaba desesperadamente un poco de aire fresco. Asomé la cabeza y cerré los ojos para inspirar hondo. Estaba consiguiendo normalizar la respiración cuando Vince dio un volantazo repentino hacia el arcén, ignorando los cláxones de los demás coches y los insultos de los conductores.

—¿Qué haces? —alcancé a preguntar, con la voz estrangulada y los ojos a punto de salirse de mis órbitas.

No dijo una palabra. Apagó el motor y salió del coche antes de cerrar la puerta de golpe tras de sí. Lo seguí con los ojos, alarmada, y me aferré a la manilla mientras rodeaba el coche hasta llegar a mi lado.

—Baja —dijo con voz suave pero firme.

—No quiero bajar —me opuse como una niña pequeña.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que me cuentes qué está pasando.

¿Lo decía en serio?

—No pasa nada.

Resopló y se cruzó de brazos; apartó la mirada un instante antes de volver a centrarla en mí con más determinación si cabe.

—Esto no me parece nada, Ley.

Miré alrededor; era consciente de que estábamos dando un espectáculo ridículo. Los dos parados en el arcén de una carretera transitada, hablando a través de una ventanilla abierta.

Si en ese momento pasara una patrulla de la policía, se acercaría para preguntar qué estábamos haciendo, sería un lío que preferiría

ahorrarme. Tenía que decirle algo, lo que fuera con tal de que desistiera.

—Es solo que… que… —Vince alzó las cejas como si quisiera incitarme a continuar—. Thomas no tendría que haberse enterado.

—¿Por qué?

—Porque ya sabes cómo es. —Bajé la cabeza—. Si algo no lo convence, siente la necesidad de intervenir y protegerme. Pero la mayoría de las veces lo único que consigue es liar las cosas todavía más.

De repente, la expresión de Vince cambió y se volvió más insegura.

—¿Ese es el problema? ¿Tienes miedo de que tu hermano pueda armar jaleo?

Asentí y relajé la intensidad con la que sujetaba la manilla. Él aprovechó la ocasión y abrió la puerta. Se inclinó hasta ponerse a mi altura y me miró a los ojos. Mejor dicho, me escrutó durante varios largos segundos. Luego bajó la cabeza y miró al asfalto. Cuando volvió a observarme, advertí un destello particular en sus ojos.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué debería mentirte?

—Porque nos besamos. Hemos dormido en la misma cama. Por no mencionar lo que podría haber pasado en Mount Hood, con Ethan casi en la habitación de al lado. Ayer fuiste al ClubSeven porque yo también iba y hace un momento has fingido que no tenías cobertura solo para colgar. —No podría replicar con la misma credibilidad—. Intento darle sentido a todo esto, pero es bastante difícil creer que a él le parezca bien. Y, sobre todo, me cuesta creer

que una relación como esa te parezca bien a ti, porque te conozco. Si fuera al revés, le habrías cortado las pelotas.

No sabía qué decir. Necesitaba inventarme algo. Tenía que hacerlo, de lo contrario, todo se vendría abajo. Aun así, no dije nada.

—Hay algo que no me estás contando —continuó Vince, implacable—. Y si el motivo por el que omites no sé qué verdad es el mismo por el que temes que tu hermano pueda intervenir, entonces será mejor que me lo digas primero a mí.

No ganaría aquella batalla. Era un hecho, pero admitirlo todo era demasiado arriesgado. No me fiaba de Vince cuando mi hermano estaba de por medio; era demasiado leal a Thomas. Lo sabía de sobra.

Me sentí acorralada.

—¿Para que puedas correr a contárselo todo?

Él negó con la cabeza.

—No. Para evitar que, sea lo que sea, llegue a enterarse.

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Lo miré a los ojos y, por un instante, tuve la sensación de que podía ver todo aquello que intentaba ocultarle.

¿Qué haría si le confesaba la verdad? Sobre todo, ¿qué haría Ethan? Vince estaba allí, delante de mí, y me miraba con aquellos ojos claros tan dulces, invitándome a decir la verdad, a confiar en él. No quería ceder, pero no tenía alternativa.

Una ráfaga de aire helado se coló en el coche y tuve un escalofrío. Me mordí el labio y bajé la cabeza.

—Le rompí una consola.

—¿Qué? —Parpadeó, confundido—. ¿De qué hablas?

—Unos días antes del partido contra los Huskies de Connecticut, Ramirez dio una fiesta en su fraternidad. Era tarde y yo no podía dormir. —Me aclaré la garganta y me removí incómoda en el asiento del coche—. Así que me colé en la fiesta y pedí que bajaran el volumen de la música, pero nadie me hizo caso. El despertador iba a sonar al cabo de pocas horas, estaba enfadada y muerta de sueño, así que pensé que podía parar la música echando cerveza sobre la carísima consola que la reproducía.

Vince frunció el ceño.

—¿Le rompiste la consola a Ramirez?

—Creía que era de Ramirez, pero resulta que era de Ethan.

Vince cerró los ojos; parecía a punto de perder los nervios.

—Déjame adivinar, te pidió que le compraras otra.

Confirmé su suposición con un gesto de la cabeza.

—De lo contrario, se aseguraría de echarme de la redacción, de la residencia y de la universidad —dije, recordando sus amenazas. Vince se quedó atónito y contrajo los músculos de la mandíbula. Aproveché ese instante de silencio para continuar—. Cuando le dije que no tenía dinero para comprarle una consola tan cara, me propuso un trato.

La expresión de Vince se endureció.

—¿Un trato?

Tragué saliva y asentí.

—Pagaría los daños fingiendo que era su novia en público, solo el tiempo necesario para que su ex, una tal Alyssa, aceptara que lo suyo había terminado.

Ahora la rabia ardía en sus ojos.

—¿Es una broma?

Negué con la cabeza mientras sentía que el ritmo de mi corazón se aceleraba.

—No me obligó a hacer nada que no quisiera —precisé—. Bueno, excepto fingir en público.

Se incorporó de golpe y se pasó una mano por el pelo. Los dedos le temblaban mientras miraba a su alrededor.

—¿Por qué permitiste que te pusiera en esta situación? ¿Por qué no me lo contaste antes? —me acusó. Parecía más dolido que enfadado. Y la decepción en su voz me golpeó como una bofetada.

Tragué saliva y aparté la mirada.

—Porque no sabía qué más hacer. Tú y yo llevábamos un año sin hablarnos. No podía vomitarte un problema como este y esperar que lo resolvieras. Mi hermano tenía que mantenerse al margen. No tenía tanto dinero. Créeme, lo habría mandado a la mierda si no me hubiera amenazado con echarme del campus. Además, solo era una maldita consola. ¡Todavía no entiendo por qué se lo tomó tan a pecho!

Vince se frotó la cara con una mano, como si aquello pudiera disipar la preocupación. Luego se detuvo de golpe con los ojos clavados en el asfalto y la respiración pesada.

—¿Quién demonios es Alyssa?

—No lo sé, una chica a la que le cuesta aceptar que lo suyo se acabó, creo.

Por su expresión, parecía perdido, casi confundido.

—Pero ¿qué estás diciendo? Ethan no sale con ninguna chica desde… —Se quedó pensando, intentando recordar, y luego negó con la cabeza—. Desde hace muchísimo tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? No, él… me dijo que…

—Te contó una estupidez —me interrumpió con brusquedad y enmudecí.

Reflexioné un segundo y me di cuenta de que… Dios mío, tenía razón.

Desde que había aceptado aquel estúpido acuerdo, nunca había visto a ninguna chica persiguiéndolo. Además, Ethan siempre se había mostrado evasivo cuando le había preguntado qué aspecto tenía Alyssa, solo para reconocerla por si nos la encontrábamos por los pasillos del campus.

Pero si no existía ninguna Alyssa, entonces ¿por qué…?

Cerré los ojos y comprendí que había sido una idiota.

No me lo podía creer.

Me había utilizado.

Había utilizado aquella estúpida consola para hacerme chantaje y obligarme a formar parte de su juego contra Vince.

Y yo se lo había permitido.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me sentía fatal.

Vince volvió a inclinarse para ponerse a mi altura y yo ni siquiera tuve valor para mirarlo a la cara.

—No me gusta la idea de que te hayas visto envuelta en una situación como esta —me dijo—. Pero lo solucionaremos. No puede poner en peligro tu carrera académica, no está en situación de poder hacerlo.

—Pero su padre sí —murmuré. Solo entonces Vince pareció comprender hasta el fondo la magnitud del chantaje de Ethan.

—¿Eso te dijo?

Asentí. Él se frotó la frente y suspiró.

—No va a pasar. Encontraremos una solución.

—¿Encontraremos? —murmuré, sorprendida ante el hecho de que tuviera la intención de ayudarme a pesar de todo.

—Sí, encontraremos —repitió. Apoyó una mano sobre mi rodilla y acarició el tejido de las medias.

—¿Y cómo? Esa consola cuesta un ojo de la cara.

—¿Cuánto puede costar una consola?

—Treinta y cinco mil dólares —dije en voz baja, avergonzada—. Más o menos.

—¿Trein… treinta y cinco… qué? —exclamó, aturdido—. Qué coño, ¿es que estaba recubierta de diamantes Swarovski?

A pesar de la tensión que notaba en todo el cuerpo, una sonrisa se dibujó en mis labios.

—No, al parecer tenía una tecnología de última generación o algo así. No lo sé, no entiendo nada de esas cosas.

Vince bajó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz.

—Tu hermano no puede enterarse.

—Lo sé, sería un problemón.

Levantó la vista y asintió. Estaba muy serio.

Me observé las uñas pintadas de color burdeos y empecé a retorcerme los dedos sin darme cuenta.

—Perdona si te he hecho daño, yo… solo quería resolver el problema sin involucrar a nadie. No sabía qué más hacer.

Vince permaneció en silencio un instante y luego deslizó una mano hasta la base de mi cuello para obligarme a mirarlo. Me derretí ante aquel contacto cálido y reconfortante.

Cuando alcé la vista, me encontré atrapada en sus ojos, llenos de un sentimiento que no lograba descifrar. Por un momento, pensé

que quería decirme algo. Tal vez incluso «hacer» algo como… besarme, me convencí al ver cómo me miraba los labios.

Pero no lo hizo.

Me acarició la mejilla con el pulgar y tan solo me dijo:

—Te llevo a casa.

Capítulo 33



Vince

Estaba inclinado sobre la barandilla intentando recuperar el aliento después de las carreras de portería a portería que el entrenador nos había obligado a hacer al final del entrenamiento. Una auténtica tortura, sobre todo después de pasar horas probando todo tipo de esquemas de juego. Pero aquella tarde necesitaba descargar toda la energía que me quemaba por dentro, aunque sabía que nada me ayudaría a calmarme.

—¿Se puede saber quién te ha cabreado esta vez? —me preguntó Blake en cuanto se puso a mi lado, entre una bocanada de aire y un ataque de tos. Después de la discusión que habíamos tenido en el hotel de New Haven, los chicos se habían disculpado con la excepción de Ethan. Aunque sus palabras seguían escociéndome, había decidido no volver a sacar el tema.

—Nadie —respondí a mi amigo.

—Claro, nadie. —Blake me dio un golpecito en la protección del hombro—. Por cómo te mueves, parece que quieras matar a alguien.

No andaba muy desencaminado. En efecto, había alguien con quien quería acabar. Llevaba el dorsal dieciocho y renqueaba al fondo de la pista, como el resto del equipo. Me levanté la visera del

casco para observar mejor a Ethan; sin darme cuenta, apreté los dientes con tanta fuerza que sentí un pinchazo en la mandíbula.

Después de lo que había descubierto el día anterior, cada fibra de mi cuerpo deseaba verlo desplomarse en el suelo.

Todos los problemas de nuestro equipo eran culpa suya y, ahora que además sabía lo que le había hecho a Leila, mi aversión hacia él se había multiplicado exponencialmente. Sin embargo, Leila me había hecho prometer que guardaría el secreto y que no me enfrentaría a Ethan bajo ningún concepto. Temía que pudiera vengarse de ella si descubría que había hablado. O incluso peor: que toda la historia llegara a oídos de Thomas si acabábamos peleándonos.

Mantendría mi palabra, aunque supusiera un esfuerzo titánico. Pero eso no significaba que no fuera a perder horas de sueño con tal de intentar averiguar quién era la chica que, según Ethan, estaba tan coladita por él que había llegado a obsesionarse.

—Por curiosidad —le pregunté a Blake, jadeando por el esfuerzo —, ¿sabes si Ethan salía con alguien antes de hacerlo con Leila?

—¿Ethan? —Pensó en ello; estaba tan agotado como yo—. El año pasado hubo una chica, pero luego le puso los cuernos con Malcolm. Después de eso, nada.

Arqueé una ceja.

—¿Estás seguro? El nombre Alyssa no te suena de nada, ¿verdad?

—Pues no, ¿por qué?

—Parece que estaba con Ethan hasta hace unos meses.

Se volvió para mirar a nuestro compañero de equipo y negó con la cabeza.

—No sé nada. Pero conozco a Trisha. Hace unas mamadas alucinantes —me informó con una sonrisa de satisfacción—. Te paso su número, si quieres.

Me esforcé para contener una carcajada y esta vez fui yo quien le dio un golpe en el hombro.

—Tal vez otro día.

—Pasado mañana es San Valentín, podríamos organizar algo.

Lo miré extrañado.

—¿Tú y yo?

—¡No, tío, qué cojones! —exclamó indignado—. Tú, Trisha y yo. Las chicas se ponen como locas con estas fiestas de mierda. ¿Qué mejor ocasión para divertirnos un poco?

—¿No habías colgado las pelotas después de aquel voto de castidad? —le pregunté, perplejo.

Blake se encogió de hombros como si quisiera restarle importancia.

—He descubierto que ninguna chica vale tanto como para decidir el destino de mis pelotas.

—Oh, ¿te rompió el corazón? —deduje, porque lo cierto era que no estaba al corriente de su vida sentimental desde hacía un tiempo.

—Yo le rompí el corazón a ella y decidió devolverme el favor.

—Lógico. Mi abuelo siempre decía que, si haces sufrir a una mujer, puedes estar seguro de que tarde o temprano encontrará la manera de hacerte saber cómo se sintió ella.

Blake meditó mis palabras y luego negó con la cabeza.

—Sí, menuda mierda.

—¡Cerrad el pico, señoritas! —nos reprendió el entrenador Turner, que impuso el silencio en la pista—. ¡Tenéis que ahorrar energía

durante los descansos!

Blake y yo intercambiamos una mirada cómplice y volvimos a bajarnos las viseras.

—Sí, entrenador —respondimos al unísono.

Cuando hizo sonar el silbato, regresamos de inmediato a nuestras posiciones para la última ronda de carreras. Fue un entrenamiento despiadado; los músculos nos ardían por el esfuerzo excesivo. Sin embargo, por agotador que resultara, aquel dolor era tan satisfactorio que me empujó a darlo todo.

Llegué al vestuario casi casi arrastrándome. Algunos de los chicos me dijeron que irían al Marsy, pero aquella noche no tenía ganas de acompañarlos. Tras darme una ducha caliente, me colgué la bolsa al hombro y me dirigí al comedor para meterme algo en el estómago.

En cuanto entré, vi que habían decorado la sala para San Valentín con un par de días de antelación. Del techo colgaban una infinidad de globos rojos con forma de corazón y en el mostrador de los postres había bandejas de bombones y *cupcakes* glaseados.

Me encogí de hombros y me serví una ración de arroz con pollo y verduras a la plancha como guarnición. Cuando fui a sentarme, distinguí la inconfundible melena verde de Sam.

Estaba sentada en una de las muchas mesas vacías, no muy lejos de la mía; cenaba sola.

Pensé en acercarme, pero dudé. Después de todo lo que había pasado con Leila, no sabía hasta qué punto estaba resentida conmigo. En la cabaña de los abuelos de Nate se había mostrado distante; aun así, pensé que estaría bien intentar charlar un rato con ella.

—Hola, Sam —la saludé. Dejé la bolsa en el suelo—. ¿Esperas a alguien?

—Hola, Vince —respondió, sorprendida—. No, no espero a nadie.

—¿Puedo? —Señalé el asiento vacío frente a ella.

Aunque con cierta vacilación, Sam asintió.

—¿Estás bien? Porque tienes pinta de que te acaba de pasar por encima una apisonadora.

—El entrenador nos ha machacado hoy. —Me senté—. Estoy deseando tirarme en la cama y dormir el resto de la semana.

—La dura vida de los deportistas. Deberían daros una medalla al mérito por vuestro servicio a la comunidad —bromeó divertida.

—Has dado en el clavo, muchacha. —La señalé con el tenedor con gesto solemne, y eso le arrancó una carcajada. Me alivió comprobar que su actitud conmigo se había suavizado. Me remangué la sudadera deportiva, dispuesto a devorar mi cena—. Oye, ¿qué haces aquí sola? —le pregunté tras dar el primer bocado.

—Leila está trabajando en la redacción. En el periódico se están preparando para un concurso importante. Estaba tan concentrada en sus apuntes que ni siquiera me he atrevido a proponerle que cenáramos juntas.

No habíamos vuelto a hablar ni a vernos desde que la había llevado de vuelta a su residencia. Al llegar al campus, me había ofrecido a acompañarla hasta su habitación, con la esperanza de aprovechar la ocasión para hablar de nosotros dos, pero me repitió que no podían vernos juntos. Bastó aquel recordatorio para que todo mi cabreo con Ethan volviera a aflorar.

Cuando bajó de mi coche, Leila se había despedido de mí con una incomodidad evidente y la mirada triste. Me habría gustado meterla

de nuevo en el coche y besarla hasta quedarme sin aliento; en lugar de eso, la había dejado ir con un gesto de la cabeza, una despedida fría y distante.

—¿Está bien? —le pregunté a Sam como si nada, porque no sabía qué le había revelado Leila.

—Sí, solo está un poco agobiada con el periódico, las clases y bueno… —Se rascó la frente vacilante, como si estuviera valorando si seguir hablando o callarse—. Ethan ha quedado con ella dentro de un rato en nuestra residencia.

Dejé de masticar el arroz y la miré. Ella me observó a su vez mientras evaluaba mi reacción. Una reacción que no tardó en llegar, porque sentí que la sangre me hervía en las venas y que un nudo me cerraba la garganta con tanta fuerza que hasta me costaba tragar.

No era eso lo que Leila me había dado a entender: si su relación no era más que una fachada de cara al público, ¿qué necesidad tenían de verse en privado?

—¿Ah, sí? —La posesividad nunca había sido algo que me caracterizara, así que no supe explicarme el malestar que me invadió de repente. Tenía ganas de reclamar algo que ni siquiera me pertenecía.

Sam asintió.

—En cualquier caso, ahora que ya sabes cómo están las cosas entre ellos, no tienes motivos de preocupación. —Sam hizo una pausa para tragar un bocado y añadió con tono mordaz—: Pensándolo mejor, no deberías preocuparte en ningún caso: no es tu novia.

Entrecerré los ojos y encajé la provocación.

—La situación entre ellos no me molesta por eso, Sam. Después de lo que pasó con Logan Fallon no me gusta un pelo la idea de que Leila esté a solas con un chico que la ha chantajeado.

—Ethan no es Logan, te lo garantizo. Es arrogante y mimado, de eso no hay duda. Pero desde que le propuso el acuerdo, en ningún momento ha intentado aprovecharse de ella.

Resoplé y me crucé de brazos, como si el propio acuerdo que la había obligado a aceptar no fuera ya de por sí una forma de aprovecharse de la situación y de Leila.

Sam debió de intuir el rumbo de mis pensamientos porque intentó matizar sus palabras.

—Me refiero a que, al principio, pensé que todo el plan tenía como objetivo acostarse con ella; al parecer eso ni siquiera se le pasa por la cabeza.

Inspiré profundamente.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—Quizá no. Pero he pensado que querrías saberlo igualmente.

Suspiré y me froté la cara. Saber que dentro de poco estarían juntos hizo que casi se me pasara el hambre.

Cuando fui a apartar la bandeja, la mirada de Sam se desplazó por encima de mi hombro y sus ojos se abrieron ligeramente.

No me dio tiempo a descubrir qué había llamado su atención porque dos manos me cubrieron los ojos y un perfume dulzón, que reconocí al instante, me envolvió.

—Adivina quién soy. —La voz melosa de Madison llegó a un soplo de mi oído. Sentí sus labios en el cuello, donde me dio un beso pegajoso por culpa de todo aquel brillo labial que siempre se ponía —. ¿Me has echado de menos?

«Mierda».

Había olvidado por completo que, como cada miércoles por la noche, Madison cenaría en el comedor porque tenía una reunión del consejo de estudiantes, un grupo al que se había apuntado para «hacer del campus un lugar mejor».

—Mads —dije con frialdad. Una frialdad que ella no percibió, porque se sentó sobre mi regazo y me rodeó el cuello.

—Has acertado —susurró antes de besarme, esta vez en los labios, y colar la lengua en mi boca, lo que me pilló por sorpresa.

Sabía que le debía una disculpa por haberla dejado sola con Blake y su amiga en el ClubSeven dos días antes. Y por no haber respondido a sus mensajes. Y por no haberla llamado ni siquiera cuando volví a Corvallis. Sí, había acumulado unos cuantos motivos por los que disculparme, pero en aquel momento solo pensaba en lo mucho que me molestaba tenerla cerca. El contacto físico con ella me había provocado una repulsión que me encogió el estómago.

En cuanto llevé las manos a sus caderas para apartarla, Sam se aclaró la voz sin ningún disimulo para recordarnos su presencia. Madison me ofreció una mirada críptica que era una mezcla entre enfado y perplejidad: nunca había esquivado sus besos. En lugar de preguntarme el motivo, se giró hacia Sam.

—Hola, perdona, no quería darte la espalda.

—No tengo un problema con tu espalda, sino con vuestras lenguas entrelazadas, porque me afectan a la digestión —replicó ella, resentida.

Aproveché la ocasión para deslizar a Madison de mis piernas e invitarla a tomar asiento a mi lado, en lugar de encima de mí.

Cedió, pero era evidente que el gesto no le gustó.

Yo mismo me sorprendí ante mi reacción porque, a pesar de que era una chica caprichosa y un poco invasiva, desde el punto de vista físico siempre me había sentido muy atraído por ella.

—¿Estás bien? —me preguntó—. No hemos vuelto a hablar desde la otra noche en el ClubSeven. Blake me ha explicado que tuviste problemas con tus padres, pero no me enteré de mucho.

—Tuve que ir a Olympia por una emergencia, perdona si me marché de aquella manera. —Le ofrecí una respuesta vaga y seguí cenando, mejor dicho, removiendo el arroz en el plato.

—¿Y ahora todo bien?

—Creo que sí —mentí bajo la mirada enigmática de Sam, que negó con la cabeza y volvió a concentrarse en su cena.

—Oh, genial —suspiró Madison de forma teatral—. Porque ya estoy muy estresada con la organización de la Noche de Cine de San Valentín, y no me habría sentido capaz de lidiar con más tragedias. O sea, es que no tenéis ni idea de lo difícil que es conseguir poner de acuerdo a un grupo de estudiantes. —Sus ojos se posaron rápidamente en Sam antes de volver a centrarse en mí—. En el comité nos hemos pasado la última semana discutiendo sobre qué película vamos a proyectar. Estamos en San Valentín, tiene que ser una peli romántica, pero casi todos votaban por una de acción. Con ese panorama, al final decidimos hacer caso a todo el mundo y haremos una proyección doble.

—Guau, qué interesante —intervino Sam con una ironía que Madison no captó.

—Sí, lo sé, ya veréis, estará muy bien. Hemos preparado el proyector en el auditorio. Habrá mantas para todo el mundo, mucho

pica-pica, bebidas y palomitas. —Me miró y me guiñó un ojo—. He reservado los mejores sitios para nosotros dos.

No pensaba ir.

Y mucho menos con ella.

Me rasqué la nuca y me aclaré la voz.

—La verdad es que no estoy seguro de que pueda ir.

—¿Qué? —Se removió nerviosa en la silla—. No puedes faltar. Soy la organizadora del evento, haría el ridículo si me presentara sola en San Valentín. Además, tus amigos estarán allí.

Me quedé mirándola fijamente.

—¿En serio?

Asintió.

—Bueno, no todos, pero sí la mayoría. Las personas que participen recibirán un crédito extra porque la asignatura de Comunicación ha optado por incluir el evento en sus actividades culturales del semestre. Solo habrá que firmar en la hoja de registro de asistencia en la entrada.

Oh, ahora lo entendía todo.

Madison echó un vistazo a una mesa que estaba en el centro del comedor, donde se estaba celebrando la reunión del consejo de estudiantes, y exclamó:

—¡Ahí están, ya han llegado! Perdonad, tengo que dejaros, necesitamos definir los últimos detalles. —Me apoyó una mano en la rodilla y me ofreció una sonrisa dulce—. Me alegro de que la emergencia en tu casa se haya solucionado. —Me dio otro beso en los labios, esta vez más casto, y añadió—: No desaparezcas. Luego vuelvo. —A continuación, se puso en pie y se fue a toda prisa con su grupo. Sam y yo nos quedamos solos.

—Dios mío, la empatía de tu chica es sorprendente, Vince. Diría que es tan delicada como un puñetazo en la cara —farfulló Sam cuando Madison ya estaba lo bastante lejos como para no oírla.

Su comentario me arrancó una sonrisa, pero la verdad era que no me habría esperado una reacción distinta por parte de Madison. No me apetecía explicarle lo que me preocupaba realmente; tampoco quería que fuera ella quien me comprendiera y estuviera a mi lado para apoyarme.

Ni siquiera yo sabía lo que quería de ella, desde luego, nada que implicara una conexión emotiva real.

—La empatía no es una de sus mejores cualidades —confirmé, y bebí un trago de agua.

—¿Acaso tiene alguna cualidad? —Sam bufó y se limpió la boca con una servilleta—. Es superficial, creída y… está como una cabra. ¿O es que necesitas que te refresque la memoria con lo que pasó con las llaves del coche de Leila? —Sam permaneció en silencio unos segundos y añadió—: No le importa lo que te pase ni cómo estés realmente. En serio, no sé cómo lo haces.

—¿El qué?

Me lanzó una mirada elocuente.

—Tirártela.

No sabía qué responder.

No me esperaba en absoluto mantener con ella el mismo tipo de conversación que habría podido tener con Blake.

—¿Tenemos que hablar del tema?

Su expresión asqueada era casi de risa.

—¡No! Pero ¿en serio quieres que me trague que no has encontrado a nadie mejor?

—No se trata de encontrar a alguien mejor.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Clavé la vista en el fondo de mi vaso un instante, jugueteando con el borde. Podría haber sido evasivo, despacharla con algún comentario ingenioso o cambiar de tema. Pero ella estaba allí, esperando una respuesta. Por algún motivo, me apetecía ser sincero.

—Soy el capitán del equipo de *hockey* y el hijo de un senador. Hay muchos chicos que querrían estar en mi lugar y muchas chicas que querrían salir conmigo. El problema es que nadie ha hecho el esfuerzo de mirar más allá de la superficie. Solo ven la pista de hielo, las victorias, los títulos, el sexo, las noches en las que hago reír a todo el mundo. A base de que me trataran como un trofeo, un bufón o un objeto a través del cual pueden conseguir cinco minutos de fama, empecé a olvidar quién soy de verdad. —Hice una pausa mientras daba vueltas al vaso entre las manos. Me terminé el agua y me apoyé en el respaldo de la silla—. Por eso Madison me viene bien, porque es la exacta proyección de lo que la gente se espera de mí.

—¿De verdad lo crees? —Me pareció percibir una nota de melancolía en su voz—. ¿Piensas que los demás no te ven tal como eres realmente?

Asentí.

—¿Y qué me dices de Leila?

Oír su nombre me provocó una punzada en el pecho, pero me las apañé para permanecer impasible.

—¿Qué quieres que te diga?

Sam cruzó los brazos sin apartar los ojos de mí.

—No te hagas el longuis conmigo. Tú y Madison sois lo que sois, vale, pero ¿y Leila? ¿No piensas hacer nada ahora que estás al corriente de la situación?

En las últimas veinticuatro horas había pensado en ello sin parar. Incluso había dejado de lado el caos descomunal de mi casa, en Olympia. Sin embargo, aún no había encontrado una respuesta. Había demasiadas cosas en juego y no podía permitirme cometer errores.

—¿Tú qué harías, Sam? —repliqué, impotente—. ¿Traicionarías la confianza de la única persona que te ha visto tal como eres, incluso aunque supieras que todo está condenado a terminar porque dentro de unos meses te marcharás de aquí?

Me estudió con atención; tenía los ojos entrecerrados.

—Tal vez no. Pero ¿sabes lo que pienso? —Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia mí—. Que te estás escondiendo detrás de la promesa que le hiciste a su hermano porque tienes miedo. Miedo de que, si te entregaras a ella, al final ya no querrías irte de aquí, alejarte de Leila. Llevas demasiado tiempo soñando con jugar en la NHL como para permitir que una mujer lo complique todo cuando estás a solo un paso de la meta.

Sentía su mirada desdeñosa excavando en mi interior para llegar hasta ese punto sensible que intentaba ignorar desde hacía años. No dije nada. No podía. Porque si abría la boca, tendría que admitir que… tenía razón.

—¿Eso me convierte en un cobarde? —Más que una pregunta dirigida a Sam, era una reflexión en voz alta para mí mismo.

—Ante sus ojos, sí.

Estaba de acuerdo con ella, aunque solo en parte.

Podía entender que no acercarme a Leila por lealtad hacia Thomas me hiciera parecer un cobarde, pero una parte de mí lo consideraba simple sentido común. Sam no lo entendería. Y Leila tampoco.

Me mordí el labio y le sonreí para intentar quitarme de encima aquella extraña sensación de frustración que me oprimía el pecho.

—Buen trabajo, doctora. Creo que la sesión de terapia puede darse por concluida en este momento.

Sam intuyó mi intención de escabullirme y no insistió.

—Serán cincuenta dólares, gracias. —Extendió una mano sobre la mesa.

Me reí.

—Perdona, ¿es que la primera sesión no era gratis?

—Esa está reservada para los amigos.

—Tú y yo somos amigos.

Ella sonrió con sarcasmo y alzó la barbilla.

—No, Vince. No lo somos ni de lejos.

Entrecerré los ojos y fingí que su cinismo me había ofendido. Aunque, por otra parte, estaba hablando con Samantha Baldwin; tendría que habérmelo esperado.

—Pues es una lástima, porque no llevo efectivo encima. —Rebusqué en los bolsillos de los vaqueros y dejé en su palma lo único que encontré.

Sam bajó la vista y arqueó una ceja.

—¿Vas a pagarme con un caramelo?

—No te quejes. —Le guiñé un ojo—. Es más de lo que has recibido nunca por mi parte.

Le dediqué una sonrisa perspicaz, de esas que solía utilizar para llevar por el mal camino hasta a la chica más virtuosa. No es que quisiera hacer nada con ella. Solo pretendía relajar un poco el ambiente, como siempre.

Sin embargo, vi que sus mejillas se teñían de rojo mientras se guardaba el caramelo en el bolso como si nada. Aquella reacción me dejó desconcertado.

La miré un segundo más para comprobar si habían sido imaginaciones mías, pero se agachó para coger la bandolera antes de ponerse en pie. Fue a recoger la bandeja, pero se le cayó al suelo.

Cuando se inclinó para recogerla, mascullando algo que se perdió entre el murmullo de la cafetería, me apresuré a ayudarla. En ese momento me di cuenta de que le temblaban las manos.

Cuando volvió a incorporarse, tenía las mejillas al rojo vivo.

Durante medio segundo, se me nubló la mente.

—Gracias por la ayuda, pero tengo que irme. Se ha hecho tarde y necesito pasar por la biblioteca —dijo a toda prisa. Sin darme tiempo a responder, se colgó la bandolera al hombro, hizo un gesto con la mano para despedirse y se dirigió apresuradamente hacia la salida con la bandeja en las manos mientras yo me quedaba allí plantado, con la sensación de que me había perdido algo importante.

Capítulo 34



Leila

Estaba sentada a la mesa, con una rodilla doblada contra el pecho y un cuenco de cereales entre las manos. Observaba a Sam moviéndose por la habitación.

El martes por la noche, cuando nos habíamos vuelto a ver, le había contado todo lo que había pasado en Olympia entre Vince y yo. Ella me había parecido distraída, a ratos incluso desinteresada. Aquella actitud me extrañó; cuando le pregunté si todo iba bien, me respondió que el día anterior había tenido una noche agotadora con sus padres. Me aseguró que esa era la razón de su mal humor, pero no había querido entrar en detalles. Lo había dejado estar con la esperanza de que se le acabara pasando, pero aquella mañana aún no me había dirigido la palabra; era extraño que no me hubiera dicho nada porque normalmente a esa hora ya había despotricado contra el despertador, el café aguado o el horario absurdo de las clases.

Parecía perdida en sus pensamientos mientras rebuscaba en el armario, cosa que hacía como si escoger el jersey adecuado pudiera decidir el rumbo del día que tenía por delante.

Dejé el cuenco en la mesa y me pregunté si debería preguntarle qué había pasado con sus padres para que estuviera tan afectada.

Cuando salió de su habitación, fue hasta la nevera y se sirvió un vaso de zumo en riguroso silencio. A continuación, se encerró en el baño. Oí correr el agua del lavabo y comprendí que tenía pocos minutos disponibles antes de que se marchara a clase. Decidí coger el toro por los cuernos.

Cogí el cuenco de cereales, me levanté y fui a llamar a la puerta del baño. No esperé a que me diera permiso para entrar porque ninguna de las dos lo hacía nunca.

—Buenos días. —Crucé el umbral y me senté en la tapa bajada del váter antes de meter la cuchara para remover los cereales—. ¿Todo bien?

Sam se estaba lavando los dientes. Llevaba el pelo verde recogido con una pinza grande, vestía unos vaqueros y aún tenía la camiseta del pijama puesta.

—Sí, como siempre.

—¿Estás segura?

Apartó la mirada del espejo y la dirigió hacia mí.

—Claro, ¿por qué me lo preguntas?

—No sé, pareces… distante.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar al frente.

—Me he levantado con el pie izquierdo, solo eso.

—Ya me he dado cuenta. ¿Quieres hablar de ello?

—No es nada del otro mundo, solo estoy molesta por cómo fue la cena del lunes, ya te lo dije.

Así que ese era el único problema. Por una parte me sentí aliviada, pero por otra no entendía por qué esperaba tanto para

contármelo. Siempre nos lo contábamos todo.

—¿Quieres decirme qué pasó? —pregunté mientras seguía comiendo cereales.

—Lo de siempre. Creía que sería una cena como las demás, pero me tendieron una emboscada. —Se enjuagó la boca con colutorio antes de continuar—: Al llegar al postre, mi padre consideró que era el momento oportuno para informarme de que unos días antes él y mi madre habían pasado por delante de un quiosco y, qué casualidad, habían encontrado una revista con un primer plano de mi cara.

Fruncí el ceño sin comprender nada.

—¿Y qué?

Cerró el grifo, guardó el cepillo de dientes y se secó la boca con la toalla.

—Ellos no sabían nada de Milo ni de las sesiones de fotos.

Me quedé mirándola con la cuchara a medio camino de la boca durante unos instantes mientras ella empezaba a cepillarse el pelo.

—¿Por qué no se lo habías dicho?

—Porque ya sabes cómo son. ¡Unos maniáticos del control!

Entendía su punto de vista, aunque a mí siempre me habían parecido unos padres atentos y preocupados por el futuro de su hija, nada más.

—Te quieren, Sam. —Intenté suavizar las cosas con una sonrisa cariñosa, pero no surtió el efecto deseado porque, a juzgar por cómo apretó los labios, tuve la impresión de que se había puesto todavía más nerviosa.

—No soporto que se sientan con derecho a intervenir en mi vida cada vez que no comparten una decisión mía, solo para asegurarse

de que todo salga según sus planes. Sus planes incluyen una carrera de Medicina, unas prácticas en un hospital prestigioso y cero distracciones.

—¿Te lo dijeron durante la cena?

Asintió mientras se recogía el pelo en una coleta alta.

—Dijeron que exponerme de esa manera perjudicaría mi imagen y mi credibilidad como futura cirujana. Según ellos, ningún hospital prominente me tomaría en serio si mi cara apareciera en una revista de moda. En pocas palabras, me prohibieron continuar.

—Lo siento mucho, Sam. Estoy segura de que, si lo habláis con calma, encontraréis un término medio.

—Ya veremos, todavía estoy demasiado enfadada para pensar en llegar a un acuerdo. —Suspiró, apoyó la espalda contra el lavabo y me miró—. Bueno, no quiero seguir hablando del tema. Por cierto, ¿qué quería Ethan anoche? No me dijiste nada.

Sí, bueno, no había sido por mi culpa. Cuando había vuelto la noche anterior, no me había dado tiempo ni a saludarla porque se había atrincherado en su cuarto.

—Quería hablar conmigo de la sesión de cine de mañana por la noche.

—¿La que organiza el comité de estudiantes por San Valentín? —preguntó arqueando una ceja.

Asentí.

—Me dijo que Alyssa iría. Aunque me habría encantado chillarle en toda la cara que ya sé que no existe ninguna Alyssa, me mordí la lengua y le seguí el juego.

—¿Entonces vas a pasar San Valentín con él?

—La «noche» de San Valentín —maticé—. Ya sabes que no puedo echarme atrás. Además, solo tenemos que ver una película en el auditorio del campus. No se trata de una cena romántica en la última planta del Empire State Building.

—¿Vince lo sabe?

Fruncí el ceño, no tanto por la pregunta en sí, sino por el matiz acusador que había percibido en su voz.

—No hemos hablado desde que volvimos. Aún no he decidido si debería contárselo o no. No quiero que se enfade y tampoco quiero hacerle daño.

En realidad, le había dado vueltas durante toda la noche y me había prometido que se lo contaría ese mismo día.

Sobre el papel no le debía ninguna explicación, pero una parte de mí quería ser sincera. No obstante, temía que aquella situación se sumara a sus demás preocupaciones: además de gestionar el desastre con su padre, también tendría que lidiar con el comportamiento enloquecido de su compañero de equipo, y todo sería culpa mía.

—Bueno, en cualquier caso, que sepas que Madison forma parte del comité organizador y ayer, en la cafetería, prácticamente lo obligó a…

—Un momento. —Parpadeé, confusa—. ¿Ayer, en la cafetería? ¿Cenaste con Madison?

Sam pareció desconcertada por mi pregunta, pero luego se encogió de hombros como si no tuviera ninguna importancia.

—Sí, se me olvidó decírtelo. —Fue a su habitación y se puso a buscar una camiseta. La seguí hasta el umbral—. No cené con

Madison —me explicó—. Vince se sentó en mi mesa y al cabo de un rato ella también se sentó.

Fruncí el ceño y traté de pensar en por qué aquella noticia me había provocado una sensación de quemazón en el estómago.

—¿Cómo… cómo viste a Vince? —pregunté, tanteando el terreno. No había vuelto a hablar con él desde que me había traído a la residencia casi dos días antes; supuse que seguiría dolido por la frialdad con la que nos habíamos despedido.

Sam se había metido dentro del armario mientras inspeccionaba una prenda tras otra.

—Bueno, ya sabes, me pareció el Vince de siempre.

—Y ellos dos estaban… —Dejé la frase en suspenso, pero Sam entendió al momento adónde quería llegar, porque dejó de rebuscar entre la ropa y me miró.

Asintió, aunque parecía lamentarlo.

—Entre ellos no ha cambiado nada, Ley.

Fue como recibir una bofetada en la cara; me sentí estúpida porque no tenía ningún derecho a sentir esa decepción. Después de haberle confesado la verdad sobre Ethan, ni Vince ni yo habíamos hablado de lo que sentíamos el uno por el otro. A pesar de todo, la situación entre nosotros seguía siendo la misma de antes. Aunque no debería esperar nada de él, una parte de mí pensaba que debería haber reaccionado de algún modo.

—Irán juntos a la sesión de cine —me dijo Sam. Al oír aquellas palabras me arrolló una oleada de celos y rabia. Mi amiga estaba a punto de añadir algo, pero el teléfono empezó a sonar. Resopló, se giró hacia el escritorio y cogió el móvil—. ¡Hola, Lucy! No, qué va, no molestas.

Fruncí el ceño. ¿Quién era Lucy? Ninguna de sus amigas ni de sus compañeras de clase se llamaba así.

La observé mientras se dejaba caer sobre el colchón y se acomodaba mejor el teléfono contra la oreja.

—¿Esta noche? ¡Sería genial!

Me extrañó todavía más. Normalmente, si salía con otras chicas del campus, me arrastraba con ella.

—¡Vale, hablamos luego para concretar los detalles! —Hizo una breve pausa y sonrió—. ¡Tengo muchas ganas!

Colgó y dejó caer el teléfono a su lado. Levantó la vista y en ese momento se dio cuenta de que la estaba mirando.

—Es una de las chicas con las que trabajé en la última sesión de fotos. —Lo dijo como si se estuviera justificando; yo asentí de todos modos.

—Me ha propuesto que salgamos juntas esta noche para ir a uno de los locales de los que Milo es socio, ya sabes, para tener bebidas gratis sin necesidad de enseñar un documento de identidad. —La dejé hablar, porque, honestamente, no sabía qué decir. Mi cerebro solo pensaba en Vince y Madison en la sesión de cine, abrazados mientras veían una película romántica conmigo en la misma sala—. Te invitaría —añadió Sam cuando se incorporó. Fue hasta el armario y al final se puso lo primero que encontró—, pero sé que estás ocupada con el artículo para el concurso.

—¿Y tú no tienes clase?

Su cabeza asomó por el cuello estrecho del jersey de cuello vuelto, con el pelo todo revuelto.

—Sí, claro, pero… —vaciló mientras se peinaba con los dedos—. Pensaba que no sería una noche muy de tu estilo.

—¿De mi estilo?

Sam bajó la mirada un instante, como si buscara las palabras adecuadas.

—No me malinterpretes, es que Lucy es el tipo de persona que tú siempre has detestado: le encanta el lujo desmedido, es una presencia fija en todas las fiestas más exclusivas, tiene tarjetas de crédito sin límite. —Se volvió hacia el espejo y observó su reflejo mientras se ponía unos pendientes—. Por eso no te lo he comentado, sabía que preferirías pasar otra noche escribiendo y documentándote antes que salir con nosotras.

Apreté los labios y me tragué la respuesta que se me había quedado atascada en la garganta: a Sam tampoco le gustaba esa clase de gente, al menos que yo supiera.

Crucé los brazos sobre el pecho e inspiré hondo para evitar hacer un drama de todo aquello. Sin embargo, la verdad era que no me había sentado bien que me hubiera dejado fuera del plan sin darme siquiera la posibilidad de elegir.

—De acuerdo —me obligué a decir—. Bueno, pues que os divirtáis.

Esbozando una ligera sonrisa, me dio un beso en la frente.

—Te quiero —murmuró antes de salir de nuestro apartamento en la residencia.

Capítulo 35



Leila

Tras pasar la mañana en clase y la tarde en la redacción, conseguí sacar un rato libre para ir a correr después de la puesta de sol. Lo necesitaba desesperadamente. Si seguía dándole vueltas a lo de Sam, Vince, Madison, Ethan y mi hermano, me explotaría la cabeza.

Corrí durante más de una hora, comprobé el reloj de vez en cuando para no pasarme con los tiempos. Si todo iba bien, a las ocho y media estaría bajo la ducha para que a las nueve pudiera acomodarme en el sofá y devorar los nuevos episodios de *The White Lotus.*

El Apple Watch que llevaba en la muñeca empezó a sonar y en la pantalla apareció el nombre de mi hermano. No tenía ganas de hablar con él en ese momento. Era imposible ocultarle nada; siempre captaba alguna señal extraña que me acababa desenmascarando. Se pondría a hacer preguntas y dudaba mucho que pudiera mentirle sin que se diera cuenta.

Reduje el ritmo hasta correr suavemente; me quité los auriculares mientras rechazaba la llamada. Después le mandé un mensaje:

Leila: ¿Todo bien?

Thomas: Depende. ¿Por qué has colgado?

Leila: Estoy corriendo.

Thomas: Entonces sí, todo va bien.

Leila: Hablamos mañana, ¿vale?

Thomas: ¿A qué hora empiezas las clases?

Leila: La primera es a las 10.

Thomas: Vale, ya te llamaré yo.

No añadió nada más, no me sorprendió. Mi hermano no era alguien que en persona hablara por los codos, mucho menos por teléfono.

Cuando miré la hora y me di cuenta de que ya eran las ocho y diez, salí a toda prisa por el sendero que me llevaría de vuelta a la residencia. En cuanto llegué, me metí en la ducha.

Salí poco después con un albornoz ceñido a la cintura y me cepillé el pelo mojado. Faltaban menos de diez minutos para las nueve; como empezaba a tener hambre, metí una *pizza* congelada en el microondas.

Mientras se hacía, abrí la nevera y saqué un refresco Dr. Pepper. Cuando la cena estuvo lista, apagué la luz de la habitación, me senté en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, dejé la *pizza* y el Dr. Pepper en la mesilla y me coloqué el portátil sobre las piernas. Pulsé «Play», lista para disfrutar de la velada.

Sam ya había salido, así que tenía todo el apartamento para mí sola.

Una hora después, estaba absorta en el segundo episodio. Casi me había terminado el Dr. Pepper y tenía las cortezas de la *pizza* acumuladas en el plato.

El episodio estaba a punto de llegar al final cuando, de repente, oí un golpecito contra el cristal de la ventana. Al principio pensé que me lo habría imaginado o que era un ruido que procedía del ordenador, pero entonces lo oí de nuevo. Y otra vez. Y otra.

Me quedé inmóvil. Aparté el portátil a un lado y me levanté para comprobar qué pasaba. Cuando llegué a la ventana y corrí la cortina, la mandíbula casi se me cayó al suelo.

Vince. Estaba ahí fuera.

Desde el entresuelo de mi residencia lo veía perfectamente, con otra piedrecilla preparada en la mano, iluminado por la luz de las farolas que bordeaban el caminito peatonal del campus.

—Abre. —Su voz me llegó amortiguada a través del cristal. Entonces, Vince empezó a trepar hasta mi planta, agarrándose a los ladrillos y al canalón.

—Pero ¿qué demonios…? —Abrí la ventana del todo y un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando noté el aire frío de la noche en mi piel. En cuanto lo tuve delante, lo miré incrédula—. ¿Qué haces?

Sin responder, se coló en mi habitación como si fuera lo más normal del mundo. Se enderezó, se sacudió el polvo de los vaqueros y me miró.

—En las pelis siempre parece mucho más fácil.

Cerré la ventana y me volví en su dirección a la espera de una respuesta.

—Tenemos que hablar —dijo. Se quitó la chaqueta del equipo de *hockey* y la dejó en la silla del escritorio.

—¿Nosotros dos?

Vince arqueó una ceja.

—¿Ves a alguien más?

Parpadeé; estaba desconcertada.

—¿Era demasiado complicado usar la puerta principal?

—Demasiado poco espectacular, diría yo —respondió con una sonrisa ladeada. Luego su mirada descendió por mi cuerpo y algo en él cambió. Una sombra fugaz cruzó sus ojos. Por cómo tragó saliva y se esforzó por no quedarse embobado mirándome las piernas o el escote del albornoz, parecía que se había olvidado por un instante del motivo por el que se había colado en mi habitación.

Me aclaré la garganta, incómoda, y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿De qué quieres hablar?

Vince echó un vistazo a su alrededor y vio el portátil encendido, los restos de la *pizza* y el Dr. Pepper sobre la mesilla.

Frunció el ceño.

—¿Estás sola?

—¿Ves a alguien más? —lo imité. Él sonrió mientras se rascaba una ceja—. ¿Sam no está?

Negué con la cabeza.

—Ha salido esta noche.

Vince asintió, como si tomara nota de la situación. Entonces se acercó; sentí que mi cuerpo se calentaba al instante. No sabía si se debía a que era muy consciente de que estaba desnuda bajo el albornoz, excepto por las braguitas, o porque su presencia había vuelto a desencadenar aquel torbellino de pensamientos que tenía que ignorar.

De todo lo que me rondaba la cabeza, su relación con Madison no se encontraba en absoluto en el último puesto de mis preocupaciones.

En realidad, en ese momento encabezaba la lista.

—Hola —dijo Vince con una voz más grave y áspera. Una nueva oleada de calor me recorrió de la cabeza a los pies.

—Hola —respondí. Hice un esfuerzo por permanecer impasible.

—Me han dicho que estás trabajando en un artículo importante, ¿cómo lo llevas? —Era una pregunta sencilla, inocente desde cualquier punto de vista; aun así el tono ronco con que la formuló me estremeció.

—Bastante bien —respondí. Me ajusté mejor el cinturón del albornoz alrededor de la cintura.

—Bien.

—Bueno, ¿has escalado hasta mi ventana para preguntarme por el artículo?

Sonrió. Luego negó con la cabeza.

—Tenía ganas de verte.

—Nos vimos hace dos días.

—Tenía ganas de volver a verte —se corrigió, y avanzó otro paso.

Tragué saliva y retrocedí un poco, porque de repente el ambiente en la habitación se había vuelto más tenso.

—Ahora que me has visto, ¿te sientes mejor?

Él asintió y se acercó todavía más; estaba a un centímetro de mí.

—Desde luego. —Me observó unos segundos y luego noté un cambio en su expresión, como si algo lo hubiera inquietado—. Ayer vi a Sam en la cafetería, me dijo que Ethan tenía que venir a verte. ¿Qué quería?

Lo miré en silencio. Estaba sorprendida y molesta a la vez al descubrir que Sam había sentido la necesidad de contárselo sin ponerme al corriente; también porque él hubiera venido solo para preguntar qué había pasado con Ethan.

—¿Ahora sois confidentes? —solté. Fue superior a mí, no pude contener la irritación que se escondía en la pregunta.

—¿Confidentes? No, solo le pregunté por ti. —Sabía que no tenía ningún motivo para enfadarme, ni con él ni con Sam, así que intenté deshacerme de aquel sentimiento injustificado.

—En cualquier caso, solo quería hablar conmigo de la sesión de cine de mañana. —Encontré el valor para decírselo y no ocultarle nada: si él podía ir con Madison, ¿por qué no debía saber que yo iría con Ethan?

En sus ojos capté una sombra de pesar. Fue tan solo un instante, pero lo suficiente como para provocarme una punzada de culpa. Vince mantuvo la mirada fija en la mía.

—¿Vas con él?

—Y tú con Madison —le hice ver; mi voz volvió a sonar con acritud.

Frunció el ceño, parecía molesto.

—Bueno, la verdad es que todavía no lo he decidido. Quería verte a ti antes de decidir qué hacer con ella.

—Oh… —dije. Sus palabras me habían pillado por sorpresa—. ¿No… no lo has decidido todavía?

Negó con la cabeza mientras yo intentaba asimilar lo que acababa de decir.

Quería verme «a mí» para decidir qué hacer con «ella».

Entonces recordé lo que acababa de decirle yo. Sentí regresar aquella sensación de culpa, la misma que me había oprimido el pecho durante toda la noche mientras le daba vueltas a cómo decirle que pasaría la noche de San Valentín con Ethan.

Bajé la vista y me mordí el labio.

—Perdona, creía que… —murmuré, arrepentida. Pero no fui capaz de añadir nada más. Solo esperaba que le resultara más fácil aceptar la situación entre Ethan y yo ahora que sabía la verdad.

—No importa —dijo, pero estaba claro que mentía. Lo comprendí por cómo se pasó una mano por la nuca y se agarró el pelo entre los dedos. Luego se sentó en el borde de mi cama y respiró hondo. Tenía la mirada apagada. Parecía cansado. Exhausto. Sentía la necesidad de hacer algo, ayudarlo de alguna manera, pero no sabía por dónde empezar.

No se me daban bien esas cosas.

La música de los créditos finales del episodio que estaba viendo, procedente del portátil que había dejado sobre la cama, llamó su atención. Levantó la vista hacia la pantalla y volvió a mirarme arqueando una ceja.

—¿Te he estropeado los planes?

—Si de verdad quieres saberlo, estaba intentando seguir la trama. Pero has llegado y… —Señalé los créditos y fingí estar molesta— he perdido el hilo.

Él soltó una risita. Aquel sonido grave consiguió relajar parte de la tensión que flotaba en la habitación. Sin decir nada más, tomó el portátil y lo dejó en el suelo. Luego me miró en silencio.

—Ven aquí, Ley. —Hizo un gesto con la mano para que me sentara en su regazo.

Esa idea me provocó un escalofrío.

—Será mejor que no —me obligué a decir, consciente de que, si me acercaba, la situación sería imposible de controlar.

—Sé perfectamente lo que es mejor. —Sus ojos no se apartaron de los míos—. Pero estoy cansado de hacer siempre lo correcto.

Aquellas palabras me golpearon de lleno. Por mucho que intentara resistirme, me desarmó la forma en que me miraba, con una súplica velada en sus ojos azules. Me rendí y me senté encima de él. Me apoyó una mano en las piernas, que quedaron al descubierto por la apertura del albornoz. El contacto de su mano cálida sobre mi piel me estremeció.

Empezó a acariciarme el muslo con el pulgar y yo me permití disfrutar de aquella sensación de alivio que solo sentía con él. No se lo había dicho nunca; tal vez debería seguir guardando aquel secreto: siempre me sentía así cuando estaba con él. Reconfortada.

—¿Quieres saber el verdadero motivo por el que he venido? —me preguntó, interrumpiendo el flujo de mis pensamientos.

Asentí, incapaz de apartar la vista de él.

—No puedo dejar de pensar en ti. —Lo dijo tan bajito que temí haberlo entendido mal.

Mi corazón, sin embargo, empezó a latir con más fuerza.

Tras un instante de vacilación, encontré el valor para responder.

—¿De verdad?

Asintió. Me examinó el rostro y se detuvo en mis labios.

—Anoche me encontré con Madison —confesó de repente; me tensé aunque Sam ya me lo había comentado. Vince debió de darse cuenta, porque siguió acariciándome con más delicadeza—. Pasó todo de repente; me besó antes de que pudiera darme cuenta.

Tuve la sensación de que un incendio se propagaba en mi pecho. Quería levantarme de sus piernas y alejarme, pero me obligué a permanecer inmóvil. Desde un punto de vista racional sabía que no estaba en posición de enfadarme, aunque no entendía por qué me decía aquello.

—¿Te gustó? —lo desafié con aquella arrogancia que utilizaba para enmascarar mi vulnerabilidad. Bajé la mirada hacia el cuello de su sudadera.

—Para nada —respondió muy serio. Mis ojos volvieron a los suyos —. Después vino a mi residencia. Quería pasar la noche conmigo, pero la eché. Me apetecía estar solo. Me metí en la cama y desde entonces… —Hizo una pausa— no he hecho más que pensar que te quería a ti en mi cama.

Mi cerebro colapsó.

No sabía qué decir.

Qué pensar.

Qué hacer.

Me quería en su cama y había trepado hasta mi ventana para decírmelo.

El hecho de que ahora él estuviera en mi cama convertía aquella confesión en algo tan inesperado como peligroso.

—¿Qué… qué harías si me tuvieras en tu cama?

Me di cuenta un segundo demasiado tarde de lo incauta que había sido aquella pregunta. Ojalá hubiera podido volver atrás en el tiempo y callarme.

Él se rio por lo bajo, un sonido grave y cálido que me hizo vibrar hasta la punta de los dedos. Acercó el rostro al mío y, cuando sus labios rozaron la comisura de mi boca, se me cortó la respiración.

—¿De verdad necesitas que te lo explique?

Me quedé sin saliva mientras negaba despacio con la cabeza.

Con la punta de la nariz, Vince me rozó la mejilla y luego descendió por mi cuello, donde me dio un mordisquito que me llevó a cerrar los ojos instintivamente.

—Vince…

—Dime, Ley. —Con las manos empezó a trazar un recorrido lento y sinuoso por mis piernas, arriba y abajo. Los dedos se deslizaban bajo la tela mullida del albornoz. Cada vez se aventuraban un poco más arriba, hasta que me rozaron la cara interna de los muslos.

Abrí los ojos de golpe y puse una mano sobre la suya para detenerlo.

Fue un gesto involuntario que nos desconcertó a los dos.

—¿No quieres? —preguntó con la voz tensa y los ojos llenos de deseo.

Claro que quería.

Pero en mi vida solo había ido más allá de los besos, las provocaciones o las simples caricias en dos ocasiones. La primera había sido con Travis. Luego, unos meses más tarde, cuando ligué

con un desconocido en un local. No lo hice porque me gustara de verdad, sino porque quería demostrarme a mí misma que lo ocurrido con Travis no me había marcado, pero al final me sentí incluso más vacía.

Lo que Vince ignoraba era que, desde entonces, no había sido capaz de acostarme con nadie más. Bastaba pensar en ello para bloquearme. Justo como me estaba ocurriendo en aquel momento. La psicóloga que me había tratado en el pasado opinaba que estaba relacionado con la absoluta falta de confianza que sentía hacia los hombres.

Con Vince, sin embargo, no quería permitir que aquellos pensamientos intrusivos tomaran el control.

Quería disfrutar del momento. Pero temía su reacción cuando descubriera que, en realidad, tenía muy poca experiencia.

—Sí que quiero —dije, exhalando un suspiro tembloroso—. Es solo que… ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve con un chico. —Me detuve para que asimiláramos aquella confesión.

Vince frunció el ceño de forma casi imperceptible y el silencio que se produjo entonces resultó tan incómodo que bajé la mirada. Si pensaba que era patética, no quería saberlo.

—¿De verdad? —preguntó, inseguro.

Asentí sin levantar la cabeza.

—¿Cuánto tiempo?

Dios mío.

No quería que la conversación tomara ese rumbo.

—Eh… —Me rasqué la nuca—. ¿Es relevante?

Llevó dos dedos bajo mi barbilla y me levantó el rostro con delicadeza.

—No lo sé, ¿para ti lo es?

Lo pensé. No estaba segura. Habría podido ignorar la pregunta y dar por zanjada la conversación. Pero, si hablaba con sinceridad, tal vez comprendería del todo por qué me sentía tan cohibida.

—Casi tres años. —Cuando pronuncié aquellas palabras, sentí que las mejillas me ardían.

Vince no dijo nada, pero vi cómo cambiaba su expresión. Una especie de asimilación brilló en sus ojos, como si acabara de darse cuenta de algo que hasta entonces se le había escapado.

—Desde que Travis… —Dejó la frase en el aire y yo lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—Después de él hubo otro chico, pero no fue nada memorable. Travis tampoco lo fue, la verdad. Eso probablemente solo significa que «yo» no soy memorable. Aunque no tengo ninguna queja sobre los preliminares, me gustan mucho. Puede que esté mal hecha anatómicamente. Un defecto de fábrica. Bueno, eso explicaría por qué no conseguí hacerlo bien ninguna de las dos veces…

—Ley —me interrumpió y me dedicó una leve sonrisa—. Estás delirando.

Lo miré entre parpadeos, suspiré y encorvé los hombros.

—Lo sé. Perdona, es que hablar de ello me pone nerviosa.

—Pues no hablemos de ello, no hace falta. —Me acarició la mejilla con un gesto ligero y reconfortante—. Tengo ganas de estar contigo, pero si no te apetece, no pasa nada.

—Sí que me apetece —respondí con más energía de la que pretendía; arqueó una comisura de los labios, divertido.

—¿Estás segura?

—Sí.

Lo estaba. Con toda mi alma.

Solo tenía miedo de no estar a la altura de sus expectativas. Pero preferí no decirlo porque eso me habría hecho parecer todavía más miserable.

—Vale. —Me rozó el cuello con el pulgar antes de sustituir aquel contacto por sus labios, cálidos y suaves contra mi piel—. Porque, para que lo sepas… —La otra mano se movió hasta el nudo de mi albornoz. Lo deshizo con calma y las dos solapas se abrieron para dejarme expuesta y sin aliento—. Habría sido una auténtica tortura privarme de todo esto. —Los ojos de Vince se posaron sobre mi pecho, que ahora estaba parcialmente descubierto. Su mirada se volvió más intensa y vi cómo la nuez de su garganta subía y bajaba.

Debajo de las piernas sentí que algo se endurecía y presionaba contra una de mis nalgas. Cuando comprendí qué era, una oleada de calor me incendió la parte baja del vientre y se extendió entre los muslos.

El aire a nuestro alrededor se cargó de electricidad. Mi cuerpo lo percibió. Le quité la camiseta a Vince con impaciencia y no pude evitar contemplarlo, imaginando cómo sería besarlo, arañarlo y saborear cada centímetro de él.

Me encantaba que no estuviera musculado en exceso. Su físico masculino era armonioso y su piel estaba libre de cualquier rastro de tinta. Con aquellos hombros anchos y la cintura estrecha que acentuaba la maravillosa V de sus caderas, con la que tantas chicas fantaseaban.

Yo incluida.

—Nada mal —lo felicité, y le di una palmadita en el pecho que le arrancó una carcajada.

No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero sí era la primera vez que podía recorrer sus pectorales con los dedos, descender por los abdominales y deslizarlos hasta la cinturilla de los vaqueros.

Intenté desabrochar el botón, pero Vince me sujetó la muñeca y me tumbó sobre la cama. Se colocó encima de mí y me levantó un brazo por encima de la cabeza. El albornoz se abrió todavía más, dejando mi cuerpo expuesto ante él, salvo por la parte que me cubrían las braguitas.

—Jesús… —dijo, y recorrió todo mi cuerpo con los ojos—. Eres increíble. —Aquellas palabras salieron de sus labios en un susurro ronco.

Cuando dejé atrás la adolescencia, por fin aprendí a no sentirme culpable por mi cuerpo. Durante años, mi padre me había hecho sentir mal por mi aspecto físico. Me había hecho creer que mis curvas eran algo de lo que avergonzarme, que mi belleza era una condena. De esta forma, cada uno de sus insultos me había enseñado a odiar mi propia imagen. Con el tiempo había aprendido a aceptar mi sensualidad, igual que había aprendido a manejar la atención de los chicos sin ningún tipo de pudor o vacilación.

Pero el modo en que Vince me miraba era distinto de cómo me miraba cualquier otra persona. Tenía el poder de hacerme sentir como una quinceañera delante de su primer amor.

Una sensación de expectación me invadió cuando me quitó el albornoz, lo dejó caer al suelo y se colocó entre mis piernas. Tenía la garganta seca y la mente nublada por el deseo. Le rodeé el cuello con un brazo y tiré de él para besarlo, pero se resistió.

—Has dicho que prefieres los preliminares, ¿verdad? —preguntó, rozando mis labios con los suyos.

En aquel momento aceptaría cualquier cosa que me pidiera.

—Bien… —Descendió poco a poco trazando un reguero de besos lentos y húmedos por mi cuello, luego hasta la clavícula y después hasta el pecho. Se detuvo allí el tiempo suficiente para que me estremeciera—. Nos lo podemos tomar con calma. —Su voz era sensual e hipnótica, nada en comparación con el violento estremecimiento que me recorrió cuando atrapó un pezón con la boca y lo retorció suavemente mientras se endurecía.

—¿Te gusta? —Me observó a través de sus pestañas claras. En sus ojos vi la misma excitación que sentía yo. Teniendo en cuenta el evidente bulto que presionaba contra mi intimidad a través de sus vaqueros, solo fui capaz de añadir—: A ti seguro que te gusta.

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—No me lo recuerdes, mujer. Estoy sufriendo.

Me moví bajo su cuerpo con intención provocadora y susurré:

—Puedo ayudarte a aliviar ese dolor.

Sentí que contenía el aliento y apretaba los dientes mientras se sostenía sobre los antebrazos.

—Oh, lo harás. —Volvió a inclinar la cabeza para prestar al otro pecho la misma atención. Se me escapó un gemido y arqueé la espalda sobre el colchón—. Pero no antes de que te haya demostrado que no hay nada «anatómicamente» mal en ti.

El corazón empezó a latirme desbocado.

Era lo más romántico y dulce que un hombre me había dicho jamás.

—Puede que no sea tan fácil —admití.

—Soy jugador de *hockey,* pequeña. Puedo ser muy persistente.

Se desplazó un poco más abajo y con la lengua acarició cada centímetro de mi cuerpo hasta llegar al borde de mis braguitas. Me puso las manos en las caderas y, en un gesto automático, doblé las rodillas para acoger su contacto sin siquiera darme cuenta.

Me besó la cara interna del muslo, con los ojos clavados en mí, y el estómago se me encogió.

—¿Recuerdas lo que dijiste en tu casa? —Eché la cabeza hacia atrás mientras hundía los dedos en su pelo.

—No, ¿qué? —susurró mientras seguía besándome.

—Dijiste… —Jadeé—. Dijiste que no volverías a besarme.

Vince levantó la cabeza con una sonrisa descarada en los labios.

—Dije que no volvería a besarte. —Me rozó la piel de la otra pierna y mi cuerpo se estremeció ante ese nuevo contacto—. Pero no especifiqué dónde.

Satisfecho con mi falta de reacción, volvió a besarme y a mordisquearme. Esta vez un poco más cerca de la ingle, pero nunca lo bastante cerca. Otro beso y otro mordisco. Beso. Mordisco. Una y otra vez. Se divertía rodeando la zona mientras yo me retorcía bajo su cuerpo, incapaz de ocultar lo mucho que lo deseaba.

Entonces se detuvo sobre el muslo, justo donde se enroscaba la serpiente tatuada. Permaneció inmóvil un instante, con la mirada fija en el dibujo. Parecía hechizado.

—Ley… —murmuró en voz baja antes de inclinarse y besarme allí donde la tinta que dibujaba la lengua bífida de la serpiente se fundía con la piel más sensible, haciéndome temblar—. ¿Quieres que pare? —preguntó de nuevo, esta vez como si fuera una advertencia velada.

Solo de pensar en que pudiera detenerse de verdad, abrí los ojos de par en par y levanté la cabeza para mirarlo.

—No te atrevas.

Dejó de besarme y se echó a reír, con la frente apoyada sobre mi rodilla doblada. Se incorporó y volvió a colocarse sobre mí, con los ojos atrapados en los míos.

Había parado.

Lo fulminé con la mirada, preparada para echárselo en cara, pero entonces Vince llevó una mano al punto donde se unían mis piernas. Me acarició por encima de las braguitas húmedas y me dejó sin aire en los pulmones.

—Si hubiera empezado por aquí, me habría corrido antes siquiera de quitarme los pantalones.

Estaba segura de que aquella frase no debería resultar tan erótica. Sin embargo, todo mi cuerpo ardía. Le agarré la nuca y le mordí los labios con suavidad.

—Bésame.

Vince apartó la mano de entre mis piernas y la hundió en mi cabello. Empujó la lengua contra la mía con tanta intensidad que el estómago se me encogió y gemí contra su boca. Su erección se endureció todavía más bajo los vaqueros y yo temblaba con cada roce. Movió las caderas con más fuerza y observó cómo yo cerraba los ojos de golpe.

—¿Y esto? —Repitió el movimiento una vez más—. ¿Te gusta?

—Sí, es… es perfecto… —Deslicé las manos por su pecho y llegué hasta la cintura de sus pantalones. Se los bajé con su ayuda, hasta que conseguimos librarnos de ellos por completo y los dejamos caer al suelo junto al albornoz.

Ya solo nos separaban la fina capa de mis braguitas y sus bóxers ajustados. Apreté las rodillas alrededor de sus caderas para aumentar la fricción. A ambos se nos escaparon gemidos bajos, casi suspiros. Él empezó a moverse más fuerte y más rápido; un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Joder, esto es demasiado bonito —dijo contra mi boca. Me besaba, me lamía y me mordía como si le fuera la vida en ello.

Me aferré a sus hombros perlados de sudor y acompañé sus movimientos. Sentía cómo su erección latía contra mi intimidad. Ser consciente de lo mucho que estaba disfrutando de lo que estábamos haciendo me provocó una sensación de poder que nunca antes había experimentado, y eso me impulsó a atreverme a ir un poco más allá.

—¿Tienes un preservativo? —le susurré al oído.

Vince se paró de repente, con las manos a ambos lados de mi cabeza y los labios entreabiertos. Se incorporó y vi cómo se le tensaban los músculos de los brazos. Incluso aquel movimiento me pareció *sexy.*

Me observó con la mirada nublada y las mejillas ligeramente enrojecidas por la excitación. Luego cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No pensé que la noche pudiera acabar así.

Abrí los ojos como platos.

No podía creerlo.

Llevaba muchísimo tiempo esperando aquel momento.

Justo ahora que estaba ocurriendo de verdad y que por fin me sentía preparada, él no llevaba consigo ni un maldito preservativo.

¿Desde cuándo iba por ahí sin ellos?

—Hoy tendrás que conformarte con esto. —Metió una mano dentro de mis braguitas y rompió el hilo de mis pensamientos. Siguió masajeándome hasta que me arrancó un gemido—. Pero te prometo que no volveré a cometer el mismo error. —Me sonrió a un soplo de mi boca. A continuación, trazó círculos con el pulgar sobre mi clítoris y, en cuanto deslizó un dedo dentro de mí, le clavé las uñas en los hombros.

—Oh, Dios… —jadeé—. Esto es… —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta cuando Vince añadió un segundo dedo y empezó a moverlos con embestidas lentas y profundas. Fue una sensación abrumadora—. Vince… —La voz se me quebró mientras densas oleadas de placer comenzaban a arrastrarme—. Más —susurré—. Quiero más.

Aumentó la velocidad y, cuando empecé a temblar, se inclinó sobre mí y me atrapó el pezón con los labios antes de morderlo. Su lengua cálida sobre mi pecho. Sus movimientos cada vez más rápidos. La presión sobre el clítoris. Las descargas eléctricas que recorrieron todo mi cuerpo.

Fue demasiado.

Rodeé sus bíceps con las manos y hundí el rostro en el hueco de su hombro. Dejé ir un resuello que se convirtió en un gemido cuando me contraje alrededor de sus dedos. Vince aflojó el ritmo y acompañó las oleadas de mi orgasmo. Se retiró de mi intimidad con delicadeza una vez que las descargas de placer se aplacaron por completo y presionó la boca contra la mía. Su lengua me abrió dulcemente los labios y se coló en el interior. Fue un beso lento y profundo que reactivó hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Feliz San Valentín, Ley —me dijo flojito, sobre los labios, cuando se retiró.

Por un momento, me quedé estupefacta. Pero cuando mis ojos se desplazaron hasta la mesita de noche, comprobé que pasaban unos minutos de la medianoche. Sonreí.

Era el día de San Valentín.

Y él acababa de regalarme un orgasmo.

Solo con los dedos.

No podía ni imaginar qué habría conseguido si…

—¿Estás bien? —me preguntó con voz grave, lo que me obligó a dejar de pensar en ciertas cosas.

Aflojé el agarre de sus hombros y me limité a asentir: no tenía fuerzas para hacer nada más. Sin embargo, sabía que él no se había corrido, así que solo podía intentar imaginar lo tenso que estaría. Y me habría encantado devolverle el favor.

Vince se separó ligeramente, apoyó la frente en la mía y cerró los ojos.

—Estoy jodido, ¿sabes?

Era consciente de que ese comentario ocultaba infinitas alusiones.

Estaba dispuesta a interpretarlas de una en una de no ser porque, de repente, noté que un extraño peso se asentaba en mi pecho. No sabía qué lo había provocado, pero ahí estaba, duro y oprimente. Era como un mordisco tan fuerte que me entraron náuseas.

No quería estropear aquel momento. Hice un esfuerzo por disimular el malestar, pero la necesidad de apartarme de Vince era demasiado fuerte como para ignorarla.

—Tengo que ir al baño —dije, e intenté no sonar demasiado brusca.

Hice ademán de apartarlo a un lado y me senté en la cama. Sentí que el colchón se movía debajo de mi cuerpo, señal de que Vince también había cambiado de postura. Notaba su mirada clavada en mí mientras recogía el albornoz del suelo. Me levanté, me lo puse y lo anudé con fuerza alrededor de la cintura.

—Puedes salir por la puerta. —Mantuve un tono distendido mientras trataba de arreglarme el pelo alborotado con los dedos.

Cuando lo miré, Vince parecía confundido: tenía el ceño fruncido.

—Espera… ¿quieres que me vaya?

Su pregunta me hizo vacilar un instante, pero enseguida recuperé la compostura.

—No tienes ningún motivo para quedarte —respondí serena pero hablando con honestidad. No era estúpida. Sabía cómo funcionaban determinadas cosas.

Le ofrecí una sonrisa amable, al menos eso intenté, y me dirigí hacia el baño mientras intentaba desprenderme de esa tensión sofocante.

Él me siguió y, antes de que pudiera encerrarme dentro, me rodeó la muñeca con una mano y me detuvo.

—Eh, ¿qué pasa?

Me volví para mirarlo.

Tenía el rostro enrojecido. El pelo rubio despeinado. Una erección imposible de esconder en los bóxers. Y los labios hinchados por todos los besos que nos habíamos dado.

Estaba guapísimo.

Una parte de mí quería volver a la cama con él para un segundo asalto. Pero la otra parte, la que de repente había tomado las

riendas, seguía gritándome que me metiera en el baño y me despidiera de Vince.

—Nada, todo va bien.

Mi respuesta no lo convenció, porque entornó los ojos y me estudió.

—¿He hecho algo que no te haya gustado? —La preocupación sincera que percibí en su voz me enterneció profundamente.

Ni siquiera yo entendía por qué me estaba comportando así. O tal vez lo sabía, pero prefería fingir que no.

—Me ha gustado todo lo que hemos hecho. —Le puse una mano en el hombro—. Has estado increíble, de verdad. Tu fama de mujeriego te precede y ahora entiendo el motivo —me reí por lo bajo—. Pero ya hemos terminado, puedes irte.

—Vale, para un momento. —Frunció el ceño—. ¿Por qué te estás comportando así?

—¿Así cómo? —Me aparté un poco—. Solo te he dicho que puedes irte y que puedes salir por la puerta. Pero si prefieres la ventana, adelante, Spiderman. —Levanté las manos en señal de rendición, intentando aligerar aquella tensión cada vez más palpable en el aire.

Vince me observó un momento y parpadeó, desconcertado. Luego dio un paso hacia delante y me puso las manos en las caderas. Me tensé de forma automática. En sus ojos vi un destello de decepción y entonces retiró las manos.

No quería hacerle daño, pero el contacto físico después de lo que habíamos hecho me parecía algo demasiado íntimo cuando yo necesitaba volver a poner cierta distancia entre nosotros.

—No sé por qué has pensado que quería marcharme, pero no tenía ninguna intención de dejarte sola. Quiero quedarme aquí. Justo aquí. —Enfatizó esas dos últimas palabras.

—Vince… —Suspiré y me pasé una mano por la frente—. No hace falta que lo hagas.

—¿Hacer qué?

—Tratarme con guantes de seda solo porque yo soy yo —dije—. ¿Recuerdas lo que te dije en el ascensor, en New Haven? No quería un anillo. Quería un momento. Y lo hemos tenido. Un momento precioso. Pero ahora se ha acabado. Y ya sé lo que hacen los chicos después de un momento como este. Así que no te preocupes, eres libre de irte. Estaré bien.

Vince permaneció en silencio unos segundos y me estudió con expresión grave. Luego, algo se encendió en sus ojos. Me puse en guardia.

—Tienes miedo de que vuelva a pasar, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Me estás invitando a marcharme porque tienes miedo de despertarte mañana por la mañana y ver que estás sola, igual que te pasó con Travis. —Dio un paso hacia delante. Su expresión se había suavizado y me sentí más expuesta que nunca. Podría negarlo, pero habría sido inútil. Tenía razón.

Aquel peso que había sentido en el pecho era el miedo a sentirme decepcionada al ver cómo se iba por su propia voluntad. O peor todavía, el miedo a descubrir que estaba sola en la cama a la mañana siguiente.

—No va a pasar, Ley. —Volvió a ponerme las manos en las caderas y me atrajo hacia él—. No he estado contigo porque no

tuviera nada mejor que hacer. Lo he hecho porque quería —me aseguró—. Y también quiero hacerlo ahora. Y querré hacerlo mañana. Y al día siguiente.

Por mucho que sus palabras me hicieran latir el corazón con fuerza, me obligué a apartar la mirada, porque no quería oírlo hablar de ese modo. Había aprendido por las malas que algunos hombres eran muy hábiles para mentir. Y no estaba dispuesta a dejar que nadie volviera a engañarme.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja, quebrada por momentos—. ¿Por qué has decidido de repente derribar esos muros que llevas años manteniendo en pie con tanta obstinación? —Hablaba muy en serio, aunque por dentro temblara—. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea sobre nosotros dos? ¿Qué ha cambiado respecto a hace un año? ¿O respecto a cuando, en el ascensor, me dijiste que el *hockey* era tu prioridad y que la lealtad hacia mi hermano estaba por encima de cualquier otra cosa?

El silencio que se produjo a continuación duró lo que me pareció una eternidad.

—No ha cambiado nada —admitió con un suspiro—. Solo he comprendido que no tiene por qué ser por fuerza una cosa o la otra. Puedo tener el *hockey.* Puedo seguir siendo leal a tu hermano. Y estar contigo sin renunciar a lo demás.

Lo observé unos instantes mientras intentaba encontrar en sus palabras alguna señal de que estaba mintiendo. Pero no había nada. Ninguna vacilación. Ninguna actuación.

—¿Y cómo piensas hacer que todo esto funcione? —pregunté—. Hasta que esta historia con Ethan no termine, no podemos dejarnos

ver juntos en público. En cualquier caso, si lo nuestro saliera a la luz, mi hermano también se enteraría.

—Hablaré con él —afirmó—. No puedo ocultarle algo así, sería un cabrón si lo hiciera.

Casi me eché a reír por lo absurda que era aquella frase.

Los dos sabíamos que, después de la experiencia con Travis, mi hermano jamás permitiría que otro deportista entrara en mi vida, alguien cuyas prioridades, después del deporte, eran las fiestas y las mujeres. Thomas confiaba en Vince, sí, pero confiaba en él como amigo; aceptar que pudiera ser algo más para mí… era algo muy distinto. Sin embargo, una parte de mí sabía que aquello no era más que una excusa. En el fondo, era más fácil echarle la culpa a Thomas que admitir que el problema era yo.

No podía permitirme bajar la guardia, y mucho menos era capaz de romper aquel mecanismo de defensa que me impulsaba a levantar muros para impedir que los demás se acercaran a mí. Unos muros que me mantenían a salvo, pero que al mismo tiempo me atrapaban.

—Estás hecha un lío, Ley. —Vince me dedicó un amago de sonrisa, seguro que había intuido mis dudas—. Pero no importa. Hablaba en serio antes. Ve al baño. Cuando salgas, me encontrarás en tu cama esperándote. —Su voz estaba impregnada de una ternura que me golpeó de lleno en el corazón—. Y cuando mañana por la mañana abras los ojos, seguiré aquí. A tu lado.

Me quedé clavada en el sitio, perdida en sus ojos, aturdida por sus palabras. El corazón me galopaba en el pecho y los pensamientos nadaban en un mar de confusión.

Pero, por mucho que deseara creerle, sentía que una parte de mí —arraigada en lo más hondo— me gritaba que tarde o temprano Vince acabaría haciéndome daño.

Quizá el día en que se marchara de Corvallis para perseguir su futuro como jugador profesional. O cuando se diera cuenta de que había comprometido para siempre su amistad con Thomas por mi culpa. O, simplemente, cuando se cansara de mí, como habían hecho todos los demás antes que él.

Frente a los ojos de Vince, que me observaban con una mezcla de ternura y deseo, una certeza aterradora se abrió paso dentro de mí: si no era él quien acababa decepcionándome y marchándose, al final sería yo quien le haría daño.

Aquel pensamiento bastó para convencerme de que era mejor detenerse antes de que fuera demasiado tarde.

Juego sucio continuará…

Playlist recomendada para la lectura

1. «I know it won’t work» – Gracie Abrams
2. «Look after you» – The Fray
3. «Cinnamon girl» – Lana Del Rey
4. «A lack of color» – Death Cab for Cutie
5. «Right here» – Chase Atlantic
6. «Ceilings» – Lizzy McAlpine
7. «Into it» – Chase Atlantic
8. «Slow down» – Chase Atlantic
9. «Fetish (feat. Gucci Mane)» – Selena Gomez, Gucci Mane
10. «Sex, drugs, etc.» – Beach Weather
11. «Run this town» – JAY-Z, Rihanna, Kanye West
12. «Older» – Isabel LaRosa
13. «Heartbeat» – Childish Gambino
14. «RUNRUNRUN» – Dutch Melrose
15. «Meddle about» – Chase Atlantic
16. «The walls» – Chase Atlantic
17. «All for us» – Labrinth, Zendaya
18. «Renegade» – Aaryan Shah
19. «Die for you» – The Weeknd
20. «One of the girls» – The Weeknd, JENNIE, Lily-Rose Depp
21. «Gimme! Gimme! Gimme! (A Man After Midnight)» – ABBA
22. «Every breath you take» – The Police
23. «Happier» – Olivia Rodrigo
24. «Jealousy, jealousy» – Olivia Rodrigo
25. «Constellations - Piano Version» – Jade Lemac

Agradecimientos

Ha pasado más de un año y medio desde la última vez que nos encontramos entre las páginas de uno de mis libros. Si después de todo este tiempo seguís aquí porque habéis elegido acompañarme en esta nueva aventura, no puedo hacer otra cosa que daros las gracias.

Gracias de corazón.

Gracias también a las plataformas de lectura, a los libreros y a la maravillosa comunidad de BookTok y Bookstagram: si alguna vez le dais una oportunidad a este libro y os gusta lo suficiente como para recomendarlo, que sepáis que vuestro entusiasmo puede marcar la diferencia.

Sois especiales, recordadlo siempre.

Quiero dar las gracias a mi editorial por haber confiado una vez más en mí y en la historia que tenía en mente. Por haber creído en este proyecto, por haberme dado el espacio y la libertad para narrarlo a mi manera, apoyando y respaldando cada una de mis decisiones. Gracias a todas las personas que trabajan entre bastidores, muchas veces en la sombra, pero sin las cuales este libro no habría llegado a vuestras manos ni a las mesas y estanterías de las librerías.

Un agradecimiento muy especial para mi editora, que ha sabido escucharme, guiarme y ayudarme a sacar lo mejor de esta historia.

A mis compañeras escritoras, que contribuyen a hacer que esta aventura sea todavía más especial con sus risas, nuestras charlas terapéuticas y una infinidad de consejos que siempre atesoro.

Gracias por estar ahí, siempre.

Juego sucio nace de vosotros, de vuestro afecto y de vuestra curiosidad por descubrir más sobre esos personajes que, inesperadamente, ya se habían ganado un trocito de vuestro corazón en la saga que me regaló el primer vínculo verdadero con mis lectores.

Había muchas historias que merecían salir a la luz y que me habría gustado contar. Durante mucho tiempo me pregunté por cuál debía empezar porque no quería dejar nada al azar.

La primera elección recayó en Vince porque era, sin duda, el personaje más solicitado. Pero os confieso que, en el fondo, tarde o temprano también deseaba ofrecerle a Leila el espacio que merecía.

Fue entonces cuando empecé a explorar la idea de entrelazar sus caminos en una única historia que fuera solo suya.

Al principio me pareció una apuesta arriesgada, pero cuando los observé más de cerca y los escuché realmente, me di cuenta de que tenían todo un mundo por contar. Un mundo que, hasta aquel momento, había ignorado.

Este libro es el fruto de ese descubrimiento.

De mi intento de darles voz de la forma más auténtica posible.

Tanto Vince como Leila acarrean heridas profundas que esconden una felicidad aparente o una máscara de frialdad.

Fue justo esa afinidad entre ellos lo que me empujó a adentrarme en un territorio nuevo, con un protagonista masculino distinto al que habéis conocido en el pasado, quizá más dócil y alegre —y menos habitual para mi pluma, que siempre tiende un poco hacia el «chico malo»—. Y junto a él, una protagonista femenina más compleja, pero con una fortaleza increíble, que ha estimulado hasta el último

rincón de mi creatividad. La evolución de su relación es gradual. Las dinámicas familiares tienen un peso importante; he querido respetarlas dando a cada situación el tiempo necesario para emerger y desarrollarse de la mejor forma.

Del mismo modo, en este primer volumen he querido dar más espacio a la tensión, tanto emocional como erótica, que a la pasión desenfrenada que caracterizó la saga anterior. A todo aquello que viene antes, que la construye y la convierte en algo verdadero e inevitable.

En el segundo volumen, sin embargo, las cosas serán mucho más ardientes.

En todos los sentidos.

Juego sucio ha supuesto un desafío para mí.

Un salto fuera de mi zona de confort.

Espero haber logrado contar esta historia de la manera adecuada.

Y que Leila y Vince hayan despertado vuestra curiosidad y emocionado al menos tanto como hicieron conmigo.

Espero que hayan conseguido hacerse querer, aunque sea un poquito.

Pero, sobre todo, espero que este primer volumen os haya dejado con ganas de continuar este viaje, porque la mejor parte, creedme, aún está por llegar.

Con mucho amor,

Carrie L.

Sobre la autora



© Yuma Martellanz

Carrie Leighton es el pseudónimo de una joven escritora italiana. Lectora apasionada de novela romántica, se dio a conocer como autora en la plataforma Wattpad con la exitosa trilogía *Better*, que ha llegado a lo más alto de las listas de libros más vendidos y con la que se ganó el afecto de una amplia comunidad de lectores. Cuando no escribe, le gusta ver series de televisión.

Sigue a Wonderbooks
en www.wonderbooks.es
en nuestras redes sociales
y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil
a los códigos QR y empieza a disfrutar
de información anticipada sobre nuestras
novedades y contenidos y ofertas exclusivas.

Primera edición: septiembre de 2026
Título original: *Unfair Play. Primo tempo*

© Adriano Salani Editore s.u.r.l. Gruppo editoriale Mauri Spagnol, 2025
© de esta traducción, Elena Rodríguez, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Corrección: Érika M. Tercero Salinas

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-97-2
THEMA: YFM - FRG
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).